Norbert Elias
John L. Scotson

Establecidos y marginados

Traducción de
Víctor Altamirano



Primera edición en inglés, 1965
Primera edición en inglés, Sage (con introducción y apéndices), 1994
Primera edición en español (con base en la anterior), 2016

Elias, Norbert, y John Scotson
Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios / Norbert Elias, John Scotson ; pról. de Tatiana Savoia Landini ; trad. Víctor Altamirano. — México : FCE, 2016
293 p. ; 21 × 14 cm — (Sección de Obras de Sociología)
Título original: The Established and the Outsiders. A Sociological Enquiry into Community Problems
ISBN 978-607-16-2573-1

1. Suburbios — Gran Bretaña — Estudio de casos 2. Grupos sociales — Gran Bretaña — Estudio de casos 3. Marginación 4. Sociología I. Scotson, John, coaut. II. Savoia Landini, Tatiana, pról. III. Altamirano, Víctor, tr. IV. Ser. V. t.

LC HN385.5 Dewey 305 E546e

Distribución mundial

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14378 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

ISBN 978-607-16-2573-1

Impreso en México • *Printed in Mexico*

A nuestros amigos en el Departamento de Sociología de la Universidad de Leicester, quienes nos proporcionaron mucha ayuda y grandes estímulos.

Sumario

Prólogo

Establecidos y marginados[1] es el resultado de un estudio llevado a cabo por Norbert Elias y John L. Scotson a finales de la década de 1950 e inicios de 1960, y publicado en 1965. El texto, originalmente escrito en inglés, estudia una pequeña comunidad situada en el área central de Inglaterra. En un principio la investigación tenía como tema de interés la delincuencia. John Scotson trabajaba allí como profesor y los habitantes de la ciudad llamaron su atención acerca del hecho de que el nivel de delincuencia era mayor en uno de los barrios. La pequeña comunidad estudiada, una zona industrial en expansión a la que los autores denominaron aquí como Winston Parva, estaba formada por tres barrios distintos. La zona 1 era considerada como la «mejor parte», un barrio de clase media. Las zonas 2 (la «aldea») y 3 (la Urbanización) eran áreas obreras, sin mucha diferencia entre ellas en términos de renta, tipos de ocupación profesional y clase social. Si se toma como base la teoría sociológica hegemónica de la época, que veía en la clase económica el principal factor de diferenciación social, sería de esperar que las zonas 2 y 3 tuvieran mucho en común y que la diferencia más notable fuera entre ellas y la zona 1.

[1] El término eliasiano *Outsiders* ha sido traducido de varias maneras: marginados, extraños, forasteros, incluso se ha optado por dejar sin traducción este término. Hemos decidido traducirlo como marginados, por tratarse de la traducción que cuenta con un uso más extendido en la comunidad eliasiana, con la advertencia de que este término incluye todos estos matices, pues se refiere a «los que no son del lugar», los ajenos, y por tanto, extraños para la comunidad establecida, lo que, finalmente, los vuelve marginados [E.].

No obstante, el sociólogo es un destructor de mitos[2] al que toca domesticar la realidad. Y en este caso la realidad encontrada fue muy diferente de la esperada: tanto los habitantes de la zona 1 como los de la zona 2 consideraban que tenían un estatus superior a los de la zona 3. A partir de esa comprobación, el interés de la investigación se trasladó de la delincuencia hacia el problema más general de la relación entre diferentes grupos de una misma comunidad.

Elias es un crítico de la sociología marxista. En *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas,* su obra magna, no son pocas las críticas que hace a esa línea teórica. En *Establecidos* no es diferente. Los diferenciales de poder, dice, no son producto solamente de la posesión monopolista de objetos no humanos (armas o medios de producción), sino que deben ser considerados los aspectos figuracionales de los diferenciales de poder.

La zona 2 era un barrio obrero antiguo, habitado por familias que vivían en la región desde tiempo atrás y creían formar parte de un lugar que, desde su punto de vista, les pertenecía. La zona 3 era un barrio nuevo, con habitantes recién llegados, vistos como forasteros. Fue en esa relación —entre lo antiguo y lo nuevo— que Norbert Elias vio un problema sociológico que valía la pena ser estudiado. La relación entre lo antiguo y lo nuevo aparece en configuraciones recurrentes, no sólo en función de la urbanización y la industrialización, sino también de guerras y revoluciones. Estudios sobre grupos de las clases alta y media muchas veces hacen alusiones a la cuestión de la antigüedad de las familias y a los nuevos ricos. Restaba, por tanto, estudiar esa cuestión en la relación entre grupos de la clase trabajadora.

La sociología, desde el punto de vista de Elias,[3] trata los problemas de la sociedad, y la sociedad no es otra cosa que la configuración formada por los individuos. El término configuración se utiliza aquí como contrapunto a la noción de *homo clausus,* la cual, en su entendimiento, predominaba en la sociología de finales del siglo XIX y principios del XX. La crítica de Elias está

[2] Norbert Elias, *Introdução à sociología,* Edições 70, Lisboa, 1970.

[3] *Idem.*

orientada hacia el entendimiento de que individuo y sociedad existirían como entes separados, donde el individuo es un ser atomizado y completamente autónomo en relación con lo social.

Al utilizar el concepto de configuración, Elias quería contraponerse a esa dualidad. La configuración expresa la imagen del ser humano como personalidad abierta que posee autonomía relativa en relación con otras personas, pero fundamentalmente se orienta hacia ellas y de ellas es dependiente. Puede definirse como una «composición de unos seres humanos orientados de manera recíproca y mutuamente dependientes».[4] La cuestión de la interdependencia es, por tanto, central en la definición de configuración, objeto de la sociología. De esa forma, no se puede estudiar la configuración solamente a partir de sus elementos, sino que lo que el sociólogo debe atender es las *relaciones* de interdependencia formadas por los individuos.[5]

El poder, tal como Elias lo comprende —no algo que una persona detenta, una cosa, sino una característica estructural de las relaciones—, está presente en toda relación humana. El niño y hasta el bebé tienen poder sobre los padres (obviamente, desde que éstos le atribuyen valor).[6] La relación entre esclavo y señor es también una relación de poder, por cierto, muy desigual. Lo mismo la relación entre amigos, vecinos, parejas, así como la relación entre Estados, entre grupos corporativos y entre partidos políticos. En sus obras, Elias habla de *equilibrio de poder* y *cambios en la balanza de poder*, y acentúa no sólo el carácter relacional sino también el procesual implícito.

El estudio conducido en Winston Parva es, por tanto, un estudio de las relaciones establecidas entre los individuos y entre los diferentes grupos, lo que significa, necesariamente, el estudio de

[4] Norbert Elias, *The Civilizing Process. Sociogenetic and psychogenetic investigations*, Blackwell, Massachusetts, 2000, p. 482. [Ed. en español: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, 3ª ed., pref. de Gina Zabludovsky, trad. de Ramón García Cotarelo, FCE, México, 2009, 674 pp.]

[5] Norbert Elias, *Introdução à sociologia*, *op. cit.*, pp. 78-79.

[6] Norbert Elias, «The civilizing of parents», en Johan Goudsblom y Stephen Mennell (eds.), *The Norbert Elias Reader. A biographical selection*, Blackwell, Oxford, Reino Unido, 1998. [Ed. en español: *La civilización de los padres y otros ensayos*, Norma, Santa Fe de Bogotá, 1998.]

las relaciones de poder. Allí, los diferenciales de grado de cohesión interna y de control comunitario tenían gran importancia en la relación de fuerzas entre los grupos. Sólo gracias al potencial de cohesión y a la activación de ese potencial por medio del control social, los antiguos residentes conseguían reservar cargos importantes para su propio grupo y excluir de ellos a los residentes de otra área. El chisme era una de las principales «armas» utilizadas por el grupo establecido para excluir y estigmatizar a los otros grupos.

La relación entre individuo y sociedad, sociogénesis y psicogénesis, pasando por la discusión sobre *habitus* o segunda naturaleza, es una de las discusiones caras a Elias y permea sus obras más importantes, desde el inicio hasta el fin de su vida. La etnografía realizada en Winston Parva —o sea, la mirada dirigida a las relaciones concretas, a las expresiones de los miembros de la comunidad y de sus diferentes zonas residenciales, en suma, el nivel micro— permite comprender mejor algunas afirmaciones de Elias en obras de carácter más general, como *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* o *Los alemanes*. En su obra seminal, Elias habla sobre la formación del *habitus* y de la formación del ego y el superego por medio de la *coacción externa a la autocoerción*. En *Establecidos*, los autores muestran cómo, más que una cuestión de cohesión interna, que permitía monopolizar los cargos más importantes, los habitantes de la zona 3 «no podían contraatacar porque, hasta cierto punto, su conciencia estaba del lado de sus detractores».[7] Al plantear la cuestión de la formación del *habitus* en esos términos, asociada a la relación entre los individuos y entre los grupos, percibimos una vez más la distancia entre la sociología eliasiana y la marxista. Los chismes e intrigas hechos en contra de las personas de la nueva urbanización ejercían poder sobre éstas pues, por más amantes del orden que fueran, concordaban con esa opinión que tenían los antiguos habitantes de Winston Parva respecto del nuevo barrio. Se avergonzaban cuando se les acusaba de fechorías o de cualidades negativas que sólo se encontraban efectivamente en la «minoría de los peores».

[7] Véase *infra*, p. 181.

Como ejemplo de *El proceso de la civilización* —para el que Elias escribió una nueva introducción en 1968, que pasó a integrar las futuras ediciones y traducciones del libro— cerca de 10 años después de la primera publicación de *Establecidos,* Elias escribió un ensayo riquísimo, titulado «Ensayo teórico sobre las relaciones establecidos-marginados», que aparece como introducción en esta edición. En ese ensayo, Elias enfatiza y desarrolla más a fondo la cuestión ya planteada en el texto original, en el que entiende la relación establecidos-marginados como un *tema humano universal.* No es raro que miembros de grupos más poderosos que otros grupos interdependientes se vean a sí mismos (se autorrepresenten) como humanamente superiores. Winston Parva pasa a ser, por tanto, un laboratorio, un «paradigma empírico». Las relaciones raciales, étnicas, de género, entre religiones, entre países, de edad, de clase social, en suma, las relaciones que impliquen grandes desigualdades en la balanza de poder, pueden ser iluminadas a partir de ese estudio.

El posfacio a la edición alemana, escrito poco antes de su muerte, en 1990, sigue la misma línea del prefacio referido en el párrafo anterior: una reflexión acerca del alcance de la relación establecidos-marginados. Aunque este texto no esté incluido en la presente edición, vale decir algunas palabras respecto a él. En ese texto, Elias pone énfasis en una cuestión muy discutida en *El proceso de la civilización,* pero que tal vez puede pasar inadvertida en *Establecidos y marginados:* la relación con la etapa en el desarrollo social de la organización de la violencia física. Este tema viene al caso al comparar las configuraciones establecidos-marginados en Winston Parva y en Maycomb, comunidad retratada en el libro *Matar un ruiseñor* de Harper Lee. En el caso de la novela, la relación es entre blancos y negros, en el sur de los Estados Unidos, en la época de organizaciones racistas del tipo del Ku-Klux-Klan, cuando los negros ni siquiera podían encontrar protección legal en asuntos de violencia cometida por blancos. En Winston Parva, la relación entre establecidos y marginados está libre de violencia física, en tanto que en Maycomb todos los miembros del *establishment,* todos los hombres blancos, tienen acceso a armas de fuego, lo que era negado a los negros.

Así, lo que tenemos es justamente la discusión respecto de la universalidad de la relación establecidos-marginados, pero considerando las especificidades de la configuración estudiada. En el caso, la principal diferencia es relativa al monopolio de la violencia y de los impuestos y, por tanto, a la etapa en el proceso de la civilización. Decir que la relación establecidos-marginados es un tema humano universal no significa, por tanto, aplicar ese concepto acríticamente. Recordemos que el objetivo de la sociología es *comprender procesos y relaciones*, y no la mera clasificación. La regularidad de las configuraciones establecidos-marginados puede ser resumida de la siguiente forma: la exclusión de un grupo por otro de las oportunidades de poder y de estatus, exclusión que puede variar en modo y grado, ser total o parcial, más fuerte o más débil. La relación establecidos-marginados se muestra fructífera para iluminar *procesos y relaciones* que redunden, por ejemplo, en actitudes racistas o machistas, y entonces se requiere la investigación empírica para aclarar las especificidades de cada una de esas relaciones.

La discusión metodológica del primer capítulo del libro ayuda en la tarea de comprender cómo «poner en práctica» la sociología eliasiana, o sea, cómo proceder a una investigación empírica que tenga como orientación teórica la sociología figuracional o procesual. Las reflexiones sobre metodología son poco usuales en libros y textos escritos por Elias. Al comprender que los métodos y la metodología deben servir a la teoría, y no lo opuesto,[8] Elias y Scotson utilizaron una variedad de métodos de investigación, tales como la etnografía, la observación participante, entrevistas, análisis espacial de las zonas y barrios de Winston Parva, análisis documental, estadísticas criminales y encuestas.

Los datos cuantitativos fueron utilizados para verificar si las variables generalmente relacionadas a diferencias estructurales (diferencias profesionales o de renta, por ejemplo) eran suficien-

[8] Nina Baur y Stefanie Ernst, «Towards a process-oriented methodology: modern social science research methods and Norbert Elias's figurational sociology», en Norman Gabriel y Stephen Mennell (coords.), *Norbert Elias and Figurational Research: Processual Thinking in Sociology*, Wiley-Blackwell, Oxford, 2011, p. 119.

tes para explicar las diferencias de estatus entre los dos barrios obreros (zonas 2 y 3), para concluir que ambos eran muy similares. Elias entiende el estigma como algo que caracteriza ciertas relaciones, mismas que forman configuraciones. Al ser los conceptos de configuración y proceso fundantes de la sociología eliasiana, se hace necesario utilizar también técnicas cualitativas con el fin de proceder a la discusión fundamental acerca de la relación entre individuos y entre grupos.

El estigma, por tanto, sólo puede ser entendido a partir del estudio de una determinada configuración, en este caso, la pequeña comunidad de Winston Parva. La etnografía y la observación participante son métodos de investigación que responden muy bien a problemas sociológicos planteados en esos términos, en los que la necesidad es comprender la propia interacción, para estos fines, «la manera en que los individuos se adhieren, el cómo y el porqué forman entre sí esta configuración particular o el cómo y el porqué las configuraciones que forman cambian y, en algunos casos, se desarrollan».[9]

La realización de entrevistas y el análisis de los enunciados de los entrevistados se hicieron con base en dos conceptos fundacionales de su sociología, configuración y proceso, lo cual aclara la relación entre teoría e investigación empírica. Por ejemplo, al discurrir sobre la cohesión y la ausencia de roce entre los miembros de la zona 2, la «aldea», Elias afirma que la expresión franca de opiniones se impedía por un control mutuo de los vecinos, que premiaba la adhesión a la creencia colectiva en el alto valor de la «aldea» como comunidad y de su estilo de vida. En otros términos, el propio hablar de los entrevistados es analizado con vistas a comprender su formación y su carácter relacional, y esas palabras no se toman como algo ajeno a la dinámica de la figuración en la que se insertan.

En la visión de Elias, el análisis de los datos cuantitativos y la posterior investigación cualitativa son complementarios el uno del otro. En sus propias palabras, «si no se utilizan palabras como instrumentos de investigación, las cifras no hablan por sí mis-

[9] Véase *infra*, p. 82.

mas».[10] Además de que la etnografía y la observación participante permiten comprender mejor las relaciones entre los habitantes, también le dan a Elias la posibilidad de comprender la dimensión histórica; o mejor, para utilizar palabras más afectas a la sociología eliasiana, la dimensión procesual, el proceso del hacerse, el proceso de cambio. En la concepción de Elias, la comprensión de la relación establecidos-marginados llenó un vacío en términos conceptuales e hizo posible percibir y explicar la unidad estructural común y las variaciones de ese tipo de relación.

La sociología es una disciplina multiparadigmática. Teorías y linajes teóricos luchan por obtener reconocimiento y legitimidad; el marxismo, el interaccionismo simbólico, la teoría de sistemas, la teoría foucaultiana, la bourdiesiana, son sólo algunas entre ellas. La teoría eliasiana no es diferente.

Lindemann[11] distingue al menos tres tipos de teorías: *1)* aquellas teorías sociales que contienen conceptos generales respecto a qué es la sociedad, cuáles conceptos son centrales para el análisis, cuál es la naturaleza de la realidad y las presuposiciones que deben movilizarse para comprenderla; *2)* teorías de alcance medio que se concentran en un campo temático específico, un periodo histórico y una región geográfica. Éstas definen el modelo del proceso social restringido a ese contexto sociohistórico; *3)* teorías de la sociedad que intentan caracterizar sociedades al integrar resultados de varios estudios en un retrato teórico más amplio.

En términos de teoría social, Elias utiliza una sociología figuracional y procesual. Figuración y proceso son los dos términos fundacionales de la sociología eliasiana,[12] su modo de mirar la sociedad e interpretarla. La relación entre establecidos y marginados puede ser entendida como una teoría de alcance medio, la cual debe ser desarrollada a partir de una investigación empírica,

[10] Véase *infra*, p. 84.

[11] Gesa Lindemann, "Theoriekonstruktion und empirische Forschung", en Herbert Kalthoff, Stefan Hirschauer y Gesa Lindemann (eds.), *Theoretische Empirie. Zur Relevanz qualitativer Forschung*, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, pp. 165-187, 2008, citado en Nina Baur y Stefanie Ernst, *op. cit.*, pp. 122-123.

[12] Tatiana Savoia Landini, «Main Principles of Elias's Sociology», en François Depelteau y Tatiana Savoia Landini (coords.), *Norbert Elias and Social Theory*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2013.

probada en situaciones diversas. En textos como *Hacia una teoría de los procesos sociales,* escrito hacia el final de su vida, Elias trató de establecer una teoría de la sociedad al plantear en un nivel de abstracción mayor discusiones iniciadas en *El proceso de la civilización.* En la *Sinopsis* del *Proceso,* Elias ya había hecho una primera tentativa de establecer una teoría de la sociedad, proyecto que trató de fundamentar y que persiguió durante toda su vida.

La relación entre los tres niveles teóricos definidos antes es de interdependencia: investigaciones empíricas alimentan la discusión sobre la teoría más amplia de la sociedad y ésta, utilizada como telón de fondo, ayuda a situar y a ampliar el alcance de discusiones más puntuales. *Establecidos y marginados* fue escrito más de 20 años después de *El proceso de la civilización* y se configura como una importante contribución para complementar aspectos que todavía no habían sido incluidos en esta teoría de la sociedad. A despecho de definir la «disminución de contrastes y el aumento de la variedad» como una de las direcciones del proceso de civilización, la discusión sobre poder y desigualdad todavía se hacía de forma muy tímida en aquel trabajo seminal. La relación establecidos-marginados, entendida, por tanto, como un tema humano universal, permite a quienes estudian a Norbert Elias volver al *Proceso* y repensar algunas cuestiones, visualizar algunas faltas y llenar vacíos.

Asimismo, tener como telón de fondo *El proceso de la civilización* ayuda a comprender que *Establecidos y marginados* es mucho más que una etnografía que se encierra en sí misma. Al menos tres cuestiones centrales a la teoría del proceso de civilización se desmenuzan en ese trabajo etnográfico —la relación entre el proceso de civilización y el monopolio de la violencia y de los impuestos; la relación entre formación del Estado y cambios en la estructura de la personalidad, y el proceso de formación del *habitus*— mismas que allí se analizan de forma más amplia y cabal.

En suma, si el tema del libro lo hace tan actual —el estigma y la exclusión— su importancia también es respecto a la comprensión de la sociología eliasiana y a cómo «ponerla en práctica», o sea, cómo realizar una investigación orientada por la sociología figuracional o procesual. Las relaciones de poder, la configuración,

la relación entre lo social y lo individual, la democracia funcional, son todos temas importantes de la sociología eliasiana movilizados en este libro y que indican la densidad de su sociología.

Tatiana Savoia Landini
Universidade Federal de São Paulo, Brasil
julio de 2014
Traducción de Marilene Marques de Oliveira

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Baur, Nina, y Stefanie Ernst, «Towards a process-oriented methodology: modern social science research methods and Norbert Elias's figurational sociology», en Norman Gabriel y Stephen Mennell (coords.), *Norbert Elias and Figurational Research: Processual Thinking in Sociology,* Wiley-Blackwell, Oxford, 2011.

Elias, Norbert, «Para a fundamentação de uma teoria dos processos sociais», Federico Neiburg y Leopoldo Waizbort (coords.), *Escritos & Ensaios,* 1, *Estado, processo, opinião pública,* Jorge Zahar Ed., Río de Janeiro, 2006. [Ed. en español: «Hacia una teoría de los procesos sociales», en *La civilización de los padres y otros ensayos,* Norma, Santa Fe de Bogotá, 1998.]

Elias, Norbert, *The Civilizing Process. Sociogenetic and psychogenetic investigations,* Blackwell, Massachusetts, 2000. [Ed. en español: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas,* 3ª ed., pref. de Gina Zabludovsky, trad. de Ramón García Cotarelo, FCE, México, 2009.]

Elias, Norbert, «The civilizing of parents», en Johan Goudsblom y Stephen Mennell, *The Norbert Elias Reader. A biographical selection,* Blackwell, Oxford, Reino Unido, 1998. [Ed. en español: *La civilización de los padres y otros ensayos,* Norma, Santa Fe de Bogotá, 1998.]

Elias, Norbert, *Introdução à sociologia,* Edições 70, Lisboa, 1970.

Landini, Tatiana Savoia, «Main Principles of Elias's Sociology», en François Dépelteau y Tatiana Savoia Landini (coords.), *Norbert Elias and Social Theory,* Palgrave Macmillan, Nueva York, 2013.

Presentación

Stephen Mennell

Establecidos y marginados se publicó por primera vez en 1965 y es el desarrollo de un estudio realizado por John Scotson, un maestro local interesado en la delincuencia juvenil, sobre una comunidad cercana a Leicester a finales de la década de 1950 e inicios de la de 1960. Sin embargo, Norbert Elias reelaboró este estudio local con el fin de iluminar procesos sociales de importancia general para las sociedades humanas; entre ellos, la manera en que un grupo de personas puede monopolizar las oportunidades de poder y utilizarlas para excluir y estigmatizar a miembros de otro grupo muy similar (mediante, por ejemplo, el poderoso medio del chisme) y cómo se experimenta esto en las imágenes colectivas del nosotros en ambos grupos.

Diez años después, Elias dictó una larga y nueva introducción en inglés para la traducción al neerlandés del libro. Este «Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados» detallaba la manera en que esta teoría podía aplicarse a una amplia gama de patrones cambiantes de desigualdad humana: a las relaciones entre clases, grupos étnicos, colonizados y colonizadores, hombres y mujeres, padres e hijos, homosexuales y heterosexuales. Por muchos años se creyó que algunas partes del texto en inglés de este importante ensayo se habían perdido, pero en 1994 salieron a la luz; así, Saskia Visse y yo reunimos la versión final. Este ensayo se publica por primera vez en el presente volumen, exactamente como Elias lo dictó, con tan sólo algunos cambios editoriales menores. Poco antes de su

muerte en 1990, Elias añadió un breve apéndice sobre *Matar a un ruiseñor* de Harper Lee para la edición alemana del libro, el cual no se incluye aquí.

University College, Dublín
Mayo de 1994

Prefacio

Norbert Elias
John L. Scotson

Establecidos y marginados es un estudio sobre una pequeña comunidad con un asentamiento relativamente viejo en su núcleo y otros dos más recientes que se habían formado a su alrededor. La investigación comenzó, como muchas otras, gracias a que los vecinos llamaron nuestra atención sobre el hecho de que el índice delictivo de uno de los vecindarios era consistentemente mayor al de los otros. En la localidad se consideraba a ese vecindario en particular como un área delictiva con mala reputación. Conforme comenzamos a sondear la evidencia real y a buscar explicaciones, nuestro interés pasó de los diferenciales delictivos a las diferencias en el carácter de los vecindarios y a las relaciones entre ellos. Durante una investigación bastante intensa del microcosmos de Winston Parva con sus tres vecindarios, llegamos a conocer suficientemente bien el lugar y a algunos de sus miembros. La fascinación que sus problemas despertaba en nosotros crecía de manera estable; más aún conforme nos dábamos cuenta de que algunos de ellos tenían un carácter paradigmático: iluminaban algunos problemas que suelen encontrarse en una escala mucho mayor en la sociedad en general.

Al final, el cambio en el interés de la investigación de un problema delictivo al problema más amplio de la relación entre diferentes vecindarios de una comunidad evitó lo que podría haber sido un esfuerzo perdido. En el tercer año de la investigación, prácticamente se esfumaron los diferenciales delictivos entre los dos vecindarios más grandes (que respaldaban la idea local de que uno de ellos era un área delictiva). Sin embargo, la

imagen que los vecindarios más viejos tenían del más nuevo, que había tenido un índice delictivo mayor, no se disipó. Los vecindarios más viejos persistieron en estigmatizar al más nuevo como un vecindario donde la delincuencia era incontrolable. La pregunta sobre la razón por la cual las opiniones sobre este hecho se mantuvieron, a pesar de que los hechos mismos habían cambiado, fue una de las cuestiones en que se hizo hincapié durante la investigación, aunque no nos hubiéramos planteado explorarla. Otra pregunta era por qué los hechos mismos habían cambiado: por qué el diferencial delictivo entre los dos vecindarios prácticamente había desaparecido.

Por lo tanto, el estudio que ahora presentamos no se planeó como tal desde un inicio. Continuamente seguimos pistas y consideramos nuevos problemas que aparecieron conforme se desarrollaba la investigación, y, en una o dos ocasiones, lo que descubrimos en su curso cambió su dirección principal.

Una investigación que está a cargo de sólo dos personas, quienes no tienen más responsabilidad que con ellos mismos y no están restringidas por las estipulaciones preestablecidas que suele implicar el recibir una beca de investigación, puede llevarse a cabo de manera relativamente flexible sin la necesidad de ceñirse a un problema prescrito o a un calendario establecido. La oportunidad de seguir las pistas conforme se nos presentaban y de cambiar el curso principal de la investigación si éstas parecían prometedoras en general resultó ventajosa. Nos ayudó a contrarrestar la rigurosidad de cualquier idea establecida que tuviéramos sobre lo que importaba en el estudio de una comunidad; nos permitió echar una mirada al horizonte en busca de fenómenos inadvertidos que pudieran tener una importancia inesperada. Así, esta experimentación, en apariencia difusa, al final nos condujo a una imagen bastante concisa y completa de los aspectos de una comunidad que pueden considerarse centrales; sobre todo, de las relaciones de poder y estatus y de las tensiones que implican. Buscamos encontrar las razones por las que en Winston Parva algunos grupos tenían mayor poder que otros, y lo que descubrimos explicaba en cierta medida esas diferencias. En una escala mayor, la investigación iluminó los méritos y las limi-

tantes de los estudios microsociológicos intensivos. Conforme la llevábamos a cabo, nosotros mismos nos sorprendimos ante la frecuencia con que las configuraciones y regularidades descubiertas en el microcosmos de Winston Parva sugerían hipótesis que podrían resultar útiles como guías, incluso para investigaciones macrosociológicas. En su conjunto, la investigación indicó que los problemas a pequeña escala en el desarrollo de una comunidad y los problemas a gran escala en el desarrollo de un país son inseparables; estudiar los desarrollos comunitarios como si sucedieran en un vacío sociológico carece de sentido.

En líneas generales, nuestra intención era mantener un equilibrio entre la presentación fáctica simple y las consideraciones teóricas. En ninguna medida estamos seguros de nuestro éxito; no obstante, intentamos que nuestros intereses teóricos no se sobrepusieran a nuestros intereses en la vida social de las personas de Winston Parva.

Una investigación como ésta hubiera resultado imposible sin la amistosa ayuda y la cooperación de otros. Estamos en deuda con las personas de Winston Parva, quienes convirtieron las entrevistas en una tarea tan agradable como iluminadora. La intrusión en sus casas nunca les produjo animadversión, y muchos de ellos se interesaron de manera jovial y alentadora en la investigación. Los funcionarios y los miembros de organizaciones voluntarias en Winston Parva nos prestaron una gran ayuda. Tenemos una deuda especial con el Servicio de Libertad Provisional del condado y con el oficial en jefe de libertad provisional. Sobre todo, estamos en deuda con el doctor Bryan Wilson, profesor adjunto de sociología en Oxford, quien en las últimas etapas leyó con cuidado todo el manuscrito, que debe mucho a su sabia ayuda e ilustrado consejo, así como a su poder persuasivo, mismo que a menudo fue necesario para convencernos de las mejoras que sugería.

Febrero de 1964

Introducción
Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados

NORBERT ELIAS*

El recuento de una comunidad suburbana incluido en el presente libro muestra una división tajante en su interior entre un grupo establecido hace mucho tiempo y un grupo más nuevo de residentes, a cuyos miembros el grupo establecido trataba como marginados. Este grupo cerró sus filas en contra de ellos y, por lo general, ponía sobre ellos el estigma de personas de menor valor humano; se consideraba que carecían de la virtud humana superior —el carisma característico del grupo— que el grupo dominante se atribuía a sí mismo.

Por consiguiente, en la pequeña comunidad de Winston Parva era posible encontrar, como en miniatura, un tema humano universal. Es posible observar, una y otra vez, cómo los grupos que en términos de *poder* son más fuertes que otros grupos interdependientes se consideran a sí mismos *mejores* que los otros en términos de humanidad. El significado literal de «aristocracia» puede servir como ejemplo. Éste fue el nombre que una clase alta ateniense de guerreros propietarios de esclavos utilizaba para el tipo de relación de poder que permitía a su grupo conservar la posición gobernante en Atenas; pero su significado literal es «gobierno de los mejores». Hasta nuestros días, el término *noble* conserva su *doble* significado: un alto rango social y una actitud humana de alta estimación, como en «un gesto noble»; lo mismo sucede con «villano», un término utilizado para designar a un

* Estoy en gran deuda con Cas Wouters y Bram van Stolk. Discutir con ellos problemas de traducción al neerlandés me ayudó a mejorar el texto; y fueron ellos quienes me incitaron a escribir este ensayo.

grupo social de baja posición y, por lo tanto, de bajo valor humano, y que aún conserva su significado en este último sentido; una expresión utilizada para calificar a una persona con una moral baja. No es complicado encontrar otros ejemplos.

Ésta es la imagen normal del yo en grupos que, en términos de su índice de poder, ocupan con firmeza un lugar superior en relación con otros grupos interdependientes. Sin importar si son cuadros sociales, como los señores feudales en relación con los villanos, los «blancos» en relación con los «negros», los gentiles en relación con los judíos, los protestantes con los católicos y viceversa, los hombres con las mujeres (en el pasado), naciones-Estado grandes y poderosas en relación con otras que son de menor tamaño y relativamente impotentes o, como en el caso de Winston Parva, un grupo de clase obrera establecido hace mucho en relación con los miembros de un nuevo asentamiento de clase obrera en su vecindario; en todos los casos, los grupos más poderosos se consideran a sí mismos «mejores», como si estuvieran dotados de un tipo de carisma grupal, de una virtud específica que comparten todos sus miembros y de la que carecen los demás. Lo que es más, en todos estos casos, las personas «superiores» pueden hacer que aquellas menos poderosas sientan que carecen de virtud: que son inferiores en términos humanos.

¿Cómo sucede esto? ¿Cómo es que los miembros de un grupo sostienen la creencia de que no sólo son más poderosos sino también mejores seres humanos que los de otro? ¿Qué elementos utilizan para imponer la creencia en su superioridad humana sobre los menos poderosos?

El estudio de Winston Parva trata con algunos de estos problemas y con otros relacionados; aquí se discuten en referencia a diferentes agrupaciones dentro de una pequeña comunidad vecinal. Tan pronto como uno hablaba con sus habitantes, se enfrentaba al hecho de que los residentes del área donde vivían las «viejas familias» se consideraban «mejores», superiores en términos humanos a quienes vivían en la parte vecina más nueva de la comunidad. Rehuían cualquier clase de contacto social con ellos más allá del que sus ocupaciones exigían; los agrupaban a todos como personas de una estirpe menor. En pocas palabras,

trataban a todos los recién llegados como personas que «no pertenecían», como «forasteros». Después de cierto tiempo, los mismos recién llegados parecían aceptar con una cierta resignación perpleja que pertenecían a un grupo de menor virtud y respetabilidad, lo que, a partir de su conducta real, sólo parecía justificarse en el caso de una pequeña minoría. Por consiguiente, en esta pequeña comunidad se encontraba lo que parecía ser una regularidad universal de cualquier configuración entre establecidos y marginados: el grupo establecido atribuía a sus miembros características humanas superiores, excluía a todos los miembros del otro grupo de cualquier tipo de contacto social no laboral con sus miembros; el tabú de estos contactos se mantenía con vida a través de controles sociales como el chisme elogioso para quienes lo cumplían y la amenaza del chisme recriminatorio contra los supuestos infractores.

El estudio de aspectos de una configuración universal dentro del perímetro de una comunidad pequeña impone ciertas limitantes obvias sobre la investigación, pero también tiene sus ventajas. El uso de una pequeña unidad social como el núcleo de una investigación sobre problemas que pueden encontrarse en una gran variedad de unidades sociales más grandes y diferenciadas posibilita la exploración de estos problemas con gran detalle, como en un microscopio, por decirlo de alguna manera. Es posible construir un modelo a pequeña escala de la configuración que uno considera universal; un modelo listo para ponerse a prueba, ampliarse y, de ser necesario, revisarse a partir de investigaciones sobre configuraciones relacionadas de mayor escala. En este sentido, el modelo de una configuración entre establecidos y marginados que resulte de una investigación sobre una pequeña comunidad como Winston Parva puede servir como un tipo de «paradigma empírico». Su aplicación como parámetro para otras configuraciones más complejas de este tipo puede hacer posible un mejor entendimiento de las características estructurales que comparten y de las razones por las que, en condiciones distintas, funcionan y se desarrollan bajo líneas diferentes.

Al caminar por las calles de las dos secciones de Winston Parva, un visitante casual podría sorprenderse al descubrir que

los habitantes de una parte se consideraban inmensamente superiores a los de la otra. En cuanto a los estándares de vivienda, las diferencias entre ambas partes no resultaban especialmente evidentes. Incluso si la cuestión se consideraba con mayor detenimiento, en un inicio resultaba sorprendente que los habitantes de un área sintieran la necesidad —y fueran capaces— de tratar a los de la otra como si fueran inferiores a ellos y, en cierta medida, pudieran hacerlos *sentirse* inferiores. No existían diferencias de nacionalidad, de ascendencia étnica, de «color» o «raza» entre los residentes de ambas áreas; tampoco diferían en sus ocupaciones, en sus ingresos ni en su nivel educativo; es decir, en su clase social. Ambas eran áreas de clase obrera. La única diferencia entre ellas era la ya mencionada: un grupo estaba formado por viejos residentes, quienes llevaban más de tres generaciones establecidos en el vecindario, y el otro era un grupo de recién llegados.

Entonces, ¿qué indujo a quienes conformaban el primero de estos grupos a establecerse como seres humanos de un orden más elevado y mejor? ¿Qué recursos de poder les permitieron afirmar su superioridad e insultar a los otros como si fueran personas de una estirpe inferior? Normalmente este tipo de configuración se relaciona con diferencias étnicas, nacionales y grupales de otra índole que ya se han mencionado y, en ese caso, algunas de sus características prominentes tienden a escapar a nuestra atención. Sin embargo, en Winston Parva el arsenal completo de superioridad y desprecio grupales se movilizaba en las relaciones entre dos grupos cuya única diferencia era la duración de su residencia en el lugar. Allí era posible observar que la «vejez» de la asociación, con todas sus implicaciones, era capaz de crear por sí misma el grado de cohesión grupal, la identificación colectiva, el carácter compartido de las normas, que pueden inducir la gratificante euforia que se relaciona con la conciencia de pertenecer a un grupo con un valor más elevado y con el desprecio complementario hacia otros grupos.

Al mismo tiempo, allí era posible observar las limitaciones de cualquier teoría que sólo explique los diferenciales de poder a partir de una posesión monopólica de objetos no humanos,

como armas o medios de producción, y que ignore los aspectos figuracionales de los diferenciales de poder que sólo se deban a los contrastes en el grado de organización de los seres humanos involucrados. Era posible darse cuenta gradualmente de que en Winston Parva estos diferenciales, en especial en el grado de cohesión interna y control comunitario, podían desempeñar un papel decisivo en el índice de poder de un grupo en relación con el de otro; como, sin duda, se puede observar en muchos otros casos. En esa pequeña comunidad la superioridad del poder del viejo grupo establecido era en buena medida de este tipo; se basaba en el grado elevado de cohesión de las familias que se habían conocido por más de dos o tres generaciones, en comparación con los recién llegados, que eran extraños no sólo en relación con los viejos residentes sino entre ellos mismos. Fue gracias a ese potencial más elevado para la cohesión y a su activación por medio del control social que los viejos residentes fueron capaces de reservar para personas de su tipo puestos directivos en organizaciones locales, como el Concejo, la Iglesia o los clubes, y excluir firmemente a las personas que vivían en la otra parte y que, como grupo, carecían de cohesión. La exclusión y la estigmatización de los marginados a manos del grupo establecido fueron, por lo tanto, armas poderosas que este último utilizó para conservar su identidad, afirmar su superioridad y mantener a los otros firmemente en su lugar.

Allí se podía encontrar, en una forma particularmente pura, una fuente de diferenciales de poder entre grupos interrelacionados que también desempeña un papel en muchos otros contextos sociales, aunque en éstos, a los ojos de un observador, suele estar revestida de otras características distintivas de los grupos involucrados, como el color de la piel o la clase social. En una inspección más cercana suele descubrirse que también en estos casos, como en Winston Parva, un grupo tiene un índice de cohesión más elevado que el otro y que este diferencial de integración contribuye sustancialmente al excedente de poder del primero. Este mayor grado de cohesión permite a ese grupo reservar para sus miembros posiciones sociales con un potencial de poder elevado de un tipo diferente, con lo que refuerza su

cohesión, y le permite excluir de ellas a miembros de otros grupos, lo que, en esencia, es a lo que uno se refiere cuando habla de una configuración entre establecidos y marginados.

Sin embargo, aunque la naturaleza de los recursos de poder sobre los que se fundan cualquier superioridad social y el sentimiento de superioridad humana de un grupo establecido en relación con un grupo marginado puede variar considerablemente, por sí misma la configuración entre establecidos y marginados muestra, en muchos contextos distintos, características comunes y regularidades. Era posible observarlas en el pequeño contexto de Winston Parva, y una vez descubiertas, se volvieron más obvias en otros contextos. Por lo tanto, se hizo evidente que el concepto de una relación entre establecidos y marginados llenaba un hueco en nuestro aparato conceptual que nos impedía percibir tanto la unidad estructural común como las variaciones de este tipo de relación y, por lo tanto, no nos permitía explicarlas.

Un ejemplo de las regularidades estructurales de las relaciones entre establecidos y marginados puede ayudar a los lectores a descubrir, sobre la marcha, otras por su cuenta. Como indica el estudio de Winston Parva, un grupo establecido tiende a atribuir a su grupo marginado, como un todo, las características «malas» de la «peor» sección del grupo: de su minoría anómica. En comparación, la imagen que el grupo establecido tiene de sí tiende a modelarse sobre su sección ejemplar, la más «nómica» o normativa; sobre la minoría de sus «mejores» miembros. Esta distorsión *pars pro toto* en direcciones opuestas permite a un grupo establecido probarse su punto a sí mismo y a otros; siempre existirá cierta evidencia que muestre que un grupo es «bueno» y que el otro es «malo».

Las condiciones que permiten a un grupo insultar a otro, la dinámica social de la estigmatización, merece que se le preste cierta atención en este contexto. Era posible descubrir el problema en cuanto se hablaba con personas de las partes más viejas de Winston Parva. Todos estaban de acuerdo en que «allá», en la parte más nueva, la gente pertenecía a una estirpe menor. Era imposible no darse cuenta de que la tendencia de un grupo a estigmatizar al otro, la cual desempeña un papel tan importante

en las relaciones entre diferentes grupos en todo el mundo, podía encontrarse también aquí, en esta pequeña comunidad: en la relación entre dos grupos que, en términos de nacionalidad y clase, eran muy similares, y ya que uno podía observarla aquí, por decirlo de alguna forma, en un microcosmos social, parecía más manejable. Resultaba fácil observar en este contexto que la habilidad de un grupo para colgar la etiqueta de inferioridad humana sobre otro y fijarla era una función de una configuración específica que los dos grupos formaban entre sí. En otras palabras, su investigación requiere de un acercamiento figuracional. Actualmente existe la tendencia a discutir el problema de la estigmatización social como si fuera simplemente una cuestión de personas que muestran una aversión pronunciada de manera individual hacia otras personas como individuos. Una forma conocida de conceptualizar esta observación es clasificarla como prejuicio; sin embargo, eso implica percibir a un nivel solamente individual algo que no se puede entender si no se percibe al mismo tiempo a un nivel grupal. Actualmente suele ser imposible distinguir entre estigmatización grupal y prejuicios individuales, así como relacionarlos. En Winston Parva, como en cualquier otro lugar, era posible encontrar a miembros de un grupo que insultaban a los de otro, no a causa de sus cualidades como personas individuales, sino porque formaban parte de un grupo al que consideraban colectivamente diferente del suyo e inferior. Por consiguiente, se pierde la clave de un problema que suele discutirse bajo epítetos como «prejuicio social», si es que se busca solamente en la estructura de la personalidad de individuos; clave que sólo es posible encontrar si se considera la configuración formada por los dos (o más) grupos involucrados, o, en otras palabras, la naturaleza de su interdependencia.

La pieza central de esa configuración es un equilibrio desigual de poder y las tensiones que le son inherentes; también lo es la condición decisiva de cualquier estigmatización efectiva de un grupo marginado por parte de un grupo establecido. Un grupo puede estigmatizar efectivamente a otro sólo mientras esté bien establecido en las posiciones de poder de las que se excluye al grupo estigmatizado. Mientras suceda así, el estigma de des-

honra colectiva que se fija a los marginados puede mantenerse. El desprecio total y la estigmatización unilateral y sin enmienda posible de los marginados, así como la estigmatización de los intocables a manos de las castas más elevadas en India o la de los esclavos africanos o sus descendientes en los Estados Unidos, indica un equilibrio muy desigual de poder. Colgar la etiqueta de «menor valor humano» a otro grupo es una de las armas que los grupos «superiores» utilizan en las luchas de poder como un medio para mantener la superioridad social. En dicha situación, la ofensa social que un grupo más poderoso lanza sobre uno menos poderoso suele incorporarse a la imagen propia de este último y, por lo tanto, lo debilita y desarma. Por consiguiente, el poder de estigmatización disminuye o incluso se revierte cuando un grupo ya no es capaz de mantener su monopolización de los recursos principales de poder que están disponibles en una sociedad, ni de excluir a otros grupos interdependientes —los antiguos marginados— de su participación de dichos recursos. En cuanto disminuyen las disparidades de poder —o, en otras palabras, la desigualdad en el equilibrio de poder—, los antiguos grupos marginados, por su parte, suelen contraatacar. Recurren a la contraestigmatización, como hacen los negros en los Estados Unidos o los pueblos africanos que antes estaban sujetos a la dominación europea, o como la antigua clase sometida, los trabajadores industriales, hace en Europa.

Quizá esto baste para indicar brevemente la razón por la que el tipo de estigmatización —de «prejuicio» social entre grupos— que se encontró en el contexto miniatura de Winston Parva demandaba una investigación sobre la estructura general de la relación entre los dos grupos principales que dotaba a uno de poder y marginaba al otro. En otras palabras, requería, como primer paso, un grado de desapego —de distanciamiento— hacia ambos grupos. El problema que tenía que examinarse no era cuál bando tenía la razón y cuál estaba equivocado; más bien, el problema era qué características estructurales de la comunidad en desarrollo de Winston Parva vinculaban a los dos grupos entre sí de manera tal que los miembros de uno de ellos se sentían incitados a tratar —y tenían suficientes recursos de poder para ha-

cerlo— a los miembros del otro grupo, de manera colectiva, con cierto desprecio, como si fueran personas de una estirpe menor y, por lo tanto, de menor valor humano en comparación con ellos mismos.

Este problema se presentaba en Winston Parva con una fuerza particular, porque la mayoría de las explicaciones actuales sobre los diferenciales de poder no tenían cabida ahí. Como ya se dijo, los dos grupos no se diferenciaban en clase social, nacionalidad, ascendencia étnica o racial, denominación religiosa o nivel educativo. La principal diferencia entre ambos era precisamente ésta: uno de los grupos estaba conformado por viejos residentes establecidos en el vecindario por dos o tres generaciones y el otro era uno de recién llegados. La importancia sociológica de este hecho era una diferencia marcada en la cohesión de ambos grupos. Uno estaba estrechamente integrado y el otro no. Los diferenciales de cohesión e integración como aspectos de los diferenciales de poder probablemente no han recibido la atención que merecen. En Winston Parva su importancia como una fuente de las desigualdades de poder se mostraba muy claramente. Una vez que se descubría ahí, era fácil evocar otros casos de diferenciales de cohesión como fuentes de diferenciales de poder.

La manera en que funcionaban en Winston Parva era bastante obvia. El grupo de viejos residentes, familias cuyos miembros se conocían desde hacía más de una generación, habían establecido un modo de vida común para ellos y un conjunto de reglas. Cumplían con ciertos estándares y estaban orgullosos de ello. Por esta razón, la afluencia de recién llegados a su vecindario se experimentó como una amenaza a la forma de vida establecida, aun cuando los recién llegados eran sus connacionales. Para el grupo nuclear de la parte vieja de Winston Parva, el sentido de su posición y pertenencia estaba ligado con su vida comunitaria y su tradición. Con el fin de preservar algo que ellos consideraban de gran valor, cerraron las filas contra los recién llegados, protegiendo, así, su identidad como grupo y afirmando su superioridad. La situación resulta familiar. Muestra de manera muy clara la complementariedad del valor humano

superior —el carisma del grupo— que los establecidos se atribuían y las características «negativas» —la deshonra del grupo— que atribuían a los marginados. Ya que estos últimos —recién llegados y extraños no sólo para los viejos residentes sino para ellos mismos— carecían de cohesión, fueron incapaces de cerrar sus propias filas y contraatacar.

La complementariedad del carisma de grupo (el propio) y la deshonra de grupo (el de los otros) es uno de los aspectos más importantes del tipo de relación entre establecidos y marginados que era posible encontrar aquí y merece un momento de consideración; proporciona una pista para entender la barrera emocional contra el contacto cercano con los marginados que este tipo de configuración instaura entre los establecidos. Quizá más que cualquier otra cosa, sea esta barrera la que explica la rigidez, en ocasiones extrema, en la actitud de los grupos establecidos hacia los marginados: la perpetuación de este tipo de tabú contra el contacto cercano con los marginados generación tras generación, incluso si la superioridad social, o en otras palabras, el excedente de poder, disminuye. Es posible observar bastantes ejemplos de inflexibilidad emocional en nuestra época. Así, la legislación estatal en la India puede abolir la posición de descastados de los antiguos intocables, pero la repugnancia emocional que los indios de una casta elevada sienten hacia el contacto con ellos persiste, en especial en las áreas rurales de este amplio país. De la misma manera, la legislación estatal y federal en los Estados Unidos ha minado cada vez más las incapacidades jurídicas del grupo antes esclavizado y ha establecido su igualdad institucional con los antiguos amos, como conciudadanos de la misma nación; sin embargo, el «prejuicio social», las barreras emocionales establecidas por el sentimiento de su virtud superior, en especial entre los descendientes de dueños de esclavos, y la sensación de menor valor humano, la deshonra de grupo de los descendientes de esclavos, no han seguido el ritmo de los cambios legales. Por consiguiente, el incremento en la contraestigmatización, en una batalla por el equilibrio de poder en la que los diferenciales disminuyen lentamente, se vuelve claramente más fuerte.

La mecánica de la estigmatización no se puede entender fácilmente sin una mirada cercana al papel que desempeña la imagen que una persona tiene de la posición de su grupo en relación con los otros y, por lo tanto, de su propia posición como miembro de ese grupo. Ya se dijo que los grupos dominantes con una superioridad de poder elevada se atribuyen, como colectividades y a quienes pertenecen a ellas como familias e individuos, un carisma grupal distintivo. Todos aquellos que «pertenecen» participan de él, pero deben pagar por ello. La participación de la superioridad de un grupo y su carisma grupal único son, por decirlo de alguna manera, la recompensa por someterse a las reglas específicas de ese grupo. Cada uno de sus miembros debe pagar individualmente mediante la sujeción de su conducta a patrones específicos de control de los afectos. El orgullo de personificar el carisma de nuestro grupo en nosotros mismos, la satisfacción de pertenecer y representar a un grupo poderoso que, de acuerdo con nuestra ecuación emocional, tiene un valor y una superioridad humana únicos se relaciona de manera indisociable con la voluntad que sus miembros tienen de someterse a las obligaciones que le impone la pertenencia a ese grupo. Como sucede en otros casos, la lógica de las emociones es severa: la superioridad de poder se iguala al mérito humano, el mérito humano a la gracia de la naturaleza o de los dioses. La gratificación recibida a partir de nuestra porción del carisma grupal compensa el sacrificio personal de la gratificación en forma de sumisión a normas grupales.

Normalmente, se considera que los miembros de un grupo marginado no cumplen con estas normas y restricciones; ésa es la imagen que prevalece de ese grupo entre los miembros de otro establecido. En el caso de Winston Parva, como en cualquier otro, los marginados se experimentan —tanto de manera colectiva como individual— como anómicos. El contacto cercano con ellos, por lo tanto, se considera desagradable. Ponen en riesgo las defensas inherentes del grupo establecido contra el quebrantamiento de reglas y tabúes comunes, de cuyo cumplimiento depende tanto la posición de una persona entre sus congéneres dentro de un grupo establecido, como su respeto por sí misma,

su orgullo, su identidad como miembro del grupo superior. El hecho de que los establecidos cierren sus filas cumple, sin duda, con la función social de preservar la superioridad de poder del grupo. Al mismo tiempo, evitar cualquier contacto social cercano con los miembros de un grupo marginado tiene todas las características emocionales de lo que en otros contextos hemos aprendido a llamar «miedo a la contaminación». Puesto que los marginados se perciben como anómicos, el contacto cercano con ellos pone a un miembro de un grupo establecido en riesgo de «infección anómica»: se puede sospechar que rompió las reglas y los tabúes de su grupo; de hecho, a causa de la simple asociación con miembros de un grupo marginado efectivamente habría quebrantado las normas. Así, el contacto con marginados amenaza a un «interno» con la disminución de su estatus social en el grupo establecido. Podría perder el aprecio de sus miembros; parecer que ya no comparte el elevado valor humano que los establecidos se atribuyen.

Los conceptos reales que los grupos establecidos utilizan como medios de estigmatización pueden variar de acuerdo con las características sociales y las tradiciones de los grupos involucrados. En muchos casos, carecen de importancia fuera del contexto particular en que se utilizan; no obstante, dañan profundamente a los marginados debido a que los grupos establecidos suelen contar entre sus aliados con alguna voz interior de sus inferiores sociales. Continuamente, los nombres mismos de los grupos que están en situación de marginados conllevan, incluso para los oídos de sus propios miembros, un tufo de inferioridad y deshonra. Por lo tanto, la estigmatización puede tener un efecto paralizador sobre grupos con un índice menor de poder. Aunque otros recursos de la superioridad de poder son necesarios para mantener la capacidad de estigmatización, esta última no es en sí misma un arma menor en las tensiones y los conflictos relacionados con el equilibrio de poder. Por un tiempo, puede paralizar la habilidad de grupos con un índice de poder más reducido para contraatacar y movilizar los recursos de poder que tengan a su alcance. Incluso puede ayudar a perpetuar por cierto tiempo la superioridad de estatus de un grupo cuya superioridad de poder ha disminuido o desaparecido.

En los países de habla inglesa, como en todas las demás sociedades humanas, la mayoría de las personas tiene a su disposición una gama de términos para estigmatizar a otros grupos que sólo tienen significado en el contexto de relaciones específicas entre establecidos y marginados. *Nigger* (negro), *yid* (judío), *wop* (espagueti), *dike* (lencha), *papist* (papista) son algunos ejemplos. Su mordacidad depende de la conciencia que el usuario y el receptor tienen de que la humillación deseada para el último cuenta con el respaldo de un grupo establecido poderoso, en relación con el cual el grupo del receptor es un marginado con menores recursos de poder. Todos estos términos simbolizan el hecho de que es posible avergonzar al miembro de un grupo marginado porque no cumple con las normas del grupo superior, porque, de acuerdo con estas normas, es anómico. No existe nada más característico de un equilibro sumamente desigual de poder en casos como éstos que la inhabilidad de los grupos marginados para contraatacar al grupo establecido por medio de un término igualmente estigmatizador. Incluso si poseen estos términos en la comunicación entre ellos (el término judío *goy* es un ejemplo), resultan inútiles como armas en un encuentro de jerga porque el grupo marginado no puede avergonzar a los miembros de un grupo establecido: mientras el equilibrio de poder entre ellos sea muy desigual, los términos estigmatizadores carecerán de sentido, no tendrán veneno. Si comienzan a sentirse, es un indicador de que el equilibrio de poder está cambiando.

Se dijo ya que la estigmatización de los marginados muestra ciertas características comunes en una amplia variedad de configuraciones entre establecidos y marginados. La anomia es, quizá, el reproche más frecuente contra ellos; es posible encontrar una y otra vez que el grupo establecido no los considera de fiar sino indisciplinados y anárquicos. Un miembro de la clase dirigente aristocrática de Atenas —el llamado Viejo oligarca— se refería así al *demos* (δημος), los ciudadanos atenienses en auge —artesanos libres, mercaderes y campesinos—, quienes, según parece, habían llevado a su grupo al exilio y establecido la democracia, el gobierno del *demos:*

> En todo el mundo la aristocracia en un Estado se opone a la democracia; pues las características naturales de una aristocracia son la disciplina, la obediencia de las leyes y una observancia sumamente estricta de lo respetable; mientras que las características naturales del pueblo común son la ignorancia extrema, una mala disciplina y la inmoralidad [...] Pues lo que se considera anarquía es, de hecho, la base sobre la que descansa la fuerza del pueblo.[1]

La invariabilidad del patrón de estigmatización que usan los grupos con un poder elevado en relación con los grupos marginados en todo el mundo —la invariabilidad de este patrón a pesar de todas las diferencias culturales—puede resultar, en un inicio, algo inesperada. Sin embargo, los síntomas de la inferioridad humana que un grupo establecido con poder elevado tiene mayores posibilidades de percibir en un grupo marginado con un poder reducido, y que sirven a sus miembros para justificar que su posición sea más elevada y como prueba de que su valor es más grande, suelen generarse en los miembros del grupo inferior —inferior en términos de su índice de poder— por las mismas condiciones de su posición de marginados y por la humillación y opresión concomitantes. En ciertos aspectos, son las mismas en todo el mundo. La pobreza —un bajo nivel de vida— es una de ellas; sin embargo, hay otras que, en términos humanos, no resultan menos relevantes; entre ellas, la constante exposición a los caprichos de las decisiones y las órdenes de sus superiores, la humillación que implica la exclusión de sus filas y las actitudes de sumisión engendradas dentro del mismo grupo. Además, en los casos en que el diferencial de poder es muy grande, los grupos que se encuentran en una posición de marginados se miden con la regla de sus opresores. A partir de las normas de sus opresores se descubren deficientes; se experimentan a sí mismos como seres de menor valor. En la misma

[1] *The Old Oligarch: Pseudo-Xenophon's*, «Consitution of Athens», London Association of Classical Teachers, Londres, 1969, y en John Michael Moore, *Aristotle and Xenophon on Democracy and Oligarchy*, Chatto & Windux, Londres, 1975. Es posible consultar el texto griego en *Xænophontis opera*, ed. de Edgar Cardew Marchant, vol. 5, Clarendon Press, Oxford, 1900-1920 (Oxford Classical Texts).

manera en que los grupos establecidos normalmente consideran la superioridad de su poder como un signo de su valor humano más elevado, los grupos marginados, mientras el diferencial de poder sea grande y la sumisión inevitable, experimentan emocionalmente su inferioridad de *poder* como un signo de inferioridad *humana*. Por consiguiente, una mirada a los casos más extremos de desigualdades de poder en configuraciones entre establecidos y marginados, en las que el impacto en la estructura de la personalidad de los marginados se muestra con toda su severidad, puede ayudar a mostrar desde una mejor perspectiva las características de personalidad y experiencias relacionadas de los marginados en casos en los que el desequilibrio sea menor y la pobreza, la sumisión y el sentido de inferioridad más moderados. A través del sondeo de aspectos experimentales de las configuraciones entre establecidos y marginados se pueden alcanzar capas de la experiencia humana en las que las diferencias en la tradición cultural no desempeñen un papel importante.

Los grupos establecidos que tienen un gran margen de poder a su disposición tienden a experimentar a los grupos marginados como si fueran particularmente impuros y no sólo como rebeldes quebrantadores de leyes y normas (las leyes y las normas de los establecidos). En Winston Parva, el oprobio de la impureza que se adscribía a los marginados era relativamente ligero (y a lo sumo se justificaba en el caso de la «minoría de los peores»). No obstante, las viejas familias albergaban la sospecha de que las casas de «allá», y en especial sus cocinas, no estaban tan limpias como debían. Casi en todos lados, los miembros de grupos establecidos, y aún más aquellos grupos que aspiran a la clase dirigente, se enorgullecen de ser más limpios que los marginados de manera literal y figurativa; y, dadas las condiciones más pobres de muchos grupos marginados, probablemente suelen estar en lo correcto. El sentimiento extendido entre los grupos establecidos de que el contacto con los miembros de un grupo marginado contamina se refiere a la contaminación por anomia y suciedad a la vez. Shakespeare habló de un «artífice flaco y sucio». Desde 1830, el término «los grandes sucios» se extendió para referirse a las «clases bajas» de la Inglaterra en proceso de industrialización

y el *Oxford English Dictionary* cita a alguien que en 1868 escribe: «Cada vez que hablo de [...] las clases trabajadoras, es en el sentido de los "grandes sucios"».

En el caso de diferenciales de poder muy grandes y, por consiguiente, de una gran opresión, los grupos de marginados suelen considerarse sucios y apenas humanos. Tomemos como ejemplo una descripción de un viejo grupo marginado de Japón, los burakumin (su antiguo nombre estigmático *eta*, que significa literalmente «lleno de suciedad», ahora sólo se usa en secreto):

> Estas personas tienen peores casas, una mala educación, trabajos más duros y mal pagados, y mayor propensión a cometer crímenes que el japonés común. Pocos japoneses ordinarios socializarían conscientemente con ellos. Aún menos permitirían que su hijo o hija se casara con una familia de parias.
>
> Sin embargo, lo más extraordinario es que no existe ninguna diferencia física esencial entre los descendientes de los parias y el resto de los japoneses.
>
> [...]
>
> Siglos de discriminación, de ser tratados como si no fueran humanos, y de hacerles creer que por pertenecer a los burakumin no son lo suficientemente buenos para formar parte de la vida japonesa común han dejado su marca en la mente de los burakumin [...] He aquí una entrevista con uno de ellos, llevada a cabo hace varios años; se le preguntó si sentía que era igual a un japonés común. Respuesta: «No, matamos animales. Somos sucios y algunos piensan que no somos humanos». Pregunta: «¿Tú crees que eres humano?» Respuesta (pausa larga): «No lo sé... Somos malos y sucios».[2]

Si se otorga una mala fama a un grupo, es probable que cumpla con las expectativas. En el caso de Winston Parva, la sección que sufría una exclusión más severa dentro del grupo marginado aún era capaz de responder, si bien de manera subrepticia. En qué medida la vergüenza que produce la estigmati-

[2] Mark Frankland, «Japan's Angry Untouchables», *Observer Magazine* (2 de noviembre de 1975), pp. 40 y ss.

zación inevitable por parte de un grupo establecido se convierte en una apatía paralizante, en qué medida en una norma agresiva y en anarquía, depende de la situación general. He aquí lo que sucedía en Winston Parva:

> Los niños y los adolescentes de la minoría despreciada de la Urbanización eran evitados por sus «respetables» coetáneos de la «aldea», quienes los rechazaban y excluían con una firmeza aún mayor que sus padres porque el «mal ejemplo» que establecían amenazaba sus defensas contra los deseos desordenados en su interior; y, ya que la minoría salvaje de jóvenes se sentía rechazada, intentaban vengarse comportándose mal con mayor deliberación. El conocimiento de que al ser ruidosos, destructores y ofensivos podían molestar a quienes los rechazaban y trataban como parias servía como un incentivo añadido, quizá como el mayor incentivo, para su «mal comportamiento». Disfrutaban hacer precisamente las cosas de las que se les culpaba como un acto de venganza contra aquellos que los culpaban.[3]

Y aquí el estudio sobre los burakumin:

> Las identidades propias de minorías como éstas pueden involucrar un retraimiento social a guetos o, si el contacto con la mayoría es necesario o conveniente, la aceptación de roles sociales pervertidos de cara al grupo mayoritario. Estos roles pervertidos suelen involucrar una gran hostilidad oculta hacia cualquier forma de autoridad que ejerzan los miembros del grupo mayoritario. Estos sentimientos son una consecuencia de la explotación de una generación tras otra [...] Uno descubre que los hijos de los parias son más propensos a la agresividad y que, en cierto sentido, materializan los estereotipos que se les atribuyen, al menos en cierta medida.[4]

[3] Véase *infra*, pp. 199-200.

[4] Ben Whitaker, «Japan's Outcasts: The Problem of the Burakumin», en Ben Whitaker (coord.), *The Fourth World: Victims of Group Oppression*, Sidwick & Jackson, Londres, 1972, p. 316. Existe otro paralelismo con la situación de Winston Parva: «Es necesario hacer hincapié en el hecho de que las acciones pervertidas sólo ocurren entre una minoría de los parias, aunque es una porción significativamente elevada si se compara con el total de la población» (p. 317).

Se ha adquirido el hábito de explicar relaciones grupales como las aquí descritas como si fueran el resultado de diferencias raciales, étnicas y, en ocasiones, religiosas. Ninguna de estas explicaciones funciona aquí. La minoría de los burakumin en Japón proviene del mismo linaje que la mayoría de los japoneses; parece que descienden de grupos ocupacionales de baja categoría, como aquellos que se asocian con la muerte, el parto, la matanza de ganado y los productos que provienen de ella. Con el progreso de la sensibilidad de la clase gobernante guerrera y sacerdotal de Japón, lo que se puede considerar un aspecto del proceso de la civilización en ese país, así como en cualquier otro lugar, y que se manifiesta en el desarrollo de las enseñanzas sintoístas y budistas, estos grupos humildes probablemente fueron sujetos de la segregación hereditaria que se promovió de manera rigurosa desde *ca.* 1600 d. C.[5] Se consideraba que el contacto con ellos contaminaba, se hizo que algunos de ellos portaran un parche de piel en las mangas de sus kimonos y el matrimonio con la mayoría de los japoneses estaba estrictamente prohibido.

Aunque las diferencias entre los parias y otros japoneses eran resultado del desarrollo de una relación entre establecidos y marginados y, por lo tanto, tenían un origen completamente social, en estudios recientes el grupo marginado ha mostrado muchas de las características que actualmente suelen asociarse con diferencias raciales o étnicas. Quizá baste mencionar una de ellas: «Informes recientes de psicólogos japoneses demuestran que existe una diferencia sistemática entre los puntajes que los hijos de la mayoría y los de los parias que asisten a las mismas [...] escuelas obtienen en pruebas de coeficiente intelectual y en evaluaciones».[6] Lo anterior forma parte de la creciente evidencia de que crecer como miembro de un grupo marginado estigmatizado puede resultar en deficiencias intelectuales y emocionales particulares.[7] De ninguna manera es un accidente que se descu-

[5] *Ibid.*, p. 310.

[6] *Ibid.*, pp. 314-315.

[7] Uno de los factores que puede modificar el impacto que su situación genera en los miembros de un grupo marginado es la pertenencia a una tradición cultural propia. Dicha tradición, especialmente si incorpora, como en el caso judío, una fuerte tradi-

bran características similares en el caso de las relaciones entre establecidos y marginados que no dependen de diferencias raciales o étnicas y en las que sí lo hacen. La evidencia sugiere que, también en el último caso, estas características no se deben a diferencias raciales o étnicas en cuanto tales, sino al hecho de que uno es un grupo establecido con recursos de poder superiores y el otro es un grupo marginado, enormemente inferior en términos de su índice de poder, contra el que el grupo establecido puede cerrar sus filas. En otras palabras, lo que suele llamarse «relaciones de raza» no son más que relaciones entre establecidos y marginados de un tipo particular. El hecho de que la apariencia de los miembros de ambos grupos sea diferente o de que los miembros de un grupo hablen con un acento y una soltura diferentes sólo sirve como un rasgo distintivo que facilita reconocer a los miembros de un grupo marginado como tales. La denominación «prejuicio racial» tampoco es especialmente apta. La aversión, el desprecio o el odio que los miembros de un grupo establecido sienten hacia un grupo marginado, y el miedo de que el contacto cercano con éstos los contamine, no difieren en casos en los que la apariencia física de ambos grupos es claramente distinta y en los que son tan indistinguibles físicamente, que los marginados con menor poder deben portar una insignia que muestre su identidad.

Pareciera que términos como *racial* y *étnico*, de uso difundido en este contexto tanto en la sociología como en la sociedad en general, son sintomáticos de una acción evasiva ideológica. Su uso pone atención a lo periférico en estas relaciones (*e. g.* diferencias en el color de la piel) y aleja la mirada de lo central (*e. g.* las diferencias en el índice de poder y la exclusión del grupo con menor poder de posiciones con un potencial de poder más elevado). Sin importar si los grupos a los que uno se

ción libresca y una amplia valoración de los logros intelectuales, quizá puede proteger en cierta medida a los niños de este grupo del efecto traumático que puede tener sobre su desarrollo estar expuestos a la estigmatización perpetua por parte del grupo establecido: de la humillación no sólo de ellos, sino de sus padres y de todo el grupo, cuya imagen y valor forman una parte vital de su propia imagen, de su identidad individual y autoevaluación.

refiere cuando habla de «relaciones raciales» o de «prejuicio racial» difieren en su ascendencia y apariencia «racial», el aspecto destacado de su relación es que se relacionan de una manera que dota a uno de ellos con recursos de poder mucho mayores que al otro, y permite que ese grupo excluya a miembros del otro grupo del acceso al centro de estos recursos y de un contacto más cercano con sus propios miembros, relegándolos así a la posición de marginados. Por lo tanto, incluso si existen diferencias en la apariencia física y en otros aspectos biológicos a los que nos referimos como «raciales» en estos casos, la sociodinámica de grupos relacionados entre sí como establecidos y marginados está determinada por la manera de vincularse y no por las características que poseen los grupos involucrados independientemente de ésta.

Las tensiones y los conflictos de grupo inherentes a esta manera de vinculación pueden estar dormidos (como suele ser el caso cuando los diferenciales de poder son muy grandes); pueden salir a la luz en forma de conflictos continuos (como suele suceder si el equilibrio de poder cambia a favor de los marginados), pero, sea cual fuere el caso, es imposible entender la fuerza imperiosa de este tipo de vínculos y la impotencia particular de los grupos de personas que se vinculan entre sí de esta manera, si no se ve claramente que están atrapados en un doble nudo. Si la dependencia es casi totalmente unilateral y el diferencial de poder entre establecidos y marginados es, por consiguiente, muy elevado, esto puede volverse inoperante; como, por ejemplo, en el caso de los indios americanos en algunos países latinoamericanos. En tales casos, los marginados no cumplen ninguna función para los grupos establecidos: son un simple obstáculo y, como tales, continuamente se les extermina o se les expulsa y deja morir.

Sin embargo, cuando los grupos establecidos necesitan de alguna manera a los grupos marginados, cuando cumplen alguna función, este doble nudo comienza a trabajar de manera más evidente y lo hace cada vez más si la desigualdad de la dependencia, sin desaparecer, disminuye; si el equilibrio de poder se inclina en alguna medida a favor de los marginados. Con el fin de verlo, podríamos considerar las dos citas anteriores: la del

aristócrata ateniense acostumbrado a gobernar y desdeñoso del pueblo común, y la del marginado burakumin que medía a su propio grupo y, por lo tanto, a sí mismo con la regla de la clase gobernante. Estas dos personas representan extremos, la una absolutamente convencida del valor supremo de su grupo, la otra de su maldad.

La superioridad de poder conlleva ventajas para los grupos dotados de ella. Algunas son materiales o económicas. Bajo el influjo de Marx, éstas han atraído una atención particular. En la mayoría de los casos su estudio resulta bastante indispensable para el entendimiento de las relaciones entre establecidos y marginados, pero no son las únicas ventajas que se suman a favor de un grupo establecido con un poder elevado por sobre un grupo marginado con poco poder. En la relación entre establecidos y marginados en Winston Parva, la búsqueda de ventajas económicas por parte de los primeros desempeñaba un papel mínimo. ¿Qué otras ventajas incitan a grupos establecidos a pelear con ferocidad por conservar su superioridad? ¿De qué otras privaciones sufren los grupos marginados, además de las económicas? Por ningún motivo es sólo en la pequeña comunidad suburbana de que trata este estudio donde pueden descubrirse capas no económicas del conflicto entre grupos establecidos y marginados. Incluso en los casos en que la lucha por la distribución de los recursos económicos pareciera estar en el centro, como en la disputa entre los trabajadores y los administradores de una fábrica, operan otras fuentes de conflicto además de la relación entre salarios y ganancias. De hecho, la supremacía de los aspectos económicos en los conflictos entre establecidos y marginados se muestra más pronunciada cuando el equilibrio de poder entre los contendientes es más desigual, cuando se inclina con mayor fuerza a favor del grupo establecido. Entre menos sea así, más claramente reconocibles serán otros aspectos no económicos de las tensiones y los conflictos. Cuando los grupos marginados se ven obligados a vivir a nivel de subsistencia, el tamaño de sus ganancias sobrepasa en importancia a otros requerimientos. Entre más se eleven por encima del nivel de subsistencia, entre más parejo sea su salario —sus recursos económicos—, servirá como

un medio para satisfacer otros requerimientos humanos además de calmar sus necesidades animales básicas o materiales; los grupos en esa situación son más propensos a sentir profundamente la inferioridad social: la inferioridad de estatus y poder de la que sufren. Es justo en esta situación que la batalla entre establecidos y marginados deja gradualmente de ser, para los últimos, simplemente una lucha por calmar el hambre, por los medios para la supervivencia física, y se convierte también en una batalla por la satisfacción de otros requerimientos humanos.

Las consecuencias del gran descubrimiento de Marx y la tendencia a ver en éste el final del camino en cuanto a descubrimientos sobre las sociedades humanas opacan aún en cierta medida la naturaleza de estos requerimientos. Es mejor considerar tal descubrimiento como la manifestación de un comienzo.

Entre las metas que chocan en las relaciones entre establecidos y marginados, la meta por parte de los marginados de calmar su hambre, de satisfacer sus requerimientos animales y materiales más elementales, junto con la defensa contra la aniquilación física a manos de sus enemigos humanos, en pocas palabras la meta simple de la supervivencia física, tiene prioridad sobre cualquier otra cuando su cumplimiento es incierto. Aun hoy, ésa sigue siendo la meta principal de grandes secciones de la humanidad, en parte porque otras secciones más poderosas consumen demasiado, pues generalmente la población humana crece con mayor velocidad que sus suministros de alimento y la humanidad está demasiado dividida para tomar cualquier acción concertada que se encamine a remediar la aflicción de los grupos menos poderosos de marginados, en parte porque la creciente interdependencia de todas las secciones de la humanidad ha intensificado sus batallas intestinas, y no hemos aprendido la lección de que, en un mundo cada vez más interdependiente, la dominación de un sector de la humanidad sobre los otros tendrá un efecto de búmeran.

Así, Marx descubrió una verdad importante cuando señaló la distribución desigual de los medios de producción y, por consiguiente, la distribución desigual de los medios necesarios para satisfacer las necesidades materiales de los hombres; pero sólo

es una verdad a medias. Marx presentó como la fuente del choque de metas entre los grupos de poder elevado y reducido el choque de metas económicas, como la de asegurar un suministro de comida suficiente. Así, hasta nuestros días, la búsqueda de metas económicas, con este uso elástico y ambiguo del término «económico», parece a muchos la meta real y básica de los grupos humanos, y si otras se comparan con ésta parecen menos reales, sea lo que fuere que eso significa.

Sin duda, en el caso extremo de los grupos humanos que han estado expuestos por largos periodos a la hambruna, al deseo de comida o, de manera más general, de supervivencia física, éstas pueden, ciertamente, tener prioridad sobre cualquier otra meta. Las personas se pueden humillar, pueden matar a otros y comérselos, regresando así a un estado casi animal; ya se han visto ejemplos. La comida, la gratificación de las necesidades materiales es, ciertamente, básica, pero, si la búsqueda por la satisfacción de este tipo de meta humana predomina hasta el punto de excluir a las demás, es probable que los humanos pierdan algunas de las características específicas que los distinguen de otros animales; puede ser que ya no tengan la capacidad de perseguir otras metas que son específicamente humanas, cuya satisfacción también puede disputarse en las batallas de poder entre grupos humanos. Existe cierta dificultad para encontrar los conceptos adecuados para referirse a ellas, porque los que actualmente tenemos a nuestra disposición tienen un toque de idealismo; suenan como si habláramos de algo que no es real del todo; al menos no tan real y tangible como la satisfacción del hambre. Sin embargo, si uno intenta explicar y entender la dinámica de las relaciones entre establecidos y marginados que este libro ilustra, es necesario decir simplemente que desempeñan un papel muy real en los choques de metas entre grupos humanos vinculados entre sí de esta manera.

Tomemos nuevamente como ejemplo la declaración del miembro de los burakumin antes citada. Es posible asumir que en Japón, como en todo el mundo, la condición de paria de este grupo estaba íntimamente ligada con formas de explotación económica. Sin embargo, los burakumin tienen en la sociedad

japonesa un lugar y una función tradicionales. Actualmente parece que algunos son pobres, aunque no son notoriamente más pobres que la mayoría de los pobres japoneses, y algunos son bastante acaudalados. Sin embargo, el estigma no desaparece. La carencia principal que sufre el grupo marginado no es la de comida. ¿Cómo llamarla? ¿Carencia de valor?, ¿de significado?, ¿de su medida de amor y respeto propios?

La estigmatización, como aspecto de una relación entre establecidos y marginados, suele asociarse con un tipo específico de fantasía colectiva desarrollado por el grupo establecido. Al mismo tiempo que refleja la aversión (el prejuicio) que sus miembros sienten hacia los integrantes del grupo marginado, la justifica. Por lo tanto, de acuerdo con la tradición de boca en boca de la mayoría japonesa, los burakumin portan en su persona un signo físico heredado de pertenencia al grupo paria: una marca de nacimiento azulada bajo cada brazo.[8] Esto ilustra de manera muy gráfica el funcionamiento y también la función de las fantasías de la clase dominante en relación con sus grupos marginados: el estigma social que sus miembros adjudican al grupo marginado se transforma en su imaginación en un estigma material, se cosifica. Se muestra como algo objetivo, algo que la naturaleza o los dioses implantaron sobre los marginados. Así, el grupo que estigmatiza queda eximido de cualquier culpa: no somos *nosotros,* implica una fantasía de este tipo, los que han puesto el estigma sobre estas personas, sino los poderes que hicieron el mundo, ellos pusieron el signo que los distingue como inferiores o malos. La referencia a un color de piel diferente y a otras características biológicas o innatas de los grupos que reciben —o recibieron— un trato de inferioridad por parte de un grupo establecido tiene la misma función de objetivar en esta relación que la referencia al estigma azul imaginario de los bu-

[8] Ben Whitaker, *op. cit.*, p. 337. Un poeta burakumin, Maruoka Tadao, escribió un poema, que se cita en este artículo y que refiere esta creencia. Éstas son las dos últimas estrofas: «Oí un susurro / como el flujo del viento de boca a boca / que bajo cada axila llevo una marca / del tamaño de una palma / [...] / ¿Quién marcó mi costado? ¿Por qué razón? / ¿Por qué una marca tan desconocida en mi yo y mi alma? / Aun hoy, el flujo de mis pensamientos, / tan pálido y frío, transparente cual vidrio, / me mantiene despierto».

rakumin. El signo físico sirve como un símbolo tangible de la anomia asumida del otro grupo, de su valor reducido en términos humanos, de su maldad intrínseca; como la fantasía del estigma azul, la referencia a estos signos «objetivos» tiene una función en la defensa de la distribución de las oportunidades de poder existentes, así como una función justificadora. Pertenece al mismo conjunto de argumentos *pars pro toto*, sirve al mismo tiempo como defensa y como agresión, como estigmatización de grupos marginados: la conformación de su imagen general a partir de una minoría anómica. Un ejemplo más cercano es la noción de las clases trabajadoras del siglo XIX como los «grandes sucios».

Sin embargo, un acercamiento a una configuración entre establecidos y marginados como un tipo estacionario de relación no puede ser más que un paso preparatorio. Los problemas que se enfrentan en una exploración de este tipo sólo quedan expuestos si se considera el equilibrio de poder entre estos grupos como algo cambiante y si se busca un modelo que muestre, o al menos bosqueje, los problemas humanos —incluidos los económicos— inherentes a estos cambios. Actualmente, la compleja polifonía del movimiento de auge y caída de los grupos en el tiempo —de grupos establecidos que se convierten en marginados o, como grupos, desaparecen por completo, de grupos marginados cuyos representantes avanzan como una nueva clase dominante en posiciones que antes tenían negadas o, como puede suceder, que se paralizan por la opresión— se mantiene en buena medida oculta. Lo mismo sucede con la dirección de estos cambios a largo plazo; tal como la que va de luchas locales por el equilibrio de poder entre una variedad de comunidades relativamente pequeñas, a aquella entre una cantidad cada vez menor de comunidades cada vez más grandes. En una época en que los movimientos de viejos grupos de marginados a posiciones de poder se multiplican y, al mismo tiempo, el eje principal de tensión en una escala global ocurre, más que nunca, entre dos grandes unidades estatales, la falta de una teoría general de los cambios en los diferenciales de poder y de los problemas humanos asociados con ellos quizá no resulte sorprendente.

No obstante, la presente preocupación por los problemas actuales a corto plazo y la concepción del desarrollo a largo plazo de las sociedades como un preludio histórico no estructurado aún limitan el entendimiento de las largas secuencias en el desarrollo de las sociedades y de su carácter direccional, de secuencias como la del movimiento de auge y declive de grupos, y la dialéctica de la opresión y contraopresión de las ideas de grandeza de un grupo establecido, desmoralizadas por los miembros de un grupo previamente marginado, que se eleva y lleva a sus representantes a la posición de una clase dominante en un nuevo nivel. La herencia de la vieja ilustración también desempeña un papel en este bloqueo. A pesar de toda la evidencia en el sentido opuesto, la reconfortante creencia en que los seres humanos, no sólo como individuos sino también como grupos, normalmente actúan de manera racional mantiene un dominio fuerte sobre la percepción de las relaciones entre grupos. El ideal de la racionalidad en la conducta de los asuntos humanos aún impide el acceso a la estructura y la dinámica de las configuraciones entre establecidos y marginados, y a las fantasías grupales de engrandecimiento que éstas provocan, los cuales son datos sociales *sui generis,* ni racionales ni irracionales. Actualmente, las fantasías de grupo aún escapan a nuestra red conceptual, parecen fantasmas históricos proteicos que aparecen y desaparecen de manera arbitraria. En el estado actual del conocimiento, hemos llegado tan lejos como para ver que las experiencias y las fantasías afectivas individuales no son arbitrarias: que tienen una estructura y una dinámica propias. Hemos aprendido a ver que las experiencias y fantasías personales de este tipo en una etapa temprana pueden influir profundamente en la conformación de los afectos y la conducta en etapas posteriores; sin embargo, aún es necesario desarrollar un marco teórico comprobable para el ordenamiento de observaciones sobre las fantasías grupales en relación con el desarrollo de los grupos. Esto puede parecer sorprendente, pues el desarrollo de fantasías colectivas elogiosas y recriminatorias desempeña un papel tan obvio y vital en la manera de conducir asuntos en todos los niveles de las relaciones de equilibrio de poder; además, no es menos obvio que tienen un carác-

ter diacrónico y evolutivo. A un nivel global, existen, por ejemplo, el sueño americano y el sueño ruso. Solía existir la misión civilizadora de los países europeos y el sueño del Tercer Reich, sucesor del primero y el segundo. Existe la contraestigmatización de los antiguos marginados, por ejemplo, de países africanos en busca de su negritud y de un sueño propio.

En un nivel distinto, existe también, como veremos en el presente libro, la idea de los viejos residentes de Winston Parva, quienes, en nombre de su mayor valor humano, rechazaban asociarse con los recién llegados y los estigmatizaban, de manera más suave, pero constante, como personas de menor valor. ¿Por qué lo hacían?

Muchas cuestiones diferentes pueden sacar a la luz tensiones y conflictos entre establecidos y marginados. No obstante, en su núcleo siempre hay peleas por el equilibrio de poder; como tales, pueden ir de una lucha silenciosa escondida en la cooperación rutinaria entre dos grupos, dentro de un marco de desigualdades instituidas, a batallas declaradas por cambios en el marco institucional que materializa estos diferenciales de poder y las desigualdades que conllevan. Sea cual fuere el caso, los grupos marginados (mientras estén completamente sometidos) dirigen una presión tácita o acción abierta hacia la disminución de los diferenciales de poder causantes de su posición inferior; los grupos establecidos hacia su preservación o incremento.

Sin embargo, una vez que el problema de la distribución de las oportunidades de poder que yacen en el corazón de las tensiones y conflictos entre establecidos y marginados sale a la luz, se facilita el descubrimiento de otro problema subyacente que suele pasar inadvertido. Los grupos que se vinculan en la forma de una configuración entre establecidos y marginados están formados por seres humanos individuales. El problema es cómo y por qué los seres humanos se perciben a sí mismos como pertenecientes al mismo grupo y se incluyen dentro de las fronteras del grupo establecidas cuando dicen *nosotros* en su comunicación recíproca, mientras que, a la vez, excluyen a otros seres humanos a los que perciben como miembros de otro grupo y a quienes se refieren colectivamente como *ellos*.

Como veremos, los primeros recién llegados a Winston Parva no sentían que los viejos residentes difirieran de ellos en forma alguna; intentaron establecer contacto con algunos de ellos, como uno suele hacer cuando se muda a un nuevo vecindario, pero fueron rechazados. De esta manera, se les hizo conscientes del hecho de que los viejos residentes se percibían a sí mismos como un grupo cerrado, a quienes se referían como *nosotros*, y que percibían a los recién llegados como un grupo de intrusos, a quienes se referían como *ellos* y a quienes intentaban mantener a distancia. Si se intenta descubrir por qué lo hicieron, es posible darse cuenta del papel decisivo que la dimensión temporal, o, en otras palabras, el desarrollo de un grupo, desempeña como determinante de su estructura y sus características. El grupo de «viejas familias» de Winston Parva (algunos de cuyos miembros eran, por supuesto, muy jóvenes) compartían un pasado común; los recién llegados no. Esta diferencia tenía una gran importancia tanto en la constitución interna de ambos grupos como en su relación. El grupo establecido de viejos residentes estaba conformado por familias que habían vivido en ese vecindario por dos o tres generaciones. Habían pasado juntos por un proceso grupal —del pasado a través del presente y hacia el futuro— que les proporcionaba un elenco de recuerdos compartidos, de apegos y aversiones. Si no se considera esta dimensión diacrónica del grupo, es imposible entender la razón y el significado detrás del pronombre personal *nosotros* que usaban para referirse los unos a los otros.

Ya que habían vivido juntos por un tiempo considerable, las viejas familias poseían una cohesión grupal de la que carecían los recién llegados. Estaban unidos entre sí por la intimidad ambivalente y competitiva que caracteriza a los círculos de «viejas familias» en todo el mundo, sin importar si son aristocráticas, patricias urbanas, pequeñoburguesas o, como sucede aquí, de clase obrera. Tenían una clasificación y una jerarquía propias. Cada familia, e individualmente cada miembro de una familia, tenía en un momento dado una posición establecida en la escala de este orden; en este libro se establecen algunos de los criterios, otros permanecen implícitos. Tanto el orden de clasificación como sus criterios eran conocidos, normalmente, por todos los que

pertenecían al grupo, en especial por las mujeres. Sin embargo, sólo se conocían al nivel de práctica social o, en otras palabras, a un nivel de abstracción bajo, no de manera explícita en el nivel relativamente elevado de abstracción que representan términos como posición social de las familias u orden del estatus interno de un grupo. Muchos datos sociales aún se representan conceptualmente sólo a un nivel comparable con aquel al que llegaron nuestros ancestros cuando fueron capaces de distinguir entre cuatro y cinco manzanas o 10 y 20 elefantes, pero aún no eran capaces de operar a un nivel más elevado de abstracción, con números como tres y cuatro o 10 y 20 como símbolos de relaciones puras que no hacen referencia a ningún objeto tangible específico. De manèra similar, en este caso, los miembros del grupo establecido lograban comunicar un estimado de la posición que cada uno ocupaba en el orden de clasificación interno de su grupo en un encuentro cara a cara de manera directa mediante sus actitudes y, conversando sobre otros que no estaban presentes, mediante frasecillas simbólicas y a través de la inflexión de su voz, más que a través de declaraciones explícitas sobre la posición elevada o baja de las familias y de las personas en el orden de clasificación y jerarquía de su grupo.

Además, los miembros del grupo de «viejas familias» se vinculaban entre sí por nexos de intimidad emocional que iban desde amistades hasta antipatías establecidas desde tiempo atrás. Al igual que las rivalidades de estatus que se asocian con ellos, estos nexos también pertenecían a un tipo que sólo se desarrolla entre seres humanos que han vivido juntos un proceso grupal de alguna duración. Si estos no se consideran resulta imposible entender las fronteras que los miembros del grupo establecido de Winston Parva demarcaban cuando hablaban de ellos mismos como *nosotros* y de los marginados como *ellos*. Ya que los nexos entre ellos, que surgían de un proceso grupal de este tipo, eran invisibles, los recién llegados, que en un inicio percibían a los viejos residentes como personas iguales a ellos, nunca entendieron del todo las razones de su exclusión y estigmatización. Los viejos residentes, por su parte, sólo eran capaces de explicarlas en términos de sus sentimientos inmediatos, de la sensación de

que la suya era una parte superior del vecindario con instalaciones de esparcimiento, instituciones religiosas y una política local que gustaba a todo mundo, y de que ellos no deseaban mezclar sus vidas privadas con personas de partes inferiores del vecindario, a quienes consideraban menos respetables y obedientes de las leyes que ellos.

Resulta sintomático del alto grado de control que un grupo cohesivo es capaz de ejercer sobre sus miembros que durante la investigación nunca hayamos oído de un caso en que un miembro del grupo «viejo» haya roto el tabú del grupo contra el contacto personal no laboral con miembros del «nuevo» grupo.

La opinión interna de cualquier grupo con un alto grado de cohesión tiene una influencia profunda sobre sus miembros como fuerza reguladora de sus sentimientos y de su conducta. Si se trata de un grupo establecido que reserva de manera monopólica para sus miembros el acceso a los recursos de poder y el carisma grupal, este efecto resulta particularmente pronunciado. Esto se debe en parte al hecho de que el índice de poder de un miembro del grupo disminuye si su comportamiento y sus sentimientos se oponen a la opinión grupal de manera tal que ésta se vuelve en su contra. Ya que la lucha competitiva intestina[9] de algún tipo —ya sea contenida o abierta y sonora— es una característica permanente de los grupos con cohesión, la disminución en la posición de un miembro del grupo en el estatus de orden interno debilita su habilidad para mantener la suya en la competencia interna del grupo por el poder y el estatus; en casos severos, puede exponerlo a la presión del susurro de chismes recriminatorios o quizá a la estigmatización abierta dentro del grupo (sin que tenga la habilidad de defenderse), misma que puede ser tan constante y dañina como la estigmatización de los marginados. La aprobación de la opinión del grupo, como se verá en el estudio sobre Winston Parva, requiere del cumplimiento de las normas. El castigo por la desobediencia del grupo y, en ocasiones, por la sospecha de un desvío[10] es una pérdida de poder y una disminución en el estatus personal.

[9] Véase *infra*, p. 240 también.

[10] Véase el caso de la mujer que invitó a los basureros a su casa, *infra*, p. 115.

Sin embargo, el impacto de la opinión interna del grupo sobre sus miembros va más allá. La opinión grupal cumple en ciertos casos con la función y el carácter de la conciencia de una persona. De hecho, debido a que esta última se conforma en un proceso grupal, se mantiene vinculada a la primera mediante un cordón elástico e invisible. Si el diferencial de poder es lo suficientemente grande, un miembro de un grupo establecido puede mostrarse bastante indiferente a lo que los marginados piensen de él, pero difícilmente se mostrará indiferente a la opinión de los otros miembros de su grupo, quienes tienen acceso a los recursos de poder de cuyo control monopólico participa y con quienes comparte un orgullo grupal común, un carisma de grupo común. La imagen y el respeto propios de un miembro se vinculan con lo que otros miembros del grupo piensan de él. Si bien es variable y flexible, la conexión entre, por una parte, la autorregulación de su conducta y de sus sentimientos —el funcionamiento de las capas de la conciencia más conscientes e incluso de algunas menos conscientes— y, por la otra, la opinión interna normativa de alguno de sus grupos del nosotros colapsa sólo con la cordura. En otras palabras, sólo colapsa si el sentido de realidad, la habilidad para distinguir entre lo que sucede en las fantasías y lo que sucede independientemente de ellas, se desvanece. La relativa autonomía de un individuo, en la medida en que su conducta y opinión, su respeto y conciencia propias están relacionadas de manera funcional con la opinión interna de grupos a los que se refiere como *nosotros,* está sin duda sujeta a gran variación. La opinión, ahora común, de que un individuo sensato se volvería absolutamente independiente de la opinión de sus grupos de nosotros y, en este sentido, absolutamente autónomo, es tan engañosa como la opinión opuesta de que su autonomía desaparecería por completo en un colectivo de robots. A eso nos referimos cuando hablamos de la elasticidad de los nexos que unen la autorregulación de una persona con las presiones reguladoras de un grupo de *nosotros.* Esta elasticidad tiene límites, pero no un punto cero. La relación entre estos dos tipos de funciones reguladoras (que suelen distinguirse como «social» y «psicológica») en diferentes etapas del proceso grupal llamado

«desarrollo social» merece un estudio aparte. He explorado algunos aspectos de este problema en otra parte.[11] En este caso, lo que sobresale de manera más gráfica es la manera en que la autorregulación de los miembros de un grupo establecido unido se vincula con la opinión interna de dicho grupo. Su susceptibilidad a la presión del grupo de nosotros es, en ese caso, especialmente grande, porque la pertenencia a un grupo de este tipo infunde en sus miembros un fuerte sentido de su elevado valor humano en relación con los marginados.

En un periodo anterior, el impacto que la creencia de un grupo en su gracia y su virtud exclusivas en relación con los marginados tenía sobre la autorregulación de los sentimientos y la conducta de sus miembros se mostró más prominente en el caso de los grupos que estaban dominados por clases gobernantes sacerdotales y, por lo tanto, unidos en contra de los marginados por una creencia sobrehumana compartida. En nuestra época, este impacto de la creencia carismática de un grupo sobre sus miembros alcanza su mejor ejemplo en el caso de naciones poderosas dominadas por clases dirigentes gubernamentales de partido, que, por lo tanto, se unen en contra de los marginados por una creencia social compartida en la virtud y la gracia únicas de su nación. En Winston Parva era posible observar en miniatura un grupo nuclear conformado por los miembros de las viejas familias, un establecimiento central que resguardaba la virtud y la respetabilidad especial de toda la aldea que, como establecimiento de un estrato bajo, cerraba sus filas con firmeza en contra de los miembros de un vecindario al que consideraba menos respetable, habitado por personas de menor valor humano. En este caso, el control que representaba la opinión grupal podía ser aún más severo debido a que el grupo establecido era pequeño y tenía relaciones cara a cara. No existía una sola deserción del grupo establecido, ni un quiebre del tabú sobre el contacto personal con los marginados. Esto demuestra cuán efectivo puede resultar en un contexto de este tipo el mecanismo

[11] Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, 3ª ed., trad. de Ramón García Cotarelo, FCE, México, 2009 (publicado originalmente como *Über den Prozeß der Zivilisation*, 2 vols., Haus zum Falken, Basilea, 1939).

de premios y castigos al que antes aludí para mantener a raya la autorregulación de los miembros individuales; se puede mantener a raya mediante la participación gratificante del valor humano superior del grupo y el aumento correspondiente del amor y el respeto propios de un individuo, reafirmados por la aprobación continua de la opinión interna del grupo y, al mismo tiempo, mediante las restricciones que cada miembro se impone de acuerdo con las normas y los estándares del grupo. Por consiguiente, el estudio del grupo establecido de Winston Parva demuestra a menor escala la manera en que el autocontrol individual y la opinión grupal se corresponden entre sí.

Debemos a Freud un gran avance en el entendimiento de los procesos grupales durante los cuales toman forma las agencias de autocontrol de los seres humanos. No obstante, en buena medida Freud conceptualizó sus descubrimientos de tal manera que pareciera que cada ser humano es una unidad independiente: un *homo clausus*. Reconoció la capacidad humana específica para aprender a controlar y, hasta cierta medida, para crear un patrón de sus pulsiones libidinales maleables de acuerdo con sus experiencias dentro de un grupo normativo; sin embargo, conceptualizó las funciones de autocontrol, cuyo desarrollo observó con la ayuda de estas experiencias, como si fueran órganos como los riñones o el corazón. En pocas palabras, continuó una tradición que aún goza de amplia recepción tanto en la profesión médica como en el público lego en general. Representó de manera conceptual las funciones de control y orientación en un nivel de personalidad de un organismo humano, que adquieren patrones mediante el aprendizaje, como si fueran órganos en uno de sus niveles más bajos, a los que el aprendizaje apenas afecta. Descubrió que el proceso grupal de una relación entre padre, madre e hijo tiene una influencia determinante sobre los patrones de las pulsiones elementales de una persona y sobre la formación de sus funciones de autocontrol en la infancia temprana. No obstante, una vez conformadas, a su parecer, funcionaban por sí solas, independientemente de los procesos grupales posteriores en los que cada persona se ve involucrada desde la infancia hasta la vejez. Por consiguiente, propuso la concepción de las funciones

de autocontrol de los seres humanos —un yo, un superyó o un ideal del yo, como él las llamó— a tal grado que funcionan en lo que pareciera ser una autonomía absoluta dentro de un individuo. Sin embargo, las capas de estructura de la personalidad que mantienen su relación más directa y cercana con los procesos grupales en los que participa una persona, sobre todo la imagen del nosotros y el ideal del nosotros de la persona, estaban más allá de este horizonte. No los conceptualizó y probablemente no los consideraba como parte de lo que llamó realidad, en contraste con las fantasías afectivas y los sueños, a los que probablemente consideraba su preocupación principal. Sin importar cuánto haya contribuido al entendimiento de los vínculos que unen a las personas entre sí, su concepto de los hombres aún era en buena medida aquel del individuo aislado. De acuerdo con esta visión, las *personas* parecían estructuradas, mientras que las sociedades formadas por personas interdependientes parecían contextos, «realidad» desestructurada, cuya dinámica en apariencia no influía en el ser humano individual.

La imagen y el ideal del nosotros de una persona forman parte de su imagen y su ideal del yo en la misma medida que la imagen o ideal de ella misma como una persona única a la que se refiere como *yo*. No resulta difícil ver que aserciones como «Yo, Pat O'Brien, soy irlandés» implican una imagen del yo así como una imagen del nosotros. Lo mismo sucede con aserciones como «soy mexicano», «soy budista», «formo parte de la clase obrera» o «somos una vieja familia escocesa». Estos y otros aspectos de la identidad grupal de una persona forman parte integral de su identidad personal en la misma medida que aquellos que la distinguen de otros miembros de su grupo de nosotros.

En una ocasión Freud señaló que un colapso en la estructura de la personalidad, como en el caso de las enfermedades neuróticas o psicóticas, puede permitir que un observador perciba las funciones interconectadas de manera más clara que en su funcionamiento normal. *Mutatis mutandis,* se podría afirmar lo mismo de la imagen y el ideal del nosotros; son siempre conjuntos de fantasías emotivas e imágenes realistas, pero se destacan de manera más aguda cuando la fantasía y la realidad se quiebran,

pues cuando eso sucede el contenido de su fantasía se acentúa. La diferencia reside en que, en el caso de funciones de la personalidad como la imagen y el ideal del yo, las fantasías emotivas representan puramente experiencias personales de un proceso de grupo; en el caso de la imagen del nosotros y el ideal del nosotros, son versiones personales de fantasías colectivas.

Un ejemplo sorprendente en nuestra época es el de la imagen y el ideal del nosotros de naciones que alguna vez fueron poderosas, cuya superioridad en relación con otras ha decrecido. Sus miembros pueden sufrir durante siglos porque el ideal carismático del nosotros del grupo, moldeado a partir de una imagen idealizada de ellos mismos durante los días de su grandeza, permanece durante muchas generaciones como un modelo que, ellos sienten, deben igualar sin que sean capaces de hacerlo. El resplandor de su vida colectiva como nación se ha esfumado; la superioridad de su poder en relación con otros grupos, entendida emocionalmente como un símbolo de su valor humano más elevado en relación con el valor inferior de los otros, está irrecuperablemente perdida. No obstante, el sueño de su carisma especial se mantiene con vida en una variedad de formas: mediante la enseñanza de la historia, en los edificios antiguos, obras maestras de la nación en sus tiempos de gloria, o mediante nuevos logros que en apariencia confirman la grandeza de su pasado. Durante un tiempo, el escudo de la fantasía de su carisma imaginado como un grupo dirigente establecido puede proporcionar a una nación en declive la fuerza para continuar. En este sentido puede tener un valor de sobrevivencia. Sin embargo, la discrepancia entre la posición actual y la imaginada de un grupo en relación con otros también puede conllevar un cálculo equivocado de sus recursos de poder y, por consiguiente, sugerir una estrategia grupal en busca de una imagen fantástica de su grandeza que puede conducir a su autodestrucción así como a la destrucción de otros grupos interdependientes. Los sueños de las naciones (como los de otros grupos) son peligrosos;[12] un ideal

[12] La rigidez de la imagen del nosotros y la consiguiente incapacidad de los grupos para adaptarla a las condiciones cambiantes de la vida no sólo se vuelven evidentes en las fortunas de grupos grandes, como las clases sociales o las naciones, sino también

del nosotros aumentado es un síntoma de una enfermedad colectiva. Se podría ganar mucho de una mejor comprensión de la dinámica de las configuraciones entre establecidos y marginados y, por lo tanto, de los problemas involucrados en la posición cambiante de los grupos interrelacionados, del ascenso de grupos a una posición de clase dirigente monopólica de la que se excluye a otros, y de su declive o caída desde dicha posición a otra en la que ellos mismos se encuentran, en ciertos aspectos, entre los marginados excluidos. A este respecto también, el ideal de «racionalidad», la herencia de la vieja Ilustración, bloquea aún el camino hacia una mejor comprensión de dichos problemas; perpetúa la noción de que las naciones —y también sus líderes— en general actúan «de manera racional», que en este contexto probablemente quiere decir de manera realista.

Los conceptos aquí planteados como parte de una teoría de los establecidos y los marginados, conceptos como carisma grupal e ideal del nosotros, pueden ayudar a una comprensión más adecuada de estas relaciones grupales. El ejemplo de estableci-

---

en las de grupos pequeños. Un ejemplo revelador se puede encontrar en «De tragedie der Puttenaren», en el libro de A. van Dantzig *Normaal is niet gewoon* (De Bezige Bij, Ámsterdam, 1974, pp. 21 y ss.). El autor describe las fortunas de un grupo conformado por 452 personas que pasaron todas sus vidas en una pequeña comunidad aldeana neerlandesa hasta que en noviembre de 1944 se les desarraigó y envió —como grupo— a un campo de concentración. Por regla general, mantuvieron su obediencia a las normas de la antigua aldea, *i. e.* trabajaron con la misma fuerza que antes, tomaban descansos que consideraban justificados, mostraron su indignación sobre varios aspectos de la vida en el campo, etc. En pocas palabras, mantenerse juntos les impidió comportarse de una manera que la opinión pública de la aldea hubiera desaprobado. El control recíproco automático de los aldeanos no les permitió ajustar sus estándares de conducta a las condiciones completamente diferentes de la vida en un campo de concentración. Sólo 32 de ellos regresaron a Putten, donde murieron tres más. Por supuesto, resulta imposible asegurar que su índice de sobrevivencia hubiera sido mayor si no se les hubiera enviado como un grupo razonablemente integrado; sin embargo, lo que sí podemos afirmar es que este hecho —que se les enviara a un campo de concentración como un grupo (que en otras ocasiones suele considerarse un factor de sobrevivencia positivo)— en este caso contribuyó a que su índice de sobrevivencia fuera tan bajo. En pocas palabras, como dice el autor: «Muchos habitantes de Putten fueron incapaces de liberarse de las leyes que por tanto tiempo habían determinado el curso de sus vidas y la estructura de su comunidad». Van Dantzig acierta cuando dice que «el psicoanálisis y la sociología podrían haberse encontrado aquí». El caso que describe de manera tan gráfica muestra muy claramente la necesidad de considerar en conjunto el ideal del nosotros junto con el ideal del yo como partes de la estructura de la personalidad.

mientos poderosos tales como aquellos grupos nacionales que pierden su gran estatus de poder y se hunden en las filas de establecimientos de segundo o tercer nivel muestra nuevamente el estrecho vínculo entre los índices de poder de los grupos y la imagen del nosotros de sus miembros. Sacar estos vínculos a la luz no implica que formen parte inmutable de la naturaleza humana. De hecho, entre más grande sea la conciencia de la ecuación emotiva de un gran poder con un gran valor humano, más elevadas serán las oportunidades de una estimación crítica y un cambio. Los grupos destacados de naciones, o de clases sociales y otros agrupamientos de seres humanos, son propensos durante el punto más álgido de su poder a ideas de grandeza. La cualidad de automejorarse de un índice de poder elevado adula el amor propio colectivo, mismo que también es la recompensa por la sumisión a normas grupales específicas, a patrones de control afectivo característicos de ese grupo y que se creen ausentes en los grupos menos poderosos, «inferiores», de marginados y parias. Por consiguiente, los patrones tradicionales de control, las normas de conducta que distinguen a un grupo superior, pueden volverse frágiles o incluso quebrarse cuando el amor propio que recompensa, la creencia en el carisma especial de un grupo que alguna vez fue poderoso, flaquea con la disminución de su gran superioridad de poder. Sin embargo, como ya se dijo, un proceso de este tipo toma tiempo. Puede transcurrir un largo periodo antes de que el choque de realidad se asimile. La creencia gratificante en la virtud especial, la gracia o la misión de un grupo puede proteger durante generaciones a los miembros de un grupo establecido del completo entendimiento emocional del cambio en su posición, de la comprensión de que los dioses han fallado, de que el grupo no ha mantenido la fe en ellos. Pueden *conocer* el cambio como un hecho, mientras que su creencia en el carisma especial del grupo y sus actitudes, la estrategia de comportamiento que lo acompaña, se mantienen como un escudo de fantasía que evita que *sientan* el cambio y, por lo tanto, que sean capaces de ajustarse a las condiciones transformadas de su imagen y su estrategia de grupo. Por lo tanto, ya que la adaptación realista es una condición sin la cual no pueden alcanzar,

como un grupo con recursos de poder reducidos, nada que pueda probar su valor humano para sí mismos y para los otros, la negación emocional del cambio, la preservación tácita de su amada imagen carismática grupal resulta contraproducente.

Tarde o temprano se produce un choque de realidad, y su llegada suele ser traumática. Es posible observar grupos (en nuestra época, principalmente grupos nacionales) cuyos miembros, en su mayoría sin saberlo, parecieran mantenerse en una condición de duelo por la grandeza perdida. Es como si dijeran: si no podemos cumplir con la imagen del nosotros que teníamos en el momento de nuestra grandeza, entonces no tiene sentido hacer nada.

Con la ayuda de esta referencia a los casos en que los cambios en la posición que mantiene un grupo en relación con otros incrementan los aspectos irreales de la imagen y el ideal colectivos, puede resultar más sencillo entender el funcionamiento de la imagen del nosotros y el ideal del nosotros de un grupo establecido en el siguiente estudio. En ese caso encontramos a un grupo de este tipo mientras aún conserva por completo su posición superior en relación con los marginados. La existencia misma de los marginados interdependientes que no comparten ni el fondo de los recuerdos colectivos ni, así pareciera, las mismas normas de respetabilidad del grupo establecido actúa como un factor irritante; los miembros de este último lo perciben como un ataque contra su imagen y su ideal del nosotros. El rechazo tajante y la estigmatización de los marginados son el contraataque. El grupo establecido se siente obligado a rechazar lo que ellos experimentan como una amenaza a la superioridad de su poder (en términos de su cohesión y monopolización de las oficinas y servicios locales) y a su superioridad humana, a su carisma grupal, mediante un contraataque, el rechazo continuo y la humillación del otro grupo.

La circulación de los chismes recriminatorios y su mancha sobre la imagen de los marginados se pueden considerar características permanentes de este tipo de configuración. En otros casos se vuelven rutina y pueden mantenerse durante siglos. Entre las características más reveladoras de las estrategias de los grupos

establecidos está imputar a los marginados, como amonestación, algunas de sus propias actitudes comunes, que en su caso suelen ganarles alabanzas. Por lo tanto, en una aldea india, los intocables deben quitarse los zapatos mientras pasan por las calles de la casta hindú, pues calzar zapatos equivale a «fanfarronear»; en otros lugares, los descastados no tenían permitido usar bigotes con puntas elevadas porque éstos implicaban presunción.[13]

De la misma manera, un escritor estadunidense, que no carecía de relaciones con la clase dirigente,[14] dijo con absoluta inocencia que los intelectuales negros «tenían sed de poder», sin tomar en cuenta el uso perdurable que los estadunidenses blancos hicieron de su propia superioridad como un medio para excluir a los descendientes de esclavos de la participación en los recursos de poder que habían monopolizado.

Uno de los aspectos más sorprendentes de la manera de enfocar en la actualidad las relaciones entre establecidos y marginados con connotaciones «raciales» es su amplia discusión como un problema de aquí y ahora. La exclusión del proceso grupal de larga duración —que no debe confundirse con lo que llamamos *historia*— del estudio de este tipo de relación entre establecidos y marginados tiende a distorsionar el problema. Al discutir los problemas raciales se tiene la propensión a vender la leche antes de ordeñar a la vaca. Comúnmente, se arguye que las personas perciben a los otros como si pertenecieran a otro grupo porque el color de su piel es diferente. Sería más puntual preguntarse cómo sucedió que en este mundo se haya caído en el hábito de percibir a las personas con un color de piel distinto como si pertenecieran a otro grupo. Este problema pone inmediatamente de manifiesto el largo proceso durante el cual los grupos humanos evolucionaron en diferentes partes de la Tierra, se adaptaron a distintas condiciones físicas y luego, tras largos periodos de aislamiento, entraron en contacto entre sí como conquistadores y conquistados y, por lo tanto, dentro de una misma sociedad, como establecidos

[13] Reporte del Comité Elayaperumal, 1960, *apud.* Dilip Hiro, *The Untouchables of India*, reporte núm. 26, Minority Rights Group, Londres, 1975, p. 9.

[14] Véase Eric Hoffer, *The Temper of our Time*, Perennial Library, Nueva York, 1969, p. 64.

y marginados. Fue como resultado de este largo proceso de entremezcla, en el que grupos con diferentes características físicas se volvieron interdependientes como amos y esclavos, o en otras posiciones con grandes diferenciales de poder, que las diferencias en la apariencia física se convirtieron en señales de la pertenencia a grupos con distintos índices de poder, estatus y normas diferentes. Una vez más se nos recuerda la necesidad de reconstituir el carácter temporal de los grupos y sus relaciones como procesos en la secuencia temporal si se desea entender las fronteras que las personas establecen al distinguir entre un grupo al que se refieren como *nosotros* y otro al que se refieren como *ellos*.

El desarrollo de la configuración india castas-descastados puede fungir como ejemplo. Es uno de los procesos grupales de su tipo más largos de los que tenemos alguna evidencia documental escrita, misma que data del segundo milenio antes de nuestra era. Difícilmente se pueden entender y explicar las muchas capas de las relaciones entre establecidos y marginados en India como son en la actualidad, que van de las castas altas a los descastados, sin hacer referencia al largo proceso grupal durante el cual su configuración alcanzó su forma actual. El punto de partida fue la sujeción gradual de los primeros habitantes de la India a manos de los invasores del norte que los conquistaron. Aparentemente, estos llegaron de las estepas del sur de Rusia a través de Irán, hablaban una lengua indoeuropea y, en algunos documentos, se referían a sí mismos como arios de tez clara, fácilmente distinguibles por su apariencia física de las tribus de piel oscura a las que volvieron sujetas de su mandato. Entre estos arios, en comparación con las ramas de la misma estirpe que conocemos como las tribus helénicas y germanas, la lucha primordial entre guerreros y sacerdotes había resultado en la victoria de los últimos. Lo anterior, aunado al hecho de que, en términos numéricos, los grupos conquistadores eran probablemente mucho más reducidos que la población controlada y, además, que quizá no incluían muchas mujeres, llevó a una política sistemática de cierre y exclusión por parte del grupo establecido en su relación con el pueblo controlado; aparte de las relaciones de los conquistadores con las mujeres controladas, que con el paso de

las generaciones resultó en una disminución continua de las diferencias físicas, de las presuntas diferencias raciales, sin que esto implicara una mengua en la exclusión. Solidificada en una tradición, esta política resultó una condición en la que cada grupo cerró sus filas en relación con cualquier otro al que considerara en una posición inferior. Todos los grupos que se distinguían de los otros por su rango y sus funciones sociales se convirtieron en grupos hereditarios que, en principio, si bien no siempre en la práctica, resultaban inaccesibles para todos aquellos que no nacieron en ellos.

Por consiguiente, conforme la sociedad india se diferenciaba cada vez más, asumía el carácter de una jerarquía de castas hereditarias y, en sus niveles más bajos, de descastados hereditarios. La rigidez de esta tradición de exclusión grupal puede haberse debido, en primera instancia, al miedo de los invasores de tez clara y en especial de sus sacerdotes de perder su identidad y su posición privilegiada. Por lo tanto, los conquistadores forzaron al pueblo conquistado a vivir en el exterior de sus aldeas. Los excluyeron de la participación en las ceremonias religiosas, los sacrificios y las oraciones a los dioses y, por consiguiente, de las bendiciones que conferían a sus participantes. Al negarles la participación del carisma de su grupo y de sus normas, forzaron a los conquistados a la posición de un pueblo que era, a sus propios ojos, anómico y, al mismo tiempo, los despreciaban por no obedecer las normas que ellos mismos observaban. La clase sacerdotal dirigente, los brahmanes, usaron de manera sistemática su monopolio de los medios de orientación y de control de los poderes invisibles como un instrumento de gobierno y un arma de exclusión. La tradición de las relaciones entre establecidos y marginados que en un inicio se relacionaba con la política de los conquistadores hacia los conquistados y que, con el paso del tiempo, impregnó la jerarquía cada vez más diferenciada de castas hasta los descastados, que se encontraban en el fondo de la pirámide social, asumió una rigidez especial en el caso de la India debido a que la clase dirigente de los sacerdotes la asentó de manera firme en un molde de creencias religiosas y prácticas mágicas.

En comparación con la política tradicional de clases dirigentes religiosas como el cristianismo y el islam, que se enfocaban en la conversión y asimilación de los marginados, los brahmanes se habituaron desde un inicio a una política de exclusión; su política se dirigía hacia la segregación estricta y jerárquica de grupos, como una condición de su propio índice de poder elevado. Igual que en los primeros días, los pueblos no arios controlados quedaron rígidamente excluidos de la participación en los ritos y las oraciones de los grupos gobernantes, de tal manera que después todas las divisiones funcionales de la sociedad india, desde los sacerdotes hasta los barrenderos, se concibieron a partir de una exclusión sancionada religiosamente, de una jerarquía de divisiones sociales hereditarias entre las castas altas y las bajas. Las diferencias se explican a partir de acciones «buenas» o «malas» cometidas en una vida previa. Por lo tanto, de acuerdo con Hiro, uno de los libros sagrados, las Leyes de Manu, establece:

> «Como consecuencia de muchos actos malos cometidos con su cuerpo un hombre se convierte, en su próxima vida, en algo inanimado; como consecuencia de los malos actos cometidos con el habla, en un ave o una bestia; como consecuencia de pecados mentales, renace en una casta inferior». Por lo tanto, la clase dirigente brahmánica imponía sobre las castas inferiores la aceptación de su posición en la vida sin cuestionarlo, y el recordatorio de que si seguían el *dharma* (*i. e.* deber) que se les había asignado en esta vida podían ser recompensados con un mejor estatus en la siguiente.[15]

Uno de los principales recursos de una clase dirigente que se encuentra bajo presión es reforzar las restricciones que sus miembros imponen sobre ellos mismos, así como sobre el grupo más amplio al que gobiernan, y la observancia de estas restricciones puede usarse nuevamente como un símbolo tanto del carisma de su grupo como de la deshonra de los marginados. En algún momento entre el año 100 a. C. y el 100 d. C., la clase diri-

[15] Dilip Hiro, *The Untouchables*..., *op. cit.*, p. 5.

gente brahmánica se vio presionada por misioneros budistas rivales, que habían aumentado desde los tiempos del emperador budista Aśoka. Fue durante este periodo que los brahmanes renunciaron a la ingesta de carne, que la población de las castas comenzó a abstenerse de comer res y que las vacas asumieron el estatus completo de símbolos de una deidad y, por lo tanto, no podían matarse. Como en Japón, los grupos ocupacionales cuyo trabajo se consideraba sucio y, por consiguiente, contaminaban a la sociedad, habían existido antes; el fortalecimiento del tabú contra comer y matar animales concretó su estatus como descastados. Los carniceros, los talabarteros, los pescadores, los verdugos, los pepenadores y otros grupos con ocupaciones similares se consideraban humanos cuyo contacto contaminaba. Durante siglos se trató a sus miembros como descastados hereditarios, como parias.

Para alguien que vive en una sociedad industrial relativamente rica, imaginarse el modo de existencia y el sentir de seres humanos en esta situación implica un ejercicio imaginativo; sin embargo, es un ejercicio que vale la pena realizar. Durante este largo periodo la imagen manchada del nosotros de una persona dominó y dio color a su imagen del yo; opacó su imagen como individuo, de una manera a la que ya no se puede acceder en sociedades donde las creencias dominantes ya no sancionan el sentimiento de polución por marginados sociales. Este mundo de pesadilla de una imagen manchada del nosotros fácilmente puede parecer ajeno; no obstante, algunos de los niños que crecían en el callejón de la rata de Winston Parva (como lo llamaba el grupo establecido) probablemente sufrían de una imagen manchada del nosotros similar, y su desvío era una respuesta a esto. En donde sea que existan relaciones entre establecidos y marginados, estos sentimientos no estarán del todo ausentes. El profundo desasosiego que despierta el contacto con miembros de grupos marginados puede resultar menos intenso pero, aun sin las sanciones religiosas, tiene características similares. En su raíz se encuentra el miedo producido por el contacto con un grupo que ante nuestros ojos, así como ante los de nuestros compañeros, es anómico. Sus miembros rompen las reglas que uno está

obligado a observar, de cuya obediencia depende tanto nuestro respeto propio como el respeto por nuestros compañeros. De ella depende también la participación de la gracia y la virtud especiales, del carisma de nuestro grupo.

Aun en contextos tan pequeños como Winston Parva, es posible observar algunas de estas características. Parece útil permitir que el microcosmos de una comunidad pequeña ilumine el macrocosmos de las sociedades a gran escala y viceversa. Ésta es la lógica detrás del uso de un escenario pequeño como paradigma empírico de las relaciones entre establecidos y marginados que suelen existir en otros lugares a una escala diferente. Es posible ver ahí algunos detalles con más claridad que en un estudio de las relaciones correspondientes en contextos más amplios; otras resultan más claras en estos últimos. En conjunto pueden ayudar al mejor entendimiento de la dinámica social de las relaciones entre establecidos y marginados. Debido a que un estudio de este tipo coloca dentro de un mismo marco conceptual tipos de relaciones que tradicionalmente sólo se perciben como diferentes, podemos encontrar que todas resaltan de manera más vívida.

Se puede ver, por ejemplo, de manera más clara el papel que desempeñan las diferencias en normas y, especialmente, en estándares de autocontrol en las relaciones entre establecidos y marginados. El grupo establecido tiende a experimentar estas diferencias como algo molesto, en parte debido a que su propia observancia de las normas se vincula con su amor propio, las creencias carismáticas de su grupo; en parte porque el incumplimiento de sus normas por parte de otros puede debilitar su defensa contra sus propios deseos de romper con la norma prescrita. Por lo tanto, el grupo establecido percibe como una amenaza para su propia posición, su virtud y gracia especiales a los marginados interdependientes, quienes son más indulgentes, o de quienes simplemente se sospecha que lo son, en la observancia de aquellas restricciones cuyo carácter estricto mantiene su posición entre sus iguales. Ésta fue una de las razones por las que los establecidos respondieron de manera tan tajante en el caso de Winston Parva. Correcta o incorrectamente, como muchos otros grupos establecidos, se sintieron expuestos a un triple ata-

que: contra sus recursos de poder monopolizados, contra el carisma grupal y contra sus propias normas. Rechazaron lo que sintieron como un ataque al cerrar sus filas contra los marginados mediante su exclusión y humillación. Por su parte, los marginados difícilmente tenían intenciones de atacar a los viejos residentes; pero se les colocó en una posición desafortunada y continuamente humillante. Ambas partes representaron el drama como si fueran marionetas que penden de un hilo.

Ámsterdam, marzo de 1976

I. Consideraciones sobre el método

En 1959 y 1960, Winston Parva* formaba parte de un desarrollo suburbano en las afueras de una ciudad industrial grande y próspera en el área central de Inglaterra. Una línea de tren lo separaba de otras partes con un crecimiento suburbano en expansión; un puente que cruzaba esta línea era su único vínculo con Winston Magna y con el resto de Winston. Tenía menos de 5 000 habitantes, quienes formaban una comunidad bastante compacta con fábricas, escuelas, iglesias, tiendas y clubes propios. Así como con divisiones propias.

Estaba formada por tres vecindarios diferentes, mismos que sus habitantes conocían y reconocían como diferentes. La zona 1 era lo que suele llamarse un área residencial de clase media. La mayoría de sus habitantes la consideraban como tal. Las zonas 2 y 3 eran áreas de clase obrera y una de ellas, la zona 2, albergaba la mayoría de las fábricas locales. En cuanto a rango de ingresos, tipos de ocupaciones y «clase social», los habitantes de la zona 2 y de la zona 3 no parecían marcadamente distintos. Un observador acostumbrado a evaluar la estructura social de un grupo vecinal solamente a partir de estos términos podría esperar que las dos zonas de clase obrera tuvieran mucho en común, que sus habitantes se consideraran más o menos iguales y que la principal línea divisoria en la vida comunitaria de Winston Parva, en cuanto a la clasificación mutua de los habitantes y las barreras para las relaciones sociales y las comunicaciones, se encontrara

* En el presente estudio se cambiaron todos los nombres susceptibles de reconocimiento.

entre la zona de clase media, por una parte, y las dos zonas de clase obrera, por la otra.

En los hechos, la configuración que uno encontraba era diferente. Un sondeo preliminar sugirió que no sólo los habitantes de clase media de la zona 1, sino también los habitantes de clase obrera de la zona 2 consideraban que su estatus y el de su vecindario era superior al de quienes vivían en la zona 3, y que las barreras sociales que dividían a los dos vecindarios de clase obrera eran, cuando menos, igual de grandes, si no mayores, que las que dividían las relaciones sociales y las comunicaciones entre los vecindarios de clase obrera y el vecindario de clase media en esta área. Los mismos residentes de la zona 3 parecían aceptar el estatus de inferioridad acordado de manera local para su vecindario en comparación con la zona 2, aunque a regañadientes y con cierto rencor. Resultaba imposible no preguntarse por qué accedían. ¿Cómo es que los habitantes de la zona 2 lograron afirmar y mantener su estatus de superioridad? ¿Cuáles fueron los recursos de poder que les permitieron hacerlo? ¿Acaso las diferencias de ocupación entre los habitantes de los dos distritos de clase obrera eran mayores de lo que parecían y fueron responsables de las diferencias en el estatus que se asignaba a cada vecindario? ¿Existían diferencias marcadas en los niveles de ingreso entre los dos grupos o en el tamaño y el alquiler de sus casas? De no ser así, ¿qué otros factores podrían explicar las diferencias de estatus con todo lo que conllevan en términos de relaciones humanas?

No fue difícil encontrar una respuesta provisional. La zona 2 era un distrito de clase obrera viejo, mientras que la zona 3 era nuevo. En su mayoría, los habitantes de la zona 2 eran miembros de familias que habían vivido en ese vecindario por un tiempo considerable, quienes se habían establecido ahí como viejos residentes y sentían que pertenecían ahí y que ese lugar les pertenecía. Los habitantes de la zona 3 eran recién llegados que habían vivido en Winston Parva por un tiempo relativamente corto y se mantenían como marginados en relación con sus viejos habitantes. A nuestro parecer, valía la pena analizar una relación de este tipo. Nuevas urbanizaciones suelen surgir en viejos vecin-

darios y, aunado a la movilidad migratoria social que es el concomitante normal de la urbanización e industrialización crecientes en todo el mundo, las guerras y las revoluciones llevan una y otra vez ejércitos de migrantes como posibles colonizadores a vecindarios conformados por viejas comunidades.

Como observación casual, el hecho de que el periodo de residencia pueda ser un factor en la clasificación de las familias y grupos es algo conocido. En particular, en estudios sobre grupos de clase alta y media, las alusiones a familias viejas y nuevas o a viejas riquezas y nuevos ricos no son extrañas, y la existencia de una sociedad con un núcleo formado por una red de viejas familias es bien conocido no sólo en el nivel nacional, sino en el local, como un factor poderoso de la estratificación social y de la estructura social de muchas comunidades.

El hecho de que distinciones de este tipo también puedan desempeñar un papel en las relaciones entre grupos de clase obrera quizá sea menos conocido. Además, un caso de este tipo resulta apropiado para mitigar de manera más completa el problema general que une a todos estos fenómenos: el problema de por qué, bajo ciertas condiciones, la «vejez» de un grupo se considera un factor que otorga prestigio y la «novedad» uno que genera amonestación. Podría esperarse que los grupos de clase obrera fueran menos propensos a este tipo de clasificación porque en otras clases suele asociarse con la «vejez» o «novedad» de la riqueza; no obstante, expresiones como «viejo distrito de clase obrera» aparecen en la bibliografía pertinente, aunque usualmente se mantienen al nivel de la observación casual de un lego sin vínculos con la teoría sociológica. Resulta bastante claro que los epítetos «viejo» y «nuevo», en su aplicación a formaciones sociales, señalan diferencias en la antigüedad de residencia o en el tiempo durante el que las familias y sus miembros se han conocido. Quizá resulte menos evidente que estos términos indican diferencias específicas en la estructura de grupos y que este tipo de diferencias estructurales desempeña un papel en la clasificación.

Una comunidad pequeña como Winston Parva parecía ofrecer una buena oportunidad para aprender un poco más sobre estos problemas. La cuestión era si —y en qué medida— una

investigación más sistemática confirmaría la impresión sobre las relaciones entre las tres zonas de Winston Parva, si era posible iluminar las razones de esta configuración y formar un modelo figuracional provisional para este tipo de relación que pudiera servir como guía, y probarse, en estudios de problemas similares o relacionados.

Junto con problemas de fondo como éste, uno se enfrentaba con problemas de método. Winston Parva era una comunidad relativamente pequeña. Uno de los autores había trabajado ahí por cierto número de años y la conocía gracias a la experiencia personal cercana. Condujo entrevistas con miembros de cada trigésima casa en el registro electoral de cada una de las tres zonas. Entrevistó a los líderes de las asociaciones voluntarias locales y analizó las listas de afiliación. Durante cierto tiempo organizó un club juvenil local y enseñó en una escuela de la zona. Los autores también pudieron utilizar las tarjetas de registro que mostraban la ocupación y el lugar de residencia de todos los padres con hijos en edad escolar en Winston Parva.

Las entrevistas y las tarjetas de registro permitieron reunir datos cuantitativos y presentar algunos de ellos en forma de tablas estadísticas; sin embargo, los datos cuantitativos recolectados de esta manera sólo se pueden considerar una parte de la evidencia necesaria para estudios sobre problemas de este tipo. Pueden ayudar a determinar si diferencias «estructurales», del tipo que suele tenerse en mente si se utiliza el término «estructura» en este contexto, como diferencias en ocupaciones o ingresos, eran lo suficientemente grandes como para explicar las diferencias de estatus entre los dos vecindarios de clase obrera cuya existencia se aseveraba de manera local, o las diferentes imágenes que los vecindarios tenían de sí mismos, o la exclusividad relativamente elevada de los miembros del vecindario «superior» en contraste con aquellos del «inferior».

El resultado fue que dichas aseveraciones, dichas imágenes, dichas barreras para la comunicación social no podían explicarse solamente en términos de tal o cual factor cuantificable. No podían explicarse mediante métodos que buscaran medir «factores» o «variables» como si cada uno existiera o pudiera variar inde-

pendientemente de toda la configuración social; en pocas palabras, por medio de métodos basados en el supuesto tácito de que los fenómenos sociales eran combinaciones de variables que se pueden comparar con las combinaciones de partículas atómicas que sirven a los científicos naturales como uno de sus modelos principales.

Tampoco podían explicarse mediante el supuesto usualmente implícito en el uso actual de los métodos estadísticos de que las actitudes y las creencias individuales que se encontraron, por ejemplo, durante las entrevistas se formaron por los individuos entrevistados, en primer lugar, de manera independiente de otros individuos, por así decirlo, en la tranquilidad de su torre de marfil, y habían entrado en contacto con las de otros sólo de forma secundaria. Aún menos factible en este contexto era otro de esos supuestos tácitos que subyacen a muchas investigaciones estadísticas sobre actitudes y opiniones: el supuesto de que el poder estaba distribuido de manera tan uniforme entre los individuos que cada uno de ellos era capaz de dar sus opiniones de manera independiente del pensamiento de los otros.

Todos estos supuestos estaban en completa consonancia con un método que confinaba sus usos a un concepto de las sociedades como una diversidad o conjunto de personas, como una «población estadística», y que alejaba su atención de configuraciones específicas que las personas formaban entre ellas, de estructuras sociales específicas.

Pronto se volvió evidente que en Winston Parva las respuestas recibidas en las entrevistas o en otros contextos, en especial aquellas que trataban sobre configuraciones dentro de los varios vecindarios y entre ellos, no eran expresiones de ideas que, en primer lugar, cada individuo se hubiera formado de manera independiente. Las respuestas individuales formaban parte integral de las creencias y actitudes compartidas y fundamentadas en varias formas de presión y control social, en particular en la zona 2, donde la cohesión social era relativamente alta, y en la presión de una situación común, particularmente en la zona 3, donde la cohesión era menor. En otras palabras, representaban variaciones individuales de creencias y actitudes comunes y vigentes en estos vecindarios.

Bien podía ser que algunas de las personas entrevistadas tuvieran opiniones individuales que divergían de las ideas y creencias comunes en sus vecindarios, pero las entrevistas de tipo convencional son métodos burdos, aunque efectivos, de reafirmar las actitudes y las opiniones de las personas. Rara vez hacen más que arañar la superficie. En comunidades como éstas se podía esperar que, en entrevistas con relativos extraños, las personas produjeran de manera más inmediata las ideas comunes dominantes, antes que cualquier opinión formada de manera individual que se desviara de estos estándares. Resultaba bastante claro que en una comunidad unida, como la zona 2, las personas estaban deseosas de presentar un frente común y generar la mejor impresión posible en un extraño. Incluso los marginados dentro de la zona 2 (a quienes era posible reconocer si uno tenía más que un contacto fugaz con la zona) producían generalmente las respuestas que eran comunes en el vecindario en ese momento.

Si se trabajaba en Winston Parva durante cierto tiempo, no quedaba duda alguna sobre estas ideas comunes. Ni siquiera era necesaria una técnica estadística sumamente elaborada para determinarlas. Siempre y cuando la mirada del observador no estuviera obstruida por dogmas preconcebidos, la idea de que las normas de una comunidad eran abstracciones o generalizaciones de una colección de opiniones individuales pronto se disipaba en este contexto social. Las opiniones de una persona sobre su vecindario y sobre otros relacionados con él, en este contexto social como en muchos otros, no las formaba primero cada individuo por su cuenta; se formaban en relación con un intercambio continuo de opiniones en la comunidad, durante el cual los individuos ejercían presión considerable entre sí para ajustarse a la imagen común de la comunidad, tanto en su discurso como en su comportamiento. Bajo este patrón de control vecinal, las redes de las familias más respetadas mantenían una posición clave: siempre y cuando tuvieran suficiente poder, actuaban como guardianes de la imagen de la comunidad y de las opiniones y actitudes aprobadas. Incluso sin contar cabezas, se podía obtener un alto grado de certidumbre sobre la imagen normativa de comunidad que los miembros de la zona 2

compartían entre sí, porque se mencionaba frecuentemente en conversaciones, de manera directa o indirecta, como algo que allí todos daban por sentado. Quizá hubiera creado un gran revuelo que una persona que perteneciera a esta zona no la aceptara; sin embargo, hasta donde se puede determinar, esto nunca había sucedido. El carácter uniforme de la opinión a este respecto difícilmente era menor que el de la lengua que hablaban las personas. En un contexto como éste, era posible obtener un alto grado de certidumbre sobre las creencias y las actitudes comunitarias de las personas sin que fuera necesario tomar la tradicional prueba aleatoria de opiniones, aunque, en nombre de la tradición, ciertamente fue eso lo que se hizo en este caso.

Otros aspectos de la investigación también indicaron que en este contexto social las inferencias del análisis estadístico de las entrevistas tan sólo tenían un valor reducido sin el conocimiento adquirido mediante una investigación sistemática a cargo de un observador participante entrenado. He aquí un ejemplo.

En términos generales, los habitantes de las tres zonas de Winston Parva se veían a sí mismos y a los otros en términos bastante convencionales. Veían a la zona 1 como un «área de mejor clase» o un «área residencial», a las zonas 2 y 3 como «áreas de clase obrera», aunque los habitantes de la zona 2 se veían a sí mismos como una zona infinitamente superior. Aunque si uno miraba con detenimiento, pronto aprendía que cada zona tenía un grupo minoritario propio. La zona 1 tenía una hilera de cabañas habitada por trabajadores manuales y en algunas de las casas de clase media vivían familias de clase obrera que habían adquirido su casa en la zona 1 con la ayuda de una bonificación de guerra ahorrada o de las ganancias combinadas de los cónyuges. Usualmente, consideraban residir en la zona 1 como un símbolo de ascenso social y éxito. La zona 2 tenía un pequeño grupo de residentes de clase media; la zona 3 una pequeña minoría de «familias problemáticas» particularmente grandes y conflictivas que en parte, pero no por completo, vivían de la mano de obra no especializada.

Las estadísticas laborales podrían haber ayudado a hacer más nítido el tosco contorno de esta configuración; sin embar-

go, el papel específico que desempeñaban en las imágenes y en las relaciones de las tres zonas no podría haberse determinado solamente mediante inferencias del análisis estadístico. La minoría de la zona 1 no desempeñaba ningún papel en la imagen de la zona; nunca se le mencionó en conversaciones o entrevistas en relación con la reputación o el estatus de la zona. Los habitantes de la zona 2 en ocasiones mencionaron a su minoría y siempre con un orgullo evidente; ésta reafirmaba su aseveración de que tenían un estatus más elevado que sus vecinos de la zona 3. En contraste, la minoría relativamente pequeña de «familias problemáticas» afectaba en gran medida la imagen y la reputación de la zona 3. La pizca de familias «socialmente mejores» mejoraba la reputación de los «establecidos», mientras que la reputación de los «marginados» se veía firmemente influida por las actividades de la sección «más baja».

Por lo tanto, en este pequeño contexto era posible encontrar y, hasta cierta medida, aprender a entender una ilusión óptica característica de la conformación de imágenes sociales en muchos otros contextos sociales mucho más amplios: la imagen que los «establecidos», que las secciones poderosas de una sociedad, tienen de ellos mismos y comunican a otros tiende a modelarse a partir de la «minoría de los mejores», se inclina hacia la idealización; la imagen de los «marginados», de los grupos que en relación con las secciones «establecidas» tienen relativamente poco poder, tiende a modelarse a partir de la «minoría de los peores», se inclina hacia la denigración.

Fue posible probar este modelo hipotético de una configuración específica conforme ésta surgía en observaciones preliminares mediante entrevistas y una observación más sistemática; sin embargo, acordar entrevistas y el enfoque de las observaciones que hicieron posible dicha prueba presuponía la presencia *in situ* de un observador entrenado para percibir configuraciones de este tipo; no solamente entrenado para el análisis estadístico, sino también para el análisis y la sinopsis figuracionales. Si bien los sociólogos practican ampliamente estos últimos, los métodos sociológicos suelen conceptualizarse como si el único método científicamente confiable y legítimo fuera el primero. Suele sen-

tirse que sólo un análisis estadístico es capaz de proporcionar la certidumbre impersonal que se espera de una investigación sociológica. Aquellas aserciones que no se basan en medidas de propiedades cuantificables suelen descalificarse como «impresionistas», como «simplemente descriptivas» o «subjetivas». Investigadores previos deben haberse sentido afligidos por la ineficiencia de una conceptualización que implicara que cualquier declaración verbal que no tuviera una referencia directa a datos estadísticos era necesariamente poco fiable, imprecisa y científicamente sospechosa, que las únicas certidumbres posibles sobre fenómenos sociales son aquellas que se basan en aserciones que indiquen cuánto más hay, o hubo, del fenómeno *a* que del fenómeno *b*. No obstante, las aserciones de este tipo no suelen resultar muy iluminadoras si no se combinan con otras aserciones sobre el modo de relación entre *a* y *b*, a menos que los métodos que busquen certidumbre acerca de las cantidades se enriquezcan con métodos que busquen certidumbre acerca de las configuraciones.

En realidad, estos métodos, el análisis y la sinopsis figuracionales, forman parte integral de muchas investigaciones sociológicas. Por ejemplo, desempeñan un papel en la construcción de modelos en la escala más grande y en la más pequeña: modelos de burocracias, así como de aldeas; de sistemas de balance de poder, así como de familias; es posible encontrarlos en cualquier lado en el desarrollo, creación y revisión de hipótesis y teorías sociológicas. Desempeñan un papel, pero aún se conceptualizan de manera insuficiente como métodos característicos de una ciencia cuya tarea central es el estudio de individuos como grupos, de configuraciones de individuos en cuanto tales. La idea de que los individuos deben estudiarse primero de manera aislada y de que las configuraciones que forman los individuos entre sí se derivan de lo que son sin dichas configuraciones, es una idea extraña que confunde profundamente las investigaciones sobre estas configuraciones. El empobrecimiento científico de la sociología que ha resultado de la evaluación predominante de los métodos sociológicos, del supuesto de que basta con usar métodos estadísticos si se buscan respuestas confiables a problemas sociológicos, es bastante obvio: ha llevado a un estado de las co-

sas en el que grandes áreas de problemas sociológicos relevantes se dejan sin exploración o, si se les explora, sólo un gran nombre (como sucede con buena parte del trabajo empírico de Max Weber) puede protegerlas del insulto de ser «simplemente descriptivas» (porque no son estadísticas), o de lo contrario se emprenden como investigaciones no estadísticas simplemente porque parecen provechosas, sin reflexiones explícitas sobre la naturaleza del método que las hace así.

Por consiguiente, el uso de estos métodos, del análisis y la sinopsis figuracionales, aún está confinado en buena medida a los accidentes de dones individuales. Aún no forma parte integral del entrenamiento de los sociólogos aprender a observar y a conceptualizar de manera sistemática la manera en que los individuos se adhieren, el cómo y el porqué forman entre sí esta configuración particular, o el cómo y el porqué las configuraciones que establecen cambian y, en algunos casos, se desarrollan. No obstante, sólo es posible superar estas limitantes de las investigaciones sociológicas que se centran en los métodos estadísticos si los investigadores entrenados para percibir y manipular factores o variables individuales unen fuerzas con —o están a su vez calificados para actuar como— investigadores entrenados para percibir y, al menos de manera conceptual, manipular configuraciones de este tipo, entrenados para llevar a cabo tanto sinopsis como análisis precisos.

Los modelos de configuraciones, de patrones o estructuras sociales no pueden ser menos precisos y confiables que los resultados de la medida cuantitativa de factores o variables aislados. Aquello de lo que carecen es de esa irrevocabilidad engañosa de las inferencias basadas solamente en el análisis cuantitativo y que suele confundirse con precisión. Al igual que las hipótesis y las teorías en general, representan extensiones, avances o mejoras de un fondo de conocimiento existente, pero no pueden pretender ser un final absoluto en la búsqueda de conocimiento que, al igual que la piedra filosofal, no existe. Los modelos de configuraciones, los resultados de investigaciones figuracionales, forman parte del proceso de un campo creciente de investigaciones y, a la luz de su desarrollo, ellas mismas están abiertas a revisiones, críticas y mejoras: los frutos de investigaciones futuras.

La aparente irrevocabilidad de cada investigación estadística y la apertura, el carácter formativo, de las investigaciones figuracionales como eslabones en una cadena se relacionan de manera cercana con ciertas diferencias básicas entre el tipo de pensamiento necesario para un análisis puramente estadístico y aquel necesario para uno sociológico. En ambos casos el análisis implica enfocar la atención en un elemento de una configuración a la vez: «factor», «variable», «aspecto», o como sea que se le llame. Sin embargo, en un análisis puramente estadístico el análisis aislado de dichos elementos se trata como la tarea primaria y, continuamente, como la principal; los «factores» o «variables» y sus propiedades cuantitativas se tratan como si en realidad no dependieran de su lugar y su función dentro de esa configuración, y las correlaciones estadísticas, incluidas las correlaciones estadísticas de las relaciones, nunca dejan de ser correlaciones de elementos aislados. El análisis sociológico se basa en el supuesto de que cada elemento de una configuración y sus propiedades sólo son lo que son por su posición y su función dentro de dicha configuración. En ese caso, el análisis o la separación de elementos no es más que un paso provisional en una operación investigativa que requiere complementarse con otro, con la integración o la sinopsis de elementos, de la misma manera que este último requiere que el primero lo complemente; aquí el movimiento dialéctico entre el análisis y la sinopsis no tiene principio ni fin.

Con base en los supuestos que subyacen en las formas tradicionales de análisis estadístico, se hubiera justificado la idea de que bastaba con determinar el tamaño numérico u otras propiedades cuantitativas de cada una de las tres zonas de Winston Parva y, entre ellas, de los grupos minoritarios y mayoritarios, con el fin de explicar los diferentes papeles que las minorías desempeñan en las tres zonas y sus respectivas imágenes. Los problemas con los que uno se enfrentaba al llevar a cabo el análisis y la sinopsis figuracionales eran tales que el descubrimiento aislado de relaciones cuantitativas, sin importar cuán precisas hubieran sido, no hubiera conducido a una respuesta adecuada. Estos problemas se centraban en configuraciones como «minoría de clase obrera en área residencial de clase media», «minoría de cla-

se media en vieja área de clase obrera», «familias problemáticas en área de clase obrera nueva», «red de familias antiguas en relación con recién llegados», «élites de poder establecidas en relación con marginados»; sin importar cuántas correlaciones estadísticas se pudieran establecer, por sí mismas no hubieran llevado a un claro entendimiento de la manera en que configuraciones de este tipo funcionan o afectan a las personas que allí viven. Hubiera resultado imposible inferir de un simple análisis cuantitativo, por ejemplo, que para las personas de un área de clase media, para su estilo de vida, para las imágenes que tenían de su zona y de otras, la existencia en sus zonas de una minoría de clase obrera no tenía importancia; mientras que para las condiciones de vida, así como para las imágenes de la nueva área de clase obrera, su minoría tenía una importancia grandísima. En algunos casos, las diferencias y las relaciones cuantitativas resultaban extremadamente útiles como índices sociales. El hecho de que el alquiler fuera menor en la zona 3 que en la zona 2, y en la 2 que en la 1, sin duda era sugerente; pero la configuración real, la compleja relación entre estas zonas, no podía expresarse o explicarse de manera adecuada en símbolos que no fueran verbales. Si no se utilizan palabras como instrumentos de investigación, las cifras no hablan por sí mismas. Los diferentes papeles que las minorías desempeñan en configuraciones distintas son un ejemplo. En el contexto de un vecindario como la zona 3, una minoría específica desempeñaba un papel completamente desproporcionado en relación con su magnitud numérica. El uso actual de las estadísticas pareciera implicar que entre más grande sea la magnitud numérica, mayor será la importancia. En el caso de las minorías de Winston Parva, así como en muchos otros casos, la importancia sociológica no era de ninguna manera idéntica a la importancia estadística. Lo anterior señaló un hecho conocido gracias a otras investigaciones, en el que quizá no se ponga suficiente atención: que los datos sociales pueden tener una importancia sociológica sin tener una importancia estadística, y que estos datos pueden tener una importancia estadística sin tener una importancia sociológica.

El hecho de que los problemas sociológicos difícilmente pueden enmarcarse de manera adecuada si parecen tratar exclusiva-

mente fenómenos sociales en un punto y tiempo específicos —con estructuras que, por usar el lenguaje fílmico, tienen la forma de un «fotograma»— refuerza la necesidad de esta distinción. Tienen mayor cercanía con lo que se puede observar y conducir a explicaciones más completas, sólo si se conciben como problemas de fenómenos con forma de procesos que participan en un movimiento en el tiempo. El papel que desempeñan la «vejez» y la «novedad» relativas de un vecindario es un ejemplo. Esto implicaba que los fenómenos estudiados tenían una dimensión histórica y que el descubrimiento de índices cuantitativos, incluso si uno incluía «antigüedad de residencia», de ninguna manera bastaba para obtener acceso a las diferencias figuracionales, estructurales, a las que se referían etiquetas como «viejo» y «nuevo».

Si las diferencias entre la «vejez» y la «novedad» aún rara vez se conciben como propiedades referidas a diferencias estructurales de los grupos, es porque en buena medida el concepto dominante de la estructura social tiene una fuerte tendencia a hacer que las personas perciban las estructuras como «fotogramas», como «estructuras de estado estacionario», mientras que los movimientos de estructuras en el tiempo, ya sea que tomen la forma de desarrollos o de otros tipos de cambios sociales, son tratados como «históricos»; lo que suele implicar, en el habla de los sociólogos, algo distinto de la estructura, no una propiedad indeleble de las estructuras sociales mismas.

En este caso resultó sencillo determinar cuánto más vieja era la zona 2 en comparación con la zona 3, hacía cuánto se habían establecido las familias de clase obrera en una y hacía cuánto en la otra. Tampoco fue difícil reunir datos estadísticos que mostraran otras diferencias entre ambas zonas; sin embargo, por sí mismos, los datos estadísticos no podían conducir al esclarecimiento de las diferencias estructurales que resultaban de su «vejez» o «novedad». La importancia de las diferencias numéricas para la relación entre los vecindarios de Winston Parva y en especial para las diferencias de estatus entre las dos zonas de clase obrera no podía salir a la luz ni explicarse mientras las cifras que mostraban diferencias cuantitativas no se trataran como indicadores de diferencias en la estructura de las dos zonas, las

cuales resultaban de la manera en que Winston Parva y sus zonas se habían desarrollado, y que sólo podían expresarse con precisión como diferencias figuracionales en términos no cuantitativos, en términos verbales.

II. Relaciones vecinales en construcción

Winston Parva fue la obra de un hombre emprendedor, Charles Wilson, quien en 1880 formó una compañía con el fin de construir casas, fábricas y tiendas en una pradera ubicada entre la antigua aldea de Winston Magna, por un lado, y una línea ferroviaria, por el otro. Sobre este terreno su compañía construyó 700 cabañas de ladrillo idénticas en el transcurso de siete años, unas cuantas cocheras de trenes, varias fábricas y una nueva iglesia hecha de hierro fundido.

Algunos residentes viejos aún recordaban la manera en que Charles Wilson conducía su coche de caballos por las calles del municipio que había creado y levantaba su sombrero de copa para saludar a los nuevos «aldeanos»; recordaban el ingenio que había mostrado al colocar su fábrica de ladrillos de tal manera que tuviera acceso al apartadero del tren a través de un túnel. En una entrevista un hombre mencionó las bulliciosas fiestas que se celebraban en la gran casa de este hombre, ubicada en la calle principal, para festejar un juego de futbol exitoso en el que sus hijos hubieran participado. Este tipo de recuerdos probablemente hubiera complacido al fundador de Winston Parva; no obstante, para asegurar que su nombre lo sobreviviera, utilizó la primera letra de cada calle al sur de la calle principal del asentamiento para formar su nombre:

Ch	Chestnut Street
A	Acorn Street
S	Sycamore Street

W	Willow Street
I	Ilex Street
L	Lime Street
S	Sloe Street
O	Orchard Street
N	New Street

La historia se transmitió y fue comunicada a los recién llegados. Fue el hijo de un evacuado londinense quien señaló la importancia de los nombres de las calles durante las primeras semanas de la investigación. La parte que Charles Wilson construyó de Winston Parva, la más vieja, se corresponde con la zona 2. Sus 80 años de existencia bastaron para proporcionar a las familias que vivían y permanecían allí un fuerte sentido de pertenencia. Todas «se conocían» y se podían ubicar. Si bien desde un inicio fue un asentamiento industrial, cuyos habitantes no tenían ninguna ocupación relacionada con la agricultura, se llamaba a la parte más vieja de Winston Parva, con afecto y con cierto orgullo, la «aldea».

La zona 1, ubicada al norte de la «aldea», era una adición posterior. Pequeños constructores locales estuvieron a cargo del grueso de estas casas durante la década de 1920 y 1930. Las casas no estaban adosadas o estaban semiadosadas y provistas para las necesidades de profesionistas y personas de negocios, y con el paso del tiempo algunos de los trabajadores hábiles y prósperos de la zona 2, así como individuos de la misma zona que habían adquirido cierta riqueza como comerciantes o tenderos, se mudaron allí como símbolo saliente de su éxito. Como resultado, algunas familias tenían ramas en la zona 1 y en la zona 2, y la primera constituía una especie de clase alta para la «aldea» y para Winston Parva como un todo.

Una compañía de inversión privada construyó la zona 3 en la década de 1930 en un terreno ubicado entre la línea ferroviaria principal y un ramal al norte del canal. Los viejos residentes dijeron que Charles Wilson no había desarrollado este terreno porque era pantanoso y estaba infestado de ratas; y, como veremos, los «aldeanos» siguieron llamando a la zona el «callejón de

la rata». Un informante, miembro de un concejo local, recordaba que los residentes destacados de la «aldea» se habían quejado con el concejo sobre la construcción sobre esta tierra en su vecindario. Lo consideraban por debajo del estándar local. Sea cual fuere la verdad, la compañía de inversión comenzó la construcción de varias líneas de casitas con jardines en la década de 1930 y anunció su alquiler. Hasta donde recordaban los informantes, casi nadie de la «aldea» se mudó a las nuevas casas a pesar de que por un tiempo considerable el alquiler fue más bajo. Casi todos los que respondieron a los anuncios eran recién llegados. Al parecer, muchos llegaron del norte de Inglaterra atraídos por el mayor índice de empleo del área. Uno de los inmigrantes, un hombre de Yorkshire, recordaba que se le había mostrado una caja con llaves de casas vacías en la Urbanización y le dijeron que podía elegir. Algunas casas fueron ocupadas por familias de hombres que se habían unido recientemente a un regimiento local; sin embargo, hasta 1939, de acuerdo con los antiguos residentes, un número considerable de casas en la Urbanización permanecían sin inquilinos.

La razón de que se llenaran no yace tanto en que el alquiler atrajera a las personas como en las condiciones cambiantes del país. Después de la crisis de Múnich se trajo a más familias desde su estación militar local, y en 1940 el patrón de desarrollo cambió de manera más dramática. Cuando verdaderamente inició el bombardeo de Inglaterra, llegaron los evacuados. Una fábrica londinense que producía instrumentos para las fuerzas armadas y cuyo edificio fue destruido se mudó en cuerpo y alma a Winston Parva. La producción se estableció en una fábrica vacía cercana al canal. Más de 100 londinenses se añadieron a la pequeña comunidad de Winston Parva. Esta «migración masiva» y repentina tuvo un fuerte impacto en residentes e inmigrantes por igual. Algunas personas de la parte vieja de Winston Parva recordaban, en entrevistas, la angustia con que habían llegado los evacuados; habían perdido su casa y la mayoría de sus pertenencias familiares en el bombardeo. Una petición de un fabricante local produjo una respuesta inmediata en forma de vestimenta, equipo de cocina y muebles que los «aldeanos» habían recolectado.

No obstante, cuando los antiguos residentes contaban estos hechos, casi siempre mencionaban que algunos de los regalos que recibieron los inmigrantes aparecieron en el mostrador de la tienda de empeño unos días después.

Es muy probable que los recuerdos fueran selectivos. La primera oleada de londinenses y la mayoría de los otros primeros inmigrantes eran, como la mayoría de los residentes de la «aldea», obreros calificados o semicalificados. Los ingresos de los recién llegados no estaban notoriamente por debajo de los de las familias residentes de clase obrera; sin embargo, las costumbres, las tradiciones y toda la forma de vida de los recién llegados eran diferentes. Además, con ellos llegó una minoría conformada por mano de obra no especializada atraída por la variedad de empleos de guerra que se habían establecido en la Urbanización, cuyos estándares de comportamiento, según parecía, no sólo diferían de los de los «aldeanos», sino también de los de la mayoría de los residentes de la Urbanización. La existencia de pequeños grupos de obreros inmigrantes de este tipo sin duda fue una de las razones del bajo estatus en la clasificación de los vecindarios de Winston Parva que se adhirió a la Urbanización como un todo.

Por consiguiente, existían diferencias considerables entre los viejos residentes y los recién llegados. No resultó fácil encontrar conceptos adecuados para expresarlas; representaban una forma marcada de estratificación social. Los inmigrantes conformaban un cuadro de clasificación social inferior a los residentes de clase obrera; sin embargo, difícilmente era posible referirse a las diferencias entre los dos vecindarios de clase obrera como diferencias de clase. Hablar simplemente de las diferencias de estatus podría ser engañoso, porque el término suele aplicarse a las diferencias en la clasificación de las familias del mismo vecindario. Lo que sucedía en Winston Parva eran diferencias en la clasificación social de los tres vecindarios, que se expresaban en fricciones que ocurrieron tan pronto como los antiguos residentes y los recién llegados comenzaron a evaluarse entre sí. Un ejemplo temprano, que aún se recordaba en el momento del estudio, fue la distribución de los miembros de los dos grupos en los bares locales. Igual que en otras comunidades inglesas, los «locales» se conta-

ban entre las instituciones centrales de la vida comunitaria. Uno de los dos bares de Winston Parva, el Hare and Hounds, se encontraba en el camino entre la fábrica de instrumentos y la Urbanización. Algunos de los «londinenses» y otros cuantos inmigrantes se reunían en él de manera más o menos regular. Los «aldeanos» que visitaban el bar mostraron su desaprobación hacia los recién llegados retirándose del Hare and Hounds y reservando para ellos el otro bar, The Eagle, de donde se excluía a los nuevos residentes que buscaban compañía. Entre los «aldeanos» el Hare and Hounds pronto adquirió una reputación, merecida o no, por el comportamiento ruidoso y el alcoholismo. Las convenciones que habían establecido para sí los «aldeanos» en cuanto a la bebida y a las que estaban acostumbrados eran extrañas para los nuevos residentes y en general no las observaban. A los ojos de los «aldeanos», la llegada de extraños era una intrusión desagradable. Así, la segregación de los dos grupos que se estableció al inicio de la guerra, al poco tiempo de la llegada de un grupo bastante compacto de inmigrantes, adquirió con el tiempo la fuerza de una tradición local; aún se mantenía por completo durante el periodo de la investigación, dos décadas después.

Es posible ver cómo se originó. La «conquista» inicial de uno de los bares por parte de los recién llegados fue más bien un síntoma y no la causa de las fricciones entre los residentes antiguos y los nuevos. La reconstrucción de la situación inicial de ambos grupos y el desarrollo de su relación ayudaron a comprender el patrón establecido que había adquirido en el momento de la investigación. Cierto conocimiento de la construcción de esta relación fue necesario para entender cómo sucedió que los habitantes de la zona 2 reclamaran para sí de manera exitosa un estatus más elevado que el de los habitantes de la zona 3, a la vez que concedían un estatus más elevado a la mayoría de los residentes de la zona 1; sin el esclarecimiento y la explicación de este orden de estatus, era imposible entender otros aspectos de la vida comunitaria.

Es posible caer en la tentación de culpar a uno de los dos bandos por las tensiones entre los residentes antiguos y los nuevos. De hecho, en el momento actual de nuestras técnicas socia-

les, eran los concomitantes normales de un proceso en cuyo curso dos grupos previamente independientes se volvieron interdependientes. Si se considera la configuración que resultó de la interdependencia recientemente establecida, como vecinos y miembros de la misma comunidad, entre grupos que eran extraños entre sí, es posible ver cuán difícil habría resultado evitar las tensiones. Lo que sucedió en el bar es un buen ejemplo. Los miembros de cada grupo buscaban relajarse en compañía de aquellos que les agradaban, de la manera que les gustaba y a la que estaban acostumbrados. Los antiguos residentes podrían haber aceptado a los recién llegados como personas necesitadas de ayuda si se hubieran sometido a su condescendencia, si se hubieran conformado con tomar en su jerarquía de estatus la posición inferior que las comunidades ya establecidas y más unidas y conscientes de su estatus suelen asignar a los recién llegados, al menos durante un periodo de prueba. Como regla, dichas comunidades esperan que los recién llegados se adapten a sus normas y creencias; esperan que se sometan a sus controles sociales y, generalmente, que muestren una disposición por «encajar».

Sin embargo, en la Urbanización, los recién llegados, particularmente los «londinenses», que al menos en un inicio formaban un grupo bastante compacto, siguieron comportándose en Winston Parva como lo habían hecho antes. Si es posible juzgar a partir de otros grupos similares de londinenses, quizá ellos mismos no hubieran puesto ningún reparo si los «aldeanos» se hubieran unido a su círculo en el bar y a su ruidoso disfrute. Es probable que eso esperaran: estaban acostumbrados a la camaradería más sencilla que suele prevalecer entre las filas bajas y medias en grupos metropolitanos de clase obrera, cuyas normas y estándares eran menos estrictos que los de muchos otros grupos ubicados en una posición más elevada en la jerarquía de estatus, quizá porque no tenían la misma necesidad de refrenarse constantemente para demostrar y reafirmar su superioridad de estatus sobre otros. Además, en comparación con los «aldeanos», los inmigrantes tenían una cohesión relativamente reducida; eran un grupo bastante abierto y no particularmente exclusivo.

Es claro que en ese momento los «aldeanos» ya conformaban un grupo relativamente más cerrado; habían desarrollado tradiciones y estándares propios, y excluían como personas inferiores a quienes no obedecían sus normas. Por consiguiente, se retiraron del bar que los inmigrantes habían elegido como su lugar de encuentro, y emprendieron la batalla en contra de los intrusos mediante el uso de todas las armas características que una comunidad establecida y bastante cerrada tiene a su disposición en sus relaciones con grupos de recién llegados que, por una razón u otra, no se adaptan a sus tradiciones y a sus normas y que, por lo tanto, amenazan, como sin duda sintieron que lo hacían, su estatus y su identidad comunitarios: cerraron sus filas en contra de los recién llegados. Los excluyeron de cualquier puesto de poder social, ya fuera en la política local, en las asociaciones voluntarias o en cualquier otra organización en la que su influencia fuera dominante. Sobre todo, desarrollaron como arma una «ideología», un sistema de actitudes y creencias que resaltaba y justificaba su superioridad, y que marcaba a las personas de la Urbanización con un signo de inferioridad. Construida alrededor de ciertos temas estereotipados, su ideología de estatus se extendió y mantuvo mediante un flujo constante de chismes que se ligaba con cualquier evento en la «aldea» que pudiera ayudar a mejorar la imagen comunitaria de la «aldea» y con cualquier evento entre las personas de la Urbanización que reforzara la imagen negativa de ésta. También ayudó a bloquear la percepción de cualquier evento que pudiera contradecirla. Lo anterior no implica que existiera un plan concertado entre los «aldeanos» para actuar de esa manera. Fue una reacción involuntaria a una situación específica en consonancia con toda la estructura, toda la tradición y toda la actitud de la comunidad de la «aldea». Tampoco implicaba la existencia de una enemistad personal o, siquiera, de fricciones personales constantes entre todos los miembros de los grupos de ambos vecindarios. Muchos individuos de los dos vecindarios se encontraban entre sí en términos personales bastante buenos. Un gran número de hombres y mujeres provenientes de las zonas 2 y 3 trabajaban en la misma fábrica local, continuamente al mismo nivel. Durante la in-

vestigación nunca se hizo referencia a dificultades que hayan surgido en el trabajo entre habitantes de diferentes zonas. En apariencia, los miembros de ambos vecindarios se aceptaban mutuamente y sin reparos en sus papeles laborales como trabajadores. En esa capacidad, los hombres y mujeres de la zona 2 parecían estar normalmente en términos amistosos con los de la zona 3; pero sólo los aceptaban dentro de ciertos límites. Sus actitudes elitistas y su ideología de estatus entraban en juego principalmente en relación con los papeles desempeñados fuera de la vida laboral; siempre estaban presentes, pero se mostraban menos durante las horas laborales y más fuera del trabajo, en sus actividades de esparcimiento; menos en sus papeles como trabajadores y más como miembros de familias que vivían en vecindarios diferentes. Incluso en el momento de la investigación, 20 años después de la llegada de los evacuados, los viejos habitantes de la «aldea» aún se referían a las personas de la Urbanización como *extranjeros* y decían que «no podían entender una sola palabra de lo que decían». El reportero de un periódico local aún podía observar: «Por supuesto, son londinenses, hay que recordarlo, tienen modos diferentes, por eso son diferentes de nuestros viejos». Una viejita llamó sin rodeos a la Urbanización «la colonia cockney»; sin embargo, los londinenses de ninguna manera eran los únicos inmigrantes. Ya durante la guerra, varios de los recién llegados que ocuparon las casas de la Urbanización provenían de Durham, Lancashire, Gales e Irlanda, y otros llegaron después. En los estereotipos denigrantes del grupo establecido todos formaban un montón. Al final de la guerra, la antigua fábrica de Londres extendió su producción. Algunas familias londinenses regresaron al East End, pero la mayoría se quedó en Winston Parva. Fue imposible averiguar el número exacto de las familias que se quedaron. El dueño de la fábrica dijo que «100 trabajadores con sus familias» llegaron después del bombardeo, pero no tenía ningún registro de la cantidad que regresó a Londres. De acuerdo con el empleado administrativo del Concejo, los registros de los movimientos poblacionales, el alquiler y la distribución de vivienda durante la guerra se destruyeron intencionalmente debido a que la expansión de los servicios del

gobierno local durante la posguerra creó una demanda de espacio de archivo.

No obstante, a pesar de que los esfuerzos por determinar el número preciso de los que llegaron y los que nuevamente partieron resultaron fallidos, la configuración real, la estructura distintiva de la comunidad en la Urbanización y la relación con la comunidad de la «aldea» que resultó de este desarrollo eran bastante claras. Grupos de inmigrantes de diferentes partes de Gran Bretaña se enfrentaron a una comunidad industrial de un tipo que está desapareciendo gradualmente, que vive en un aislamiento relativo con un grado bastante elevado de autosuficiencia y cohesión en lo que concierne a los contactos vecinales, y quizá por esa razón en la mente de sus miembros se parece a una aldea. Estos grupos se convirtieron en sus vecinos, con frecuencia también en sus compañeros de trabajo y, en términos administrativos, en parte de la misma comunidad; por un lado, como resultado de la evacuación y la dirección del trabajo en tiempos de guerra y, por el otro, a causa de la búsqueda de oportunidades de empleo o de un mejor empleo. Los «aldeanos» tenían fuertes raíces en el lugar; todos los inmigrantes eran, en un inicio, personas desarraigadas. Y el hecho de que muchos de ellos provinieran de diferentes localidades en Inglaterra y fueran extraños entre sí les dificultó desarrollar una vida comunitaria propia.

La estructura de la comunidad casi 20 años después era principalmente resultado del encuentro de estos dos grupos de personas y de la mezcla de interdependencia y antagonismo que produjo. Es imposible entender la estructura de la comunidad de Winston Parva a la que uno se refiere si se usan términos como «vieja zona de clase obrera» y «nueva zona de clase obrera» sin referirse a su desarrollo.

En estudios de comunidad, así como en muchas otras investigaciones sociológicas, la exploración del desarrollo de la organización de personas que se estudia suele tratarse como algo externo a la exploración de su estructura en un momento específico. De acuerdo con las convenciones actuales de pensamiento, la historia carece de estructura y la estructura de historia. Por lo tanto, lo que hasta el momento se ha dicho del desarrollo de Winston

Parva, y en particular de los dos vecindarios de clase obrera, puede malinterpretarse fácilmente como una «introducción histórica» de este tipo, como una adición «meramente descriptiva» y externa a la investigación de la estructura de Winston Parva al momento del estudio, de la «estructura» concebida como un «fotograma». No obstante, si no se hiciera referencia al desarrollo de Winston Parva, su estructura en el momento de la investigación sería incomprensible. El esquema del desarrollo formó parte integral de la investigación sobre la estructura; sobre la configuración de la comunidad en una época determinada. En particular, las diferencias de estatus entre la zona 2 y la 3 hubieran resultado inexplicables sin hacer referencia al desarrollo de Winston Parva como una comunidad, de la misma manera que hubieran sido inexplicables si hubiéramos restringido nuestra investigación a las medidas estadísticas de factores o variables independientes y de sus correlaciones durante el periodo de la investigación.

Uno no puede dejar de lado esas medidas. Las tablas y las inferencias estadísticas que se obtienen de ellas han tenido —y tienen— su lugar en los estudios de desarrollo y en los figuracionales. Por consiguiente, en el caso de los dos vecindarios de clase obrera no se podía excluir la posibilidad de que diferencias laborales y otros factores similares fueran lo suficientemente importantes para que proveyeran explicaciones adecuadas de los gradientes de estatus en Winston Parva. En este caso ocurrió que las diferencias estadísticas no fueron lo suficientemente marcadas para iluminar y explicar el problema de por qué, en esta comunidad, los miembros de un área de clase obrera se atribuían un estatus mucho mayor del que asignaban a otros de un área vecina de clase obrera y se salían con la suya. Este tipo de problema requería que la «distinción viejo-nuevo» se considerara como parte de un proceso en el tiempo; requería la construcción de un modelo de la estructura de dicha comunidad como un aspecto de su desarrollo que pudiera explicar por qué un vecindario tenía suficiente poder, en relación con el otro, para afirmar de manera exitosa una superioridad de estatus sobre el otro con todo lo que implicaba. Una vez construido, era posible examinar

en qué medida este modelo resultaba consistente con los hechos observables, se podía revisar o abandonar si no pasaba la prueba, y entregarlo para pruebas posteriores, para su revisión o destrucción, según fuera el caso, a otros que lleven a cabo investigaciones relacionadas.

Este procedimiento posibilitó la exploración y explicación de características estructurales que en un principio se descubrían como «fotogramas», como características de una comunidad en un momento particular en el tiempo, como las diferencias en los índices delictivos, más tarde como indicadores de una configuración que representaba una etapa en el desarrollo de la comunidad. La separación conceptual y metodológica de investigaciones sobre la estructura de las agrupaciones humanas en un momento dado y de investigaciones sobre la estructura de los procesos en cuyo curso se convirtieron en lo que son, también en este caso, se mostró absolutamente artificial. El encuentro de grupos nuevos y viejos, y las presiones que los obligaron a vivir juntos como miembros de la misma comunidad, no eran eventos aleatorios; formaban un episodio pequeño, pero no por ello menos característico, de los procesos a largo plazo y a gran escala a los que nos referimos con etiquetas como «industrialización», «urbanización» o «desarrollo comunitario». Si no se les visualiza como episodios dentro de dichos procesos, difícilmente se les puede hacer justicia.

Este tipo de procesos ha sucedido y sucede en muchas comunidades en todo el mundo. Una y otra vez, hay grupos que abandonan sus hogares, de manera más o menos voluntaria, en busca de sustento, llevados por regulaciones gubernamentales o quizá forzados por armas, y se establecen en otros lugares, en el umbral de grupos viejos, en medio de ellos; todo esto en relación con el desarrollo cada vez más rápido de países y de las tensiones, la conmoción y los conflictos que genera. Sin embargo, actualmente pareciera que las personas que se encuentran en esta situación, así como quienes intentan lidiar administrativamente con los problemas que surgen del encuentro entre grupos nuevos y viejos, suelen pensar en cada uno de estos encuentros como si fuera único. Reflexionan sobre él e intentan manejarlo como si ocurriera aquí y ahora y en ningún otro lugar; y los estudios

sociológicos que tratan con problemas de comunidades como si fueran problemas de una comunidad particular aquí y ahora, sin indicar claramente el carácter paradigmático de su caso particular —sin sacar a flote las regularidades que subyacen en los problemas de su comunidad particular y que comparten con otras comunidades involucradas en procesos similares, así como los rasgos en los que difieren—, tampoco los ayudan. Por lo tanto, no sólo fue una predilección por las excursiones teóricas la que hizo que nos pareciera recomendable cambiar de vez en cuando el enfoque de esta investigación de los problemas más reducidos de Winston Parva a los problemas teóricos más amplios que ejemplificaban. Winston Parva se presenta aquí como un paradigma, como un modelo que indica cómo las personas pueden quedar atrapadas en una situación de conflicto por desarrollos específicos, sin poder hacer nada al respecto. Al demostrar y, hasta cierto punto, explicar la naturaleza de esta trampa, este modelo puede ayudarnos a aprender de manera gradual, si se desarrolla más, la manera de soltarse de la trampa y enfrentar mejor estos problemas.

III. Imagen general de la zona 1 y la zona 2

Winston Parva era un área industrial en crecimiento. Cerca de 4 185 personas[1] vivían allí en 1958, un poco menos de 5 000 en 1959. Administrativamente, conformaba dos alas de un distrito más amplio; sin embargo, estaba aislado de la mayor parte de él por una línea ferroviaria. Sólo un puente que atravesaba esta línea lo unía al resto del distrito. Como se ha visto, la división de Winston Parva en tres zonas estaba relacionada con su desarrollo. En 1958 la zona 1 tenía 456 habitantes, la zona 2, 2 553, y la zona 3, 1 176. Las zonas 2 y 3 también tenían fronteras bastante definidas. Un ramal de la vía las separaba entre sí y sólo estaban unidas por un paso a desnivel en la calle principal y por un pequeño túnel cercano al canal.

La zona 1 solía considerarse la «mejor parte» de Winston Parva. Por lo general, el alquiler era más elevado. En su mayoría, aunque no de manera exclusiva, era un área de clase media.

[1] La población total de Winston Parva era ligeramente mayor. Además de las tres áreas que formaron la base de esta investigación había dos pequeños «grupos» de población que no se incluyeron en ella. El primero pertenecía a un asentamiento militar; estaba conformado por un grupo de casas unido a una estación local de regimiento y proporcionaba viviendas a oficiales casados y a suboficiales. Por lo regular, ellos y sus familias no permanecían mucho tiempo en el lugar y difícilmente desempeñaban algún papel en la vida comunitaria de Winston Parva; por esta razón, no se incluyeron en la investigación. El segundo «grupo» estaba formado por varias líneas de casas al final de la zona 3. El Concejo del Distrito Urbano las construyó durante las primeras etapas de la investigación. Además del hecho de que las cifras poblacionales y de duración de residencia eran difíciles de evaluar bajo estas condiciones, el impacto de estas nuevas familias de inmigrantes en la vida comunitaria de Winston Parva, durante el periodo de la investigación, aún era insignificante.

Cuadro III.1. *Ocupación de los residentes de Acacia Road, zona 1*

Ocupación	*Cantidad*
Directores y administradores	8
Doctores y dentistas	3
Dueños de negocios	3
Profesionistas retirados	3
Maestros de escuela	3
Oficinistas	3
Ingenieros	2
Calceteros	2
Viudas	4
Obreros	1

Una lista de las ocupaciones de las personas que vivían en una de las calles principales de la zona 1 proporciona una idea clara de la composición social de sus residentes.

La presencia de trabajadores manuales entre los residentes de Acacia Road se debía a la existencia de un pequeño número de cabañas ubicadas al final de la calle. En ellas y en una hilera adyacente de casas adosadas vivía 12.9% de la población que aparece en la tabla de ocupaciones como residentes no especializados y semiespecializados de la zona 1. Las otras ocupaciones enlistadas en el cuadro III.1 indican el carácter predominante de clase media de la calle. Los resultados de esta investigación concordaban con la información recolectada durante las visitas a inquilinos y líderes de asociaciones voluntarias locales y mediante las observaciones sistemáticas *in situ* durante algunos años.

De ellos surgió una imagen bastante consistente de la zona sin la cual habría quedado incompleta aquella de la relación entre las dos zonas de clase obrera. Muchos de los habitantes de la zona 1 no participaban de manera activa en la vida comunitaria de Winston Parva. Sus vidas transcurrían entre los muros invisibles que suelen encerrar a las familias de clase media en áreas residenciales. Cada familia formaba un grupo bastante exclusivo en relación con los otros. Es probable que el círculo de conoci-

dos a los que invitaban a sus casas y quienes a su vez los invitaban a la suya proviniera en su mayoría del exterior de Winston Parva y en especial del gran pueblo de la región central al que pertenecía el área suburbana de Winston Parva. La movilidad que permitían los automóviles, si el costo del transporte no implicaba una carga, hacía posible la formación y el mantenimiento de relaciones cercanas con personas que vivían fuera del vecindario.

No obstante, un círculo pequeño y bastante compacto de residentes de la zona 1 tenía vínculos cercanos con Winston Parva y desempeñaba un papel muy activo en su vida comunitaria. Entre ellos estaba uno de los hombres que vivía en Acacia Road, el concejal Drew, quien desempeñaba un papel muy activo en la vida de la comunidad. Probablemente era su ciudadano más prominente.

Al momento de la investigación, era un hombre que apenas entraba a los 60. Su padre, un ingeniero de Manchester, se había mudado a Winston Parva en la década de 1880 —el concejal fue incapaz de recordar el año exacto— y por un tiempo había administrado la fundición local. El concejal Drew había construido por su cuenta un negocio floreciente como maestro mayor de obras. Era concejal del condado y miembro del Concejo del Distrito Urbano local. También era presidente de varias asociaciones locales y miembro de la junta de gobierno de dos escuelas locales. Su nombre era familiar en toda la zona 1 y toda la zona 2. Las entrevistas mostraron que era menos conocido en la zona 3. En las elecciones del Concejo se enlistaba como independiente. Dependía por completo de su posición en la comunidad y carecía de una organización propia. Los miembros de la Sociedad Conservadora dijeron que siempre lo apoyaban; sin embargo, los carteles electorales simplemente decían: «Vota por Drew, el amigo de los viejos conocidos». Atraía no sólo a los viejos sino también a quienes compartían los valores y las creencias comunes de la «aldea», su orgullo en la pertenencia a una comunidad establecida antigua y su satisfacción por «pertenecer». Drew era un símbolo del espíritu de la comunidad; simbolizaba los lazos cercanos que unían a las personas de la zona 1 con las de la zona 2.

En muchas formas, actuaba como el alcalde no oficial de Winston Parva. Su casa reunía, en una forma que casi pareciera pertenecer a una época ya pasada, al menos en las áreas urbanas e industriales, las funciones de su centro de negocios y las actividades comunitarias con las de su hogar. En 1958 aún conducía su negocio y sus actividades comunitarias desde su casa. Allí, un cuarto fungía como su oficina. También servía como el centro de todas sus actividades en lo que él mismo llamaba la «vida de la aldea». De manera deliberada o no, en este contexto urbano e industrial desempeñaba un papel similar al que, en contextos más rurales, realizaba el hacendado. Su esposa celebraba de manera regular «Horas de Luz» en su casa para las damas de la iglesia. Uno de sus hijos, que estaba casado, trabajaba con él en el negocio de la construcción y vivía cerca, en la zona 1. La cualidad que se oía con mayor frecuencia cuando su nombre salía a la luz en conversaciones era *amable*, y los antiguos residentes de la «aldea» ponían gran énfasis en el hecho de que «nació aquí». Tenía algunas de las características que Floyd Hunter asigna a un líder de la comunidad en «Ciudad Regional»:

> Su edad y estatus en la comunidad le permiten pronunciarse sobre los problemas de la juventud o de las condiciones de los negocios, sin importar si involucran a su negocio; sobre problemas poblacionales, asuntos de paz y guerra y muchas otras cuestiones que discute con conocimiento asegurado. Los periódicos comunican sus palabras como si tuvieran autoridad.[2]

El concejal Drew era el líder de prestigio y la figura central de varios círculos que se conectaban de manera informal gracias a las redes de parentesco, así como de una variedad de asociaciones locales que tenían sus raíces en la zona 2, mas no en la 1, y que difícilmente tenían vínculo alguno con la zona 3. No obstante, en la zona 1 tenía un «círculo cercano». Cerca de la casa del concejal Drew vivían otros habitantes destacados que eran presidentes de asociaciones locales como el Club de la Tercera

[2] Floyd Hunter, *Community Power Structure*, University of North Carolina Press, Carolina del Norte, 1953, p. 27.

Edad o miembros de comités. Estas personas lo podían visitar cuando quisieran. Todos se llamaban entre sí por su nombre de pila. Juntos —y cada uno a su manera— desempeñaban un papel destacado en la vida comunitaria de Winston Parva.

Por consiguiente, la imagen general de la zona 1 era la de un vecindario con residentes de clase media cuya mayoría no participaba de manera activa en los asuntos locales, mientras que una minoría fungía como líder de la comunidad no sólo en relación con su propio vecindario, sino también con Winston Parva como un todo y, en particular, con el vecindario cercano de clase obrera que aquí llamamos zona 2. Los obreros semiespecializados y no especializados que vivían en las cabañas del «extremo malo» de Acacia Road pertenecían geográficamente a la zona 1, pero no se contaban socialmente entre sus residentes. En lo que concernía a la imagen de la zona 1, se ignoraba la presencia de esta minoría. Las familias de hombres que formaban la otra minoría, el grupo de élite que desempeñaba un papel destacado en la vida comunitaria de Winston Parva, en la mayoría de los casos, provenían de la zona 2. Muchos de estos hombres tenían padres o parientes que aún vivían allí, y el hecho de que fueran «viejos residentes», miembros de «viejas familias», siempre se mencionaba con orgullo considerable. Demostraba que se «pertenecía», que se «nació aquí». El hecho de que personas que inicialmente vivían en la zona 2 mudaran su lugar de residencia a la zona 1 era un símbolo de éxito. El proceso continuaba. Muchas familias dijeron haberse mudado a la zona 1 después de 1945, pues «siempre habían querido vivir aquí». En algunos casos, la gratificación de guerra del esposo se había usado para obtener una hipoteca. Entre quienes se mudaron de la zona 2 a la 1 había familias de trabajadores especializados, empleados en industrias locales, cuyos hijos habían dejado la escuela; en algunos casos, las esposas también trabajaban medio tiempo en alguna fábrica local. En la zona 1 nadie mencionó que tuviera parientes en la zona 3, tampoco salieron a la luz lazos familiares de este tipo en las entrevistas y conversaciones con residentes de la zona 3.

Por lo tanto, los lazos que se habían creado gracias a una residencia prolongada en una comunidad industrial relativamente

vieja no se rompían cuando una familia podía costear mudarse de un distrito de clase obrera a uno adyacente de clase media. Quienes permanecieron en el vecindario de clase obrera parecían sentir que su conexión con los hombres que habían ascendido socialmente elevaba su propio estatus, y parecían disfrutar de la gloria reflejada. De esta manera, los «viejos residentes» del vecindario de clase obrera de la zona 2 y los «viejos residentes» que ahora vivían en el vecindario de clase media de la zona 1 se vinculaban entre sí. La reputación, la imagen de la zona 1 como un «área mejor» no se veía afectada en manera alguna por el hecho de que algunos de sus residentes vinieran de un área de clase obrera o tuvieran ascendencia obrera. Su estatus como la zona más elevada de las tres en su clasificación se reconocía francamente en la zona 2 y un poco más de mala gana en la zona 3. Los residentes de la zona 1, como indican las entrevistas, estaban muy conscientes de la superioridad de su vecindario en relación con la zona 2 y la 3. Se referían a esta superioridad como suelen hacer las personas en las democracias del siglo XX, en términos indirectos y grises en apariencia, que carecían de la franqueza emocional con la que personas con un estatus superior en épocas menos democráticas se referían a su estatus, pero, aun así, bastante inequívocos. Los términos utilizados tenían el carácter de palabras clave; se esperaba que todas las personas del mismo estatus entendieran su importancia. Decían: «Ésta es la mejor parte, todas nuestras familias viven de este lado» o «Hay una diferencia. No crea que soy un esnob, pero ¡la hay!» o «Es muy lindo aquí. Diferente del resto de Winston Parva, en especial de la Urbanización».

Como era de esperarse, la zona 2 difería en su apariencia exterior de la zona 1; en ésta, la mayoría de las personas vivían en casas semiadosadas con cocheras y las calles eran muy amplias. La zona 2 estaba conformada por cientos de casas adosadas con muchos callejones angostos y pequeños patios traseros. En cuanto a la clase social, hasta donde era posible determinarlo, la zona 2, como la zona 3, era un vecindario de clase obrera. El cuadro III.2 proporciona indicios de la distribución poblacional de «clase» en las tres zonas. Se basa en una encuesta realizada a principios de 1958 por los oficiales de asistencia escolar del

CUADRO III.2. *Distribución de clases de los padres de niños en edad escolar en las tres zonas*

		Cantidades						*Clase social*			
	Tota-	*I*		*II*		*III*		*IV*		*V*	
Zona	*les*	*Cant.*	*%*	*Cant.*	*%*	*Cant.*	*%*	*Cant.*	*%*	*Cant.*	*%*
1	70	9	12.9	30	42.9	22	31.4	8	11.4	1	1.4
2	444	1	0.2	51	11.4	116	26.1	167	37.8	109	24.5
3	216	—	—	7	3.2	70	32.5	71	32.9	68	31.4
	730	10		88		208		246		178	

Comité Educativo Local. Las ocupaciones de los padres de cada hijo que tuviera 18 años o menos se apuntaron en tarjetas de registro individuales y se clasificaron de acuerdo con el «Índice de Clase Social del Registro Civil General».

Las cantidades nos proporcionan un indicio de la distribución de clases en las tres zonas. Indican la existencia de una minoría de clase IV en la zona 1 y de una minoría de clase II en la zona 2. Muestran claramente la concentración de los habitantes de la zona 2 y la 3 en las clases III, IV y V, con un acento más marcado hacia la clase V en la zona 3.

Todas las fábricas que proveían de empleo a los habitantes de los dos vecindarios de clase obrera se situaban en la zona 2. Estaban conformadas por varias firmas pequeñas que, en su mayoría, producían calcetas y zapatos, y que mantenían sus formas tradicionales sin que, en apariencia, sufrieran de ninguna presión competitiva por parte de una compañía mediana que producía instrumentos para las fuerzas armadas y de una fábrica de panecillos un poco más grande y moderna. La mayoría de estas firmas tenían menos de 100 trabajadores a su cargo. Casi todas pertenecían a un grupo nacional de mayor tamaño. El exterior de sus edificios, que databan de finales del siglo XIX, se había modernizado, con excepción de unas firmas más pequeñas que en general se mantenían inmutables y se veían algo ruinosas. En muchos casos la iluminación era pobre y la maquinaria anticuada, pero hasta donde se podía ver esto no limitaba la lealtad de

sus trabajadores, al menos no la de los más viejos, que habían pasado, como se decía localmente, «50 años en las botas y los zapatos».

Por otro lado, la fábrica más grande de Winston Parva, que producía una marca famosa de panecillos, aunque se ubicaba en un edificio del siglo XIX, había sido remodelada por dentro y por fuera y continuaba expandiéndose. Esta firma había absorbido a la fábrica de calzado adyacente, la cual había sido parcialmente reconstruida y expandida para que formara un complejo adicional que dominaba el horizonte hacia el este. Las condiciones en esta fábrica eran sorprendentemente diferentes de las de las industrias tradicionales. La naturaleza misma del trabajo requería mayor atención y limpieza; no obstante, incluso más allá de estos requerimientos de higiene, era posible observar una tendencia definitiva hacia técnicas de producción modernas. La combinación de colores era fresca y alegre, las instalaciones recreacionales y de descanso eran buenas y los salarios estaban por encima de los índices del sindicato.

Podía esperarse que el carácter moderno de esta fábrica, en comparación con el relativamente anticuado de las otras, se reflejara de alguna manera en la posición local de quienes trabajaban allí; sin embargo, esto no sucedía. La mayoría del trabajo en la fábrica de panecillos no era especializado, los salarios oscilaban entre las 5 y las £7 semanales en 1958 para una trabajadora adulta, mientras que la misma mujer podía ganar entre 7 y £10 semanales si tomaba un empleo semiespecializado en una de las industrias más tradicionales, siempre y cuando la fábrica estuviera de «tiempo completo». Durante el periodo de investigación ocurrieron algunas fluctuaciones en los salarios de las industrias tradicionales debido principalmente, se decía en la localidad, a la competencia extranjera. Una de las fábricas de calzado cerró en 1958.

El prospecto de tener «jornada reducida de vez en cuando» y hacerlo en un ambiente menos agradable produjo cierta incertidumbre, en especial entre muchachas adolescentes, quienes se enfrentaron a la elección entre salarios relativamente elevados en las industrias tradicionales, con la posibilidad de «jornada reducida» aunada a la falta de instalaciones modernas, y los salarios

más bajos pero seguros de la moderna fábrica de panecillos. Esta incertidumbre hizo que algunas jovencitas cambiaran de trabajo varias veces durante los primeros meses. Resulta relevante, en relación con lo que sigue, señalar que los trabajadores de los dos tipos de fábricas no se dividían en grupos de obreros con un estatus social y financiero diferente. Existía una gran movilidad laboral entre los dos tipos de fábricas en el área; tampoco se les dividía, en la mayoría de las fábricas, de acuerdo con su lugar de residencia. No sólo se reclutaba a los obreros jóvenes, sino también a los viejos, de ambas zonas de clase obrera.

Estas fábricas representaban la fuente principal de empleo en fábricas de Winston Parva. La siguiente tabla muestra la cantidad de hombres y mujeres de la comunidad que tenían empleo en dos fábricas locales.

La «aldea» de Winston Parva, en donde se situaban todas las fábricas locales, fungía como un centro industrial que proporcionaba trabajo para las personas locales, a la vez que atraía a obreros de otros vecindarios. En las dos fábricas del cuadro III.3, los obreros locales en realidad son una minoría. Era habitual en toda el área que las mujeres trabajaran. En la mayoría de los casos, las rutinas de la vida conyugal estaban a tono con este hecho. Resultaba una gran ventaja para las mujeres casadas contar con

CUADRO III.3. *Trabajadores locales y no locales en dos fábricas de Winston Parva*

Trabajadores locales y no locales	*Fábrica de panecillos*		*Fábrica tradicional*	
	Cant.	*%*	*Cant.*	*%*
TOTAL	270	100	166	100
Obreros que viven fuera de W. P.	183	67.8	96	57.9
Obreros que viven en W. P., de los cuales:	87	32.2	70	42.1
Hombres	35	12.9	24	14.5
Mujeres	52	19.3	46	27.6
Mujeres casadas	39	14.4	43	25.9

fábricas cercanas a su hogar; lo mismo sucedía con una red familiar que estuviera conformada por más de dos generaciones, pues permitía a las mujeres dejar a sus hijos con su «abuelita» o con una tía mayor mientras trabajaban. Además, el hecho de que tanto ella como su esposo ganaran dinero fortalecía su posición dentro de la familia. Puede ser que esta costumbre se relacionara de alguna manera con la formación de redes familiares matrocéntricas en la «aldea», aunque si no se examinan las condiciones bajo las que se forman estas redes en otros lados, resulta difícil decirlo.

El contacto diario en el trabajo con obreros que vivían fuera de Winston Parva parece haber tenido excepcionalmente poca influencia en la perspectiva y la opinión de los obreros que vivían en la «aldea». El poder de su comunidad sobre su sentido de los valores y sus metas era evidentemente más grande que el de su lugar de trabajo. Su fuerte creencia en la superioridad de la «aldea» y su forma de vida por encima de la Urbanización tampoco se vio afectada por el hecho de que trabajaban todos los días en la misma fábrica y con frecuencia hacían el mismo tipo de trabajo que los obreros de la Urbanización. El cuadro III.4 proporciona ejemplos de las fábricas en las que obreros de ambos vecindarios de clase obrera de Winston Parva encontraron empleo.

El hecho de que los trabajadores de ambas zonas, en estos dos casos así como en otros, trabajaran en las mismas fábricas no condujo a una disminución de las barreras que los separaban fuera del trabajo.

CUADRO III.4. *Residencia zonal de los trabajadores locales*

	Fábrica de panecillos			*Fábrica tradicional*		
Zona	*Hombres todos*	*Mujeres solteras*	*Mujeres casadas*	*Hombres todos*	*Mujeres solteras*	*Mujeres casadas*
1	—	—	1	2	—	—
2	22	7	21	18	2	32
3	13	6	17	4	1	11
TOTAL	35	13	39	24	3	43

La imagen que muestra el cuadro III.4, el atractivo de las industrias locales para los trabajadores de la comunidad, particularmente comprensible en las mujeres casadas de ambas zonas de clase obrera, es bastante típica. Sin embargo, hay algunas excepciones. La fábrica de instrumentos, por ejemplo, que había sido evacuada de Londres con una parte de sus trabajadores, quienes se establecieron en la Urbanización, a inicios de la guerra aún contaba pocos «aldeanos» entre sus empleados. Después de la guerra se convirtió en una de las fábricas más importantes en su campo y había desarrollado un floreciente negocio de exportación. En 1958 esta fábrica empleaba a aproximadamente 80 hombres y 20 mujeres, de las cuales 15 estaban casadas. De acuerdo con la administración, cerca de 50 obreros, la mitad de su fuerza laboral, vivían en la Urbanización. Eran los evacuados londinenses originales que habían permanecido en Winston Parva. La mayoría de los demás trabajadores venían de grandes urbanizaciones en las afueras de una ciudad cercana. Se había reclutado a muy pocos obreros de la zona 2. En el momento de la investigación, no obstante, la administración había intentado atraer a más mano de obra local. Se había invitado a grupos de escuelas locales para que visitaran la fábrica y el resultado fue que se aceptó como aprendices a muchos jóvenes de la zona 2.

Existían una o dos firmas más que tenían pocos residentes o ninguno de la zona 2 entre sus trabajadores. En su caso, parecía que la ausencia de trabajadores de la «aldea» se relacionaba con la clasificación local de esas firmas o quizá de las personas que trabajaban en ellas. En ninguna el nivel de salarios era notablemente inferior al de las otras firmas locales. Sin embargo, el trabajo era pesado y exigía un esfuerzo físico considerable. Se pueden tomar como ejemplos una compañía de abastecimiento de hormigón y una pequeña fundición. En 1958 su fuerza laboral combinada estaba compuesta por cerca de 150 hombres; unas cuantas mujeres tenían empleos de oficina o en la cafetería. Fue imposible obtener información confiable sobre su lugar de residencia, pero de acuerdo con un estimado local, un cuarto de los trabajadores venían de Winston Parva, casi todos de la Urbanización. En términos de estatus laboral, la mayoría pertenecía al

estrato más bajo de clase obrera y se clasificaba entre la mano de obra no especializada. Sin embargo, unas cuantas visitas de muestra a sus casas no indicaron ninguna división obvia entre su forma de vida y la de otros residentes de la Urbanización; tampoco se diferenciaban de manera notable como un grupo distinto en la opinión de otros residentes consultados ni siquiera en la de los obreros especializados. Por otro lado, los «aldeanos», sobre todo las personas de las «viejas familias», solían ver a quienes realizaban trabajos pesados, en especial si eran un poco ruidosos, simplemente como la «gente típica de la Urbanización».

Ante esto, la «aldea» parecía tener un alto grado de uniformidad. En particular, si uno preguntaba su opinión sobre la urbanización, las respuestas obtenidas de los «aldeanos» eran uniformes. No había ninguna duda sobre el carácter predominantemente obrero de la zona. El grueso de sus habitantes, aproximadamente 80%, eran trabajadores manuales empleados en parte en industrias locales, en parte en aquellas cercanas al pueblo. También las convenciones dominantes eran características de un tipo particular de vecindario de clase obrera. El ritual de visita, por ejemplo, era notablemente diferente del que prevalecía entre las familias de clase media de la zona 1. Allí no se acostumbraba visitar a otras familias sin previo aviso. Por lo general, se usaban ciertas fórmulas rituales, habladas o escritas, si se quería que alguien visitara su casa, y no se esperaba que lo hiciera a menos que se diera dicha invitación. Los «aldeanos» no tenían el hábito de invitar formalmente a su casa, excepto en ocasiones muy especiales, como bodas o funerales. Probablemente sus casas eran demasiado pequeñas para que se desarrollaran rondas de visitas preparadas y contravisitas como una parte normal de su tradición social. Quizá los ingresos también eran demasiado pequeños, o lo habían sido en el pasado, para que surgiera dicha tradición entre hombres y mujeres trabajadores; sin embargo, en contraste con la convención dominante entre las personas de clase media, la clase obrera permitía las visitas informales en una medida mucho mayor. Las mujeres en particular eran más propensas a «aparecerse» con los vecinos para sostener una plática en la puerta trasera o beber una taza de té. La convención no propor-

cionaba —ni se esperaba que lo hiciera— el mismo grado de privacidad familiar que esperaban las personas de clase media y que su convención les permitía en la zona 1. Las puertas no estaban cerradas de manera tan definitiva, los muros eran más angostos, casi todo lo que sucedía dentro de la casa estaba al alcance de los oídos y los ojos de los vecinos; poco era lo que se podía ocultar, los aspectos privados y comunitarios, «individuales» y «sociales» de la vida no estaban tan separados. Cualquier tipo de noticias corría rápidamente a través de los canales de chisme de casa en casa, de calle en calle. Aparentemente, eran las amas de casa sus principales portadoras. Quienes «pertenecían», que estaban personalmente de acuerdo con los estándares comunitarios de su vecindario, no parecían sufrir esta falta relativa de privacidad; aquellos que no «pertenecían» solían sufrirla.

Si bien, comparada con las zonas 1 y 3, la zona 2 poseía comunicaciones relativamente abiertas y un alto grado de uniformidad, conforme progresó la investigación fue posible darse cuenta gradualmente de cierto tipo de subestratificación en el vecindario de clase obrera, en apariencia uniforme, que presentaba algunas barreras para las comunicaciones y las relaciones sociales en general.

La «aldea» no tenía un centro real sino una calle bastante grande que la dividía en dos. La mayoría de sus habitantes vivían al sur de esta calle, en las casas que Charles Wilson construyó, en las calles que inmortalizan su nombre. Una minoría vivía al norte y la mayoría consideraba a una sección de esta parte, adyacente a la zona 1, como la «mejor parte» de la «aldea», y no sólo sus residentes sino también, aunque con menor énfasis, los habitantes de la parte sur.

En dos de las calles de la parte norte vivía una «élite de clase obrera»; estaba conformada principalmente por miembros de las «viejas familias» y de otras familias de trabajadores especializados, en activo o retirados; aquí vivían, además, los pocos residentes de clase media de la que más bien era un área de clase obrera. La mayoría de las casas en estas calles no eran de ninguna manera mejores que las del resto de la «aldea», pero entre ellas había unas cuantas que eran ligeramente más grandes que el resto

y cuyo alquiler era ligeramente más elevado. Una minoría de vecinos de clase media con casas más grandes probablemente se combinó con el prestigio del que gozaban unas cuantas «viejas familias» en la «aldea» para dotar a estas dos calles del norte del estatus de la «mejor parte» de la «aldea». Sus residentes parecían sentir un gran orgullo por vivir ahí. En las medias tintas que se usan con este propósito, solían intentar llamar la atención del entrevistador hacia esta distinción con expresiones como: «Son buenas personas las de nuestra calle, muy lindas». No obstante, en términos de ocupación y clase social, las diferencias reales en la «aldea» entre las calles de élite y las normales eran pequeñas, como indica el cuadro III.5.

Unas cuantas familias, que en la clasificación del registro civil habrían calificado como clase II, aunque ninguna mujer era trabajadora, vivían en las «mejores» calles de la zona 2. Una de las calles ordinarias tenía unas cuantas mujeres trabajadoras, ninguna tenía residentes de clase II. En términos estadísticos, el número de residentes de clase media en las calles del norte de la «aldea» era reducido. Como factor en la configuración que dotaba a estas dos calles de su posición elevada, una minoría de vecinos de mejor clase sin duda desempeñaba un papel mayor al que sus cifras hubieran sugerido. Casi siempre se les mencionaba en las entrevistas.

En igual medida resulta relevante que la posición elevada de las dos calles no se viera afectada por una minoría de un tipo distinto: una minoría de residentes de menor estatus que vivía ahí. Una de estas calles contenía lo que en la localidad se conocía como el «extremo malo». El Concejo había construido allí una hilera de pequeñas casas en la década de 1930 que atrajo a un tipo de inquilinos ligeramente más pobre y menos consciente de las normas y el estatus, *i. e.* menos «respetable», que los habitantes del área de élite y, de hecho, que la mayoría de los residentes de la «aldea». En contraste con la minoría de residentes de clase media, la minoría inferior de clase obrera, si era posible, nunca se mencionaba. Al igual que a una minoría similar en la zona 1, solía ignorarse en la valoración que las personas hacían del estatus de su vecindario y, en la medida de lo posible, se «acallaba» en conversaciones con «forasteros respetables» como el entrevistador.

CUADRO III.5. *Ocupaciones de los residentes de dos «calles de élite» y dos «calles ordinarias» en la zona 2*

Calle de élite a		*Calle ordinaria* a	
Cantidad	*Ocupaciones*	*Cantidad*	*Ocupaciones*
1	Periodista	—	—
1	Oficinista	—	—
2	Tenderos	1	Tendero
3	Ingenieros	3	Ingenieros
—	—	1	Chofer de camión
2	Trabajadores ferroviarios	2	Trabajadores ferroviarios
5	Mano de obra calcetera	2	Mano de obra calcetera
2	Mano de obra zapatera	5	Mano de obra zapatera
3	Obreros	5	Obreros
—	—	5	Trabajadoras de fábrica de panecillos
5	Viudas	3	Viudas
24	TOTAL	27	TOTAL

Calle de élite b		*Calle ordinaria* b	
Cantidad	*Ocupaciones*	*Cantidad*	*Ocupaciones*
3	Oficinistas	—	—
3	Tenderos	—	—
1	Dueño de estacionamiento	—	—
1	Ingeniero especializado	1	Ingeniero especializado
1	Agente de seguros	—	—
1	Chofer de camión	1	Chofer de camión
1	Maquinista	—	—
1	Ferrocarrilero	—	—
1	Albañil	—	—
2	Plomeros	—	—
1	Mano de obra calcetera	2	Mano de obra calcetera
1	Mano de obra zapatera	3	Mano de obra zapatera
5	Obreros	7	Obreros
23	Viudas	—	—
23	TOTAL	14	TOTAL

Por consiguiente, incluso esta zona de clase obrera «unida» y en apariencia uniforme, la «aldea», tenía una jerarquía de estatus interna. Tenía subzonas que se clasificaban más arriba que otras, aunque no era posible asumir que cada familia que viviera en las «calles de élite» estuviera clasificada por encima de cada familia que vivía en las calles ordinarias de la «aldea». La clasificación por estatus de las familias e individuos, más allá de la capa más elevada y la más baja, desafiaba, como en cualquier otro lugar, cualquier intento de una representación numérica simple. Sin embargo, en líneas generales, las «mejores familias de la aldea» vivían en la «mejor parte» o por lo menos tenían una rama en ella.

Si estos diferenciales de estatus y de poder generaban fricciones, éstas se mantenían en buena medida ocultas. Un control vecinal mutuo, que promovía y recompensaba la adhesión a la creencia compartida en el alto valor de la «aldea» como comunidad y de su forma de vida, y que desalentaba las expresiones abiertas de descontento, en especial en conversaciones con extraños, dificultaba su expresión abierta. Así, entre los incentivos para el comportamiento «nómico» (para la conformidad), uno de los más grandes era la necesidad compartida por casi todos los «aldeanos» de diferenciarse del otro vecindario de clase obrera que se encontraba a su puerta, cuya forma de vida, de acuerdo con la opinión pública de la «aldea», era menos respetable y decente. Los «aldeanos» cerraron sus filas en relación con la Urbanización. Se habría necesitado valor o temeridad para que una persona que viviera en la «aldea» no se conformara con la opinión rectora de la «aldea» en cualquier asunto que involucrara a los habitantes de la Urbanización. Rara vez sucedía; a este respecto, las inclinaciones individuales parecían concordar con la opinión dominante en la «aldea». En líneas generales, es probable que resultara más gratificante para los individuos de una comunidad de este tipo participar en el pavoneo y el desprecio comunitarios que tenían como fin afirmar el estatus más elevado de su comunidad o, en ocasiones, de un grupo de élite dentro de su comunidad que oponerse a ellos. Además, los castigos sociales que esperaban a cualquiera que en ese contexto hubiera pronunciado ideas contrarias en público o que no pareciera ade-

cuarse por su propia voluntad a los estándares de las «viejas familias», en una comunidad como ésta, que ejercía una fuerte presión para la conformidad y tenía un firme control vecinal, hubieran sido severos.

En ocasiones era posible encontrar ejemplos, durante las entrevistas, de la exclusión de personas de quienes la opinión de la «aldea» sospechaba inconformidad, aunque por lo general las «buenas personas» del área de élite intentaban ocultar la presencia de una «oveja negra» social en su propia calle. Así, un ama de casa de mediana edad en el área «de élite» de la «aldea» preguntó si por casualidad podría saber a quién entrevistaríamos después. Cuando se le dijo, respondió: «¡Oh! Yo no iría allá. ¡Oh, no! Vayan al 15, ellos son agradables, pero allá no. Ella es una voluble, sólo ha estado aquí un año. Vayan a casa de los Sewell, ellos son agradables». Siempre se sospechaba de los recién llegados que se establecían en las «calles buenas» de la «aldea», a menos que fueran obviamente «agradables». Un periodo de prueba era necesario para asegurar a las «buenas familias» establecidas de que su estatus no se vería afectado por la asociación con un vecino cuya posición y estándares eran inciertos. En este caso, la «oveja negra» excluida era una mujer que se había mudado recientemente al vecindario y que hizo los siguientes comentarios cuando se le preguntó sobre su relación con los vecinos: «Son muy reservados. Hablan en la calle pero nada más». Luego contó cómo había invitado «una taza de té a los basureros un día en el que hacía mucho frío» al poco tiempo de haber llegado a Winston Parva. «Lo vieron y eso los escandalizó.» Un recién llegado no sólo debía observar los estándares de la «aldea» sino que debía hacer hincapié en ello; de lo contrario se le asignaba una clasificación baja en el orden de estatus de las familias de la «aldea» y se le trataba como un marginado. Éste es un ejemplo de las fricciones relacionadas con los diferenciales de estatus y poder de una comunidad, incluso de una comunidad relativamente pequeña y sin una fuerte estratificación como la «aldea». Este tipo de fricciones se hacían más claras si se consideraba la comunidad altamente estratificada de Winston Parva como un todo. Sin embargo, esta imagen general de la zona 2 basta para mostrar la posición cen-

tral que ocupaba el orden de clasificación de las personas en la estructura de una comunidad de este tipo.

En las teorías actuales suelen dejarse sin explorar dos problemas planteados por esta clasificación de estatus comunitario que eran fáciles de observar en Winston Parva. El primero involucra la construcción de este orden de estatus. Se puede estar satisfecho con aceptar una fórmula establecida como la clasificación de estatus mutuo, que sugiere que cada familia primero decide por su cuenta cómo clasificar a los otros y que el orden de estatus comunitario simplemente emerge de un intercambio de opiniones entre familias individuales, quizá por una decisión mayoritaria. La lógica acerca de estas cuestiones continuamente pareciera proceder, aunque no necesariamente con conciencia absoluta del hecho, por analogía con el procedimiento de votación: todos, pareciera implicar, votan en la clasificación de los demás y el consenso en la clasificación de las familias indica la opinión de la mayoría; sin embargo, esta analogía es un supuesto tan ficticio como el de que la sociedad nace de un «contrato social». Hace a un lado la pregunta del porqué las personas permiten que otras las clasifiquen. Además, en Winston Parva, como en muchas otras comunidades, era una minoría de familias la que vivía en las áreas que tenían la clasificación más alta y la mayoría la que vivía en áreas que tenían la menor clasificación. Igual que en otras partes, las personas permitían que se les asignara una clasificación inferior porque no podían evitarlo. No tenían suficiente poder. La buena mujer a quien, según sus vecinos en Winston Parva, no debía visitar el entrevistador y a quien trataban con reserva cuando se la encontraban en la calle no tenía poder alguno para hacer que se comportaran de otra manera. Las personas que vivían en el «extremo malo» de una calle o las de la Urbanización, de quienes los «aldeanos» decían que vivían en el «callejón de la rata», tampoco tenían suficiente poder para cambiar el bajo lugar que se les había asignado en el orden de estatus de la comunidad. En algunos casos una cantidad mayor de poder se une con las grandes cifras, con la «mayoría»; en otro, con las pequeñas. Por consiguiente, una minoría unida puede ejercer poder sobre una mayoría menos unida y no tan bien or-

ganizada. Las «viejas familias» de Winston Parva eran un ejemplo de esto. Indudablemente no conformaban la mayoría de los habitantes de Winston Parva, pero las creencias, los estándares y la clasificación de los otros que prevalecía en este pequeño grupo unido de élite tenían gran peso sobre los demás, en buena medida porque, como se verá, sus miembros tenían posiciones clave en la comunidad.

El segundo problema, que suele pasarse de largo y al que las observaciones en la zona 1 y la 2 ayudaron a esclarecer, se refería a la relación entre los diferenciales de estatus y las fricciones. Términos como «jerarquía de estatus» u «orden de clasificación» se usan en ocasiones como si se refirieran a configuraciones usualmente armoniosas con las que las tensiones y los conflictos sólo se relacionan de manera accidental. De hecho, como son las cosas, las tensiones y los conflictos forman un elemento estructural intrínseco de las jerarquías de estatus en todas partes.

Si uno pasea por las calles de un pueblo o de una aldea como un visitante casual, e incluso si vive allí por un tiempo, es posible que no note las distinciones de estatus que los habitantes hacen entre sí y las fricciones latentes o declaradas que se relacionan con ellas. Aun si se vive en dicha comunidad por el tiempo suficiente para volverse consciente de su orden de estatus interno, no siempre resulta sencillo emparejar en términos propios el conocimiento que los habitantes tienen de la posición de otras familias en su comunidad, pues usualmente los residentes mismos no expresan su clasificación en términos generales. Todos ellos, en especial las mujeres casadas, conocen de manera implícita el valor corriente de otras familias en su vecindario, en particular en una comunidad unida como la «aldea». El análisis de la estructura del chisme en una comunidad de este tipo, mismo que se encontrará más adelante, puede ayudar a dar una idea más clara de la dinámica de clasificación; muestra en qué medida las minorías poderosas pueden controlar, como una especie de líderes del chisme, las creencias de una red más amplia de vecinos, pueden influir en el reparto de recompensas y castigos del chisme y en el criterio para la clasificación de las familias. Sin embargo, los criterios casi siempre se encuentran implícitos como parte de un

sistema axiomático de creencias comunitarias y la clasificación suele expresarse por medio de términos de valor simples como «mejor» o «no tan agradables», «bien» u «okay». Pueden utilizarse con matices y trasfondos suficientes para dejar bastante clara para los iniciados la posición real de una familia en la jerarquía de estatus. Al conceptualizar el orden de estatus de una comunidad de este tipo, se extrapola y verbaliza una configuración que aquellos que la forman nunca conceptualizan y verbalizan en el mismo nivel. No obstante, en cualquier momento dado tiene un patrón sumamente firme y definido, y lo mismo sucede con las fricciones concomitantes.

La configuración que uno encontraba en la zona 1 y en la 2 mostró la importancia de este orden comunitario de superioridad e inferioridad específico y el tipo particular de tensiones que genera. Era necesario saber más sobre la estructura de las «viejas familias» y de la red que formaban entre sí para entender mejor estos diferenciales de estatus.

IV. Las familias matrocéntricas de la zona 2

Un periodista local nacido en la «aldea» resumió su impresión de ésta cuando dijo, «No sabes quién es pariente de quién. Son tantos que, aunque siempre he vivido aquí, sigo descubriendo parientes». Este tema aparecía una y otra vez en las conversaciones con personas que vivían en la «aldea». El pastor mencionó los «fuertes lazos familiares de la parte más vieja de la aldea». Un funcionario público que vivía en el «área de élite» de la «aldea» repitió casi de manera literal las palabras del periodista: «el matrimonio aquí es tan endogámico que no sabes quién es pariente de quién». Ninguna de estas aseveraciones podría haberse hecho sobre la Urbanización, pero también había diferencias marcadas entre el patrón familiar de la «aldea» y el de la zona 1. En la zona 1 las familias eran pequeñas; rara vez tenían más de dos hijos. En algunos hogares los hijos habían crecido, se habían casado y se habían ido de Winston Parva porque ofrecía pocos cargos del tipo al que aspiraban. En hogares con hijos menores se notaba cuánto más énfasis se ponía en las instalaciones educativas y recreativas. Las personas entrevistadas en la zona 1 solían preguntar si esta investigación era un trabajo de tiempo completo y, al enterarse de que era un estudio de medio tiempo y que la ocupación principal del entrevistador era la enseñanza, inmediatamente mostraban que habían dedicado bastante tiempo a pensar en la educación de sus hijos. Se hicieron preguntas muy serias sobre la educación superior, plazas universitarias, clubes de juventud y una variedad de actividades culturales. Pocas personas en la zona 2 y sólo una en la zona 3 preguntó al entrevista-

dor sobre su trabajo; usualmente personas que tenían un hijo en el bachillerato. Evidentemente, las familias de la zona 1, con sus casas semiadosadas con cocheras, cocinas que ahorraban trabajo y en su mayoría con uno o dos hijos, eran independientes de su vecindario y tenían intereses intelectuales más amplios que los residentes de las otras zonas.

En la zona 2 no sólo los lazos vecinales, sino los de parentesco eran notablemente más fuertes que en el resto de Winston Parva; en ambos casos resultaron estar conectados de manera cercana. Esta observación ayudó a corregir una impresión que se puede obtener de los textos sociológicos sobre las familias, la impresión de que la estructura familiar y la de la comunidad en que viven carecen de relación entre sí. De hecho, resulta imposible entender y explicar la naturaleza de los lazos familiares y la estructura de las familias como si éstas existieran en un vacío comunitario o como si su estructura determinara por sí misma la de las comunidades en que viven.[1] El estudio de Winston Parva nos proporcionó oportunidades para comparar diferentes tipos de vecindarios; estas comparaciones indicaron la medida en que la estructura familiar que se encuentra en un vecindario particular dependía de la del vecindario en que vivían.

Lo anterior resultaba particularmente evidente en el caso de la «aldea». La proximidad de los lazos familiares, en especial entre las «viejas familias» de la élite «aldeana», difícilmente podría haberse mantenido por mucho tiempo si los lazos vecinales se hubieran vuelto más imprecisos o se hubieran roto. De hecho, en ocasiones parecía un poco cuestionable si era posible hablar de manera significativa de una «estructura familiar» sin hacer referencia a la estructura de las relaciones entre familias: la estructura del vecindario.

En la «aldea», tener una familia bastante grande aún era una cuestión de orgullo entre las familias establecidas hace mucho. El *ethos* familiar, la fuerte identificación del individuo con el grupo de parentesco extendido y la subordinación relativamente elevada a su familia de miembros individuales, se fortalecía y

[1] Véase en este volumen Apéndice 3, pp. 273-278.

preservaba mediante el respeto y la aprobación que un miembro individual podía esperar no sólo de su familia, sino también de los miembros de otras familias, si se conformaba al patrón. Los contactos cercanos entre familias apoyaban y apuntalaban los lazos cercanos dentro de la familia y dificultaban que los individuos se independizaran mientras vivieran en el vecindario.

El carácter cerrado de los lazos familiares en la «aldea» se hizo obvio por primera vez gracias a las referencias frecuentes que se hacían en entrevistas ya fuera a la familia de manera colectiva o a otros miembros de manera individual. En varias ocasiones la introducción que se hace al principio de una entrevista quedaba interrumpida por un saludo del tipo: «¡Oh, pase! Usted es el que hablaba con mi mamá y mi hermana el viernes en la noche, ¿no?» Resultaba sorprendente observar con cuánta frecuencia las personas que se visitaron en la zona 2 hablaban de ellos con un *nosotros* en el que incluían, si era una mujer, no sólo a su esposo e hijos, sino también a su madre y quizá a sus hermanas y sus respectivas familias. «Llegamos aquí hace unos 60 años —dijo una joven ama de casa, a lo que después añadió—: Quiero decir, mi madre y mi padre. Nosotros nacimos aquí, todos nosotros, y aquí seguimos con nuestros hijos.» La influencia de «mamá» como una figura central de referencia que Young y Willmott observaron en el este de Londres[2] también era una característica de esta zona en Winston Parva. Como las madres de Ship Street que estudió Kerr, las de la zona 2 eran el centro de muchas actividades familiares («suele vivir en una casa que tomó de su madre, ella manipula el mundo externo que la rodea. Es ella quien lleva el alquiler y trata con el casero, por consiguiente arregla que sus hijas vivan cerca de ella»).[3]

Aunque a veces la relación era un poco ambivalente, algunos yernos parecían haberse integrado bien a sus «familias extendidas» lideradas por su suegra. Habían formado relaciones amistosas dentro del círculo familiar. Una de las características de los

[2] Michael Young y Peter Willmott, *Family and Kinship in East London*, Pelican Books, Londres, 1962, caps. 3-6.

[3] Madeline Kerr, *The People of Ship Street*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1958, p. 64.

patrones del tiempo libre en la «aldea» era que los hombres de la misma familia extendida visitaban juntos un bar cercano para beber tranquilamente, mientras sus esposas «visitaban a mamá por una hora».

Aunque se buscó, fue imposible encontrar un solo caso en el que el padre desempeñara un papel similar como figura central de un grupo de parentesco. Una de sus hijas solía cuidar de los ancianos, como sucedía con uno de los hombres más reconocidos del Club de la Tercera Edad, pero la influencia de estos hombres estaba estrictamente limitada. La influencia preponderante de la madre como un tipo de matriarca, el núcleo de un grupo familiar que se extiende por tres generaciones, probablemente se relacionaba con el hecho de que las funciones principales que este tipo de agrupación asignaba a sus miembros eran en su mayoría para las mujeres y no para los hombres; fundamentalmente, eran funciones del tiempo libre y de trato personal y, sólo de manera marginal, funciones laborales especializadas que se centraban en objetos impersonales. Formaba parte del papel y de la inclinación de una mujer cuidar de los niños cuando sus hijas o nueras salían a trabajar y, de manera general, cuidar de los intereses personales de otros miembros de la familia, sin importar si eran hombres o mujeres, cuando así lo necesitaran. Muchas de las personas entrevistadas en la zona 2 enfatizaron que veían por lo menos a un miembro de «su grupo familiar» todos los días y así se enteraban de las noticias más recientes de la familia. Uno de los miembros masculinos de estas familias dijo: «Nos vemos casi todos los días», y añadió, «no nos visitamos mucho, pero si algo sucede alguien toca a la puerta para avisarte». La mayoría de estas personas no tenían teléfono, en contraste con las personas de la zona 1, donde los teléfonos se usaban con frecuencia como medios de comunicación; sin embargo, el contacto cotidiano de los miembros de un «grupo familiar extendido» aseguraba que la información se transmitiera rápidamente en este vecindario relativamente pequeño. Existía poca evidencia de encuentros entre toda la familia con propósitos sociales que no fueran bodas, bautismos y funerales. Las ocasiones en que la familia se movilizaba, ya fuera en parte o en su totalidad, estaban bien establecidas

y estandarizadas las rutinas de la red familiar en acción, al igual que la manera en que ésta funcionaba.

Se encontró que las familias cooperaban en el cuidado de «mamá» y en el mantenimiento de su casa. En uno de estos casos, una hija casada compartía el «turno de la noche» en la casa de su madre inválida con otra hija casada. La madre de la esposa cuidaba a los hijos de las jóvenes parejas casadas en su ausencia. Los niños en edad escolar «visitaban a abuelita» después de la escuela. Se llevaba a los bebés a la casa de su abuela antes del trabajo y se les recogía en la tarde. Nuevamente es posible observar cuán cercana era la relación de este patrón familiar con las necesidades de las mujeres casadas que trabajaban. También las madres parecieran haber trabajado fuera de casa en algún momento de sus vidas. Su papel entonces como guardianes de los niños en ausencia de los padres ayudaba a fortalecer y extender la influencia de la madre de la esposa; solía incluir decisiones relacionadas con los hijos. Las hijas y a veces los hijos y los yernos solían discutir con «mamá» aun aquellos problemas de adultos que requirieran de la toma de decisiones.

Las redes de parentesco de este tipo proporcionaban a sus miembros un consuelo y una seguridad considerables. Si la madre de la esposa desempeñaba un papel al ayudar con la familia de su hija, ella a su vez podía contar con la ayuda de la familia de su hija cuando la necesitara. Townsend observó en otro distrito de clase obrera de viejo asentamiento, en Bethnal Green, «cómo muchas mujeres desempeñaban un papel principal en la crianza de niños pequeños por hasta 40 o 50 años de sus vidas».[4] El mismo patrón podía observarse en la zona 2. Entre los entrevistados había 18 mujeres mayores que, una vez que sus hijos crecieron, ayudaron a cuidar a sus nietos o, en otros casos, a los hijos de una hermana o de la hija de una hermana.

Las mujeres de la zona 2 hablaban con un cariño real sobre «nuestra calle» o «la casa de mamá» o «nuestros niños», un término que hacía referencia a todos los niños de la red familiar de la madre. Dichos lazos emocionales evitaban que muchas muje-

[4] Peter Townsend, *The Family Life of Old People*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1957, p. 34.

res casadas abandonaran Winston Parva y se mudaran a lo «desconocido». Durante las entrevistas, muchas mujeres dijeron que su vida de casadas había iniciado fuera de Winston Parva pero habían regresado para estar «cerca de mamá» porque se sentían solas. También los ancianos sentían seguridad como miembros de esta red familiar amplia; asimismo, ésta satisfacía intereses cotidianos. Kerr observó en *The People of Ship Street* [Los habitantes de Ship Street] que «el miedo a la soledad es un factor importante en el entendimiento de este grupo. Es probable que la falta general de educación y oportunidades para usar su intelecto restrinja el número de papeles que un individuo puede desempeñar».[5] Sin embargo, en la zona 2 un gran número de mujeres formaban parte de asociaciones y clubes; gozaban ampliamente de esta extensión de sus intereses incluso si el principal era permanecer con la familia. Formar parte de la Iglesia o de grupos de capilla, de organizaciones políticas o de otro tipo, como se verá más tarde, no sólo involucraba a las mujeres en papeles distintos de aquellos que desempeñaban en su grupo familiar, sino que también servía como un vínculo entre muchos otros grupos familiares.

Los hombres no se involucraban tan intensamente como las mujeres en el círculo de actividades e intereses sociales que se centraba en «mamá». En su caso, el énfasis en las actividades extrafamiliares era más fuerte que en el de las mujeres. No obstante, la fuerza de los vínculos que los unían a su «grupo familiar» también era considerable. Ya se ha mencionado que era posible encontrar a hermanos que ayudaban con las reparaciones domésticas y a conjuntos de hombres del mismo grupo familiar que iban juntos al bar. Un estudio de las listas de miembros de las asociaciones locales, como la banda, mostró que los cuñados, los suegros y los hermanos cooperaban en las actividades específicas de la misma asociación voluntaria. En muchas ocasiones los hombres del mismo grupo familiar participaban en la misma obra de teatro, hacían música juntos, «hojalateaban» carros u ocupaban, en grupos mixtos así como del mismo sexo, algu-

[5] Madeline Kerr, *op. cit.*, p. 66.

nos de los cargos oficiales principales. No obstante, unas cuantas mujeres desaprobaban la pertenencia de sus maridos a cualquier grupo extrafamiliar. Por consiguiente, una mujer, cuando su esposo estaba a punto de contestar a una pregunta de la entrevista sobre la pertenencia a un club, dijo: «¡Club! Ya le dije que éste es su club y tiene que sacarle provecho». Hasta donde se podía ver, este hombre aceptaba su papel apaciblemente.

Los miembros más viejos de un grupo de parentesco solían ayudar a los esposos más jóvenes, padres de niños pequeños, a mejorar la casa en las tardes con algún trabajo aficionado, como la construcción de muebles o las composturas del baño. Menos de 50% de los entrevistados en la zona 2 mencionaron este tipo de trabajo o un hobby para el que encontraron tiempo en casa; en la zona 3, este porcentaje era de 32%. De igual manera, los hombres de un grupo de parentesco ayudaban a «mamá» con las decoraciones, los ajustes del televisor o el mantenimiento de la casa. Si los hombres formaban parte de la banda o participaban en una obra de teatro en la iglesia, las mujeres del grupo de parentesco iban a aplaudir su actuación y a encontrarse con otras mujeres que asistían por razones similares, con quienes intercambiaban opiniones. Los lazos entre los miembros de una familia, en el caso de las familias de la «aldea», no daban lugar al aislamiento. Los lazos entre los grupos familiares y las asociaciones locales, que se discutirán más adelante, eran cercanos; eran sintomáticos de la firmeza con la que los grupos familiares de la «aldea» se integraban en su comunidad. Cuando se observaba la vida en la zona 2, resultaba difícil imaginar que cualquiera de estos grupos familiares hubiera podido seguir con su funcionamiento de entonces si se cortaran todas las conexiones con otros grupos familiares parecidos en el vecindario.

La comparación con las otras zonas indicó las ventajas de la cooperación para los miembros de una unidad familiar bastante grande. En la zona 1, la mayoría de las familias dependía de los servicios pagados a terceros para los servicios grandes y pequeños que sus miembros no podían hacer o no hacían. En la zona 3, donde las familias eran más pequeñas y los contactos vecinales no eran muy cercanos, los miembros de una familia pequeña

encontraban bastantes dificultades debido a que ni la ayuda familiar ni la vecinal estaban a su disposición si el esposo o la esposa se enfermaban o debían partir, además de que pagar por ayuda estaba fuera de su alcance. Algunos «aldeanos» parecían creer que esta carencia de cooperación vecinal se debía a las «características personales» de las personas que allí vivían. En realidad se debía a las características del vecindario en cuanto tal. En comparación con los «aldeanos», las personas que vivían allí eran recién llegados. Muchos de ellos apenas se conocían.

A veces se presenta a las familias como entidades autosuficientes o incluso como los elementos básicos, los «ladrillos» que construyen a las sociedades. Sin embargo, incluso en el confín reducido de este estudio, las diferencias entre los tipos de relaciones familiares que se encontraron en comunidades vecinales de tipos diferentes eran lo suficientemente llamativas para sugerir que la idea de «la familia» como la unidad básica y primaria de la sociedad, y en esencia autosuficiente y obvia, era errónea. La familia puede mostrarse así desde la perspectiva de sus miembros. Sin duda, es la unidad básica a los ojos de un niño; pero si se observa que las configuraciones de personas a las que uno se refiere como «familias» varían en su estructura y en su tipo ampliamente y se pregunta por qué sucede esto, se descubre que las fuerzas responsables de estas diferencias no se encuentran en las familias; sólo se pueden encontrar en unidades más grandes de las que forman parte las familias. Resulta imposible entender por qué las formas de familias dominantes eran distintas en las tres zonas de Winston Parva sin hacer referencia al desarrollo y a la estructura de estas zonas y de la comunidad que formaban entre sí. Es difícil imaginar que un grupo de parentesco extendido dominado por la madre que incluyera a tres o incluso cuatro generaciones pudiera formarse o mantener su cohesión por mucho tiempo en un vecindario del tipo de la zona 3. De hecho, difícilmente se puede visualizar que una unidad familiar de este tipo sobreviva por mucho tiempo en una comunidad en la que no vive ninguna otra familia del mismo tipo. En su núcleo, la «aldea» tenía una red unida compuesta por una pluralidad de redes familiares matrocéntricas, algunas de las cuales

formaban una especie de élite dentro de la «aldea» y ayudaban a marcar el paso a las otras.

Como indicaba la extensión de actividades intrafamiliares a interfamiliares, las rutinas y convenciones de las redes de parentesco formaban una parte integral de las rutinas y convenciones más amplias de todo el vecindario. Uno se formaría una imagen distorsionada si asumiera de manera implícita que las características familiares eran las principales y que las vecinales se derivaban de ellas; fue en este vecindario particular que sus redes familiares matrocéntricas tomaron forma. El alto grado de cooperación en la «aldea» no se debe al hecho de que un número de personas compasivas se haya reunido allí por accidente; era una tradición que se desarrolló en el curso de dos o tres generaciones entre personas que vivían en un vecindario unido de un tipo específico. El precio que los individuos debían pagar —y que quizá pagaban con gusto— era la sumisión y la conformidad a las normas comunitarias. En emergencias se podía ofrecer ayuda a absolutos extraños; pero la ayuda y la amabilidad no se extendían a los vecinos que no observaran las normas, los que permanecieran marginados; la ayuda y la amabilidad se daban o se retenían de acuerdo con las tradiciones de la «aldea», y si se proporcionaban, no eran menos genuinas o placenteras por esa razón.

V. Asociaciones locales y la «red de viejas familias»

Los lazos familiares estaban altamente relacionados con aquellos creados por la pertenencia a asociaciones locales, cuyo número en Winston Parva era considerable. Casi todas ellas se ubicaban en la «aldea».

La red de viejas familias que formaba el núcleo de la comunidad de la «aldea» prescribía y proveía la mayoría de las actividades para el tiempo libre de sus miembros, y dentro de este círculo, casi todas eran comunitarias: las personas solían pasar la mayor parte de su tiempo libre en grupos, no solos, ni siquiera en parejas o pares cerrados, aunque si estaban en pares aún se encontraban inmersos en el medio comunitario: sin muros en relación con un tercero, cuarto o quinto, y quizá con muchas más personas, y con muros muy delgados incluso en el caso de las parejas que se cortejaban. Pasaban el tiempo libre con miembros de su familia o con vecinos, y las asociaciones locales, junto con la iglesia y la capilla, proporcionaban el principal contexto formal para las actividades de esparcimiento de la «aldea», en particular en el caso de personas de mediana edad o viejas.

A este respecto, también la «aldea» mostraba aún rasgos más característicos de comunidades preindustriales o más viejas y relativamente pequeñas e industrializadas, que de comunidades más grandes de tipo urbano, que sin duda la absorberían en una o dos generaciones. El apodo local no carecía de justificación; si bien estaba completamente desasociada de la agricultura, mantenía muchas de las características de una aldea. Un alto grado de autosuficiencia en relación con las actividades de esparci-

miento era una de ellas. Los miembros de la red de viejas familias encontraron algo razonablemente interesante que hacer dentro de su comunidad cuando su trabajo laboral u hogareño terminaba, y muchos otros «aldeanos» con posiciones de menor importancia los imitaron.

De igual manera que los miembros de familias grandes de clase obrera en otras partes, los «aldeanos» no tenían mucho dinero para gastar en actividades de esparcimiento. Su comunidad, pequeña como era, ofrecía pocas de las diversiones comerciales que estaban disponibles en comunidades urbanas de mayor tamaño. La mayor parte del tiempo se proveían a sí mismos de diversiones, de manera informal mediante el chisme y otros tipos de plática y, de manera más formal, por medio de los servicios religiosos y las diversas actividades de las asociaciones locales. Hasta donde se podía ver, los miembros adultos de la red de viejas familias y sus socios en la «aldea» no sufrían de la «inanición de tiempo libre» que pareciera ser la fuente de cierta incomodidad en muchas sociedades urbanas con mayor grado de individualización; no parecían sufrir del aburrimiento y el vacío en el tiempo libre que con tanta frecuencia suelen encontrarse en comunidades donde las personas, con poco interés en el trabajo que les permite ganarse la vida, se quedan sin suficientes oportunidades para usar su tiempo libre en proporción con su capacidad de goce y sus medios, y sin suficientes oportunidades para incrementar cualquiera de ellos.

Aun en la «aldea», las oportunidades de tener un modo satisfactorio de pasar el tiempo libre no eran de ninguna manera las mismas para todos los habitantes, y para quienes vivían en la Urbanización las oportunidades de participar en ellas eran ínfimas. Ya que los entretenimientos de la «aldea» eran en buena medida comunitarios, tenían una relación cercana con su orden social. Al igual que los canales del chisme, las actividades vecinales y, en particular, las actividades de las asociaciones locales destacadas, estaban bajo el control de personas que pertenecían a la red de viejas familias, incluidas aquellas que vivían en la zona 1. Se toleraba a quienes desearan encajar, incluso si provenían de la zona 3, pero rara vez se ubicaban en el centro de las

cosas; se mantenían como marginados incluso en las asociaciones que se centraban en lugares de adoración. Además, la sensación de pertenencia era obviamente un ingrediente esencial del goce que proveían las actividades comunales de esparcimiento, sin importar si tenían un carácter informal, como las reuniones de vecinos en una plaza o en un bar, o uno más elevado en su organización, como las reuniones en asociaciones locales.

Entre estas últimas, los centros con más actividades de esparcimiento eran las asociaciones que se agrupaban alrededor de iglesias o capillas. Con una excepción, todos los lugares de adoración de Winston Parva se ubicaban en su parte más antigua, en la zona 2. Los miembros de las asociaciones que se centraban en estos últimos provenían de las tres zonas. La imagen que surgió de la consulta de listas de miembros, por si sirve de algo, es la siguiente: el total de miembros inscritos formalmente en dichas asociaciones era 385; de éstos, 59 venían de la zona 1, 283 de la zona 2 y 43 de la zona 3. Más de la mitad de los miembros de asociaciones centradas en iglesias o capillas, cerca de 200 personas en total, pertenecía a la Iglesia de Inglaterra. El centro de la comunidad anglicana se encontraba en la iglesia de San Miguel, que se ubicaba en la calle principal de la «aldea». Cuarenta y cuatro miembros de las asociaciones basadas en San Miguel provenían de la zona 1, 163 de la zona 2, 37 de la zona 3, y algunos de ellos no eran anglicanos. Los edificios de la iglesia contaban con un salón y algunas salas de reunión agradables. De varias maneras, cumplían la función de un centro comunitario. El Club de la Tercera Edad, que tenía fuertes vínculos con la Iglesia de Inglaterra, utilizaba el salón. Junto con otras salas de reuniones, éste alojaba a la asociación teatral de la iglesia, el grupo de conciertos femeninos, los *scouts* y un club juvenil. Las actividades de algunas de estas asociaciones se extendían al salón de misioneros, que se usaba para los oficios de la Iglesia de Inglaterra en la zona 3 y que, en esa zona, era el único edificio disponible para reuniones públicas.

El club de teatro producía y montaba obras en el salón de la iglesia durante casi todo el año. La mayoría de estas obras eran comedias u obras policiales del tipo más popular entre grupos

de aficionados. Uno de los aspectos más sorprendentes de estas representaciones era la intimidad evidente de los actores con su público. La mayoría de los miembros del elenco eran «aldeanos» conocidos y su presencia en el escenario con vestuarios inusuales y a menudo divertidos producía de inmediato una reacción animada en el público. Los miembros del público reconocían a gritos la habilidad de «nuestro Colin» y no sólo los parientes de los actores. La identificación obviamente se extendía a toda una red de familias. Las ancianas «reían hasta el llanto». Los grupos de mujeres movían sus sillas en los intermedios para poder hablar entre sí con mayor comodidad. Los nombres de pila de los actores estaban en boca de todos. El mismo tipo de intimidad podía encontrarse en otras asociaciones similares. Los comités de las iglesias y capillas y las muchas actividades sociales que organizaban solían estar a cargo de los miembros de unas cuantas familias, o quizá de una familia, para la que estas actividades eran una continuación directa de las actividades de su círculo de parentesco.

Aún era posible observar aquí, en una forma tardía, la que probablemente fuera la norma en las sociedades europeas en una etapa previa de su desarrollo, y la que sin duda aún es la norma en las comunidades africanas y asiáticas actuales: no existía una división tajante entre las instituciones que llamamos «religiosas» y las comunitarias, como sugiere nuestro vocabulario altamente diferenciado; eran puntos focales en una red de relaciones comunitarias. Para muchas familias, asistir a un oficio religioso era una de las actividades de esparcimiento más importantes en la comunidad, y en muchos casos, probablemente, una de las más satisfactorias, en parte, sin duda, porque tenía un lugar elevado en la escala de valores de las élites de la comunidad y porque era otra manifestación de intimidad comunal para quienes «pertenecían».

Incluso en la elección de su residencia, las familias que pertenecían al mismo grupo religioso solían aglomerarse. Si se hacía un mapa de los lugares donde vivían los miembros de San Miguel era posible descubrir un patrón característico. En la zona 2 solían vivir en pequeños grupos familiares distribuidos

por las calles «respetables» de la «aldea». En una calle que solía ser «respetable», pero cuya reputación había decaído porque el Concejo había comprado recientemente algunas de sus casas para llevar a cabo una demolición de barrios pobres, las personas de San Miguel, aunque en cantidades reducidas, se aglomeraban en las primeras 28 casas más cercanas a la zona «respetable». Era como si, en un inicio, algunas «mamás» de la misma denominación se hubieran establecido una junto a la otra y hubieran pedido al «hombre de la renta» que dejara a sus hijas casadas tener otras casas cercanas cuando estuvieran disponibles.

La distribución de los lugares de residencia era notablemente distinta en el caso de las personas de la zona 3 que eran miembros de las asociaciones de San Miguel. Estaban mucho más dispersos; muchas calles tenían un solo miembro y algunas no tenían ninguno. Un análisis de las listas de miembros de otras iglesias en Winston Parva mostró un patrón similar. En la zona 2, igual que en la zona 1, las personas con las mismas afinidades religiosas solían vivir en grupos familiares; en la zona 3, estaban dispersas como individuos aislados. De la misma manera que la Iglesia de Inglaterra, otras denominaciones fungían como centros para otras actividades de esparcimiento además de las religiosas, si bien en una escala mucho menor, en concordancia con su número reducido de miembros. Dos de las capillas tenían sociedades teatrales y grupos juveniles. Allí también, como indicaron las entrevistas, las conversaciones informales y los recortes de prensa, algunas familias formaban el núcleo de los miembros activos de un lugar de adoración particular y las mismas familias desempeñaban un papel destacado en su club de teatro, su coro y su club juvenil. El servicio dominical, los comités de la iglesia y las capillas, las horas de las mujeres, las sociedades de teatro, en pocas palabras un rango bastante amplio de intereses comunes de esparcimiento formaba parte integral no sólo de un grupo familiar individual sino de las aglomeraciones de familias.

La imagen de una pequeña familia nuclear autosuficiente como el arquetipo de la familia no se correspondía con lo observado en la comunidad de la «aldea», aunque lo hacía en parte

con la evidencia tomada de la zona 1. Las familias de la zona 2 eran unidas pero también «abiertas», y de ninguna manera autosuficientes. Las labores de las familias individuales y las actividades de las aglomeraciones de familias individuales se mezclaban entre sí y parecían inseparables. Las tareas extrafamiliares cotidianas y las metas de los miembros de las familias, como las centradas en asociaciones religiosas o políticas, fortalecían los vínculos intrafamiliares. Las primeras ayudaban a mantener a las segundas, en parte como resultado del control mutuo que las familias que las componían ejercían sobre sí, aunado a la rivalidad tácita entre ellas; se temía ponerse al alcance de los comentarios críticos de los amigos más que de los extraños, en parte porque proporcionaban a las familias objetivos comunes más allá de ellas mismas. Resulta difícil afirmar en qué medida ocurría lo mismo con familias que no desempeñaban un papel destacado en las asociaciones locales, que eran «seguidoras». Tampoco es sencillo transmitir una imagen clara de las relaciones entre los muchos grupos de familias centrados en la iglesia o en una capilla y las asociaciones a las que pertenecían, que evidentemente tenían un patrón jerárquico: algunas asociaciones ocupaban un puesto más elevado en la estima de los «aldeanos» que otras. En apariencia, el orden de prestigio de estas asociaciones se vinculaba con el de las familias que desempeñaban un papel destacado en ellas, y viceversa. Cada mujer de la «aldea», si bien no cada hombre, parecía conocer la clasificación de estatus y de prestigio que cada familia y cada asociación ocupaba en la comunidad en un momento dado. Como ya se mencionó, obviamente tenían dificultades para comunicar de manera explícita a los marginados su clasificación, que formaba una parte implícita de su conducta comunitaria en la vida cotidiana. En la medida en que concierne a los diferenciales de estatus de su grupo interno, de las familias y asociaciones «respetables», apenas hablaban directamente de ellos. En ocasiones indicaban estas diferencias en la clasificación de manera indirecta, al mover la cabeza o a través del tono en que decían «gente muy agradable» o «personas muy agradables». En lo que concierne a los matices más finos de la

jerarquía de estatus interna, la imagen aquí presentada sigue incompleta.

Sin embargo, en todo Winston Parva no existía ninguna ambigüedad sobre el nivel más alto y el más bajo de la jerarquía de estatus. La mayoría de las familias con una clasificación mayor en la zona 1 y la 2 pertenecían a la iglesia de San Miguel y a asociaciones centradas en ella. Además, no sólo este grupo preponderante, también otras asociaciones locales, estaban de acuerdo en el bajo estatus convenido para la zona 3. Fue uno de los líderes de estas iglesias inconformistas quien dijo sobre los residentes dela zona 3: «Hay que aceptarlo, no son como las personas de la aldea. Unos cuantos se unen a la vida de la aldea, pero sólo unos cuantos». Las mismas frases que indican superioridad se usaron en entrevistas y en conversaciones casuales con la mayoría de los «aldeanos», frases como «aquí», amplificadas por expresiones como «en la parte antigua» o «no en la Urbanización, ¿sabes?»

El orden de estatus no se reflejaba solamente en la pertenencia a las asociaciones religiosas locales, sino también en la pertenencia a las seculares. Los «Imperecederos», el Club de la Tercera Edad, eran un ejemplo de ello. Contaban con 114 miembros y constituían una de las organizaciones seculares más grandes de Winston Parva. Era una organización de caridad característica de la manera en que una comunidad industrial antigua, donde las tradiciones generacionales se mantienen con vida hasta cierto grado, trataba con un problema que, en una etapa posterior del desarrollo industrial, tendía a volverse cada vez más una responsabilidad de las autoridades públicas y a depender de fondos públicos.

Las juntas habituales de los «Imperecederos» ocurrían cada tarde de miércoles en el salón de la iglesia de San Miguel. Los intervínculos organizacionales y de pertenencia eran cercanos con San Miguel, aunque el club estaba abierto a ancianos de cualquier denominación religiosa. Doce miembros de los «Imperecederos» también formaban parte de San Miguel, pero, de acuerdo con las entrevistas, muchos otros asistían a la iglesia los domingos sin ser miembros. La secretaria mencionó, entre los muchos aspectos de su trabajo de caridad, que «tenía a alguien que iba de visita para ver si todo estaba bien» cuando un miembro se ausentaba de una

reunión y nadie lo había visto por cierto tiempo. Ya que la mayoría de los ancianos de Winston Parva vivía en la «aldea», no resulta sorprendente que la mayoría de los miembros del grupo vinieran de allí. Quince miembros de los «Imperecederos» provenían de la zona 1, 94 de la zona 2 y cinco de la zona 3. Según mostraron las entrevistas, pocas personas de la zona 3 tenían deseos de unirse. Algunos dijeron que no irían debido a su «exclusividad». Otros despreciaron el «té gratis» y la «caridad». Ninguno de los ancianos de la «aldea» mostró objeciones similares. Una vez más, los cinco miembros que provenían de la zona 3 vivían en calles diferentes, mientras que los de la zona 2, en relación con su lugar de residencia, pertenecían en su mayoría a aglomeraciones familiares.

La asistencia a las reuniones de los miércoles solía ser alta. Como dijo la secretaria, algunos de los ancianos luchaban contra dolencias físicas para asistir. El salón prácticamente no tenía muebles, pero era capaz de acomodar a 90 personas o más. La atmósfera era amigable. La mayoría de los ancianos habían vivido en Winston Parva por más de 40 años y se conocían bien; muchos de ellos se tuteaban. El sentimiento de grupo interno, reforzado por los lazos familiares y la membresía entre asociaciones, debió presentar una barrera social formidable para los ancianos de la zona 3. En una reunión los miembros se sentaban en mesas largas, algunos jugaban cartas o dominó, pero la mayoría sólo platicaba. Un rumor placentero de voces y risas llenaba el cuarto. De vez en cuando, un anuncio en voz de la secretaria producía una pausa en la conversación: siempre se escuchaba lo que decía con un interés evidente. A lo largo del año, el club organizaba muchas salidas a edificios históricos y a la playa. Al final de las excursiones, el Club de Trabajadores solía ofrecer un «té gratis». Los refrigerios durante las reuniones semanales eran una taza de té, un trozo de pan con mermelada, pasteles y panecillos. Los miembros pagaban una suscripción semanal para cubrir los costos y los hombres de negocios locales y unas cuantas firmas, también locales, hacían donaciones generosas para ayudar a balancear el presupuesto. Uno de los hombres que más ayudaba con esto era el presidente del club, el concejal Drew, quien también dedicaba mucho tiempo a visitar ancianos y a tomar medi-

das para su bienestar. La secretaria también tenía un gran interés en su trabajo voluntario. Muchos miembros la conocían por su nombre de pila y sentían afecto por ella. Cada reunión concluía con la «Canción de los Imperecederos», que había escrito uno de sus miembros. Tanto los miembros del club como otros que no lo eran se refirieron a la canción como «una cancioncita hermosa» en muchas entrevistas. Decía así:

La canción de Darby y Joan

Envejezcamos encantadores,
como tantas otras cosas,
el encaje antiguo, el oro
y las sedas no necesitan ser nuevas.

Hay una belleza en los árboles viejos,
las calles viejas tienen su glamour.
Por qué no habríamos, como éstas,
de envejecer encantadores.

Ahora, en el crepúsculo de nuestros años
tenemos todos nuestros recuerdos.
Así que déjennos sonreír con lágrimas
mientras envejecemos encantadores.

Otra asociación local que había desempeñado un papel importante en la comunidad por más de 50 años era la Winston Parva Prize Temperance Band. Los uniformes de sus miembros podían verse durante todo el año en conciertos en el parque cercano, durante las fiestas del Club de la Tercera Edad, en funerales y en fiestas al aire libre. Se podían escuchar los ensayos desde la calle principal en una tarde de entre semana cuando sus miembros tocaban *Poet and Peasant* o preparaban alguna otra pieza para un concierto.

La historia de la banda era un ejemplo más del papel que los lazos de parentesco desempeñaban en la vida social de la comunidad. El fundador de la banda era un antiguo habitante de

Winston Parva cuyo nombre se conocía en todas las casas. A inicios del siglo había abierto una tienda de música en la calle principal de la «aldea». Cuando el «viejo» se retiró del negocio, su hijo comenzó a administrar la tienda y a conducir la banda. En ocasiones, padre e hijo aparecían juntos en la tarima de un concierto y su aparición solía tener un lugar destacado en la prensa local. En el pasado, la banda había ganado campeonatos nacionales y, tras un declive en los primeros años de la posguerra, había logrado ganar más trofeos. Cada uno de ellos se exhibía en una vitrina de la tienda. Ahora la banda admitía a miembros de localidades cercanas, pero, de acuerdo con su director, todos vivían en un perímetro de cinco kilómetros alrededor de su cuarto de ensayos, ubicado arriba de la tienda; ahora ellos conformaban la mayoría: sólo 12 de los 32 miembros de la banda vivían en Winston Parva. Seis de ellos venían de la zona 1 y seis de la zona 2; no había ningún miembro de la zona 3.

Los integrantes de la banda se tomaban muy en serio la música. Los ensayos solían contar con una buena asistencia. Se conocía al director como Bob y él a su vez llamaba a los músicos por su nombre de pila. Diversiones como una «estafa de té» ritual —en la que un juego de cartas, rayuela y unos cuantos gritos joviales generaban dinero para el tentempié y una pequeña ganancia— avivaban la pausa del té. La cuota de pertenencia era de 26 chelines por un año, a los que debían añadirse los gastos generados por la compra y el mantenimiento de los instrumentos. Cuatro de los 12 miembros que vivían en Winston Parva tenían padres o hijos allí, y dos tenían esposas o parientes políticos en el lugar; el resto, como dijo el director, eran «miembros de iglesias y capillas, por supuesto». El vicepresidente de la banda era el mayordomo de la iglesia de San Miguel; entre 1959 y 1960 el presidente fue el concejal Drew. El fundador de la banda era miembro honorario de los «Imperecederos».

La banda aún contaba con aficionados leales en la comunidad, aunque sus mejores días eran cosa del pasado. Un propietario local de autobuses recordaba cómo la banda solía marchar por las calles de Winston Parva al frente de la procesión del carnaval antes de que «se nacionalizaran los hospitales». La procesión

atraía a un gran público y recolectaba dinero para los hospitales. En las entrevistas de la zona 1 y la zona 2 solía mencionarse a la banda con cariño, como a un pariente que ha envejecido, aunque con tonos que implicaban que era algo similar a una reliquia del pasado. Los ancianos aún disfrutaban de los conciertos en el parque. Muchos de ellos mencionaban aquellos días en que la banda iba al frente de la procesión. Las entrevistas en la zona 3 demostraron muy poco interés en la banda. Unos cuantos la ridiculizaron, nadie mostró admiración y el único músico al que se entrevistó en la zona 3 dijo que era «fatal».

Por consiguiente, la banda era una parte significativa de la tradición de la «aldea». Era una asociación pequeña pero importante que tenía fuertes vínculos con las antiguas familias y con otras asociaciones de prestigio en Winston Parva. Reforzaba el sentimiento de solidaridad de los antiguos residentes y los habitantes de la zona 3 la ignoraban o rechazaban.

Otra asociación que se mencionaba con orgullo en la «aldea» era el club de críquet. La pertenencia a él estaba abierta a ambos sexos y disponible para un área mayor de Winston Parva. Muchos residentes de las zonas 1 y 2 eran importantes en el comité, en las listas del equipo y en las notas de prensa. El relajado juego en el pasto del parque en las tardes o noches cálidas atraía a pequeños grupos de ancianos como espectadores y el equipo de mujeres se fotografiaba de vez en cuando con sus uniformes blancos y sombreros de paja. No fue posible consultar las listas de miembros, pero la información que éstos proporcionaron indicaba que no había ninguno que proviniera de la zona 3. Se observó un patrón similar cuando se analizó la asistencia al instituto vespertino de Winston Parva. La variedad de clases iba desde la ópera hasta la herrería y de las casi 100 personas que asistieron a una sesión sólo 34 residían en Winston Parva; de éstas, ocho provenían de la zona 1, 21 de la zona 2 y cinco de la zona 3.

Un grupo pequeño pero con una clasificación muy elevada era el Comité de Benevolencia. Estaba compuesto por 10 miembros y lo encabezaba el concejal Drew. El comité recaudaba fondos para su distribución entre los habitantes viejos y menos afortunados de Winston Parva; lo hacía con la ayuda de tende-

ros, hombres de negocios y funcionarios de clubes de la localidad. Se le notificaba de cualquier caso que necesitara ayuda, y luego un miembro del comité que visitaba al anciano y reportaba sus condiciones. Posteriormente el comité decidía el método más efectivo para ayudarlo. Usualmente, un miembro llevaba comida, consuelo o dinero a la persona necesitada. En ocasiones se abusaba de la ayuda. En uno de estos casos, se reportó que una anciana que había recibido ayuda estaba gastando el dinero en «alcohol». Esta información se comunicó a un miembro «durante una plática». El miembro visitó a la anciana para confirmar el reporte. Lo hizo, y se retiró la ayuda. Sin importar cuáles fueran sus otras funciones, la asistencia que proporcionaba el Comité de Benevolencia también era un método de control social.

El concejal Drew dedicaba una buena parte de su tiempo libre a este trabajo. Visitaba con frecuencia a los ancianos, recaudaba dinero para ellos, discutía sus casos y daba pláticas en el club de los «Imperecederos». Era común ver su coche estacionado cerca de la casa de un anciano al que visitaba. La composición del comité mostraba el patrón familiar con una ligera variación: el número de miembros de la zona 1 era más elevado que el de cualquier otra zona. Cinco de sus miembros venían de la zona 1, cuatro de la zona 2 y uno de la zona 3. El miembro proveniente de la zona 3 hizo el siguiente relato de su elección al comité durante una entrevista. A mediados de la década de 1950 se llamó a una reunión abierta para discutir el bienestar de los ancianos en el área. El Comité de Benevolencia había existido por muchos años, pero lo había dirigido, según dijo, «la antigua camarilla y algunos lo habían superado». Este grupo había sido reelegido año con año, y si alguien intentaba entrar al comité, «los otros miembros retiraban su nombre para que no pudiera formarse ningún comité». Aparentemente, durante la reunión de mediados de la década de 1950 el concejal Drew convenció a algunos miembros de renunciar. Este hombre de la zona 3 estaba casualmente en la junta y se «postuló para elección». Dijo: «A nadie más en la Urbanización le interesa la caridad». Fue debidamente electo.

Al igual que las actividades de las asociaciones centradas en la iglesia o en capillas, aquellas relacionadas con la política con-

formaban un tipo especializado de actividad sólo para una cantidad reducida de personas. Para la mayoría de los participantes no eran más que otra forma de actividad social en la que ocuparse durante su tiempo libre, y lo mismo podía decirse de su credo político. En la mayoría de los casos, formaba parte integral de un sistema de creencias más general que, en primera instancia, estaba determinado por cuestiones y situaciones comunitarias y, sólo en una segunda instancia, nacionales.

La única organización política en Winston Parva que tenía un buen funcionamiento era la Sociedad Conservadora y sus miembros eran pocos. Su núcleo estaba formado por 17 funcionarios y ayudantes activos; de ellos, cinco provenían de la zona 1, 12 de la zona 2 y ninguno de la zona 3. La asociación tenía una casa club en la calle principal de la «aldea», pero el Club Conservador era más cercano a un centro social que a uno político. En su mayoría lo frecuentaban personas a las que no interesaba en lo más mínimo ir al Club Obrero, ubicado al otro lado de la calle. Era un «lugar decente al que llevar a la esposa», en donde se podía «beber tranquilo» y «encontrarse con amigos».

Para propósitos electorales, Winston Parva se dividía en dos distritos, uno formado por la zona 1 y parte de la zona 2, el segundo por la parte restante de la zona 2 y por la zona 3. Durante el periodo de la investigación, este último estaba representado por concejales laboristas, el primero por el concejal Drew, que estaba enlistado como independiente y tenía el apoyo de la Sociedad Conservadora. Una tendera, la candidata conservadora para el distrito electoral con una mayoría laborista durante las dos últimas elecciones del Concejo, las cuales perdió por un mínimo de votos en contra, explicó que «no hay muchos interesados en llevar a cabo una labor política activa». Según dijo, en su comité muchos tenían más de 65 años, aunque entre ellos había «buenos trabajadores, como la señora K» (una viuda de edad avanzada proveniente de la zona 2). Fue ella quien dijo que los residentes de la zona 3 «eran de una clase diferente [...] No se involucran en nada a no ser que puedan sacarle algo». Al referirse a su derrota, dijo que estaba segura de que, en buena medida, se debía a la mayoría de votos laboristas de la Urbanización.

Otros miembros de la Sociedad Conservadora se refirieron a su comité con mayor entusiasmo. Utilizando sus nombres de pila, mencionaron las «encantadoras flores» que recibieron de un candidato que resultó victorioso en la elección «y, por supuesto, los buenos amigos». Se referían continuamente al concejal Drew, quien estaba enlistado como independiente. «También ayudamos a Drew —dijo uno de los miembros del comité—, aunque no sea conservador, es muy amable, es Drew...» Sin embargo, todos estaban de acuerdo en su actitud crítica hacia los votantes de la zona 3, y el *quid* de su argumento era casi siempre el mismo. Se les reprochaba que no tuvieran ninguna lealtad local y que sólo intentaran obtener ventajas para sí: «Son laboristas, al pendiente de todo lo que puedan sacar. Votan por cualquiera que se diga laborista, sin importar si es local o no». Un miembro de la asociación dijo haber escuchado que el actual concejal laborista «ni siquiera sabía escribir su nombre». Pareciera haber un consenso general en que, de no ser por los votos de la Urbanización, el candidato conservador ganaría siempre. El concejal independiente pensaba que las personas de la Urbanización eran «laboristas a muerte» y «no tenían una conciencia avispada», pues no demostraban «sentido de responsabilidad alguno, sólo codicia». Los líderes políticos de la zona 1 y la 2 no intentaban conseguir el apoyo de los votantes de la zona 3. Sus esfuerzos por conseguir votantes se enfocaban en su propia zona y en particular en la zona 2. Quizá eran conscientes de que los votos laboristas también provenían de la «aldea», pero en su caso el liderazgo político aún coincidía totalmente con el liderazgo social en un sentido más amplio. El mismo concejal Drew carecía de una organización política propia. Se lo conocía tan bien en Winston Parva que prácticamente se comportaba como el alcalde no oficial de la comunidad. Era significativo que sus carteles electorales simplemente dijeran «Vote por el amigo de los viejos conocidos». Sus afinidades conservadoras, como las de muchos otros miembros de la red de viejas familias, no requería de ningún vínculo formal o explícito con alguna organización política. Eran obvios e implícitos; formaban parte integral de su posición social como miembro de una vieja familia de Winston Parva y de la comuni-

dad misma. Cuando afirmó que las personas de la Urbanización carecían de una conciencia avispada y de un sentido de responsabilidad, no expresaba un fragmento de propaganda política sino que daba voz a una convicción personal profunda; para él esto implicaba responsabilidad hacia Winston Parva, de la que, en tanto recién llegados que habían sido rechazados, sin duda carecían. Éste era un aspecto de la trampa en la que todos habían caído; era la convicción sincera de las familias «aldeanas» destacadas de que todos en Winston Parva debían ser conscientes de sus responsabilidades hacia su comunidad y de que debían preferir que sus representantes fueran personas de la localidad y no marginados. El hecho de que los habitantes de la Urbanización no actuaran de acuerdo con los principios de la creencia «aldeana» era una de las razones por las que los «aldeanos» los menospreciaban y excluían tanto como podían de sus círculos. No podían distanciarse lo suficiente de las exigencias de su sistema de valores y creencias para ver que los recién llegados no podían sentir de manera automática el mismo apego hacia Winston Parva, y todo lo que representaba para sus antiguos residentes, que quienes habían crecido allí. Como máximo, podrían haber desarrollado cierto afecto por su nueva localidad si los viejos residentes, por así decirlo, les hubieran facilitado la llegada. En su lugar, el carácter absoluto de su sistema de valores y creencias los obligaba a exigir de manera implícita que todos los residentes de Winston Parva compartieran su lealtad hacia el lugar, así como a rechazar implacablemente a quien no lo hiciera. Las personas de la Urbanización por su parte, y quizá también un número de «aldeanos» rechazados, respondían con el rechazo hacia la perspectiva política gobernante y las actividades de la zona 1 y la 2, como otro ejemplo del gobierno de la «camarilla», de los «viejos anticuados», los «esnobs»; pero su oposición no estaba organizada y así se mantuvo. Winston Parva carecía de una organización laborista en funcionamiento; el voto laborista en, por lo menos, uno de los distritos de Winston Parva se debía a factores circunstanciales informales, pues no se contaba con la ayuda de ninguna organización formal. La Sociedad Conservadora de Winston Parva, por otro lado, pequeña como era, formaba un núcleo

organizacional efectivo; tenía suficiente fuerza para movilizar a las potencialidades conservadoras de la comunidad cuando fuera necesario. Obtenía bastante apoyo de otras asociaciones. Trece de los 17 miembros de la Sociedad Conservadora tenían lazos con alguna asociación religiosa, con los «Imperecederos» o con la banda, y seis de ellos tenían vínculos con las tres.

Los grados de organización relativamente elevados de la zona 1 y la zona 2 y relativamente bajo de la zona 3 que se podían observar en el campo político se extendían a muchas otras áreas. Ésta era una de las diferencias estructurales básicas de la zona 3 en relación con las demás y, como veremos, sirve para explicar los diferenciales de poder entre ellas. El término nivel de organización no sólo se refiere a la organización formal, uno de cuyos ejemplos eran las asociaciones locales. No eran menos importantes para la fuerte cohesión de la «aldea» los lazos informales que vinculaban a sus miembros entre sí, en particular a los miembros prominentes, y que explicaban el hecho de que una cantidad relativamente pequeña de personas, miembros de un número reducido de familias, ocuparan la mayoría de las posiciones clave en las asociaciones con un prestigio elevado en Winston Parva e hicieran uso del poder concomitante. El cuadro v.1 proporciona una idea de estos intervínculos.

Como se puede ver, las élites de poder firmemente establecidas se pueden formar con bastante rapidez en un establecimiento industrial en crecimiento, siempre y cuando las condiciones sean favorables. La segunda generación de una comunidad en expansión —aunque aún aislada— cercana a una comunidad industrial ya podía lanzar su propia «aristocracia» local. El cuadro v.1 indica algunas raíces de su poder. Un sentido común de pertenencia, de responsabilidad y dedicación hacia la comunidad que era su hogar creaba lazos firmes entre las personas que habían crecido allí y probablemente se habían vuelto bastante prósperas juntas. Quizá no todos se agradaran en un aspecto personal, pero compartían fuertes sentimientos de identidad como grupo. Se identificaban objetivamente como «viejas familias» y subjetivamente como *nosotros*. Cerrar las filas de un grupo de familias en una comunidad en contra de aquellos que no pertenecían

CUADRO V.1. *Segmento de la red de viejas familias*

Distribución de algunas posiciones clave en Winston Parva

Concejal R. C. Drew
Miembro de segunda generación de una familia de Winston Parva
Contratista local elegido para el Concejo como «independiente»
(el «amigo de los viejos conocidos»)
con ayuda de la Sociedad Conservadora

Presidente de la Junta de
Gobierno de dos escuelas
secundarias locales

Presidente
Comité de Benevolencia

Presidente
Club de la Tercera Edad

Miembro de la iglesia
de San Miguel

Presidente de la banda

Sr. D. D. Sterling
Miembro de segunda generación de una familia de Winston Parva

Tesorero
Comité de Benevolencia

Miembro del comité de la iglesia
de San Miguel

Sra. D. D. Sterling
Miembro de segunda generación de una familia de Winston Parva

Miembro de la Junta de
Gobierno de dos escuelas
secundarias locales

Secretaria
Club de la Tercera Edad

Miembro de la iglesia
de San Miguel

Sr. C. Lawson
Fundador de una familia de Winston Parva
Fundador de la banda

Presidente
Comité de Benevolencia

Miembro honorario del Club de la Tercera Edad

Miembro de la iglesia
de San Miguel

Miembro de la Junta de
Gobierno de dos escuelas
secundarias locales

Sr. D. R. Taylor
Miembro de segunda generación de una familia de Winston Parva
Presidente
Sociedad Conservadora Local

Miembro
Comité de Benevolencia

Miembro de la Junta de
Gobierno de dos escuelas
secundarias locales

(Concejal) Sra. D. R. Taylor
Secretaria
Sociedad Conservadora Local

Miembro de una iglesia libre
local

Miembro de la Junta de
Gobierno de escuelas
secundarias locales

—o que no lo hacían del todo— permitía que aquellos de sus miembros que fueran capaces de dedicar parte de su tiempo libre y cierto dinero a asuntos comunales —o estuvieran dispuestos a ello— conservaran para sí la mayoría de las posiciones prominentes en las organizaciones políticas, religiosas y públicas de otro tipo de la comunidad y excluyeran de ellas a las personas que, a su parecer, no eran de su tipo. En este caso como en otros, la monopolización de las posiciones claves de las organizaciones y asociaciones locales de otro tipo en manos de miembros de familias relacionadas y con un pensamiento similar era una de las propiedades más características de la red de familias antiguas y una de las fuentes más grandes de su poder.

En cierta medida, el desarrollo de una élite de poder en Winston Parva se debía probablemente a la acumulación desigual de riquezas en la comunidad. Algunas familias de Winston Parva o ramas de estas familias se volvieron bastante prósperas mientras que otras no. Ya fueran más pobres o más ricas, conservaron un fuerte sentido de pertenencia a Winston Parva y de correspondencia mutua, pero los individuos de las ramas más ricas tenían el tiempo y el dinero para encabezar los asuntos comunitarios. Este tipo de factores, la dinámica inmanente de una comunidad industrial en desarrollo, sin duda desempeñaron un papel en la formación de esta élite. No obstante, las tradiciones de Inglaterra, que ofrecían muchos modelos para un régimen aristocrático, también pudieron tener influencia. Lo más probable es que ambos factores se combinaran en el presente caso, la dinámica de la acumulación desigual proveyó un molde burdo y el flujo diferenciado de la tradición inglesa el patrón fino; pues las instituciones particulares de Winston Parva que daban a los miembros de las familias antiguas prominentes oportunidades de poder no se inventaron en Winston Parva. El modo de elección de los líderes comunitarios, el mismo concejo local, instituciones como los partidos políticos, las iglesias, los comités de benevolencia, las bandas y muchos otros que se desarrollaron en Winston Parva estaban modelados con base en precedentes establecidos por otras comunidades británicas. Las personas que se establecieron en Winston Parva y vivían allí habían aprendido —y almacenado

como referencias para situaciones apropiadas— formas específicas de organizar los asuntos comunitarios y de manejar los problemas de la comunidad. Podían referirse a estas imágenes acumuladas como modelos que indicaban la manera de hacer y no hacer las cosas en relación con los asuntos de la comunidad. Si eran lo suficientemente flexibles y creativos, podían experimentar con desarrollos posteriores. La manera en que los hombres y las mujeres de segunda generación ejercían el poder y asumían las responsabilidades como líderes de la comunidad en Winston Parva seguía ciertos patrones tradicionales. Contratista local, dueño de una tienda de música o cualquiera que fuera su ocupación, los papeles que asumían como líderes comunitarios, sus actitudes hacia las personas más pobres o hacia los marginados que no se conformaban, se habían establecido con base en un molde sumamente específico. Había suficientes elementos para sugerir que eran desarrollos de clase media u obrera de papeles que los terratenientes, la alta burguesía y la aristocracia, con su capacidad de líderes de comunidades rurales, habían desarrollado en un contexto preindustrial. Este desarrollo de papeles, el reflejo del macrocosmos en el microcosmos de Winston Parva, resultaba aún más notorio debido a que la comunidad era y siguió siendo en su mayoría una comunidad de clase obrera. Sin duda, la «aldea» era una comunidad de clase obrera de un tipo particular: tenía un grado relativamente bajo de movilidad migratoria; los hijos se quedaban y criaban a sus familias en el mismo lugar que sus padres. Durante un periodo temprano de su crecimiento, la comunidad, en términos comunicativos, quizá estaba aún más distanciada de las atracciones de centros urbanos más grandes. Las industrias locales eran relativamente pequeñas, y parecían ofrecer empleos satisfactorios, en especial a las mujeres que más se centraban en la familia. En este contexto, los lazos comunitarios y familiares entre personas cuyas familias habían vivido en el mismo vecindario durante décadas, que se habían conocido desde la infancia y, en muchos casos, habían crecido juntas, demostraron ser más fuertes que el hecho de que algunos eran más prósperos y tenían trabajos de clase media mientras que otros seguían siendo pobres en comparación y te-

nían trabajos de clase obrera. Con los primeros en el poder, cerraron sus filas en contra de los recién llegados, y la principal escisión social que se desarrolló en Winston Parva fue entre los viejos residentes y los recién llegados. Los primeros estaban firmemente establecidos en todas las posiciones clave de la comunidad y, al gozar de la intimidad de su vida asociativa, intentaban excluir a los extraños que no se suscribían al credo comunitario y que, en muchos sentidos, ofendían su sentido de los valores. Un análisis de la composición del liderazgo en algunas asociaciones locales proporciona una idea de los métodos de exclusión. Los residentes del área de élite de la zona 2 quizá se mostraban un poco más enfáticos en la expresión de su orgullo que algunos de los que vivían en las calles ordinarias, pero la mayoría de ellos compartía el sentimiento de superioridad. Tenían algunas formas características de expresar su orgullo; he aquí una selección de expresiones que las muestran.

Los residentes de la zona 2 hablan de su propia zona

AMA DE CASA: Ésta es la parte vieja, sabes, donde viven las familias más viejas.

ANCIANA: Aún llamamos a esta zona «la aldea». Muchos de nosotros venimos de las familias originales.

PASTOR: Pareciera haber muchos matrimonios endogámicos entre las familias de esta zona, «la aldea», como la llaman.

INGENIERO: La mayoría de nosotros somos de clase obrera, pero de una clase obrera decente, no como los de la Urbanización.

AMA DE CASA: Nuestra calle es muy agradable, con buenos vecinos, gente amable.

JOVEN CASADO: Hay buenas casas. Son viejas, pero hay mucho espacio y pueden hacerse todo tipo de mejoras.

AMA DE CASA JOVEN: Me gusta. Estamos cerca de mamá y podemos ayudarnos.

TENDERA: Éste es nuestro lugar. En cierta forma es nuestra aldea y nuestras familias han construido sus vidas alrededor de ella.

VI. Imagen general de la zona 3

Al momento de la investigación, la Urbanización había existido por casi 20 años, y por casi 80 la «aldea». Sus 797 habitantes eran personas de clase obrera. No había nadie de clase media, como en la zona 2. Las diferencias en la proporción de trabajadores especializados, semiespecializados y no especializados entre la «aldea» y la Urbanización, como se vio en el cuadro III.2, eran relativamente pequeñas. Los tres niveles tenían representación en ambos vecindarios, pero la zona 3 tenía 32.5% de especializados y 31.4% de no especializados, mientras que en la zona 2 había 26.1 y 24.5%, respectivamente.

La Urbanización era propiedad de una compañía de inversión privada a la que se pagaba el alquiler. Cada casa tenía dos cuartos pequeños en la primera planta y dos o tres recámaras pequeñas en el primer piso. Las casas se habían construido muy cerca la una de la otra con pequeños jardines que dividían las filas. Muchos residentes cocinaban en la sala, pero una minoría había construido cocinitas propias en la parte trasera de la casa con el fin de tener más espacio en la sala. En la década de 1930, cuando se construyeron las casas, durante un tiempo fue difícil encontrar inquilinos. Las personas de la «aldea» dudaban si mudarse a las nuevas casas a pesar de que entonces el alquiler era menor. Lentamente llegaron personas del exterior. Las casas se llenaron por primera vez después de la crisis de Múnich, cuando se trajo a las fámilias de hombres establecidos en una estación de regimiento cercana. Más tarde, con el bombardeo de Londres, llegaron los empleados de una fábrica de instrumentos

londinense y, a partir de ese momento, pocas casas en el estado permanecieron vacías por mucho tiempo. La variedad del trabajo de guerra fue lo primero que atrajo a las personas a Winston Parva; después, el empleo que ofrecían algunas de las industrias locales en expansión, e incluso las firmas tradicionales dedicadas a la calcetería y al calzado, aunque sujetas a cierta fluctuación, ofrecían salarios lo suficientemente elevados para atraer a trabajadores de otras partes del país. Una cantidad considerable de quienes migraron a Winston Parva se quedaron, pero el carácter de la Urbanización como un asentamiento de inmigrantes, y de inmigrantes de un tipo específico, aún se mostraba claramente en la estructura de la comunidad, incluso después de una década o dos. La mayoría de las personas migraron a la Urbanización como miembros de un grupo familiar pequeño. Los cónyuges se mudaron juntos con o sin hijos. Como resultado, la porción de personas en la Urbanización que tenían parientes en Winston Parva era mucho más reducida que en la «aldea», como indica el cuadro VI.1.

Los 61 parientes que los entrevistados en la zona 1 mencionaron vivían en la «aldea». Esto confirmó la evidencia de otras fuentes que había sugerido un grado considerable de movilidad local, un flujo constante de residentes con aspiraciones sociales de la zona 2 a la 1, y ayudó a explicar la razón por la que era posible observar tantos vínculos cercanos entre los residentes de un vecindario de clase obrera y uno de clase media, y el porqué los residentes de ambos unieron causas en contra de otro vecin-

CUADRO VI.1. *Cantidad total de entrevistados con parientes en la zona 2 y en la 3 y cantidad total de sus parientes en Winston Parva*

	Entrevistas	*Entrevistados con parientes en la zona 2*	*Entrevistados con parientes en la zona 3*	*Parientes en Winston Parva*
	Total	*Cant.*	*Cant.*	*Total*
Zona 1	12	10	—	61
Zona 2	64	42	5	128
Zona 3	25	3	6	15

dario de clase obrera. De las 64 personas entrevistadas en casas de la «aldea», 42 tenían 123 parientes en las zonas 1 y 2 y sólo cinco en la zona 3. En contraste, de las 25 personas que se entrevistaron en casas de la Urbanización, sólo nueve tenían parientes en Winston Parva y sólo tres de éstas tenían parientes que vivían en la «aldea».

La relativa falta de lazos de parentesco contribuía al aislamiento de las familias de la Urbanización. Esto se añadía a los otros problemas que implicaba vivir allí. Ya se ha mencionado el caso de las mujeres trabajadoras con hijos pequeños, quienes tenían grandes dificultades para encontrar a alguien que cuidara a sus hijos mientras estaban ausentes. Muchas de ellas mencionaron este problema durante las entrevistas y preguntaron si el resultado de la investigación podría ayudar a mostrar la necesidad de una guardería en el vecindario. En las entrevistas conducidas en la «aldea» no se mencionó ningún problema de este tipo.

La movilidad migratoria, el tipo de movilidad social que había reunido en la Urbanización a muchas unidades familiares relativamente pequeñas que eran extrañas entre sí, creaba problemas específicos en cada aspecto de la vida. Cuando se les preguntó sobre las relaciones con los vecinos, muchas familias de la Urbanización dijeron que «eran muy reservados», o usaron alguna expresión similar. En cierta medida, esta tendencia se debía al hecho de que, a diferencia de las «familias antiguas» de la aldea, las «nuevas familias» de la Urbanización no sabían qué esperar de las otras. Las diversas tradiciones locales que llevaron consigo como parte de su formación personal creaban malentendidos. Ser reservado formaba parte de una actitud defensiva contra personas que, si bien eran vecinos, tenían costumbres, estándares y modales que diferían de los propios y que, con bastante frecuencia, parecían extraños y despertaban sospechas; además no existían oportunidades sociales ni tradiciones compartidas que hubieran podido poner en marcha los rituales de identificación mutua que fungen como preludios necesarios para relaciones vecinales más cercanas. Quizá sus modales en la mesa eran diferentes y ofendían las sensibilidades de otros. Quizá hablaban con un acento diferente y en voz alta. Quizá pidieron ayuda sin

utilizar las fórmulas adecuadas o tomaron algo prestado y no lo devolvieron. No había transcurrido el tiempo suficiente para que las reglas unificadoras del toma y daca, establecidas de manera más firme en comunidades más viejas, se desarrollaran entre los recién llegados. Había una falta general de costumbres compartidas para la cooperación y de rituales comunes para relacionarse socialmente que, en comunidades más viejas, facilitan las relaciones humanas. «Cuando se me voló la ropa a su jardín —dijo un ama de casa de la Urbanización—, no me ayudó. Sólo se quedó viendo.»

No había personas, directivos comunitarios, clérigos, doctores ni nadie de cualquier otra profesión que, ya fuera por entrenamiento o por sentido común, entendieran los problemas sociológicos que presenta una comunidad de este tipo y tuvieran suficiente autoridad e inspiraran suficiente confianza para ayudar a romper los muros de aislamiento y sospecha que se habían alzado entre estas personas —quienes, si bien eran vecinos, eran extraños entre sí—, y proporcionaran ayudas institucionales que condujeran a una mejor integración. Como suele suceder en el estado actual del pensamiento público a este respecto, se creía que bastaba con ofrecer casas y trabajo a los recién llegados; el resto de sus problemas, entre ellos todos los de su tiempo libre, se consideraban meramente personales y de menor importancia. Aún no se percibían como problemas sociológicos que surgían de la naturaleza específica de la comunidad: de la configuración de los individuos y no de los individuos que la formaban. Todas las asociaciones locales, incluidas las eclesiásticas, se centraban en la zona 2. Todas las posiciones destacadas en la comunidad estaban en manos de personas de las otras dos zonas. Así, ya que las familias en la Urbanización no podían contar con extensos grupos de parentesco para su vida social, el prospecto de una manera satisfactoria de vida no resultaba muy brillante.

No es sorprendente que la mayoría de los entrevistados en la zona 3, como muestra el cuadro VI.2, dijeran que no les gustaba su vecindario o que les resultaba indiferente, mientras que la mayoría de los entrevistados en la zona 2 dijeron que les gustaba su vecindario.

CUADRO VI.2. *Actitudes de los habitantes hacia su vecindario en las tres zonas*

	Personas que dijeron que:					
	Les gustaba su vecindario		*No les gustaba su vecindario*		*No era un mal vecindario*	
Zona	*Cant.*	*%*	*Cant.*	*%*	*Cant.*	*%*
1	12	—	—	—	—	—
2	44	69	5	8	15	23
3	3	12	8	32	14	56

Ya que las cantidades eran reducidas, no se debía asignar particular importancia a los porcentajes en cuanto tales; pero otros contactos y observaciones durante los años de trabajo en Winston Parva confirmaron la imagen de estas diferencias en las actitudes que los residentes tenían hacia su vecindario en las tres zonas. Incluso aquellos entrevistados en la zona 3 que describieron la Urbanización como «no está mal» solían mencionar muchos aspectos desagradables de su vida ahí antes de resumir su opinión en frases como «nos reservamos» y «en realidad no está mal». Intentaban sacarle lo mejor, pero indicaban, al menos de manera implícita, que no tenían en una consideración elevada a su parte de Winston Parva. Mientras que los «aldeanos» se mostraban muy orgullosos de su vecindario, entre los residentes de la Urbanización había una ausencia total de orgullo por su vecindario.

Los fundadores de la Urbanización hubieran encontrado un número considerable de problemas comunitarios si hubieran formado una comunidad propia, pero el hecho de que se hayan incorporado a una comunidad más vieja incrementaba en buena medida las dificultades de su situación. El rechazo absoluto de las personas de la Urbanización por los residentes más viejos y establecidos de Winston Parva, que podría haber fungido como una fuerza integradora, sólo empeoró las cosas. Las dificultades empezaron en cuanto llegaron los inmigrantes. Un antiguo londinense recordaba en una entrevista cómo en esa época había visitado uno de los dos bares de la «aldea», había pedido una

bebida y se había acercado a una mesa para ser «amigable» con las personas que estaban sentadas, y se le dijo: «Este lugar es para un amigo». El hecho de que los «aldeanos» los trataran como marginados, como un grupo de menor estatus, hizo aún más difícil que los recién llegados se interesaran en su nueva comunidad y rompieran las barreras de su aislamiento inicial. Otro residente dijo que había visitado en una o dos ocasiones The Eagle, pero le habían dado la espalda y no pudo hablar con nadie porque todos estaban «en grupos y montones». Otros informantes de la Urbanización contaron la misma historia; habían sentido una actitud antipática de los otros comensales en el bar y se les había excluido. Al momento de la investigación la separación era casi absoluta. Los aldeanos visitaban casi de manera exclusiva uno de los dos bares, The Eagle, mientras que las personas de la Urbanización iban al otro, el Hare and Hounds. Cuando se preguntó qué bar visitaban los residentes del vecindario, 50 de los 64 «aldeanos» entrevistados en sus casas mencionaron The Eagle, dos el Hare and Hounds; de las 25 personas de la Urbanización una mencionó The Eagle y 19 el Hare and Hounds.

La segregación en el Club Obrero era ligeramente menos estricta, aunque notoria. Si bien tenía sus instalaciones en la calle principal de la «aldea», los hombres y las mujeres de la Urbanización conformaban el grueso de sus miembros. Sus conciertos de fin de semana, los juegos de bingo y las salidas del club atraían a personas cuyo vecindario ofrecía pocas oportunidades para divertirse después del trabajo. Algunos informantes de la zona 3 dijeron que, ya que se les había excluido de The Eagle, no querían llevar a sus esposas a la atmósfera viciada del Hare and Hounds. Sin embargo, el Club Obrero carecía de la familiaridad cercana que distinguía a las organizaciones conformadas por «aldeanos». Las tres zonas tenían representación en el comité, pero ninguno de los miembros entrevistados pudo nombrar a más de dos de sus miembros y aquellos a los que mencionaban siempre residían en la zona 3. En esta vaga asociación, es necesario señalarlo, había algunos miembros de la «aldea» que disfrutaban del club porque, según ellos, «los juegos eran mejores», «las bebidas eran más baratas» o «mi esposa lo disfruta más que

ir a The Eagle». Por consiguiente, el Club Obrero ofrecía oportunidades para que las familias de la «aldea» y de la Urbanización trabaran un contacto más cercano después del trabajo y, quizá, formaran algún tipo de amistad entre sí. No obstante, no se formó ningún tipo de relación. Algunos miembros del club dijeron conocer a unos cuantos de la «parte vieja» en el club y que de vez en cuando jugaban dominó o cartas con ellos, pero las preguntas posteriores siempre revelaron que la relación se limitaba a encuentros ocasionales en el club y nunca llevaba a otros contactos. Si bien resultó imposible conocer el número exacto de miembros del club de cada zona, los «aldeanos» conformaban una pequeña minoría. Mientras que 14 de los 25 residentes de la zona 3 entrevistados en sus casas dijeron pertenecer al Club Obrero, sólo tres de las 64 personas entrevistadas en la zona 2 admitieron formar parte de él y muchos hicieron comentarios cáusticos sobre las personas «escandalosas» y «toscas» que el club atraía. Un hombre de la zona 1 admitió ser miembro, pero señaló, a manera de excusa, que había aceptado una invitación a ocupar un lugar en el comité del club en relación con sus intereses de negocios.

Sin duda, esta actitud se debía en parte al hecho de que entre quienes se establecieron inicialmente en la Urbanización había un número considerable de «personas toscas». Así, aunque al momento de la investigación el tipo más tosco de personas de clase obrera ya no era más que una minoría relativamente pequeña de los residentes de la Urbanización, el recuerdo permanecía. Los primeros en inmigrar a la Urbanización se preocupaban principalmente por su supervivencia económica. Les siguieron personas que habían sido desarraigadas por el bombardeo de sus casas, a quienes la necesidad de los tiempos de guerra había trasladado a la Urbanización. En esa época las condiciones eran más bien desalentadoras: «No está tan mal como antes —dijo un antiguo residente de la Urbanización—. Cada casa solía ocuparse un martes y para el viernes siguiente ya se habían ido para evitar pagar el alquiler, aunque a veces el casero los atrapaba y se quedaba con sus muebles. Luego hacía una venta en la casa hasta que reunía lo de la renta». A partir de entonces las condi-

ciones habían mejorado bastante. Sin importar qué otras cosas se necesiten para que una mezcla de trabajadores, desarraigados entre los remolinos y las zanjas de la guerra, la dislocación económica, el desempleo y, continuamente, la pobreza absoluta, formen una comunidad razonablemente establecida entre sí, también se necesita tiempo. Los «aldeanos», orgullosos de su respetabilidad y ansiosos por preservar los estándares de decencia de su vecindario, quedaron conmocionados ante el tipo de personas más toscas que se establecieron a sus puertas. Su imagen de las personas de la Urbanización se había formado basándose en estas experiencias. El hecho de que algunas de las «personas toscas» siguiera viviendo en la Urbanización parecía confirmar una y otra vez la imagen que se habían formado de sus habitantes. El hecho de que la mayoría de los residentes de la Urbanización ya no pertenecieran a este tipo de personas de clase obrera, de que, en líneas generales, fueran igual de decentes y bien comportados que ellos, no podía imponerse sobre el firme estereotipo comunitario de las personas de la Urbanización que los «aldeanos» se habían formado y que pasaba de una generación a otra. Cerraron sus filas contra «el montón». Por consiguiente, las personas de la Urbanización quedaron excluidas desde un inicio de la fuerza integradora con mayor poder en su vecindario. Si uno permanecía por cierto tiempo en Winston Parva, era imposible no darse cuenta de que los «aldeanos» usaban ciertas frases estándar para referirse a la Urbanización una y otra vez. Formaba parte de su tradición. Éste es el tipo de cosas que decían:

AMA DE CASA: Simplemente no tienen los mismos estándares.

AMA DE CASA: No controlan a sus hijos.

AMA DE CASA: Allá siempre se están peleando.

AMA DE CASA: Allá no es como en la aldea.

AMA DE CASA: Carecen de moral.

AMA DE CASA: Acá las personas no se pelean y elevan las rejas.

MECÁNICO RETIRADO: Son refugiados, muchos borrachines, eso es lo que son.

FERROCARRILERO: Personas del East End que no conocen nada mejor.

OBRERO: Son tan diferentes como el agua y el aceite.

CAPATAZ: Enfrentémoslo, son de una clase diferente.

TENDERO: Demolición de barrios pobres... irlandeses... cockneys, no lo sé.

Desde un inicio se estigmatizó a los habitantes de la Urbanización como, en la opinión pública de la «aldea», un tipo inferior de personas; y sin importar cómo habían cambiado las condiciones, el rechazo y la exclusión de las personas de la Urbanización seguía formando parte integral de la imagen que los «aldeanos» tenían de Winston Parva y de ellos mismos; confirmaba su superioridad como miembros de la parte «vieja» y «decente» de Winston Parva. Esta actitud de los «aldeanos» hacía aún más difícil de lo que ya era que miembros de una comunidad de inmigrantes de diferentes partes del país rompieran las barreras que se alzaban entre ellos como extraños y desarrollaran algún tipo de vida comunitaria en su vecindario. La incapacidad de los recién llegados de hacerse valer frente a los antiguos residentes y contraatacar tenía una relación cercana con su falta de unidad. En su lugar, la mayoría de las personas de la Urbanización parecían aceptar, aunque a regañadientes, el estatus inferior que los grupos establecidos les asignaban. Aunque la mayoría de los habitantes de la Urbanización eran británicos, muchos consideraban a los otros extranjeros. He aquí el tipo de cosas que los habitantes de la Urbanización decían sobre su vecindario.

MECÁNICO: Hay personas raras por acá. Todo tipo de extranjeros, por eso no presto atención.

TRABAJADOR CALCETERO: Nos llaman el «callejón de la rata».

AMA DE CASA JOVEN: No me gusta. Estoy ahorrando para irme.

AMA DE CASA JOVEN: Cuando les conté a mis compañeras de trabajo dónde vivía, me vieron raro y dijeron: «Oh, allí».

AMA DE CASA JOVEN: Nos gustaría mudarnos antes de que nazca el bebé; no queremos que crezca en compañía de los niños maleducados de por acá.

IMPRESOR: Son los cockneys, 50% de la población de la Urbanización; ellos causan todos los problemas.

Puede suceder que los residentes de un área clasifiquen la posición social de su vecindario como igual a la de un distrito vecino que la considera inferior; sin embargo, en el caso de la zona 3, la clasificación del vecindario como uno de posición social inferior no se limitaba a los habitantes de la zona 1 y la zona 2. En términos generales, también la compartían los habitantes de la zona 3. Tenían una conciencia clara de que ellos, como personas de la Urbanización, eran diferentes de los «aldeanos». Una forma común de expresar esta conciencia era mediante el uso, aun entre ellos, de términos derogatorios de uso común en los chismes de la «aldea» referentes a la Urbanización. Todas las personas entrevistadas en sus casas mencionaron el nombre «callejón de la rata» como un término generalmente aceptado para designar a su parte de Winston Parva. Un chofer dijo que los funcionarios de su compañía habían pedido a los conductores de autobuses que no gritaran «callejón de la rata» cuando el autobús se detenía en la esquina de la Urbanización. Los jóvenes de la Urbanización tenían sentimientos fuertes hacia el insulto lanzado contra su vecindario: «¿Has oído cómo nos llaman? —preguntó una joven de 17 años—. ¡El callejón de la rata! La chicas pasan alzando las narices». Muchas personas de la Urbanización se comportaban como si secretamente pensaran de los otros: «Si vives aquí no vales mucho». Parecía haber pocos incentivos para crear o mantener contactos regulares con sus vecinos. Los jóvenes solían decir de inmediato que planeaban irse de la Urbanización en cuanto pudieran. Algunos viejos mencionaron hijos e hijas que se habían casado y se habían ido para vivir en una «linda casa en otro lado». Mientras que en la «aldea» bastantes jóvenes decían que «les gustaba estar cerca de mamá», con lo que contribuían al crecimiento de una red de lazos entre viejas familias, el sentimiento incómodo de que la Urbanización no era un buen vecindario solía alejar a los jóvenes. En ese sentido, la configuración específica de la Urbanización como una comunidad vaga de inmigrantes y marginados se perpetuaba a sí misma.

Las personas que sentían deseos de llevarse bien, quienes resentían el insulto que se les hacía porque su lugar de residencia tenía mala fama en el vecindario, solían mudarse tan pronto como podían, dejando así espacio para otros inmigrantes, algunos de los cuales probablemente pasarían por el mismo ciclo. Por consiguiente, un fraccionamiento que comenzó como un centro para inmigrantes en una comunidad con viejos residentes establecidos tendía a conservar las características de una comunidad de inmigrantes a pesar del sedimento de familias que permanecían allí. La dinámica de la Urbanización misma hacía difícil hacer a un lado el insulto. Muchos residentes sin duda resentían el aire de superioridad que las personas de la zona 2 asumían con ellos; sin embargo, lo que dijeron y la manera en que lo dijeron indicaba su resignación e impotencia. He aquí el tipo de cosas que los habitantes de la Urbanización decían sobre los «aldeanos»:

AMA DE CASA: Son pretenciosos y altaneros.

INGENIERO (evacuado de Londres): No les importamos, ni ahora ni nunca.

INGENIERO (evacuado de Londres): Demasiado engreídos; nunca intentaron entendernos.

OBRERO (de Yorkshire): Demasiado estirados.

AMA DE CASA: De una mejor clase que nosotros, en especial en la iglesia.

EX MILITAR: Están orgullosos de su lugarcito.

MECÁNICO DE CALCETERÍA: Los viejos la llaman la «aldea» y te excluyen.

Si se recuerda que las proporciones de personas con el mismo estatus laboral y los mismos niveles de ingresos no eran muy diferentes entre las dos zonas, el problema que esta distinción tajante presenta en la clasificación local se vuelve más claro. Sus diferentes posiciones en el desarrollo de Winston Parva, la «novedad» de una, la «vejez» de la otra, la falta de cohesión de la primera, el alto grado de cohesión en la segunda, todos desempeñaban un papel en estas diferencias de estatus. En el caso de

las personas de la Urbanización, la conciencia del estatus inferior que los residentes antiguos les atribuían no incrementaba su sentimiento de solidaridad ni inducía ninguna medida para fomentarlo.

Si se hiciera caso a las opiniones que los «aldeanos» tenían de la Urbanización, se hubiera esperado encontrar estándares bajos y uniformes de comportamiento y limpieza. En realidad, uno podía visitar los hogares de bastantes personas en la Urbanización y descubrir que ni los estándares de limpieza ni los de conducta diferían de manera notable de aquellos de las personas de la zona 2. Los cuartos eran un poco más pequeños y el alquiler ligeramente más bajo que el de las casas adosadas de la «aldea»; sin embargo, la imagen que había en esta última sugería que la Urbanización era el tipo de barrio bajo que habitaban personas zafias con hordas de niños incontrolables y ruidosos en casas abandonadas. Lo que de hecho se encontraba allí, la «realidad», difería de forma considerable de esta imagen. Fue necesario cierto tiempo para determinar claramente la manera en que la imagen de la «aldea» distorsionaba los hechos y por qué lo hacía, y conforme avanzó la investigación cada vez se volvió más claro que estas discrepancias entre la imagen y la realidad tenían una importancia considerable para entender la relación entre las partes viejas y la nueva de Winston Parva. Como suele suceder, la imagen era una presentación sumamente simplista de las realidades sociales; creaba un diseño en blanco y negro que no daba cabida a la diversidad que se encontraba entre las personas de la Urbanización. Se correspondía con la «minoría de los peores». Después de visitar a bastantes familias en la Urbanización cuyos estándares y modales apenas diferían de los de los «aldeanos», a veces se encontraba una casa cuyos habitantes eran exactamente el tipo de personas que los «aldeanos» consideraban típico de los residentes de la Urbanización en general. Eran de un tipo menos pulido; sus casas estaban descuidadas y mucho más sucias que cualquiera observada en la «aldea» y que la mayoría de las casas de la Urbanización. El problema era establecer cómo y por qué el comportamiento de una minoría llegó a dominar la imagen que los «aldeanos» se habían formado de los

habitantes de la Urbanización. La presencia de esta minoría, sin duda, volvía más difícil la defensa de su vecindario para las personas de la Urbanización. Los «aldeanos» siempre podían avergonzarlos para que consintieran mediante el señalamiento de una o más actividades de la minoría como prueba de la veracidad de su imagen. Probablemente la casa más pobre que encontramos durante la totalidad de la investigación fue la de un obrero en la Urbanización. Según se decía, su esposa bebía mucho y «trabajaba en un bar». Si se investigaba más a fondo, había quienes la consideraban promiscua. Tenían dos hijos, de 21 y 18 años, quienes trabajaban como obreros. El más joven había asistido a una escuela secundaria moderna de la localidad, pero ya entonces tenía una mala reputación en el vecindario. Al momento de la entrevista estaba bajo libertad provisional y más tarde iría a prisión. Dos ventanas de la casa estaban rotas, era evidente que las cortinas de la habitación llevaban mucho tiempo sin lavarse y la puerta lateral de la casa había recibido tantas patadas que sólo quedaba la parte superior. En la sala y la cocina sólo había dos sillas, un sillón y una silla rota al lado de la chimenea. La mesa estaba cubierta de ollas sucias y de sobras de la comida del día anterior. Si bien la casa contaba con electricidad, aún había una lámpara de gas que colgaba del techo y sostenía un largo papel matamoscas cubierto de insectos muertos, mientras la madre atacaba a otros con un periódico viejo. Sobre la chimenea había un espejo roto, a su alrededor había retratos de estrellas de cine pegados en el muro. La casa de un hombre que había llegado a Winston Parva de otra parte del área central de Inglaterra también estaba considerablemente abandonada. Mientras hacía su servicio de guerra se había casado con una chica italiana; tenían cinco hijos entre los cinco y los 17 años. Los arreglos de la casa estaban en mal estado, el jardín completamente desatendido. Los vecinos dijeron que la madre había abandonado la casa en varias ocasiones desde 1945, algo que confirmó el director de la escuela a la que asistían sus hijos. Los niños eran miembros de una de las pandillas de la zona 3. Sus registros escolares mostraban quebrantamientos continuos de la disciplina escolar y un bajo desempeño académico. La madre no se enorgullecía

de su casa o de su familia; probablemente extrañaba la seguridad de los grupos de parentesco de su país. El hogar de esta familia fue el escenario de un episodio que los periódicos locales promovieron como «La batalla de Winston Parva». Sucedió una tarde de verano de 1958. La causa de la «batalla» fue la propuesta de matrimonio de la hija mayor con un obrero irlandés que se hospedaba cerca. Cuando el padre del joven irlandés, quien vivía en Londres, se enteró de la propuesta, él y dos hijos más llegaron a Winston Parva con la intención evidente de frustrar el matrimonio, pero antes de visitar a los padres de la muchacha fueron a un bar. Después de tomar varias bebidas se aparecieron frente a la casa de la muchacha y comenzaron a gritar hasta que entraron a la casa por la fuerza, y se encontraron con la oposición de sus habitantes. Varias peleas resultaron en que el joven prometido persiguiera a la chica por la calle, la tirara al piso y la pateara por razones que no quedaron claras. A la vez, continuaban las peleas en el interior; se rompieron algunos muebles y ventanas. La «batalla» terminó con la llegada de la policía y de una ambulancia que llevó a los heridos al hospital. Relatos vívidos de este pleito familiar se publicaron en los periódicos del pueblo cercano y se ilustraron con fotografías de los involucrados; pero, mientras que los hombres aparecían con sus heridas, la chica se mostraba en traje de baño. Respecto de esta foto, una chica de una casa ubicada en la misma calle dijo en el Club Juvenil «Abierto»: «Es vulgar, ¡lo es! Mi mamá hablaba con la suya anoche y recibió ya tres cartas a causa de la foto. ¿La viste? ¡En traje de baño! Sí, tres cartas. Una le pide que ingrese a un concurso de belleza y dos más que modele».

En la lista de casas marcadas para entrevistas, junto a la que fue el escenario de la «batalla de Winston Parva», se encontraba una casa común y tranquila de una familia de clase obrera con un nivel bastante alto de aspiración, bastante previsora y, hasta donde se podía observar, con una vida relativamente establecida y tranquila. Los padres se habían mudado a la Urbanización durante la guerra. El padre trabajaba como ingeniero calificado en una fábrica local. El hijo mayor estaba cursando los dos últimos años del bachillerato. El más chico aún se encontraba en la prima-

ria. Los muebles estaban gastados y la casa desordenada, pero los padres hablaban con orgullo de sus hijos y de las oportunidades educativas que tenían a su disposición. Obviamente, se tomaban bastantes molestias para alentar a sus hijos para que aprovecharan estas oportunidades en su totalidad, y su nivel de ambición era elevado. Durante la entrevista, el hijo mayor se unió a la discusión y complementó los comentarios de sus padres sobre los jóvenes de Winston Parva. Dijeron que había «personas agradables» en la Urbanización; según ellos, todos los problemas se originaban en «las familias cockney». La familia se refirió a los malos servicios de Winston Parva, en especial a la falta de establecimientos recreativos, y el esposo sugirió que un centro comunal podría resolver algunos de los problemas de la Urbanización y la «aldea». No obstante, como muchas otras personas en la Urbanización, sentían que era mejor no hacer amistades entre vecinos y mantenerse reservados.

La mayoría estaba formada por familias con una vida relativamente tranquila y no muy llamativa;[1] pero la minoría, padres e hijos, había cobrado mucha importancia la imagen general de la comunidad. Hasta donde era posible observar, no se trataba de familias en las que los ingresos de los proveedores fueran menores. La característica que compartían era una incapacidad

[1] Esta configuración mayoría-minoría probablemente sea característica de muchas urbanizaciones de clase obrera. La siguiente carta dirigida al editor se publicó en un periódico local sobre otra urbanización:

URBANIZACIÓN NO MERECE MALA FAMA

«Personas decentes y también haraganes en B...»

En M. existe la impresión general, y aparentemente el clérigo de B... supo de ella antes de llegar, de que los peores crímenes se gestan en B... Esto es absolutamente falso. Aquí, como en todos los distritos, tenemos una minoría de ladrones, haraganes y personajes similares, pero la mayor parte de las personas en la urbanización son trabajadoras, decentes, honestas y respetables, personas que se enorgullecen de sus hogares, que mantienen a sus niños limpios, ordenados y honestos, que crían a sus hijas para que sean chicas lindas y respetables y no, como piensan algunos, pequeñas casquivanas inmorales.

Vaya, tenemos algunos malos, pero sólo unos cuantos [...] ¿Por qué se juzga a un área por la minoría? ¿Por qué no usan su sentido común y nos juzgan por la mayoría y tienen una perspectiva correcta y dejan de hacer declaraciones erróneas y generalizantes?

«Uno de los decentes»

Septiembre de 1963

para mantenerse a ellos mismos y sus asuntos en orden. La mayoría tenía familias grandes. Algunos eran incapaces de mantener sus asuntos financieros en orden, y la mayoría tampoco podía hacerlo con sus hijos o su casa. La falta de carácter, mas no las aflicciones económicas, parecía ser la raíz del problema. En esencia eran familias problemáticas. En 1959, cerca de ocho o nueve de ellas vivían en la Urbanización. Sus hijos más jóvenes conformaban las pandillas de jóvenes alborotados y mal vestidos que uno encontraba merodeando por las calles de Winston Parva. Durante las entrevistas en otras casas se solía ver u oír a jóvenes que hacían su tarea, escuchaban el tocadiscos o ayudaban a sus madres a planchar la ropa; en las calles se veía principalmente, y en especial los «aldeanos» veían, a los hijos de un número pequeño de familias problemáticas grandes, a quienes la falta de un espacio adecuado en casa y de clubes juveniles llevaba a las calles; deambulaban por la «aldea» en la tarde, visitaban el cine local y solían reunirse afuera de él todas las noches o, como dijo uno de ellos, «merodeaban por el parque hasta que los corrían».

El carácter minoritario de estas familias problemáticas salía a la luz gracias a un cambio relativamente pequeño en las condiciones, que tenía las características de un experimento *in vivo* una vez que se entendía que el papel y la naturaleza de una minoría en un contexto comunitario era una cuestión importante. Mientras se llevaba a cabo la investigación, se elevó ligeramente el alquiler en la Urbanización; como veremos, las ocho o nueve familias problemáticas abandonaron la Urbanización, aunque en la mayoría de los casos no porque no pudieran pagarlo sino porque, por ese precio, podían tener mejores lugares en casas populares de otras zonas. Con su desaparición, muchas de las características desagradables que la «aldea» atribuía a las personas de la Urbanización como un todo desaparecieron. Hubiera sido necesario prolongar la investigación más allá de lo previsto para observar los efectos a largo plazo que este «experimento» tuvo sobre la relación entre ambos vecindarios y, en especial, sobre la imagen tradicional que los residentes establecidos se habían formado de los marginados. Uno de estos efectos, que se presentó durante el

periodo de investigación, se discutirá con mayor detenimiento en relación con la incidencia delictiva.

No obstante, incluso en la manera en que ocurrió, la experiencia puso de relieve un problema más amplio: el problema del papel que los grupos minoritarios desempeñan en una comunidad, su papel en la vida comunitaria como tal, así como en la imagen que los vecinos o los mismos habitantes se forman de un vecindario. Como hemos visto, una minoría de clase obrera en el área residencial de clase media de la zona 1 carecía de importancia para su posición social a los ojos de sus residentes de clase media o de los vecinos de otras zonas. La minoría de clase media en el área antigua de clase obrera de la zona 2 solía aumentar y reforzar la clasificación relativamente elevada y la superioridad que los habitantes se atribuían en relación con los inmigrantes más recientes. Una pequeña minoría de familias de mala reputación en la nueva área de clase obrera, la zona 3, tendía a arrojar su sombra sobre todo el vecindario. Perturbaba enormemente la vida de sus habitantes; reducía su autoestima y el orgullo que sentían por su vecindario, y perpetuaba su baja posición a los ojos de los otros residentes de Winston Parva.

La suposición tácita, que suele estar implícita en los estudios sociológicos, de que una cantidad mayor va naturalmente de la mano de una mayor importancia no siempre tiene el respaldo de la evidencia. Los grupos minoritarios pueden tener una importancia sociológica que sobrepase por mucho su importancia cuantitativa. Se puede decir de manera clara la razón por la que, en el caso de la Urbanización, una minoría de familias «con mala fama» tenía un impacto bastante desproporcionado en relación con su cantidad sobre la vida y la imagen de un vecindario, cuya mayoría estaba conformada por familias comunes y respetables de clase obrera.

Si se hubieran establecido familias del mismo tipo en la zona 2, se hubieran enfrentado al sólido poder de una comunidad unida. Hubieran sido objeto de todas las presiones que una comunidad de este tipo puede ejercer y de hecho ejercía sobre aquellos que se desviaban. Se les hubiera excluido, ridiculizado, calumniado y humillado mediante un flujo constante de rumores o comen-

tarios abiertos en cualquier lado al que llegaran. Se habrían expuesto a toda la fuerza de los chismes de rechazo, que son una de las armas más grandes y uno de los placeres de una comunidad unida; y de ser necesario los habrían enjuiciado. En pocas palabras, habrían hecho su vida sumamente incómoda hasta que se conformaran a una existencia como marginados despreciados o se mudaran a otro lado. Un vecindario poco unido de familias de clase obrera como la Urbanización carecía de dichas armas. Una masa de vecinos que solían retraerse, que se negaban los placeres de tratar con los vecinos y eran reservados; un vecindario sin centro, sin liderazgo, con poca solidaridad o cohesión era incapaz de ejercer una presión efectiva para resistir a una minoría desviada. No tenían manera alguna de corregir el ruido, la indecencia y el daño que se les infligía hasta que no se convirtieran en un asunto policial; y, de acuerdo con el conflicto común en estas situaciones, al retraerse a su caparazón, al intentar reservarse para evitar el contacto cercano con aquellos por quienes sentían aversión, hicieron menos posible el cerrar sus filas para ejercer presión sobre la minoría rebelde y tener más control sobre ellos. La falta de cohesión, el relativo aislamiento de las familias de la Urbanización, los volvió incapaces de evitar escenas desagradables. Se sentían indefensos y se resignaron a su destino, a la vez que sufrían la mala reputación de su vecindario y el comportamiento grosero de sus vecinos.

Los gritos de una casa cercana que cada vez se volvían más fuertes interrumpieron una de las entrevistas en la zona 3. En un inicio, la pareja a la que se entrevistaba intentó ocultar el ruido hablando más fuerte. Luego comenzaron a mostrarse apenados. Finalmente, un grito de la vecina interrumpió nuestra conversación: «A *ti* qué te importa», gritó, a lo que siguieron golpes aún más fuertes y el llanto de los niños. La pareja entrevistada nos explicó entonces que los vecinos habían ido a la «corte» hacía poco por pelearse borrachos en la calle. Otro entrevistado en la zona 3 contó cómo un amigo lo había visitado una tarde y había estacionado su automóvil afuera; cuando salió de la casa, descubrió unos rayones profundos en un costado del coche. Cuando les preguntó a unos niños que jugaban cerca, le dijeron

que los hijos de los Cameron habían causado los daños. Cuando visitó a la familia, después de oír las quejas del automovilista, la madre dijo: «Bueno, ¿qué quiere que haga? No debería dejar esa chingadera ahí». Muchos de los entrevistados en la Urbanización dijeron que se sentían mal por los jóvenes que «se metían en problemas» y culpaban a sus padres por descuidarlos. Una y otra vez aparecían ejemplos de padres que «bebían todas las noches» y dejaban a los niños solos. Si se investigaba con mayor detenimiento, uno se daba cuenta de que esta afirmación siempre se refería al mismo conjunto de ocho o nueve familias.

Sin embargo, aunque tanto en la «aldea» como en la Urbanización las personas tenían una imagen bastante negativa de esta última comunidad, sus opiniones diferían tajantemente en un aspecto. Los residentes de la zona 3 eran conscientes, hasta cierto punto, de que la mala reputación de su zona y sus aspectos más desagradables se debían en buena medida a una minoría, a un grupo especial de familias. De manera casi invariable, los habitantes de la zona 2 hablaban de la «mala vida familiar» y del «comportamiento bajo» de la zona 3 en general; no percibían la diferencia entre la mayoría de personas comunes, cuya vida y comportamiento no diferían marcadamente del suyo, y la minoría de familias problemáticas cuyo comportamiento desviado atraía toda la atención. Una afirmación característica, dicha por una mujer de la zona 2, era que «la mayoría de los habitantes de la Urbanización son extranjeros y criminales», estas dos palabras tomadas como sinónimos.

VII. Observaciones sobre el chisme

Uno de los beneficios de una investigación tan intensiva en una comunidad vuelta contra sí fue un mejor entendimiento de la naturaleza y la función del chisme. Los chismes de la «aldea» en relación con la Urbanización, según se podía ver, se basaban en un conjunto de creencias sobre sus habitantes que actuaban como un agente selectivo: aquellos incidentes que no encajaban en la creencia predeterminada tenían poco interés para los «aldeanos»; no se creía que valiera la pena incluirlos en el flujo de chismes. Los incidentes que se correspondían con la imagen de la Urbanización se recibían con entusiasmo y mantenían el flujo de chismes por un rato hasta que se volvían obsoletos y los reemplazaban nuevos temas de chisme.

En otras palabras, el chisme no es un fenómeno independiente. Aquello que es digno de un chisme depende de las normas y las creencias comunitarias, así como de las relaciones de una comunidad. La imagen negativa de la Urbanización que hacía que los «aldeanos» recibieran con gusto cualquier incidente, digno de un chisme que pudiera servir para confirmarla, era el reverso de la imagen positiva que los habitantes de la «aldea» tenían de sí. El uso común nos hace considerar al «chisme» como información más o menos despectiva sobre un tercero que dos o más personas se comunican entre sí; sin embargo, de manera estructural, el chisme recriminatorio es inseparable del chisme elogioso, que suele referirse a uno mismo o a los grupos con los que uno se identifica. Una comparación de los chismes de la «aldea» con cualquier chisme que existiera entre las personas de la

Urbanización demostraba de manera muy clara la relación cercana entre la estructura del chisme y la comunidad cuyos miembros son los chismosos. Una comunidad unida como la «aldea» requería un flujo saludable de chismes para mantener sus engranes funcionando; tenía un sistema elaborado de centros del chisme. Afuera de la iglesia y las capillas, en los clubes y en el bar, en obras de teatro y conciertos, era posible ver y escuchar el flujo de chismes en funcionamiento. Se podía observar cómo el nivel organizativo relativamente elevado de la «aldea» facilitaba el flujo de chismes de boca en boca y hacía posible que asuntos interesantes para toda la comunidad se esparcieran con una velocidad considerable.

Cualquier noticia sobre personas conocidas en la comunidad formaba un chisme. En varias ocasiones sucedió que en la «aldea» se reconociera al entrevistador cuando entraba a una casa, y antes de que terminara su presentación, como «el hombre que visitó a la señora Smith la otra noche», o que había «visitado el Club de la Tercera Edad la tarde del miércoles». En la Urbanización no ocurrió ningún incidente similar. Entre más unida fuera una comunidad, existían más canales predeterminados por los que podían fluir las noticias de interés y las personas compartían más intereses. Sin importar si involucraba a extraños que llegaban a la «aldea» o a sus miembros, la noticia pronto se hacía parte del dominio público. Normalmente, durante las entrevistas, al igual que en las reuniones de asociaciones, se discutían con frecuencia asuntos familiares que solían incluir detalles personales. En comparación, las familias de la Urbanización hablaban con mucha menor frecuencia de lo que le ocurría a otras familias. Una residente de la «aldea», miembro prominente del grupo teatral de una iglesia, durante una entrevista enlistó amigos suyos que pertenecían al grupo; omitió a una actriz reconocida de esta lista, y el entrevistador señaló la omisión. «¡No sabe! —contestó sorprendida—, están esperando que su hijo nazca en Navidad y en esta ocasión no participará.» Para ese momento se esperaba que el entrevistador estuviera completamente incluido en los circuitos del chisme, aunque de hecho aún no estaba del todo actualizado. La mayoría de las personas en la «aldea» —y

por ningún motivo sólo los miembros del mismo grupo de parentesco— se habían conocido desde hacía mucho tiempo. Una anciana recordaba que solía jugar con Harry hace 50 años, «cuando me perseguía por el campo». En 1959 ambos eran miembros entusiastas del Club de la Tercera Edad. Las relaciones largas, en un contexto como la «aldea», también hacían más profundo el interés común en todo lo que sucedía a los miembros del grupo cercano y facilitaba el flujo de noticias. Se sabía la relación que se tenía con todos los demás. Existían pocas barreras para la comunicación. Las noticias sobre todos los demás, sobre todas las personas conocidas públicamente, volvían la vida interesante. Por consiguiente, además del chisme recriminatorio que trataba principalmente sobre los marginados y del chisme elogioso que le ganaba renombre a uno mismo y a su grupo, el flujo de chismes contenía información sencilla sobre el grupo cercano, noticias sobre amigos y conocidos que eran de interés por sí mismas.

En todas sus variadas formas, el chisme tenía un valor de entretenimiento considerable. Si los pozos del chisme se hubieran secado, la vida de la «aldea» habría perdido una buena parte de su sabor. Su parte esencial no era simplemente que uno se interesara en las personas, sino que este interés era compartido. Las personas que generaban noticias para el chisme eran personas de las que uno podía hablar con otros. También a este respecto las diferencias entre la estructura de la «aldea» y la de la Urbanización ayudaron a iluminar la naturaleza del chisme. Los «aldeanos» parecían tener un círculo mucho más amplio de conocidos comunes sobre los cuales chismear que los habitantes de la Urbanización. Siempre tenían a su disposición noticias entretenidas que sabían resultarían interesantes a otros. Además, la forma en que hablaban de sus conocidos comunes apenas difería de aquella en la que hablaban de las estrellas de cine, de la realeza o, lo que es más, de cualquier persona cuya vida privada apareciera «en las noticias», a quienes conocían por los periódicos, en especial por los periódicos dominicales, que todos leían. Como ya se mencionó, la «aldea» era en buena medida autosuficiente en lo que toca al entretenimiento de sus habitantes después del trabajo. Si bien los chismes entretenidos sobre sus miembros o

sobre los de las otras zonas de Winston Parva se vertían continuamente a los canales de chismes, las notas periodísticas proporcionaban una buena fuente adicional de chismes, y la manera en que se discutían las noticias de una u otra fuente era en buena medida la misma. Todas eran «historias de interés personal». Si se oía a alguien relatar la historia de una obra de teatro o de una película a un conocido que no había podido verla, sonaba exactamente igual que si uno le oyera contar una historia sobre sus vecinos de la «aldea» o sobre personas de la Urbanización. Todas compartían las características de un chisme. El tono de la voz y el vocabulario eran los mismos, igual sucedía con la simplificación de personajes o motivos, el énfasis en términos de blanco y negro, las normas y creencias subyacentes. Las mujeres en particular parecían experimentar cualquier cosa de la que se enteraran por las comunicaciones sobre el mundo exterior a partir de su vecindario. En la mayoría de los casos, el valor de entretenimiento de los chismes parecía estar vinculado con ingredientes que halagaban el ego de quien los contaba, de quien escuchaba o de ambos. Esto no significa que siempre culparan a otros o que tuvieran tonos de malicia. La compasión o la empatía por los infortunios de los otros no estaban ausentes de los chismes de los «aldeanos».

Un ejemplo de esto es la manera en que contaban la historia de la señora Crouch, quien quedó viuda durante la primera Guerra Mundial con tres hijas pequeñas cuando era bastante joven. Iba a trabajar para mantener a sus hijas y cuidó a una de ellas durante una enfermedad grave. Se unió a una sociedad de militares retirados para ayudar en el bienestar de otras viudas. De una de las paredes de su sala colgaba una fotografía grande de su esposo. Cuando sus hijas crecieron, la señora Crouch se unió a muchas otras asociaciones. En las reuniones de los clubes, en conversaciones casuales entre vecinos, las personas se referían a su historia y a ella con gran afecto. Mencionaban a la «querida señora Crouch» o a la «linda viejita Crouch» como un miembro respetado de la «aldea». Sus actividades en la comunidad y a favor de ella tras la muerte de su marido obviamente le habían dado a su vida nuevos ímpetus y un propósito; además,

la «aldea» apreciaba la lealtad a su fallecido esposo, a la comunidad y a las normas aceptadas. Con la alabanza a la señora Crouch también alababan la vida respetable que se llevaba en su vecindario en comparación con los otros que conocían. La satisfacción que experimentaban era la de personas que estaban en armonía con su comunidad y con su conciencia. El chisme elogioso indudablemente había proporcionado un respaldo importante para la señora Crouch en sus primeras dificultades y ahora en su vejez. En su caso, igual que en otros encontrados durante la investigación, una unidad familiar que pasara por dificultades e infortunios, obtenía un gran beneficio del apoyo de su comunidad. El chisme de apoyo era uno de los vehículos para movilizar la ayuda comunitaria. Se pasaba la voz en las calles, los clubes, las iglesias y a través de otros canales de chismes a los tenderos y administradores de fábricas de que la señora X o el señor Y estaba «pasando por un periodo difícil en estos momentos y merecía ayuda». Como hemos visto, el Comité de Benevolencia, tanto al proporcionar como al negar la ayuda, usaba los canales de chismes: «Mantenemos los oídos atentos —dijo un miembro— y pedimos a los tenderos que estén al tanto de cualquier caso verdadero de necesidad, en especial entre los viejos; luego, cuando nos llegan los nombres, vamos e investigamos».

No obstante, a pesar de que los chismes de apoyo y elogiosos desempeñaban un papel en el flujo de chismes que nunca dejaba de correr por los canales de chismes de la «aldea», se mezclaban con otros —a menudo eran inseparables de ellos— que tenían un tinte emocional distinto, con los chismes de rechazo o recriminatorios. A partir de un estimado burdo, estos últimos parecían desempeñar un papel mucho mayor como ingredientes del flujo de chismes que los primeros. Se tenía la impresión de que las noticias sobre la infracción de las normas aceptadas a manos de una persona que la comunidad conocía se saboreaban mucho más, que proporcionaban más entretenimiento y una satisfacción más placentera para el emisor y el receptor por igual que los chismes sobre alguien que merecía ser alabado por ratificar los estándares aceptados o que requiriera ayuda ante la necesidad. Si bien este último, por extensión, también halagaba el ego de

quienes llevaban el chisme —nuestra «linda viejita Crouch» solía tener tonos condescendientes—, en apariencia los primeros halagaban con mayor fuerza y de manera más placentera los egos de quienes los transmitían. El chisme recriminatorio apelaba de manera más directa al sentido de rectitud de los chismosos, pero también proporcionaba el placer de poder hablar con otros sobre cosas prohibidas, cosas que uno no debía hacer. Así, la plática sonaba como si hiciera cosquillas a la imaginación de los chismosos, como si pensaran por un momento que ellos habían hecho lo que no debían —«¡imagínate!»—, como si hubieran experimentado la sombra de miedo y culpa que sentirían si lo hubieran hecho y rápidamente regresaran en sí, alegres y tranquilos, porque ellos habían hecho lo que uno debe hacer: «¡Pero no fui yo!» El hecho de que alguien chismeara con otro era prueba de su inocencia. Reforzaba a la comunidad de los rectos. La culpa grupal se imponía entre quienes habían roto las reglas y tenía una función integradora fuerte, pero no bastaba por sí sola. Mantenía vivos y reforzaba vínculos grupales que ya existían.

De hecho, si uno pone énfasis, como se hace en ocasiones, en la función integradora del chisme, difícilmente es más que una verdad a medias. Como demuestra esta investigación, los hechos son más complejos, aunque básicamente la estructura del chisme, la configuración de sus funciones en una comunidad, son bastante simples. Ya se ha dicho que el chisme no puede tratarse como un agente independiente, que su estructura depende de la de la comunidad cuyos miembros participan en él. El chisme desempeñaba un papel distinto y tenía un carácter diferente en los dos vecindarios de clase obrera de Winston Parva. En la comunidad unida de la «aldea», el chisme corría de manera libre y abundante por los canales que la red diferenciada de familias y asociaciones proporcionaba. En el vecindario de la Urbanización, relajado y con una organización no tan desarrollada, el flujo de chismes era en conjunto más lento. Los circuitos del chisme eran más cortos y no solían vincularse entre sí. Incluso las familias vecinas solían carecer de vínculos de chismes o los que tenían eran muy débiles. Existían más barreras para el chismorreo.

Aun dentro de la misma «aldea», por ninguna razón el chisme tenía sólo la función de apoyar a las personas a quienes aprobaba la opinión reinante de la «aldea» y de cimentar las relaciones entre sus habitantes; también servía para excluir a personas y cortar relaciones. Podía ser un instrumento de rechazo sumamente efectivo. Si, por ejemplo, se percibía a un nuevo residente de la «aldea» como alguien «no muy agradable», continuamente se transmitían historias sobre el quebrantamiento de normas de una forma muy colorida, a través de los canales de chismes, como sucedió con la mujer que había ofrecido una taza de té a los basureros en un frío día de invierno. Así, la frialdad despiadada con que algunas personas, muchas de las que individualmente parecían bien intencionadas y amables, usaban comunitariamente esta arma formidable era característica del efecto peculiar que el funcionamiento de los canales de chismes y los intercambios constantes de noticias y opiniones en comunidades unidas generalmente parecen tener sobre las opiniones y las creencias comunitarias.

Uno de los determinantes del chisme suele ser el grado de competencia entre los chismosos por los oídos y la atención de sus compañeros, que a su vez dependen de la presión competitiva, en particular de la presión de las rivalidades de estatus al interior de dicho grupo. Existen más probabilidades de obtener atención y aprobación si se presenta una mejor oferta que la de los otros chismosos; si, por ejemplo, cuando se cuentan chismes sobre marginados se narra algo aún más desfavorable, aún más escandaloso o intolerable, o si se muestra, en otros casos, una mayor lealtad en la adherencia al credo compartido del grupo y una mayor radicalidad en la aseveración de las creencias que fortalecen el orgullo grupal. El efecto distorsionador que la dinámica de competencia en los grupos unidos tiene en las creencias grupales, en general, y en la materia de los chismes, en particular, es un desvío hacia la creencia más favorable, más halagadora, sobre nuestro grupo y hacia la creencia más desfavorable y poco halagadora sobre los marginados no sumisos, y tiende hacia una rigidez cada vez mayor en ambos casos. En líneas generales, se puede decir que mientras más seguros se sientan los miembros

de un grupo de su superioridad, es más probable que la distorsión, la grieta entre la imagen y la realidad, sea menos grande; y mientras más amenazados e inseguros se sientan, es más probable que la presión interna —y, como parte de ella, la competencia interna— lleve las creencias comunes hacia extremos de ilusión y rigidez doctrinaria.[1] De hecho, continuamente se puede utilizar el grado de distorsión y rigidez de las creencias grupales como medida, si bien no del peligro real, al menos del peligro percibido por el grupo, y en ese sentido, puede ayudar a reconstruir su situación. Si bien los «aldeanos» estaban bien arraigados y eran poderosos en relación con los recién llegados que se establecieron en la Urbanización, sin duda sentían que sus nuevos vecinos amenazaban su forma de vida establecida. Incluso pudieron haber sentido que eran los heraldos de nuevas olas de urbanización e industrialización que amenazaban a la antigua parte de Winston Parva y las raíces mismas de su forma de vida. Los «aldeanos» y, sobre todo, la red de viejas familias reaccionaron a la amenaza con un fuerte énfasis en el antiguo «espíritu de la aldea» y un alto grado de intolerancia hacia los vecinos que no se adecuaban.

Los chismes en la «aldea» tenían un patrón acorde. Su intolerancia, su función como barrera para la integración, con suficiente fuerza en relación con las personas que no se adecuaban dentro de la «aldea», era aún más pronunciada en relación con las personas de la Urbanización, hacia quienes no se adecuaban afuera, aunque en este último caso era menos efectiva como medio de control social. Ya se ha mencionado la incapacidad de la mayoría de los «aldeanos» para percibir que algo bueno podía salir de la Urbanización. Los clichés que se usaban para referirse

[1] También sería posible preguntarse si la posición de una sociedad en el desarrollo a largo plazo de la humanidad no tiene asimismo que ver con la cercanía o lejanía relativa, la congruencia o incongruencia de las creencias y los hechos observables. Visto de manera general, la distancia y la incongruencia parecieran ser mayores, en particular en el caso de creencias sobre la «naturaleza», en comunidades más simples que en las más diferenciadas, pero ése es precisamente el punto. Las sociedades más simples también tienen muchas más amenazas y son más inseguras porque, en parte como resultado de esas incongruencias, tienen menos control sobre la «naturaleza», sobre ellos mismos y sobre los otros; y ya que tienen menos control, una vez más, son por lo general más inseguras. De hecho, ésta es una de las trampas humanas más fundamentales.

a las personas de la Urbanización, las historias que se contaban sobre ellas, se inclinaban a subrayar la superioridad exclusiva de la conducta, los valores y la forma de vida de los «aldeanos» y la absoluta inferioridad de los de los habitantes de la Urbanización. Era imposible dudar de que todo se hacía de manera inocente y de buena fe; no tenía el carácter de invenciones y propagandas deliberadas. La capacidad de los «aldeanos», como un grupo cerrado, para excluir de su percepción, mediante un refuerzo mutuo de las opiniones deseables y una competencia continua por la aprobación, lo que no querían ver de sí mismos y de sus vecinos y acentuar de manera pronunciada lo que sí querían ver bastaba para explicar la distorsión. Resulta significativo que después de 20 años las personas de la vieja «aldea» aún subrayaran la distancia social entre ellos y los habitantes de la zona 3 al llamarlos «evacuados», «refugiados» y «cockneys». Un líder eclesiástico, miembro de tercera generación de una familia de la «aldea», resumió este tipo de opiniones cuando dijo: «No son como las personas de la aldea. Unos cuantos se unen a la vida de la aldea, pero sólo unos cuantos. No sé a qué se deba, pero del otro lado de las vías son un grupo cosmopolita». Es posible percibir la genuina confusión que sentían los «aldeanos» porque sus nuevos vecinos no vivían a la altura de sus estándares, los de la «aldea», y que ellos asumían de manera implícita como los estándares de todo inglés decente. Nuevamente es posible observar la incapacidad del grupo cerrado para ver el otro lado y las exigencias paradójicas que surgían de su inocente egoísmo: rechazaban al otro grupo como forasteros cosmopolitas y evitaban que se unieran a la vida comunitaria con sus chismes recriminatorios. También los culpaban por no integrarse a la vida comunitaria. Los niños de la «aldea» escuchaban de sus padres las historias recriminatorias recurrentes sobre la Urbanización y, a su vez, llevaban de la escuela cualquier historia sobre los niños de la Urbanización que pudiera confirmar la creencia en su inferioridad. Así, en una entrevista con una familia de la «aldea», los padres mencionaron el tema de la educación y su importancia para la generación más joven, mientras su hija de 13 años estaba en el cuarto. La madre dijo que el beneficio de una buena educa-

ción se desperdiciaba en algunas personas y refirió como ejemplo a «la mujer de la Urbanización en la reunión de padres de familia de la semana pasada». La directora decía lo bonito que se veía el uniforme escolar, y esta mujer se levantó y dijo que ella «no podía pagarlo porque su esposo estaba en la cárcel». El padre resopló indignado y la hija se rió. La madre continuó diciendo que eran «esas personas de la Urbanización las que arruinaban Winston Parva».

La comprensible molestia que sentían aquellos que hacían lo mejor que podían para estar a la altura de los estándares comunitarios de decencia y respetabilidad, hacia una minoría de recién llegados que no los cumplían, se materializó en una tradición de condena indiscriminada del vecindario al otro lado de las vías. Los niños aprendían de sus padres el rechazo sumario de las personas de la Urbanización y, al ser más francos y despiadados en esas cuestiones, lo usaban en la escuela como un arma en contra de los niños de la Urbanización. El chisme de rechazo y discriminatorio, que en un inicio pudo confinarse a los adultos, se afianzó conforme pasaban las generaciones porque los niños aprendían las actitudes y creencias discriminatorias a una edad temprana. La relativa «vejez» de la tradición, el hecho de que pasara de padres a hijos y de éstos nuevamente a sus hijos, cuando crecieron, hizo más fuerte y profundo el efecto que su carácter comunitario tenía en los chismes de rechazo, los prejuicios y la discriminación de grupo, así como en las creencias que personificaban, pues aumentó su rigidez, su carácter axiomático y su inmunidad hacia los contraargumentos basados en la evidencia fáctica.

Las creencias compartidas por una comunidad suelen ser inmunes a cualquier evidencia o argumento que las contradiga, simplemente porque muchas personas con las que se está en una comunicación cercana las comparten. Su carácter comunitario las hace aparecer como si debieran ser ciertas, particularmente si uno creció con ellas desde la temprana infancia en un grupo unido en el que la creencia se da por sentado, y aún más si también los padres y los abuelos crecieron con ellas. En ese caso, el sentimiento de que la creencia es cierta puede volverse casi im-

posible de erradicar; puede persistir como un fuerte sentimiento incluso si se ha llegado a la conclusión, a un nivel más racional, de que la creencia es falsa y se le ha rechazado.

La creencia sobre la Urbanización que se expresaba en los chismes de la «aldea» evidentemente había adquirido su rigidez en un proceso de este tipo. Los sentimientos que la fundamentaban habían crecido y se habían endurecido en el curso de dos o tres generaciones. A los ojos de las «familias antiguas», cuyos jóvenes y viejos vivían tras los muros de su comunidad unida, se había vuelto axiomática y obvia: cualquiera a quien se conociera bien la creía. Hacerse a un lado, oponerse a prejuicios compartidos de este tipo, que aseguraban y justificaban la superioridad propia y la inferioridad de otro grupo interdependiente y a la que respaldaba la opinión pública de toda la comunidad hubiera requerido un valor y una fuerza personales extraordinarios por parte de cualquiera de sus miembros; hubiera implicado causar la desaprobación de sus semejantes y arriesgarse a sufrir todas las presiones y penalidades que los grupos cerrados pueden imponer sobre los miembros de su grupo que no se adecuan. La «aldea», como cualquier otra agrupación unida de personas, actuaba como una sociedad de admiración mutua. La exageración de sus características positivas y de las negativas de sus vecinos era uno de los síntomas comunes, y explicaba el hecho de que muchas personas de la «aldea», que como individuos parecían amables, razonables y justos, tendieran a ser antipáticas, maliciosas, implacables e incomprensivas en su actitud hacia los marginados cuando hablaban y jugaban su papel como representantes de su comunidad. También a este respecto los chismes de la «aldea» reflejaban la estructura y la situación del grupo que hacía los chismes; era sintomático de una comunidad antigua con un alto grado de cohesión. Aunque ayudaba a mantener la cohesión y, quizá, a reforzarla, no la creaba.

Lo mismo sucedía con las características del chisme en la Urbanización. Ya que ésta era un vecindario con una mala integración, el chisme era difuso. Había poca evidencia de que el chisme fuera un factor de integración. Las familias de la Urbanización «con mala fama» proporcionaban temas de conversación

a muchas familias «respetables». Sus miembros solían intercambiar observaciones despectivas sobre las familias «con mala fama» y pasarse noticias de interés común, pero compartían menos cosas que las familias de la «aldea» y la tendencia a «reservarse» creaba barreras para el intercambio de chismes. Uno de los chismes recurrentes durante los años de la investigación era el incremento notable en la cantidad de coches que se estacionaban afuera de algunas casas de la zona 3. En diferentes condiciones, este incremento podría haber ayudado a elevar el prestigio de las familias involucradas y quizá el de su vecindario; en lugar de eso, era frecuente escuchar comentarios sarcásticos sobre los dueños de estos coches en boca de habitantes de la zona 3: «Las grandes familias son las que tienen coches —comentó un ama de casa—, los consiguen con su subsidio familiar». Otra dijo: «Todos los compraron a plazos, ¿sabes? Si no lo sabré yo, que trabajo para una agencia de compras a plazos que trata con los coches de este distrito».

Sin embargo, por sí solos, los chismes sobre la minoría «con mala fama» entre los miembros de las familias mayoritarias en la zona 3 no podían aumentar la solidaridad entre las últimas; no podían lograr algo que otros factores más básicos no habían hecho posible en esta situación; no podían actuar como un factor de integración en una situación que hacía que la mayoría de las familias «respetables» de la Urbanización dudaran de entablar un contacto demasiado íntimo con otras familias del mismo vecindario. La ausencia de redes familiares extensas, de comités y asociaciones locales y de edificios adecuados que funcionaran como lugares de encuentro en la zona 3 obstaculizaba la formación de centros y canales de chismes comparables con los que existían en la «aldea». La atmósfera de familiaridad y continuamente de intimidad, que se basaba en relaciones largas que facilitaban el flujo de chismes en la «aldea», estaba completamente ausente de la Urbanización. Al igual que en la «aldea», allí las personas se contaban las historias más recientes de borrachera, violencia, promiscuidad y miseria que ocurrían a sus puertas, pero lo hacían con mayor reserva y a menudo con cierta vergüenza. No podían chismear sobre este comportamiento desordenado con la misma libertad

y el mismo sentimiento de superioridad que los «aldeanos» porque sucedía en su vecindario; sus vidas y su posición se veían mucho más afectadas por él. En este caso como en otros, lo que importaba para la posición de una familia evidentemente no sólo implicaba quiénes eran sino también quiénes eran sus vecinos. La opinión desfavorable que las familias «respetables» tenían de su vecindario evitaba que se unieran más. El hecho de que ellos también chismearan entre sí no alteraba sustancialmente la situación; no generaba una integración más estrecha.

Por consiguiente, la idea de que el chisme tiene una función integradora merece ciertas reservas; le atribuye al chisme las características de una cosa o una persona capaz de actuar por cuenta propia como un agente causal, casi de manera independiente de los grupos de personas que chismean. De hecho, no es más que una figura retórica decir que el chisme tiene esta o aquella función, porque *chisme* sólo es un nombre para algo que hacen las personas en grupos, y el término «función», en este como en otros casos similares, parece un disfraz sospechoso para un término más viejo: «causa». Adscribir al chisme una función integradora fácilmente podría sugerir que es la causa de la cual la integración es el efecto. Quizá sería más adecuado decir que un grupo más integrado tiene mayores probabilidades de chismear libremente que uno que no esté tan integrado, y que en el primer caso el chisme refuerza la cohesión ya existente.

El patrón y el contenido del chisme varían con la estructura y la situación de los grupos de personas que chismean. Eso es lo que sugiere la comparación del papel que el chisme desempeña en los dos vecindarios de clase obrera de Winston Parva. En el vecindario comparativamente bien integrado de la «aldea» el chisme tenía una función integradora; no tenía tal efecto en el vecindario no tan bien integrado de la Urbanización. La tarea sociológica está incompleta si no se relaciona una clase de actividades grupales —como el chisme— al grupo real, cuyos miembros lo producen, y si no explica la primera a partir del último.

Sin embargo, el chisme siempre tiene dos polos, aquellos que chismean y aquellos sobre los que se chismea. En los casos en que los sujetos y los objetos del chisme pertenecen a grupos di-

ferentes, el marco de referencia no sólo es el grupo de quienes chismean, sino la situación y la estructura de ambos grupos y su relación entre sí. Sin un marco de referencia más amplio, es imposible responder a la pregunta crucial de por qué el chismeo grupal puede ser, como sucedía en el caso de los chismes de la «aldea» sobre las personas de la Urbanización, un instrumento efectivo para herir y humillar a los miembros de otros grupos, así como para asegurar el dominio sobre ellos.

Una buena parte de lo que los «aldeanos» solían decir sobre las familias de la Urbanización era ampliamente exagerado o falso. La mayoría de las personas de la Urbanización no tenían una «moral baja», no peleaban constantemente entre sí, no eran «borrachines» habituales, ni incapaces de controlar a sus hijos. ¿A qué se debía que no pudieran corregir estas tergiversaciones? ¿Cómo es que un «aldeano» podía avergonzarlos si usaba un término humillante, que fuera símbolo de su estatus inferior, como el «callejón de la rata»? ¿Por qué no podían ignorarlo o contraatacar con una multitud equivalente de insinuaciones y tergiversaciones?

Se han mencionado ya algunas explicaciones organizativas. Los «aldeanos» estaban más unidos que las personas de la Urbanización; habían cerrado sus filas contra ellos, y su unidad prestaba fuerza y veracidad a sus aseveraciones sobre las personas de la Urbanización sin importar cuánto se desviaran de los hechos. La gente de la Urbanización no podía contraatacar porque no tenía el poder; sin embargo, con el fin de ver la configuración a profundidad es necesario agregar a la imagen, además de aspectos organizativos, como la monopolización de las posiciones clave a manos de los miembros de la red de viejas familias, aspectos personales. La mayoría de las personas de la Urbanización no podían contraatacar porque, hasta cierto punto, su conciencia estaba del lado de sus detractores. Ellos mismos estaban de acuerdo con las personas de la «aldea» en que la incapacidad de controlar a sus hijos o emborracharse y volverse ruidoso y violento no estaba bien. Incluso si estas recriminaciones no se podían referir a ellos mismos personalmente, sabían muy bien que podían hacerlo a algunos de sus vecinos. Las alusiones al comportamiento

de sus vecinos podían avergonzarlos porque, ya que vivían en el mismo vecindario, la mala fama que se relacionaba con él, de acuerdo con las normas del pensamiento afectivo, automáticamente se relacionaba con ellos también. En su caso, como en muchos otros, las imperfecciones que se podían observar en algunos miembros de un grupo se transferían emocionalmente a todos sus miembros. Los chismes de rechazo de la «aldea», todas las expresiones abiertas o susurradas de reproche y desprecio lanzadas contra los habitantes de la Urbanización podían afectarlos, sin importar cuán decentes y ordenados fueran en su conducta, porque una parte de ellos, su propia conciencia, estaba de acuerdo con la baja opinión que los «aldeanos» tenían del vecindario. Era este acuerdo silencioso lo que paralizaba su habilidad para contraatacar y hacerse valer. Podían avergonzarse si alguien usaba un término despectivo que se refiriera al grupo al que ellos pertenecían o los acusaba, directa o indirectamente, de fechorías y cualidades negativas que, de hecho, sólo se podían encontrar en su grupo entre la «minoría de los peores».

La atribución de culpa o, para el caso, de elogio a individuos que por sí mismos no han hecho nada para merecerlo, sólo porque pertenecen a un grupo que según se dice lo merece, es un fenómeno universal: las personas con frecuencia pueden desarmar o silenciar a otros con los que están en desacuerdo o con quienes pelean profiriendo un nombre grupal despectivo o denigrante, o chismes vergonzosos que se refieran a su grupo; pueden hacerlo siempre y cuando ellos mismos pertenezcan a un grupo que reclama exitosamente para sí un estatus superior en comparación con el de sus oponentes. En todos estos casos los objetos del ataque son incapaces de responder porque, aunque personalmente sean inocentes de las acusaciones o reproches, no pueden hacer a un lado, ni siquiera en su mente, la identificación con el grupo estigmatizado. El vilipendio que pone en movimiento el sentido de vergüenza de un grupo socialmente inferior o sus sentimientos de culpa en relación con algunos símbolos de inferioridad, algunos signos de la falta de valor que se les atribuye, y la concomitante impotencia para contraatacar, forman por consiguiente parte del aparato social con que los grupos socialmente

dominantes o superiores mantienen su dominio y superioridad sobre grupos socialmente inferiores. Siempre se cree que los miembros individuales del grupo inferior están cortados por las mismas tijeras. No pueden escapar de manera individual de la estigmatización grupal, al igual que no pueden escapar individualmente del estatus inferior de su grupo. Actualmente se suele hablar y pensar como si los individuos en la sociedades contemporáneas ya no estuvieran tan unidos a sus grupos como los individuos en el pasado a sus clanes, tribus, castas o propiedades, y como si ya no se les juzgara y tratara en consonancia con éstos; no obstante, la diferencia, cuando mucho, es de grados. El ejemplo de las personas de la Urbanización en Winston Parva era una muestra en miniatura de la medida en que, incluso en las sociedades contemporáneas, el destino de los individuos puede depender del carácter y la situación de uno de sus grupos, mediante la identificación de otros y de ellos mismos. Por el simple hecho de vivir en un vecindario específico, se juzgaba y trataba a individuos —y, en cierta medida, ellos se juzgaban a sí mismos— de acuerdo con la imagen que otros tenían de su vecindario. Esta dependencia que los individuos tienen de la posición y la imagen de los grupos a los que pertenecen, la profunda identificación de los primeros con los segundos en la valuación de otros y en su autoestima, no se limita a unidades sociales con un alto grado de movilidad social individual, como los vecindarios. Hay otras, como las naciones, las clases o los grupos étnicos minoritarios, en las que los lazos de identificación de los individuos con su grupo y su participación, por asociación, en los atributos colectivos son mucho menos flexibles. La deshonra colectiva que grupos más poderosos adhieren a estos grupos y que se materializa en el vituperio común y en el chisme recriminatorio estereotipado suele tener un fuerte agarre en la estructura de la personalidad de sus miembros como parte de su identidad individual, y en cuanto tal, no se le puede hacer a un lado fácilmente.

Su contraparte tiene un agarre igualmente profundo en la estructura de la personalidad de los individuos, la creencia en la gracia o virtud colectivas que muchos grupos se atribuyen y que otros grupos a los que consideran inferiores pueden atribuirles.

Un ejemplo es la forma leve de este carisma grupal que los «aldeanos», en especial los miembros de la red de viejas familias, creían poseer. Constituía un punto focal en la imagen que tenían de sí mismos, no como individuos independientes sino como un colectivo, como miembros de este grupo. Ayudaba a darle mayor sentido a su vida juntos y a su esfuerzo por preservarla.

No obstante, la aseveración del carisma del grupo llevaba a cabo su función vinculante —su función como conservadora del grupo—, igual que en otras cosas, sólo mediante el establecimiento de barreras definidas contra otros grupos cuyos miembros estaban excluidos, de acuerdo con ella por siempre, de la participación de la gracia y las virtudes atribuidas a quienes sí pertenecían. Por consiguiente, mediante la elevación de los miembros del grupo, el carisma grupal automáticamente relegaba a los otros grupos interdependientes a una posición de inferioridad. El carisma grupal que el viejo grupo de la «aldea» reclamaba para sí tenía su aguijón. No sólo ayudó a definir las barreras entre quienes pertenecían y quienes no; también funcionaba como un arma que mantenía a los marginados a distancia, que ayudaba a mantener la pureza y la integridad del grupo. Era un arma de defensa, así como una de ataque. Implicaba que no participar de la gracia y las virtudes específicas que los miembros del grupo distinguido reclamaban para sí era un signo de deshonra. Lo que sucedía en la «aldea» era un ejemplo moderado a menor escala de un patrón que puede observarse, con frecuencia en una forma mucho más tensa y virulenta, en las relaciones que los antiguos grupos establecidos, las naciones, las clases, las mayorías étnicas o cualquier otra forma que puedan tomar, tienen con grupos de marginados, sin importar si se les mantiene efectivamente en su lugar o si se están elevando ya. En todas partes el carisma grupal que se atribuyen a sí mismos y la deshonra grupal que atribuyen a los marginados son fenómenos complementarios,[2] y, como en la «aldea», en todas partes estos fenómenos gemelos encuentran su expresión en formas estereotipadas de alabanza de uno mismo

[2] El problema del «Carisma grupal y la deshonra grupal» se ha discutido de manera más completa en una ponencia que Norbert Elias dictó con ese título en el 15° Deutschen Soziologentag (Centenario de Max Weber), Heidelberg, 29 de abril de 1964.

y de culpa, vituperio y abuso grupal dirigido contra los marginados. Incluso los miembros menos «dignos» de los grupos carismáticos tienden, por identificación, a clamar para sí características y valores que se atribuyen a todo el grupo y que, en la práctica, quizá sólo sean atributos de una «minoría de los mejores».

Una vez más se puede observar cuán profunda es la relación de la estructura del chisme con la del grupo que lo lleva a cabo. Lo que antes se observó como «chisme elogioso», que lleva hacia la idealización, y «chisme recriminatorio», que lleva hacia el abuso estereotipado, son fenómenos que tienen una relación cercana con la creencia en el carisma de un grupo y en la deshonra del grupo de los otros. En los viejos grupos establecidos, en grupos donde los jóvenes —y quizá sus padres y los padres de sus padres— han absorbido estas creencias con los símbolos correspondientes de alabanza y abuso desde la niñez, las imágenes grupales positivas y negativas de este tipo impregnan profundamente la imagen personal del individuo. La identidad colectiva y, como parte de ella, el orgullo colectivo y la aseveración del carisma de grupo ayudan a formar su identidad individual con base en su experiencia y en la de otras personas. Ningún individuo crece sin fundamentar su identidad personal en la identificación con un grupo o grupos —incluso si ésta se mantiene tenue o se olvida en la vida adulta—, y sin algún conocimiento de los términos de elogio y abuso, del chisme elogioso y recriminatorio, de la superioridad de grupo y la inferioridad grupal que la acompañan.

VIII. Jóvenes en Winston Parva

Igual que otras áreas industriales, Winston Parva tenía algunos jóvenes que casi eran delincuentes o que de hecho lo eran. En 1958 unos cuantos provenían de la zona 2, más de la zona 3 y ninguno de la zona 1. Como en cualquier otro lado, era sólo una minoría de jóvenes quienes llegaban ante los tribunales. Las cifras de delincuencia juvenil en ese año fueron: 19 casos o 6.81% de los niños entre siete y 16 años de la zona 3, en comparación con tres casos o 0.78% de los niños entre siete y 16 años de la zona 2. La diferencia entre los índices delictivos de las dos zonas era considerable. Además, dos de los tres delitos de jóvenes de la «aldea» involucraban adolescentes que habían roto una norma técnica, y sólo se condenó a uno por una ofensa contra la propiedad. El caso de la zona 3 era el reverso; allí 17 de los 19 jóvenes criminales se presentaron ante la corte por ofensas contra personas o por delitos contra la propiedad. Los otros dos fueron ingresados por ofensas técnicas, como andar en una bicicleta insegura o jugar en las vías del tren. Algunos de los jóvenes de la Urbanización y la «aldea» probablemente cometían crímenes sin que los atraparan. Aunque, en su mayoría, los jóvenes de ambas zonas se mantenían dentro de los confines de la ley.

No obstante, las oportunidades que ambas zonas ofrecían a los niños para un modo satisfactorio de crecimiento eran muy diferentes. La «aldea» tenía estándares comunitarios bien establecidos. El hecho de que fueran relativamente uniformes y los compartieran muchas familias hacía más sencillo para los jóvenes igualarlos; además, una bien desarrollada red de controles so-

ciales volvía más difícil salirse de ellos. En la Urbanización, prácticamente la única responsabilidad de la familia era proporcionar estándares de conducta a sus hijos, y los estándares de una familia a menudo eran distintos de los estándares de sus vecinos. El hecho de que carecieran de refuerzo comunitario, de que las costumbres y las normas de distintas familias en el mismo vecindario difirieran ampliamente y que los jóvenes de una familia hicieran abiertamente aquello que en otra estaba estrictamente prohibido, hacía que el proceso de crecimiento de los jóvenes en la Urbanización fuera mucho más difícil que el de los jóvenes en la «aldea», y volvía más probables los disturbios. Una comunidad unida como la «aldea» estaba mejor capacitada que la Urbanización para proporcionar un control continuo de los adultos sobre los niños, que es una de las condiciones para el desarrollo de un autocontrol estable. Cuando ambos padres iban a trabajar, los parientes o los vecinos siempre estaban listos para cuidar de los niños. En la Urbanización con frecuencia era necesario dejarlos por su cuenta. Si los niños de la «aldea» jugaban en la calle, lo hacían entre vecinos a quienes conocían y quienes los conocían muy bien; sus padres siempre podían estar seguros de que alguien prevendría a sus hijos si estuvieran a punto de lastimarse, lastimar a otros o dañar la propiedad de alguien. Si los niños molestaban a un adulto, simplemente tendría que llamarles la atención con alguna de las frases comunes utilizadas en dichas ocasiones, como «¡Deténganse o los acuso con su mamá!», y eso solía bastar.

Los niños de la Urbanización jugaban entre casas cuyos habitantes, en muchos casos, eran prácticamente extraños, hacia quienes no sentían obligación alguna y quienes a su vez no sentían ninguna obligación hacia ellos, quienes continuamente se mostraban reacios a interferir o a comunicarse con ellos, quienes eran indiferentes y, en ocasiones, hostiles hacia los niños que jugaban y quienes, a su vez, correspondían este sentimiento. No resultaba agradable decir «los acuso con su mamá» si apenas se conocía a sus padres o no se deseaba hacerlo. Además, algunas de las madres de la zona 3 habrían respondido a las quejas, de hacerlo, con una cascada de insultos.

Un profundo abismo separaba a los jóvenes de las familias de clase obrera en la Urbanización que intentaban dar una buena educación a sus hijos, los instaban a «seguir adelante» y tenían una fuerte preocupación por los logros y el éxito de otras familias de clase obrera que dejaban a sus hijos arreglárselas más o menos por sí solos, que apenas y tenían la voluntad y quizá ni siquiera la oportunidad de mejorar su situación y la de sus hijos. Muchos de ellos ni siquiera sabían cómo prepararse para «seguir adelante». Vivían en el día a día, no tenían el concepto de una carrera ni planes a largo plazo de los cuales hablar. Si bien la mayoría de los jóvenes a quienes conocimos en visitas a la Urbanización después de la escuela o del trabajo hacían prácticamente lo mismo en casa que sus contrapartes en la «aldea» y no eran particularmente visibles en las calles de Winston Parva, una minoría parecía no tener nada más que hacer que perder el tiempo en las calles. Siempre eran los mismos jóvenes a quienes se veía allí. Provenían de familias grandes que vivían en casas pequeñas; no tenían ningún lugar al cual ir además de Winston Parva, y la mayoría de ellos venían de las ocho o nueve familias «con mala fama».

Para un municipio de este tamaño, las instalaciones que Winston Parva proporcionaba a los jóvenes eran muy pobres. Los seis grupos juveniles de la iglesia o capillas que existían en Winston Parva se reunían en la zona 2. El número de sus miembros era reducido; se limitaba a jóvenes que asistían de manera regular al servicio religioso y provenían casi exclusivamente de la zona 2. No existía ningún club juvenil en la zona 3, aunque una pequeña sección de la organización de la Iglesia de Inglaterra se reunía en el salón de misiones de la urbanización. Todas las demás organizaciones juveniles, con una excepción, eran bastante estrictas en su exclusión de los jóvenes de la Urbanización. Algunos intentaban unirse, pero en la mayoría de los casos no asistían al servicio religioso con tanta regularidad como los niños de la «aldea», y entonces se les pedía que se marcharan. Un líder juvenil de la iglesia explicó la situación a un comité juvenil de área de la siguiente manera: «Tenemos a demasiados en nuestro club. Bueno, no es sólo eso, pero existe una regla que prohíbe que haya miembros que no formen parte de la iglesia. Tenemos a

más de 40 inscritos pero sólo 14 van a la iglesia, por lo que el comité dice que debemos echar a algunos de los alborotadores de la Urbanización que nunca van». Este tipo de purgas periódicas alejaban a todos los jóvenes de la zona 3, con excepción de un puñado de ellos, de las actividades sociales y de las instalaciones de entrenamiento que estos clubes proveían.

La única organización que, por política, mantenía sus puertas abiertas a jóvenes tanto de la Urbanización como de la «aldea» era el Club Juvenil Abierto, organizado por la autoridad educativa del condado. Éste se fundó durante el periodo de esta investigación. Uno de los autores de este volumen estuvo involucrado en la organización de sus actividades. La necesidad de una organización de este tipo en una comunidad como Winston Parva era grande. También sirvió como un «experimento *in situ*» que hizo posible estudiar de cerca algunos de los problemas que surgían de la segregación de los dos vecindarios de clase obrera para la generación más joven.

El club fue exitoso en muchos aspectos por los que suele darse crédito a estos clubes, durante los tres años que fue posible participar en su trabajo y observarlo. Atrajo continuamente a un gran número de jóvenes de todas las partes de Winston Parva, quienes parecían disfrutar de sus actividades. Rápidamente se convirtió en la organización juvenil más grande de la comunidad, con cerca de 50 miembros, de los cuales 20 vivían en la Urbanización; el club organizaba juegos, pasatiempos, competencias, bailes y festivales. Un comité elegido por sus propios miembros contaba con bastante autonomía. Las reuniones semanales tenían lugar en un salón de la escuela secundaria que estaba a disposición del club. La autoridad educativa del condado proporcionaba ayuda continua, pero los medios disponibles eran limitados. No eran suficientes para sus necesidades, y a pesar de muchos esfuerzos, no fue posible encontrar un lugar más adecuado y grande que lo alojara.

Al intentar conseguirlo, uno se encontraba con ciertas particularidades del conjunto de valores que probablemente predominaban en muchas comunidades industriales y que tenía cierta relevancia para los problemas de la generación más joven. En

consonancia con este sistema de valores, se aceptaba que la educación y el entrenamiento de los jóvenes —todo lo que involucrara trabajo o se relacionara con él— era de interés público y, por lo tanto, debía financiarse con fondos públicos. Sin embargo, el suministro de actividades para el disfrute del tiempo libre, por lo general, parecía tener un lugar bastante bajo en la escala de valores de las autoridades y de la generación más vieja. Habían llegado a aceptar el hecho de que, en la mayoría de los casos, las familias individuales no podían ofrecer por sí solas instalaciones educativas y de entrenamiento para sus hijos que fueran proporcionales a los requerimientos de una sociedad industrial sumamente compleja. Por consiguiente, proporcionar dichas instalaciones ahora tenía un lugar prioritario en la lista de gastos públicos. El suministro de actividades placenteras y provechosas para después de la escuela y el trabajo aún tenía un lugar bastante bajo en esa lista. Todavía se les consideraba lujos, que no eran particularmente esenciales para el bienestar de la generación más joven, y a menudo como una cuestión privada que debía dejarse en manos de las familias mismas.

Las condiciones en Winston Parva demostraron con gran claridad la importante función que cumplen las actividades que se desarrollan después de la escuela y el trabajo, y el grado de satisfacción que se obtiene de ellas en la vida de los jóvenes, que estaban lejos de ser prescindibles, para su bienestar y su conducta, incluida su conducta en la escuela o el trabajo. Las oportunidades de pasar su tiempo libre de manera placentera y agradable en compañía de otros eran extremadamente limitadas. Además de los viejos clubes juveniles y de los *scouts,* que sólo atraían a una pequeña fracción de la generación más joven, no existían asociaciones especiales ni edificios comunitarios donde los jóvenes pudieran reunirse. Las escuelas ofrecían algunas oportunidades para practicar deportes, pero también éstas eran muy limitadas. Un club de rugbi que se reunía y jugaba en los campos de la escuela secundaria para niños tenía un récord muy exitoso, y puesto que la secundaria obtenía a sus pupilos de un área amplia alrededor de Winston Parva y ya que los miembros del club de rugbi eran en su mayoría reclutados de sus «chicos mayores», la mayo-

ría no era de Winston Parva. El club gozaba de prestigio en las zonas 1 y 2, y el concejal Drew lo mencionaba a veces como un ejemplo del espíritu de la «aldea», aunque el número de jóvenes «aldeanos» que participaban en sus actividades era reducido.

Un edificio abría sus puertas a cualquiera con un costo: el cine local. No resulta sorprendente que muchos de los jóvenes que no podían quedarse en casa o que no lo disfrutaban pasaban su tiempo libre en el cine y en sus cercanías. La cartelera se concentraba en el denominador común más bajo de los clientes potenciales. La siguiente lista, reunida de los anuncios, indica el tipo de películas que se proyectaban.

Paraíso nudista Primera película nudista británica	*La mano del estrangulador*
Cómo hacer un monstruo	*Frankenstein adolescente*
Hijas fugitivas	*La sangre del vampiro*
Los desvergonzados Filmada por completo en campos nudistas	*El deseo de apareamiento* Costumbres de cortejo y amor en tierras extrañas
Muñecas del vicio	*La carne es débil*
Los pecados de la juventud ¿Te puedes hacer de la vista gorda?	*Mujeres demonio* Mitad mujer Mitad bestia
La historia nudista En deslumbrante Technicolor	*Cama sin desayuno*
La mujer avispa	*La bestia de la cueva embrujada*

Increíble sensación doble de terror

El público aprovechaba esta mezcla de pesadillas y fantasías sexuales sin tomarla demasiado en serio. Su comportamiento como multitud demostraba nuevamente cuán fuerte era el deseo de muchos jóvenes por demostrar su desafío a las normas de la sociedad establecida y, de ser posible, provocar a sus representantes. En las tardes en que se proyectaban estas películas, diversos grupos de jóvenes, en su mayoría de alrededor de los 19 años, llegaban a Winston Parva no sólo desde la Urbanización sino también desde los pueblos cercanos e incluso desde una ciudad cercana. Si la película era de tema sexual, la primera aparición de un personaje femenino era la señal para que los grupos de muchachos en la audiencia gritaran, silbaran y golpearan el piso con los pies. Algunos jóvenes de la Urbanización dijeron en reuniones del club juvenil que iban al cine para disfrutar en parte de la película y en parte del «borlote» que causaban.

Un miembro de la pandilla de la zona 3 que causaba el «borlote» hizo la siguiente descripción de un incidente en el cine que ilustra la situación:

> Como no hay nada que hacer, acabamos en la última fila del Real. Estoy con los de siempre, Dave, Doug, Lanky y Henry.
>
> Yo y casi todos, menos Lanky, estamos fumando y sacando humo. Lo hacemos para molestar y pronto vemos a casi todo el mundo voltear, vernos con desprecio y maldecirnos.
>
> Y luego, cuando ya había un buen ruido, golpeando los asientos, gritando, silbando y lanzando proyectiles de comida, y de repente, por encima del barullo un fuerte chasquido y un golpe seco, y todos voltearon a ver a Lanky tumbado en el piso. Se quejaba: «Y pensar que pagué dos monedas por esto, una película de mierda y una butaca plegable».

El muchacho luego contó cómo el gerente del cine y dos asistentes iluminaron con sus linternas a los muchachos y los amenazaron con llamar a la policía si no se iban. Por consiguiente, los muchachos «salieron en bola», haciendo tanto ruido como fue posible en su camino.

Otro muchacho de la Urbanización describió una ocasión en la que llevó a su novia al cine:

> Vera y yo estábamos en el Real cuando oí a un muchacho detrás de mí decir algo ofensivo sobre Vera. Así que me paro, voy con él y le digo:
>
> —Dilo de nuevo y te parto la cara.
>
> —Vamos —dice el muchacho—, inténtalo.
>
> Estaba sentado por debajo de mí, así, y que le pego en la cabeza y empieza a gritar. Luego llega Wally, el gerente, y pregunta qué sucede. Así que le digo y él le pregunta al chico si digo la verdad.
>
> —Sí —dice el chico—, eso es lo que sucedió.
>
> —Bueno —me dice Wally—, ya acabaste, ¿no?, regresa a tu asiento. —Voltea a ver al muchacho y dice—: Otro comentario y te echamos.

Al final de la función los jóvenes se van por la calle principal y se puede ver que muy pocos se dirigen a casas de la «aldea». Por lo regular se puede ver a varios grupos avanzando hacia la Urbanización y a otros en espera de autobuses que los lleven de regreso a la ciudad. En ocasiones estallaban peleas entre los grupos que discutían en el «camino del mono». Al imponer una multa a dos jóvenes por una pelea de este tipo, un magistrado dijo en diciembre de 1957: «Las peleas son especialmente preponderantes en Winston Parva. Los magistrados están determinados a que esto acabe». Se proporcionó evidencia de que se había llamado a la policía por una pelea afuera del cine y que habían arrestado a los dos acusados, «que estaban rodeados por una pandilla de jóvenes».

Este tipo de escenas recurrentes son sintomáticas de una situación conflictiva que no sólo existe en Winston Parva sino también en sociedades con centros urbanos, en particular cuando son grandes, en casi todas partes. Son sintomáticas de la guerrilla particular disputada de manera casi incesante entre las secciones establecidas de estas sociedades y los grupos marginados socialmente producidos, en este caso grupos marginados de la generación más joven. Aquí, el cine fungía como un punto de reunión para mu-

chedumbres de adolescentes, a quienes afectaba particularmente el hecho de que su sociedad no proporcionara roles claramente definidos a los adolescentes. En parte habían superado sus conductas infantiles, pero muchos de ellos aún no encajaban —y algunos quizá nunca lo harían— en los roles prescritos para los adultos.

El público del cine no era una asamblea casual de jóvenes «anormales»; era representativo de un fenómeno bastante normal en las sociedades urbanas de gran escala. Todas ellas producen y reproducen una y otra vez grupos de personas que encajan mejor y otras que no lo hacen tan bien —o simplemente no lo hacen— en el orden establecido y en su conjunto de roles. Muchos adolescentes se encontraban en una disyuntiva. Algunos eran o se convertirían en delincuentes, otros aprenderían a encajar en el conjunto de normas adultas; sin embargo, es solamente en los registros policiales y en las creencias de muchos adultos comunes respetuosos de las leyes que la línea divisoria entre delincuentes y no delincuentes es inflexible. La clasificación de algunos jóvenes como «delincuentes» suele hacernos olvidar que el «comportamiento delictivo» se oculta de manera imperceptible en el comportamiento no delictivo. Si se observa la conducta de los niños y adolescentes en su contexto comunitario real se pueden encontrar muchas formas transitorias de comportamiento. Es probable que los intentos por estudiar y explicar a los delincuentes, así como por hacer predicciones al respecto, sobre la base de criterios individuales solamente, mediante un diagnóstico psicológico que carece de un diagnóstico social, resulten poco confiables, pues las condiciones para la reproducción continua de grupos delictivos de jóvenes yacen en la estructura de una sociedad, y en particular en la de las comunidades en que viven grupos de familias con hijos «delincuentes» y en las que estos crecen.

La muchedumbre de adolescentes que se reunían en el cine de la «aldea» en Winston Parva, proveniente de la Urbanización y del vecindario urbano más amplio, era un buen ejemplo del carácter comunitario de los problemas con los que debía lidiar esta sección de adolescentes de clase obrera. Es posible observarlos desde un mejor punto de vista si se comparan las condi-

ciones bajo las que crecen los jóvenes de las grandes familias problemáticas de la Urbanización y las de los jóvenes de otras familias de la Urbanización o de la «aldea», en especial las condiciones de su tiempo libre.

Los primeros solían reunirse por un rato después del trabajo o de la escuela en pequeños grupos cerca de sus casas. En ocasiones se les podía observar jugando futbol. La mayor parte del tiempo parecían estar de pie o paseando como si esperaran a que algo sucediera sin saber bien qué. A veces la tensión estallaba. Hacían que algo sucediera: iniciaban una pelea, conseguían a una chica, creaban un «borlote». Se les dejaba con sus propios recursos, con mucha energía en ellos y pocas cosas en qué emplearla y que pudieran disfrutar. La mayoría parecía sufrir de una inanición del tiempo libre. No sabían en qué ocuparse después de la escuela o del trabajo. Su situación difícilmente concordaba con la idea extendida de que las personas necesitan que se les muestre cómo trabajar, pero no que se les muestre cómo pasársela bien. Los jóvenes revoltosos de Winston Parva sufrían tanto de una falta de oportunidades como de una carencia de habilidad para pasársela bien de una manera que satisficiera sus necesidades y que, al mismo tiempo, tolerara la mayoría de la comunidad sin enfado o repugnancia.

Éste es un fragmento característico de una conversación con un joven de 17 años, proveniente de la zona 3, miembro del Club Juvenil Abierto. El tema discutido era su última aparición en la corte:

> Este lugar es mortal. No hay ningún lugar a donde ir por las noches. Está bien que te digan que vayas a los clubes juveniles, pero si vas a los de la iglesia te echan. Le dije a A... (el agente de libertad condicional) la última vez que lo vi: «Yo digo que allí siempre hay problemas, los chavos no tienen a donde ir». Me dice: «¿Por qué no inician un club propio?» Entonces digo que no tenemos dinero y de cualquier forma no hay espacios. Sólo está el Club Abierto y es una vez a la semana.
>
> La policía no te da ninguna oportunidad, te siguen en cuanto te ven en la calle, te ven con furia. Cuando me arrestaron intenta-

ron tomar mis huellas digitales, me dicen: «Pásame ese cenicero, muchacho», y les digo que lo tomen ellos, que no soy tan tonto. Te dan cigarros y todo, pero sólo lo hacen para que hables. Lo único que les importa es que los asciendan. Le digo a los muchachos, si un policía viene detrás de ti, corre, no te detengas a hablar. Si me vuelven a detener me van a mandar lejos. No te dan ninguna oportunidad. Siempre te están buscando.

Muchos de los jóvenes más salvajes, incluso aquellos a quienes no habían atrapado, multado, enviado a prisión y catalogado como «delincuentes», parecían chocar contra los muros de una prisión invisible en la que vivían y utilizaban sus energías para molestar y provocar a todos aquellos a quienes ellos sentían como sus carceleros, en un intento por liberarse y demostrarse a ellos mismos que la opresión era real. Incluso iban al cine no por las películas sino por el «borlote». Allí, en la oscuridad de la sala de cine, envueltos por el anonimato protector del público, podían demostrar su desafío a las normas sociales que no habían asimilado del todo, en especial aquellas que refrenaban las necesidades sexuales que aún no controlaban, y podían buscar un alivio temporal a las pesadillas de fantasía de su interior en las pesadillas de fantasía del exterior.

También en la «aldea» los jóvenes parecían sufrir en buena medida la inanición del tiempo libre; también parecían sentir que las «sombras de la prisión» se cernían sobre ellos mientras crecían. No obstante, estaban mejor capacitados para lidiar con esta experiencia gracias a la estructura de sus familias y, sobre todo, a la de su comunidad. Los patrones de las frustraciones que agobiaban a los jóvenes de ambas zonas de clase obrera eran, en ciertos aspectos, muy diferentes. Quizá las presiones que los jóvenes debían tolerar en la «aldea» eran más severas e ineludibles; sin embargo, también eran más constantes, uniformes y regulares en su acción y también tenían contornos más definidos. Se vinculaban con recompensas sociales claramente inteligibles y con metas socioindividuales reconocibles; es decir, con recompensas que otros confieren al individuo y con metas que los individuos mismos escogen de entre una gama de metas que la

sociedad les ofrece de acuerdo con su posición en ella. Además, en una comunidad como la «aldea» el sentimiento de pertenencia y el orgullo hacia el propio grupo que lo acompaña compensaba las frustraciones de la infancia y la adolescencia. Los jóvenes estaban mejor capacitados que en la Urbanización para formarse una imagen del lugar que ocupaban y su clasificación en relación con otros; tenían mejores posibilidades de formarse una imagen de su identidad como individuos en su contexto social, y la imagen que podían formarse era más gratificante emocionalmente; indicaba su valor como miembros de una comunidad que, así se les había enseñado, era buena y superior a otras, una comunidad de la que habían aprendido a enorgullecerse. Si obedecían las normas, podían encontrar ayuda y guía durante los conflictos que se les presentaran en su desarrollo en los ejemplos de la generación mayor. Sin embargo, había que pagar un precio. Los viejos gobernaban firmemente la comunidad en donde vivían. En este caso, los gobernados no eran marginados sino subordinados que pertenecían al mismo grupo que quienes gobernaban. El sentimiento de grupo interno de la generación mayor incluía firmemente a los jóvenes. La planificación del tiempo libre era sintomática de la distribución de poder entre las generaciones. Si bien la «aldea» proporcionaba oportunidades comunitarias satisfactorias para el disfrute después del trabajo a personas de mediana edad y ancianos, existían pocas oportunidades similares para las necesidades de esparcimiento específicas de los jóvenes. Parecía como si se diera por sentado que los jóvenes disfrutaban de las mismas cosas que sus padres. Así, por un lado, los jóvenes de la «aldea» se identificaban con el código de sus mayores, se enorgullecían de él y despreciaban a los marginados de la Urbanización de la misma manera que sus mayores; por el otro, no obtenían el mismo goce que sus mayores de los clubes de la iglesia y las capillas, los conciertos de mujeres y las muchas otras actividades placenteras para después del trabajo que ofrecían bastante satisfacción a los adultos. Éste era su dilema. La mayoría de las organizaciones de tiempo libre para jóvenes dependían de organizaciones de adultos que gobernaban comités de adultos de acuerdo con sus normas. Los jóvenes de la «aldea» debían pagar

por los beneficios que obtenían de la estabilidad y seguridad relativamente elevadas de su comunidad con una vida social de esparcimiento centrada en los adultos y relativamente vacía.

Los jóvenes de la Urbanización no estaban expuestos en la misma medida al control comunitario de la generación mayor, pero tampoco contaban con las recompensas de una red firme de controles adultos: seguridad y estabilidad comunitarias. En muchos casos, sólo las familias proporcionaban estabilidad a los jóvenes. Además, la configuración de la estabilidad familiar ante una inestabilidad comunitaria relativamente alta y un grado elevado de inseguridad de estatus generaba problemas a los jóvenes de la Urbanización, de los que carecían sus contemporáneos de la «aldea».

Los problemas a los que se enfrentaban los jóvenes de la Urbanización, cuyas familias también eran inestables y desordenadas, eran aún más difíciles. No sólo carecían de controles comunitarios estables, que pudieran absorber y ayudarlos a controlar los impulsos que no eran socialmente aceptables, sino también de los modelos de conducta estables, aprobados socialmente y establecidos por sus padres, que pudieran servir como un núcleo firme para el desarrollo de la imagen de sí mismos y de su propio valor. Como otros jóvenes de su edad, debían lidiar con las preguntas «¿Quién soy?» y «¿Cuál es mi valor y posición como persona?» Como en otros casos, lo que sentían y observaban en relación con otros miembros de sus familias no era lo único que determinaba las respuestas, sino también lo que otras personas del vecindario sentían y observaban sobre sus familias y sobre ellos. Una de las características principales de la situación en que se encontraban los niños y los adolescentes de la minoría de familias desordenadas es que debían buscar a tientas su identidad individual, su valor personal y orgullo desde un inicio como miembros de familias a las que no sólo las personas de la «aldea», sino también algunas personas de su comunidad, trataban como marginados y, en ocasiones, casi como parias. Con frecuencia, era profundamente difícil para los jóvenes que crecían en familias de este tipo escapar de su posición de marginados. Es indudable que esta posición tenía una profunda influencia en el desarrollo de la imagen que de sí mismos tenían, en su sentimiento

de identidad[1] y de orgullo en relación con los otros, en el desarrollo de su personalidad.

Sin importar el cariño que pudieran encontrar en su familia, no podían encontrar modelos estables y seguros como un núcleo que diera forma a la lucha contra sus impulsos desarticulados. Pronto en su vida se enfrentaron a una situación confusa cuando comenzaron a sentir que las normas y los valores que estaban implícitos en las experiencias dentro de sus familias no concordaban con los del mundo exterior. Las voces y los gestos de las personas ordenadas que los rodeaban, incluidos los de la policía, les hablaban de la baja estima en que se les tenía a ellos y a sus familias. No podían extraer orgullo alguno ni obtener un gran sentido de dirección del conocimiento de que se les consideraba idénticos y se les identificaba con una familia por la que otros tenían poco respeto.

Tal era la constelación que entró en juego en la conformación de la imagen que tenían de sí. En muchos aspectos era una imagen negativa y contradictoria. Como muchos adolescentes en sociedades con un periodo escolar y adolescente prolongado, su autoestima era sumamente vulnerable e inestable. Como otros, se mostraban inseguros de su propio valor, de su tarea y de su papel en la sociedad; no estaban seguros de lo que otros pensaban de ellos o de lo que debían pensar de sí mismos. No obstante, tenían mayores dificultades para formar un apego individual firme, un chico con una chica, que en las sociedades altamente individualizadas suele ser la primera reafirmación del valor individual de un adolescente y el primer gran estímulo para la fuerza de su ego, que puede encontrar cuando emerge de la identificación infantil con su grupo familiar como una persona con identidad propia. En el caso de los adolescentes más toscos de la Urbanización, las ansiedades e inseguridades adolescentes en relación con su identidad se agravaban con la inestabilidad de sus familias y la baja estima en que se les tenía. Cuando intentaban salirse y desarrollar una identidad propia separada de su identidad familiar, su autoestima y su orgullo se mantenían particularmente vulnerables y desbalanceados debido a que siempre

[1] Véase en este volumen el Apéndice 1, pp. 263-266.

fueron y seguían siendo marginados rechazados. La debilidad de su ego les hacía aún más difícil que a los adolescentes comunes enfrentar al mundo en que vivían como individuos solos una vez que emergían del débil refugio de sus familias. Inseguros de sí mismos y acostumbrados a que los representantes de las autoridades y del mundo ordenado del que estaban excluidos los trataran con bastante desprecio y sospecha, intentaban encontrar ayuda y apoyo en las alianzas amistosas temporales que formaban entre ellos; les resultaba más sencillo enfrentarse en grupos conformados por personas de su tipo a una agrupación de personas hostil y sospechosa hacia la que también ellos sentían bastante hostilidad y sospecha. Como sus familias, las sucesoras en la vida de estos jóvenes, las pandillas que formaban entre sí, no eran particularmente estables; pero mientras duraban, les hacían más sencillo enfrentarse al mundo que los excluía; funcionaban como antídotos para la vulnerabilidad extrema de su autoestima. En grupos conformados por personas de su mismo tipo, podían tenerse en mejor estima de la que podrían haberse tenido solos y podían satisfacer la necesidad de probarse qué tan fuertes eran. Podían encontrar consuelo al respecto de su valor ante sus propias dudas, reafirmadas por la actitud de la mayoría ordenada. Las pandillas formaban una sociedad de admiración mutua burda pero funcional para los jóvenes que estaban excluidos de la admiración y el consuelo mutuos de los grupos establecidos. Las peleas exitosas en pandilla, los asaltos triunfantes o los desafíos a las autoridades establecidas al mando de un buen líder parecían proporcionarles el incremento en la fuerza de su autoestima que otros adolescentes encontraban, entre otras fuentes, en un vínculo amoroso individual exitoso. Lo mismo ocurría en algunos de ellos con las relaciones sexuales pasajeras; sin embargo, el aumento en la fuerza que obtenían de esta manera era comparativamente fugaz; solía dejarlos tan vulnerables e inseguros de sí mismos como antes. Estos episodios, con la satisfacción momentánea que implicaban, contribuían poco a su desarrollo como personas; no los ayudaban a crecer.

La atención que desde Freud se ha prestado a los patrones libidinales particulares y a las necesidades de los adolescentes es

muy justa, pero mientras el conocimiento de estos desarrollos libidinales no se relacione con el del desarrollo del yo de una persona, y éste a su vez con el de las configuraciones sociales en que se forman el yo de una persona y su imagen del yo, el entendimiento que proporciona sobre los problemas de los adolescentes, tanto en la teoría como en la práctica, seguirá incompleto.

En otros contextos sociales, los jóvenes comunes aprenden desde temprano a pensarse en función de un futuro. Para la mayoría de los jóvenes rebeldes de la Urbanización resultaba difícil tener una visión a largo plazo de ellos mismos. Vivían en el presente y para él en un grado mayor que los jóvenes comunes. Ésta era otra diferencia que ayudaba a la construcción de barreras entre ellos y otros de sus contemporáneos. No entendían cómo se sentían, cómo pensaban y vivían las personas al otro lado de la cerca, y éstos a su vez no entendían a estos jóvenes rebeldes; su reacción indicaba claramente que para ellos eran, casi literalmente, «nadie». Por su parte, como cualquier otro, los jóvenes querían ser «alguien». Sin embargo, la única manera que conocían de mostrarle a quienes los trataban como si no fueran «nadie» que, de hecho, eran «alguien» era absolutamente negativa, como el sentimiento que tenían sobre su identidad; era la forma de los marginados rechazados, quienes, con una compulsión irreal y absolutamente inefectiva, se rebelaban contra el rechazo mediante una especie de guerrilla, provocando y perturbando, atacando y, hasta donde podían, destruyendo el mundo ordenado del que se les excluía sin entender por qué. La lógica detrás de lo que sentían y de su forma de actuar parecía ser: «Haremos que todos ustedes nos presten atención, si no por amor, por odio». Al actuar de acuerdo con este sentimiento, contribuían a reproducir la situación misma de la que intentaban escapar. Inducían a los representantes del mundo ordenado que los rodeaban a rechazarlos, una y otra vez, como marginados y a que los trataran con desprecio. Habían nacido en un círculo vicioso del que era difícil escapar. Al crecer en familias rechazadas por las familias ordenadas de su vecindario y al estar excluidos de las relaciones sociales cercanas con ellas, desarrollaron tendencias de comportamiento que les acarreaban el estigma del rechazo y la

exclusión como individuos. Así, al ser rechazados como marginados con una posición baja, ellos, por su cuenta, bien pudieron llevar a sus hijos, que estaban bajo el impacto de los mismos mecanismos sociales, por el mismo camino.

Tendencias de comportamiento como las suyas suelen estudiarse sólo en una generación. Si se llega a considerar una cadena de generaciones, suele ser porque se asume que estas tendencias se deben a algún tipo de herencia biológica. Es mucho más probable que se deban —y en este caso así era— a una forma de herencia sociológica. El patrón específico y, en particular, los mecanismos de transmisión generacional de la herencia sociológica no se han estudiado lo suficiente, pero éste es un ejemplo: el comportamiento de los padres en familias desordenadas, que condujo a su rechazo y al bajo lugar que tenían en la jerarquía de estatus, generó tendencias de comportamiento en sus hijos que, a su vez, condujeron a su rechazo cuando comenzaron a independizarse. En este caso, los patrones de carácter específicos de una generación y la configuración social específica de la que formaban parte mostraban una tendencia a perpetuarse en la siguiente generación, a inducir en sus hijos patrones de carácter que mantenían una configuración social similar.

Muchos textos contemporáneos sobre la delincuencia y temas relacionados parecieran basarse en el supuesto tácito de que las ofensas contra la ley cometidas por niños y adolescentes nunca habían estado tan extendidas como ahora, y si uno depende solamente de las cifras de delincuencia de un periodo relativamente corto de tiempo, esta suposición bien podría confirmarse con la evidencia estadística disponible, aunque incluso entonces deberían tomarse en cuenta la influencia que los cambios en las políticas y en la eficiencia de las fuerzas policiales y la actitud de las cortes tienen sobre la cantidad de casos llevados ante los tribunales. Esta suposición difícilmente concuerda con la evidencia general si se toma una perspectiva a largo plazo. Los reportes sobre las etapas tempranas de industrialización y las etapas correspondientes de urbanización, como los estudios de Mayhew sobre los pobres de Londres o el recuento que A. Morrison hace en *House of the Jago* y muchos otros, sugieren que

durante las etapas tempranas, al menos en Inglaterra, la desorganización familiar y el quebrantamiento de la ley a manos de jóvenes era más común entre las clases obreras industriales que durante la época del presente estudio; y que no sólo se relacionaban con los altibajos normales del proceso de industrialización, como el desarraigo de las familias en busca de trabajo, sino con todo el conjunto de altos índices de desempleo y bajos niveles de salario. A lo largo del siglo XIX habitualmente se hablaba de las masas trabajadoras de las ciudades industriales como «los pobres», y en su mayoría eran pobres. Es muy probable que los bajos niveles de ingreso y sus irregularidades, como parte de todo un síndrome de factores que volvían insegura e inestable la vida de las clases más pobres, contribuyeron en aquellos días mucho más a la desorganización familiar y la delincuencia entre los jóvenes de lo que hoy sucede.

Lo anterior no significa que la vida hogareña ordenada y bien regulada fuera desconocida entre las clases trabajadoras industriales. Existe suficiente evidencia para sugerir que en Inglaterra, como en otros países durante las mismas etapas de desarrollo, secciones de las clases obreras que, si bien eran pobres, intentaban llevar una vida ordenada y respetable dentro de sus medios y capacidades, vivían lado a lado con otras secciones de sus vecindarios, y en ocasiones luchaban con aquellas cuya vida hogareña era más desordenada y cuyos hijos tenían poco respeto por las leyes y las normas de las personas que estaban en mejores circunstancias. Relaciones tensas como las que existen entre las familias de clase obrera de la «aldea» y la mayoría ordenada de familias de clase obrera de la Urbanización, por un lado, y la minoría con «mala fama» de familias de clase obrera, por el otro, no son un caso aislado, incluso en nuestra época. Es probable que fueran mucho más frecuentes en el pasado, aunque entonces los hogares de clase obrera inestables y desordenados con frecuencia hubieran podido formar la mayoría y los otros una minoría. Sea cual fuere el caso en los Estados Unidos y en otros países industrializados de Europa, en Inglaterra la proporción relativamente elevada de hogares de clase obrera estables y ordenados en las grandes ciudades industrializadas de nuestro tiempo

y la proporción relativamente baja de hogares de clase obrera inestables y desordenados son el resultado de un largo desarrollo, y este «proceso de civilización», sin importar qué otra cosa esté involucrada, sin duda se relaciona con el crecimiento de los estándares de vida de secciones cada vez más grandes de las clases obreras. Si se considera el desarrollo a largo plazo, probablemente se descubra que esa porción cada vez menor de familias desordenadas de clase obrera, de las «familias problemáticas» de nuestros días, es el remanente de generaciones de esas familias; un remanente que, a causa de una forma de herencia sociológica de ciertas tendencias de comportamiento, ha sido incapaz de escapar del círculo vicioso que tiende a crear una propensión en sus hijos a formar, en su generación, familias desordenadas nuevamente. El número de personas que podría haber escapado de esta trampa quizá habría sido mayor si otras condiciones sociales —los disturbios de las guerras, el desempleo, los movimientos migratorios a gran escala, voluntarios o involuntarios, y el desarraigo de familias que involucran— no hubieran reforzado continuamente la desorganización familiar y los disturbios de la vida hogareña. Las familias desordenadas de la Urbanización en Winston Parva eran un pequeño ejemplo de la estela, en nuestra generación, de las masas mayores de familias desordenadas de generaciones pasadas. Sus hijos mostraban algunos de los mecanismos de transmisión; mostraban la manera en que las condiciones para el rechazo de sus padres a manos de sus vecinos se perpetuaban y reforzaban por el comportamiento de su descendencia.

La mayoría de las familias de la Urbanización intentaban mantener su distancia de la minoría. Sus jóvenes, siguiendo el ejemplo de sus padres, pasaban buena parte de su tiempo libre en casa. Vagar por las calles se consideraba una ocupación para el tiempo libre de la sección pendenciera de los jóvenes de la Urbanización. A los padres «respetables» de ésta, como a los de la «aldea», no les gustaba que sus hijos se comportaran como los jóvenes de las familias con «mala fama», ni que se mezclaran con ellos. El Club Juvenil Abierto intentó disminuir estas barreras, pero, al poco tiempo de su inicio, también allí se dejó sentir toda la fuerza de las divisiones comunitarias de Winston Parva.

Hablando en términos generales, era posible distinguir tres grupos de jóvenes en el Club Juvenil Abierto que se correspondían con las divisiones generales de su comunidad: chicos y chicas de la «aldea» que conformaban la mayoría, chicos y chicas «respetables» de la Urbanización y chicos y chicas que venían de la minoría de familias desordenadas de la Urbanización. Las líneas divisorias siempre eran notables, incluso cuando individuos marginales, en particular del grupo intermedio, las cruzaban de manera ocasional hacia cualquiera de las direcciones. No obstante, los esfuerzos por superar la segregación de estos grupos, por acercarlos y lograr un grado de integración, no resultaron exitosos.

Los jóvenes de la «aldea» tenían que vivir a la altura de los firmes estándares y las normas comunitarias, en cierta medida exaltadas, de sus mayores si querían mantener el respeto de su comunidad. El concejal Drew, que tenía un don para expresar con autoridad la opinión de la «aldea» sobre muchos temas, en alguna ocasión resumió de manera muy hábil lo que se pensaba en la «aldea» sobre los «jóvenes». Su aseveración era característica de la perspectiva normativa de las realidades de la «aldea» y de la tendencia de los «aldeanos» a formarse un retrato ligeramente idealizado de ellos mismos:

> Los jóvenes —dijo en alguna ocasión— son básicamente buenos. Son buenos atletas, etc. Tienen buenas calificaciones. Aquí obtienen una buena educación. La mayoría de los problemas los causan los jóvenes de la Urbanización, que son de un calibre diferente y carecen de una vida hogareña decente. Por esta razón, los jóvenes educados, que forjan el espíritu de la aldea, suelen alejarse de los otros.

Los jóvenes «aldeanos» difícilmente podían escapar de las implicaciones de tales creencias. La fuerza de los requerimientos y las prescripciones contenidas en declaraciones de este tipo era aún mayor porque tomaba la forma de una simple aserción de un hecho. La creencia de sus mayores en que los jóvenes eran básicamente buenos reforzaba con fuerza la necesidad de estos

de mostrar que lo eran y evitar cualquier sugerencia de que ellos tenían deseos de hacer cosas que los padres y el vecindario desaprobarían si supieran de ellas. Así, «ser bueno» significaba no comportarse de la manera en que se decía que se comportaban los jóvenes de la Urbanización. No sólo la familia sino todo el vecindario y su situación tenían una fuerte influencia en la formación del carácter. La disciplina a la que otros sujetaban a los jóvenes y a la que éstos aprendían a sujetarse se vinculaba firmemente con el orgullo del «grupo interno», la «aldea», y el desprecio por el «grupo externo», la Urbanización. Era fácil descubrir ejemplos de este patrón en otras partes. El control externo y el autocontrol vinculados con el orgullo del grupo interno y el desprecio del grupo externo es una constelación que se puede encontrar en muchos grupos, grandes y pequeños.

La experiencia del Club Juvenil Abierto, en donde jóvenes de la «aldea» y de la Urbanización se reunían de manera bastante regular, era un indicio de cuán arraigada estaba esta constelación entre los primeros. Se comportaban bien y eran ordenados, pero un intento de aproximadamente tres años por generar una integración más estrecha entre los dos grupos tuvo muy pocos logros. En el club, los jóvenes de la «aldea» cooperaban con los de la Urbanización como se les pedía, en juegos y competencias. Difícilmente iban más allá de eso. Si bien los jóvenes de la Urbanización no eran menos ordenados ni tenían un peor comportamiento que los de la «aldea», el tufo de los nombres de un mal grupo, como «gente de la Urbanización» o «callejón de la rata», se adhería a ellos incluso si nadie los usaba en su presencia. Hacer amistades que atravesaran estas barreras invisibles hubiera rebajado a un joven «aldeano» a los ojos de sus compañeros y quizá también a los suyos. La segregación se mantenía de manera estricta aun en los patrones de citas dentro del club. Dejarse ver con una chica de la Urbanización hubiera implicado atraer el desprecio de los adolescentes de la «aldea» y quizá una reprimenda de los padres.

Unos cuantos chicos de la «aldea» se arriesgaban a esta reprimenda. Efectivamente, «salían» con chicas de la Urbanización, a quienes se consideraba muchachas para pasar el rato, sexual-

mente más accesibles que otras. Éstas eran chicas que, por lo general, no «salían» regularmente con el mismo chico por mucho tiempo, sino que un grupo de chicos se las «pasaban», confirmando así las peores sospechas de los adultos de la «aldea». Si el Club Abierto no ofrecía una selección de muchachos suficientemente atractiva, se les podía ver caminando por la calle principal de la «aldea» hasta que alguien las «recogía». También en esta esfera la sección más desviada de los habitantes de la Urbanización determinaba la actitud de los jóvenes «aldeanos» hacia todo el grupo de jóvenes de ese vecindario. Estos últimos desempeñaban el papel de «mal ejemplo» para los jóvenes «aldeanos», que, en muchas sociedades, pareciera ser un complemento indispensable del «buen ejemplo» que los líderes desean que siga su grupo.

Siempre había suficientes jóvenes de la Urbanización que encajaban con este papel. Los adolescentes y algunos adultos jóvenes usaban la calle principal de la «aldea» y, en cierta medida, el parque ubicado entre la zona 2 y la zona 3 para pasearse. En la localidad se le apodaba el «camino del mono» y estaba particularmente lleno en las tardes de verano y los fines de semana. Los jóvenes paseaban en grupos del mismo sexo que intentaban atraer la atención del otro sexo. Los padres de la «aldea» criticaban con fuerza la vestimenta llamativa de algunos de los adolescentes de ambos sexos originarios de la Urbanización. «Si mi muchacho llegara a casa con una de esas cosas —dijo uno de los padres, señalando un traje eduardiano azul forrado de hilo dorado—, le prohibiría usarlo.» Una tendera contó cómo miraba a las chicas de la calle principal desde su ventana: «¡Es una pena! ¡Traen vestidos tan reveladores y tanto maquillaje que se ven terribles, y puedes ver a los muchachos seduciéndolas con la mente!» La tendera añadió que sabía que algunas de estas muchachas aún estaban en la secundaria y venían de «esa Urbanización».

Por consiguiente, mediante la asignación del papel de «mal ejemplo» a un grupo que se estigmatiza como inferior y despreciable, se asocian con la inferioridad social los «malos deseos» que los jóvenes puedan tener. El escenario de los conflictos y las tensiones psicológicas de un individuo se vinculaba con el de

las tensiones y los conflictos sociales. La «baja moral» se relacionaba con un «estatus social bajo», la falta de autocontrol con la pérdida de pertenencia social e identidad, la asociación con personas de un grupo marginado con el miedo a la contaminación moral y al debilitamiento de las defensas, y si bien el mal nombre que se asociaba con toda la comunidad de la Urbanización hacía prácticamente imposible que cada joven de la «aldea» distinguiera entre los individuos de la Urbanización que compartían su propios estándares y aquellos que no lo hacían, sin duda siempre había suficientes jóvenes del último tipo a la vista para que los guardianes de la moral «aldeana» señalaran su «mal ejemplo» y dijeran «se los dije».

Era posible observar a grupos de muchachos de la Urbanización, entre los 15 y los 19 años, entrar a The Hare and Hounds y beber juntos. Los adolescentes más jóvenes tenían amigos con edad suficiente para comprar cervezas embotelladas y vino barato, que bebían en las esquinas. Algunos grupos de la misma edad iban a un lado del parque, junto al terraplén de las vías del tren, y participaban en juegos sexuales, mientras que adolescentes más grandes iban al mismo lugar, en grupos o en parejas, y tenían relaciones sexuales. Un cierto «compañerismo» normalmente volvía un tabú hablar de esto, pero la confianza de los miembros del Club Juvenil Abierto mostró claramente que algunos de los jóvenes sabían lo que pasaba en el parque y hablaban libremente entre ellos al respecto. También mostró que habían comenzado a desarrollar un *ethos* sexual que difería en algunos aspectos importantes del de la generación mayor. Los miembros del club de ambos vecindarios solían aprobar el manoseo, pero sus padres no. Una minoría de adolescentes de la Urbanización, en su mayoría conocidos para los otros, tenían relaciones sexuales completas. Hasta donde era posible observar, esto no concordaba con el *ethos* sexual proclamado por la mayoría de los jóvenes «aldeanos». No obstante, los «aldeanos» que eran miembros del club y que sabían lo que sucedía y hablaban entre ellos al respecto, por lo general, no hablaban con los adultos sobre estos temas. A este respecto, los tabúes verbales con que los adultos respetables de la «aldea» rodeaban el acto sexual en sus comuni-

caciones con sus jóvenes tenían su contraparte en los tabúes correspondientes que los adolescentes observaban respecto a los adultos en contra de la comunicación abierta y directa sobre las relaciones sexuales.

Entre ellos la posición era bastante clara. Las chicas de la «aldea» ignoraban y hacían comentarios entre ellas sobre dos de las chicas de la Urbanización que formaban parte del grupo promiscuo y visitaban ocasionalmente el Club Juvenil Abierto. Los chicos eran más expresivos. Así, en una ocasión un chico de la Urbanización gritó a una chica de nombre Gladys: «¡Nadie te ha llevado hoy, Glad!» La otra era una chica de edad escolar de quien se decía que en ocasiones se le podía ver en The Hare and Hounds, donde un grupo de jóvenes le compraba bebidas antes de llevarla al «terraplén».

Algunos adultos tenían conocimiento de lo que sucedía, pero, si bien los jóvenes hablaban sobre ello con el líder del club de manera bastante abierta una vez que confiaban lo suficiente en él, para los adultos era prácticamente imposible hablar sobre estas cuestiones con un marginado. Una doble barrera dificultaba romper los tabúes verbales que rodeaban toda la esfera sexual en la «aldea», excepto quizá entre grupos de hombres solos: por un lado, los sentimientos de vergüenza personal y, por el otro, el deseo de mantener la imagen ideal de la comunidad, símbolo del carisma comunitario, libre de cualquier mancha. Un tendero de la «aldea» señaló de manera sombría la «inmoralidad»: «También aquí sucede, ¿sabe?, por la Urbanización, pero no se ha descubierto aún». Un joven de la Urbanización dijo: «Las cosas que hacen en el parque… lo harían sonrojarse si pasara por ahí». La mayoría de los «aldeanos» y de las personas de la Urbanización probablemente ocultaban de los extraños lo que sabían de estas violaciones a su código y sólo las discutían con confianza entre personas a las que conocían íntimamente.

El «mal comportamiento» de una minoría de jóvenes, que reforzaba una y otra vez la imagen estereotípica que los «aldeanos» tenían de la Urbanización, no se confinaba a infracciones a la moralidad sexual. Una de las quejas comunes de las personas de la «aldea» era sobre el mal comportamiento de la «multitud

CUADRO VIII.1. *Número de niños en las tres zonas*

Zona	*Número de residentes adultos mayores de 21 años*	*Número de niños menores de 18 años*	*Niños menores de 18 como porcentaje de la población total de la zona (%)*
1	365	91	19.9
2	2039	514	20.1
3	797	379	32.2

NOTA: Estas cifras sólo tienen importancia en la medida en que indican diferencias entre las zonas. Las cifras absolutas, como indican los cabezales, no son concluyentes debido a la diferencia entre las cifras poblacionales de aquellos mayores de 18 y menores de 21. En ese momento, este vacío no podía llenarse de manera precisa, porque las cifras para este grupo de edad incluían a jóvenes que estaban ausentes cumpliendo el Servicio Nacional.

de niños» de la Urbanización. Constantemente se repetían historias sobre las «masas» de niños de la zona 3 que habían crecido para convertirse en delincuentes y criminales, y que habían destruido la «antigua paz» de la «aldea».

Un intento por establecer el número de niños por familia en las tres zonas indicó que un porcentaje considerablemente mayor, en comparación con las otras zonas, de la población total de la zona 3 era menor de 18 años.

Como indica el cuadro anterior, el número de familias grandes en la Urbanización era mayor que en la «aldea».

Las quejas sobre la «multitud de niños» que perturbaban la paz de la «aldea» no eran del todo injustificadas; sin embargo, no importaba tanto el número real de niños de la Urbanización como las condiciones en las que vivían. Los niños que recorrían las

CUADRO VIII.2. *Número de familias con más de tres hijos*

Zona	*Número de familias con tres o más hijos*	*Número de niños en estas familias*
1	3	9
2	23	86
3	28	107

NOTA: Véase la nota del cuadro VIII.1.

calles y perturbaban la paz de los «aldeanos» venían de la minoría de familias con «mala fama» que ya se ha mencionado. Los niños de estas familias, que vivían en casas relativamente pequeñas y tenían familias grandes, no tenían a dónde ir después de la escuela o el trabajo más que a las calles. Aquellos que intentaban unirse a los antiguos clubes juveniles pronto descubrían que no eran bienvenidos, y los intentos por darles acceso al Club Juvenil Abierto no fueron muy exitosos. La mayoría de los jóvenes de la zona 3 hicieron pocos intentos por establecer contacto cercano con los jóvenes «aldeanos» una vez que se dieron cuenta de las barreras que los últimos levantaban entre ellos. En la Urbanización habían aprendido a tener cierta cautela y, según parecía, la ponían en práctica fácilmente en sus relaciones con los jóvenes de la «aldea». No obstante, una minoría de jóvenes de la Urbanización, en su mayoría de las familias problemáticas, reaccionaban de manera diferente: disfrutaban de apenar a las personas que los rechazaban. El círculo vicioso, el proceso de estira y afloja, en el que el vecindario antiguo y el nuevo, los establecidos y los marginados, estaban involucrados desde que se convirtieron en grupos interdependientes, mostraba toda su fuerza en las relaciones entre los jóvenes. Sus contemporáneos «respetables» de la «aldea» rehuían a los niños y los adolescentes de la minoría despreciada de la Urbanización los rechazaban y excluían con una firmeza aún mayor que la de sus padres porque el «mal ejemplo» que establecían amenazaba sus defensas contra los deseos desordenados en su interior, y como la minoría salvaje de jóvenes se sentía rechazada, intentaban vengarse comportándose mal con mayor deliberación. El conocimiento de que al ser ruidosos, destructores y ofensivos podían molestar a quienes los rechazaban y trataban como parias, servía como un incentivo añadido, quizá como el mayor incentivo, para el «mal comportamiento». Disfrutaban hacer precisamente las cosas de las que se les culpaba como un acto de venganza contra aquellos que los culpaban.

Algunos grupos de este tipo, compuestos principalmente por chicos entre los 14 y los 18 años, se «volvían locos» intentando entrar a los clubes de la iglesia o las capillas. Entraban al club haciendo ruido, gritando, cantando y riendo. Cuando un

funcionario del club se les acercaba, uno de ellos le preguntaba si podía unirse al club mientras los otros sonreían. Los chicos sabían de antemano que se les pediría que aceptaran asistir a los servicios religiosos de manera regular. Cuando se les planteaba esta provisión, comenzaban a quejarse y gritar en desacuerdo. Luego solía pedírseles que se marcharan, aunque en algunos casos se les permitía quedarse por una tarde para que descubrieran las ventajas que ofrecía la vida en el club. La petición de que se marcharan era el clímax anticipado de la hazaña del grupo. Esperaban que se les pidiera adecuarse a los estándares de comportamiento establecidos que designaban las iglesias; esperaban que los rechazaran o aceptaran sólo a partir de la completa aceptación de los estándares de la «aldea». Cuando se llegaba a esta etapa, el grupo partía ruidosamente, gritaba improperios, azotaba las puertas y luego se reunía en las calles para gritar y cantar por un rato. En ocasiones, el grupo podía aceptar quedarse por esa tarde y luego «se volvía un fastidio», tiraba las sillas, «eran unos patanes con las chicas» o hacían comentarios fuertes y obscenos sobre las actividades del club.

En los primeros días del Club Juvenil Abierto había un grupo de jóvenes que se habían vuelto especialistas en este tipo de comportamiento. «Los Chicos», como se llamaban a sí mismos, eran un grupo de seis jóvenes entre los 14 y los 16 años, con uno o dos pegotes de la misma edad. El cuadro VIII.3 proporciona algunos de los datos relevantes.

La mayoría de «Los Chicos» venían de familias desordenadas y habían estado ante los tribunales por diferentes crímenes. Su desempeño escolar solía ser pobre, su coeficiente intelectual estaba por debajo del promedio, algo que podría haber sido otro síntoma de su antagonismo con el mundo del orden al que pertenecía la escuela, incluidas las pruebas de inteligencia, y no necesariamente su causa. Sus ataques contra los clubes juveniles formaban parte del mismo patrón. Tenían un fuerte deseo por despertar ira y hostilidad en las personas que ellos sentían que los rechazaban y les negaban algo que difícilmente sabían qué era. Su comportamiento formaba parte del círculo vicioso en que habían nacido como miembros de familias desordenadas a las

CUADRO VIII.3. *Miembros*

Nombre	*Edad en 1958*	*C. I.*	*Conducta en la escuela*	*Empleo*
Brian	16	70	Desempeño pobre, ausentismo frecuente	Obrero, cambios frecuentes de trabajo
Fred	16	90	Desempeño pobre, emocional- mente inestable	Maquinista
Harry	16	81	Desempeño pobre, «ladino»	Maquinista

de la pandilla «Los Chicos»

Registros delictivos oficiales	*Zona de residencia*	*Condiciones del hogar*	*Otros señalamientos*
1957 libertad condicional por robo 1958 enviado a un reformatorio 1961 multa por «vandalismo»	ZONA 3	Hogar muy pobre. La madre «trabaja en bares». El padre «lo golpea».	El número de delitos no es claro, considerablemente mayor que los registros delictivos oficiales
1958 consignado por pelea 1959 multa por pelea 1960 multa por «vandalismo»	ZONA 3	Padre ausente del hogar por muchos años en el servicio militar	Líder de «Los Chicos». Más astuto que Brian. Número de crímenes no conocidos, alto. Muchas peleas de pandillas. Se casó en 1961
1959 multa por «vandalismo» con Fred	1958 ZONA 3 1959 se mudó a Winston Magna	Una de las familias con «mala fama» que se mudó en 1959	Amigo de Fred. Número de crímenes no conocidos, alto

(continúa...)

Cuadro viii.3. *Miembros de la pandilla «Los Chicos» (conclusión)*

Nombre	*Edad en 1958*	*C. I.*	*Conducta en la escuela*	*Empleo*	*Registros delictivos oficiales*	*Zona de residencia*	*Condiciones del hogar*	*Otros señalamientos*
Johnny	16	82	Desempeño pobre, ausentismo	Obrero	1957 libertad condicional por robo (con Brian)	1958 ZONA 3 1959 se mudó a Winston Magna	Una de las familias con «mala fama» que se mudó en 1959	Involucrado en una pelea de pandillas en 1959. «Se escabulló de la policía»
Ken	15	90	Desempeño pobre, inestable	Obrero	Ninguno	1958 ZONA 3 1959 se mudó a Winston Magna	Una de las familias con «mala fama» que se mudó en 1959	En 1958 un oficial de la juventud lo encontró borracho en la zona 2 1959 participa en pelea de pandillas. 1960 borracho en la zona 2
Ted	16	70	Desempeño pobre, sordo, se va de pinta	Obrero	1957 libertad condicional por robo (con Brian)	ZONA 3 Se mudó a zona 2 por la Asocia-ción	Padre violento	Dejó Winston Parva en 1960

Phil	16	95	Bueno, campeón atlético de la escuela	Obrero

	Nacional de Prevención de la Crueldad Infantil		
1959 multa por insultar a un policía	ZONA 2	Familia de inmigrantes irlandeses	Se casó en 1960
1959 multa por pelea de pandillas			

que el resto del mundo que conocían trataba como marginadas y a menudo como parias. Su comunidad los rechazaba porque se comportaban mal y lo hacían porque los rechazaban. La pandilla era, en esencia, una alianza pasajera de jóvenes parias. Una y otra vez intentaban provocar el enojo y la hostilidad de personas que pertenecían al mundo del que eran excluidos, y gozaban su éxito cuando llegaba el clímax esperado y las personas a quienes habían provocado los atacaban y castigaban. Al inicio de la investigación, todos estaban en los últimos años de la escuela secundaria moderna local y, sin excepción alguna, formaban parte de los grupos con menores calificaciones, *C* y *D*. Con frecuencia estaban en problemas por portarse mal con los maestros, dañar la propiedad escolar, pelear o usar palabras obscenas. Tres miembros de la pandilla fueron puestos en libertad condicional durante su último año en la escuela por robar en tiendas y casas de la zona 2.

Por las tardes, «Los Chicos» dejaban sus casas en la Urbanización y se reunían en la calle principal de la zona 2. Una vez allí, entraban a cualquiera de los clubes juveniles que estuviera abierto y hacían tantos destrozos como fuera posible antes de que los obligaran a irse. Después de que transcurrieran unas cuantas semanas de sus primeros ataques, una descripción detallada y bastante precisa de la pandilla y de su comportamiento había llegado, mediante los canales de chismes, a todos los funcionarios de los clubes juveniles de la «aldea». A partir de ese momento, un funcionario del club solía encontrarlos en las puertas y decirles que si no se iban llamaría a la policía.

Cuando «Los Chicos» visitaron el Club Juvenil Abierto se les permitió la entrada. En ese momento aún existían esperanzas de que el club pudiera ayudarlos un poco y además así era posible estudiarlos de cerca. Solía ocurrir lo siguiente: tras su llegada, «Los Chicos» se sentaban juntos, con algún periódico o revista que compartían y por el que reían y jaloneaban hasta que se rompía. Luego se movían por el cuarto del club como un grupo, golpeaban sillas y bancas. Fred, el líder, señalaba: «Alguien va a tirar esas sillas, ¿saben?» La pandilla se reía, y volteaba en busca de la reacción de los miembros del club. Harry era el «payaso»,

el «patiño» de la pandilla, y a veces «Los Chicos» lo empujaban contra una fila de sillas para que cayera sobre ellas y al piso. Luego le ponían el pie cuando se levantaba, y la pandilla volvía a reír, Ted gritaba: «¿Por qué hiciste eso? ¿No puedes pararte bien?»

Para este momento, su comportamiento usualmente comenzaba a generar comentarios considerables de los otros miembros del club. Por un tiempo se pudo persuadir al comité de miembros de que no expulsaran a «Los Chicos». Cuando la pandilla había visitado en varias ocasiones el club juvenil y «Los Chicos» comenzaban a conocer los *hobbies* de los varios grupos, extendían su papel y comenzaban a interferir de manera directa con las actividades grupales. Su deseo de hacer enojar a los otros, de provocar hostilidad y ataques en su contra, que había sido frustrado hasta ese momento, se volvía más fuerte. Empujaron el modelo de un avión de la mesa en que lo pintaban, tiraron una caja de juguetes que se habían reunido para un orfanato y rompieron algunos de ellos. Rompieron estiletes o los usaron para dañar las sillas y los libros. Una tarde, «Los Chicos» pasaron cierto tiempo lanzando dardos a una pequeña pieza de madera que Harry sostenía, hasta que un dardo cortó su mano. En la fiesta navideña del club, la contribución de «Los Chicos» se anotó como «pasteles despreciados y aplastados en sillas o contra los muros, platos rotos y dos sillas rotas».

Ningún miembro de la pandilla intentaba bailar, aunque esa actividad formaba una parte muy popular y ruidosa del programa del club. Se sentaban a observar a los bailarines y las chicas que bailaban se defendían de los comentarios agresivos de la pandilla con un sarcasmo efectivo. No obstante, dos chicas de la Urbanización, Brenda y Val, alentaban a «Los Chicos», reían a causa de sus actividades y los acompañaban cuando la pandilla dejaba el salón del club. Estas chicas dejaban que cualquiera en la pandilla las «manoseara» y alentaban a «Los Chicos» sentándose en sus rodillas, jugando con su cabello y tomando cigarrillos de sus bolsillos. Los miembros del comité del club se quejaron de que este grupo había usado el guardarropa para tener un «comportamiento vulgar» y de que «no era agradable para los miembros decentes del club ir allí y verlos en eso».

La manera en que «Los Chicos» se comportaban enfurecía e indignaba cada vez más a los adolescentes de la «aldea». Los jóvenes de la «aldea» también quebrantaban el código establecido oficialmente por los «aldeanos» mayores, pero, en cierta medida, como suele suceder hoy en la secuencia de generaciones, habían establecido un código propio entre ellos, quizá sin ser del todo conscientes de ello. Lo mantenían y controlaban los adolescentes de la «aldea» que formaban la mayor parte del comité del club juvenil. Como otros miembros de la «aldea», los miembros del comité disfrutaban los arrumacos y otras formas ligeras de juego sexual en el club juvenil. La opinión pública de los miembros del club aprobaba esto y se practicaba de manera bastante abierta. En algunos casos era el preludio de compromisos firmes. Dos miembros del comité estaban comprometidos y otros se volvieron novios. Si bien los padres no aprobaban los arrumacos, no se les decía o cerraban los ojos y los oídos.

Sin embargo, «Los Chicos» no sólo rompían el código de los adultos de la «aldea», sino también el de sus contemporáneos; y también en este caso su comportamiento no sólo tenía un carácter de licencia sexual: tenía también, quizá más que cualquier otro, el carácter de una demostración, de un espectáculo de licencia. Las actividades de la pandilla buscaban demostrar que iban más allá de lo que otros aceptaban como los límites de su conducta sexual. Obviamente, buscaban conmocionar a los demás jóvenes, cuyas quejas indicaban con claridad que el intento había resultado exitoso. La forma en que «Los Chicos» ocupaban el guardarropa y cambiaban de lugar los muebles era un ataque apenas disfrazado contra los «esnobs» de la «aldea». Otras chicas del club pronto comenzaron a hacer desaires a estas dos muchachas, entre ellas una niña de 15 años que vivía cerca de ellas en la Urbanización. Durante los meses siguientes, las dos chicas «fáciles» de la Urbanización, Brenda y Val, se acercaban al club y esperaban en la puerta a «Los Chicos». Todo este episodio mostró la tensa relación entre la minoría de adultos de la Urbanización y los «aldeanos» adultos reflejada en la generación más joven. No duró mucho tiempo. En 1960 Brenda se fue de Winston Parva con sus padres, y Val, que entonces tenía 17 años, prefería

la compañía en los bares de la ciudad a la de los clubes juveniles de la «aldea».

«Los Chicos» también comenzaron a visitar el Hare and Hounds con mayor frecuencia. Si bien aún eran demasiado jóvenes para que se les sirviera alcohol legalmente, por un tiempo tuvieron éxito en comprar cerveza y licores. En un inicio, aún iban al club juvenil después de una visita al bar y alardeaban un poco sobre lo que habían tomado, o dejaban el club juvenil para ir al bar y hacían saber a todos, mediante comentarios sonoros y gestos apropiados, que iban «por una cerveza»; sin embargo, con el paso del tiempo sus visitas al club se volvieron cada vez menos frecuentes. Habían encontrado un mejor entretenimiento en provocar directamente a los adultos de la «aldea». Gustaban de reunirse en la calle principal de la «aldea», donde los podían ver los tenderos locales y los residentes, quienes se quejaban amargamente del ruido, las «palabras obscenas» y los juegos rudos de «Los Chicos». De vez en cuando la pandilla lograba iniciar una pelea callejera. Habían desarrollado una técnica propia para hacerlo. Así, una tarde «Los Chicos», que se empujaban unos a otros en la fila de una tienda de frituras, derribaron a un joven de un pueblo cercano. Phil, el miembro más fuerte de la pandilla, volvió a «derribar» al joven mientras se levantaba. Se llamó a la policía, pero la pandilla se mezcló con la multitud que rodeaba la tienda de frituras y no detuvieron a ninguno por su participación en el incidente. Después de otra pelea, se prohibió la entrada de «Los Chicos» al bar y comenzaron a comprar botellas de vino barato y cerveza en las tiendas. Se reunían en callejones y detrás de fábricas en la «aldea» o en el terraplén de las vías y solían convencer a alguna chica de la Urbanización de que los acompañara. Una noche que regresaba tarde de la oficina, el policía juvenil de Winston Parva vio a «Los Chicos» cargando a Ken, y detuvo su coche para preguntar si necesitaban ayuda. «Los Chicos» se rieron a carcajadas y le dijeron al policía que «Ken había bebido demasiado esa noche», por lo que lo ayudaban a llegar a casa. Todos tenían un fuerte olor a alcohol y evidentemente habían considerado la oferta de ayuda del policía juvenil como un complemento bienvenido en su entretenimiento nocturno.

Si bien la importancia social de estos incidentes, su importancia para la vida de la comunidad, era considerable, el número de jóvenes involucrados en ellos era reducido. De acuerdo con un estimado burdo, menos de 10% de los jóvenes de la Urbanización, y quizá no más de 5%, formaban pandillas de este tipo. Las historias sobre el comportamiento salvaje de los «vándalos de la Urbanización» corrían rápidamente a través de los canales de chismes de la «aldea», en donde se situaban las sedes de los clubes juveniles y por cuya calle principal transitaban los intrusos. Lo que los «aldeanos» veían respaldaba su antigua creencia en que todos los jóvenes «de por allá» eran de un calibre muy diferente y «carecían de una vida hogareña decente». Tenían poco contacto con los otros y ningún deseo de descubrir cómo vivían en realidad. Los chismes de rechazo eran el arma social que habitualmente usaban contra las personas que no se adecuaban a sus estándares; pero en este caso era un arma sin filo. Estos niños esperaban el rechazo, y las expresiones de molestia y enojo de aquellos que los rechazaban eran lo que más disfrutaban. Los «aldeanos» podrían haber tenido mayor éxito si hubieran unido fuerzas con las otras familias de la Urbanización que también

CUADRO VIII.4. *Índices delictivos*

Zona	*Año*	*Delincuentes llevados ante los tribunales*	*Número de niños entre los 7 y los 16 años*	*Índice delictivo (%)*
	1958	—	59	—
1	1959	—	61	—
	1960	—	57	—
	1958	3	388	0.78
2	1959	4	379	1.06
	1960	2	401	0.49
	1958	19	276	6.81
3	1959	3	275	1.09
	1960	2	285	0.70

sufrían a causa de esta minoría. Juntos podrían haber ejercido mayor control sobre la minoría desordenada de la Urbanización. Sin embargo, la tendencia a construir una imagen estereotípica del vecindario marginado como un todo a partir de sus experiencias con la «minoría de los peores» volvía imposible dar esos pasos.

Como ya se mencionó, esta minoría desapareció durante la investigación. La primera evidencia de esto fue un cambio en los índices delictivos.

Por lo general, las cifras eran pequeñas y existían buenas razones para mantenerse indeciso sobre su importancia. El cambio en los índices delictivos de la zona 3 podría haber sido una extrañeza. Cuando la investigación comenzó, existía la opinión difundida entre los «aldeanos» y entre la mayoría de las personas con autoridad de que la zona 3 era un «área delictiva», y los datos estadísticos relevantes parecían confirmarlo. Cuando las cifras de 1959 estuvieron disponibles, a inicios de 1960, la situación era completamente diferente. El índice delictivo de 6.81% había dado paso a uno de 1.09% y se produjo aún otra caída a 0.70% el siguiente año.

De igual manera, las cifras para los criminales adultos llevados ante las cortes, hasta donde se veía, mostraban un patrón similar. No existían cifras que trataran únicamente de Winston Parva, pero un estudio detallado de los casos que reportaba la prensa local, sugerido por la Oficina Policial del Condado, demostró ser de gran ayuda. El cuadro VIII.5 se basa en él.

En 1958, ocho de los delitos atribuibles a la zona 3 tenían que ver con violencia personal. La cifra incluía un caso de violencia contra sí mismos: un suicidio doble de cónyuges que se mataron con gas. Otro de estos ocho casos ya se ha mencionado, la prensa lo reportó como «La batalla de Winston Parva», con titulares como «Rompió la ventana —me pegó— chica». Todos estos casos despertaron comentarios considerables en la prensa de Winston Parva. Las cifras de 1958 sugerían que la concentración relativamente elevada de delincuencia juvenil en la zona 3 era igualada por una alta concentración de delitos a manos de adultos en la misma zona; apoyaban el descubrimiento de Morris de que «la mayor concentración de criminales adultos y ju-

CUADRO VIII.5. *Cantidad de delitos de adultos reportados por la prensa (1958-1960)*

		Delitos contra la propiedad	*Delitos contra personas*	*Delitos contra normas técnicas*	*Población adulta*
Zona	*Año*	*Cant.*	*Cant.*	*Cant.*	*Cant.*
	1958	—	—	—	365
1	1959	—	—	—	351
	1960	1	—	—	359
	1958	3	1	—	2039
2	1959	3	1	3	62
	1960	2	2	1	2051
	1958	5	8	—	797
3	1959	3	2	—	785
	1960	1	1	2	802

veniles ocurre en las mismas áreas».[2] La diferencia era mayor entre las cifras de la zona 3 y el área de clase media de la zona 1, que carecía de crímenes cometidos por adultos o jóvenes registrados durante ese año.

Como sucedía con los delitos juveniles, las cifras reportadas de delitos cometidos por adultos en la zona 3 disminuyó en 1959 más o menos al mismo nivel de la zona 2, si se consideran las cifras absolutas, y en 1960 estaba por debajo de ésta; 1960 también fue el primer año durante la investigación en que se reportó la detención de una persona de la zona 1: se detuvo a una viuda por llevarse bienes de una tienda de autoservicio sin pagarlos. Como en el caso de los adolescentes, se puede asumir que ciertos delitos cometidos por adultos pasaban desapercibidos. El oficial de policía encargado de toda el área a la que pertenecía Winston Parva tenía sólo 12 policías hombres y una mujer a su disposición para complementar cualquier control vecinal existente; asimismo, las conversaciones en el Club Juvenil Abierto confirmaron la impresión de que algunos delitos permanecían «en la oscuridad». Sin

[2] Terrence Morris, *The Criminal Area*, Psychology Press, Oxford, 1957, p. 132.

embargo, esto no explica por qué el número de delincuentes disminuyó. La policía seguía siendo tan vigilante y eficiente en los últimos años como durante el primer año de la investigación. El oficial de policía mencionó que era común que la policía hiciera una advertencia a los delincuentes primerizos antes de llevarlos a la corte, con excepción de casos muy serios. El uso de estas «advertencias» funcionaba para las cifras de 1958 tanto como para las de los otros años.

Algunos maestros y trabajadores juveniles en Winston Parva se inclinaban a creer en una teoría criminal «pendular». Su teoría era que 1958 había sido un «mal año» y una de las cimas delictivas de Winston Parva. Creían que estaría seguido de algunos años de disminución en el crimen, en especial en la zona 3; el péndulo volvería a oscilar y el crimen nuevamente se elevaría en la Urbanización. Este tipo de teoría, bastante extendida en nuestros días, pareciera proporcionar una explicación para un fenómeno inexplicable sin hacerlo realmente. La pregunta de por qué la incidencia del crimen habría de aumentar y disminuir de esta manera, incluso si la evidencia fáctica concordara con el postulado teórico, seguía sin respuesta.

Una explicación fáctica bastante sencilla estaba a la mano. En 1957 y 1958, algunas leyes parlamentarias terminaron con las restricciones sobre el alquiler que habían estado vigentes desde antes de la guerra. Los propietarios ahora podían aumentar los alquileres. Como resultado de esta legislación, el alquiler en la Urbanización aumentó de 17 chelines dos peniques semanales en octubre de 1957 a 24 chelines nueve peniques semanales a inicios de 1961. En la zona 2, donde las casas solían ser más grandes y el alquiler tenía mayor variación, se elevó de 18 chelines semanales a cerca de 35 durante el mismo periodo. En este mismo periodo se completó en Winston Magna una urbanización subsidiada a sólo un kilómetro y medio de la zona 3. Estas casas tenían cuartos más grandes, mejores recámaras, un baño aparte y otras instalaciones que no existían en las casas de la Urbanización de Winston Parva. Muchas de las familias más grandes de la Urbanización, incluidas algunas de las familias con «mala fama», se dieron cuenta de que, en vez de pagar un alqui-

ler elevado por casas pequeñas sin instalaciones modernas, bien podían «firmar» para una casa subsidiada con mejores instalaciones, ya que el tamaño de su familia les daba prioridad.

La familia D era una de las que tenían «mala fama» y se mudaron de la Urbanización en 1959. La madre, el padre y dos de los cinco hijos trabajaban en fábricas y, por lo tanto, pudieron costear el alquiler de las nuevas casas subsidiadas. En los años anteriores, alguno de sus hijos había contribuido con bastante regularidad a los delitos juveniles descubiertos y no descubiertos de Winston Parva. Los nuevos inquilinos, una pareja joven sin hijos, describieron las condiciones de la casa que esta familia desocupó como «¡Terribles! En un estado lamentable, apestosa, ¿sabe?, y el papel tapiz se está cayendo de las paredes». Otra de estas familias, la familia S, también dejó su casa en la Urbanización por una casa subsidiada en Winston Magna. Dos hijos de esta familia habían sido líderes de pandillas, y habían transferido a uno de ellos de la escuela secundaria moderna local a un reformatorio, después de un periodo de libertad condicional que no fue de ninguna ayuda. Estos muchachos siguieron cometiendo delitos después de dejar la Urbanización, pero sus casos ya no aparecían en las cifras de Winston Parva. La familia N se mudó a Winston Magna a finales de 1958. En ese año, su hijo de 16 años recibió una multa por romper los vidrios de una parada de autobús junto con una pandilla de borrachos. Algunos de «Los Chicos», como se puede corroborar en el cuadro VIII.3, pertenecían al mismo grupo; sus familias se mudaron de la Urbanización durante los últimos años de la investigación. De acuerdo con la información que se transmitía por los canales de chismes en esa época, el «propietario» de la Urbanización había presionado a ciertas familias para que se fueran e inquilinos de un mejor tipo ocuparan su lugar. Al mismo tiempo, algunas de las familias con hijos delincuentes se mudaron de la Urbanización a las calles más pobres de la «aldea». En líneas generales, es posible afirmar que este tipo de cambios —una secuencia de eventos que fue de la supresión de las restricciones en el alquiler a un incremento en éste y al atractivo de nuevas casas, con mejores instalaciones, a precios comparables para quienes podían pagarlas, y final-

mente a una disminución de las familias problemáticas en la Urbanización— sirven para explicar de manera bastante razonable la disminución de los delitos observables llevados a la corte que indican los cuadros VIII.4 y VIII.5.

También permiten una mejor comprensión de las características de este grupo minoritario. Las familias que pertenecían a él se han descrito aquí con términos como «problemáticas» o «desordenadas», que apuntan al hecho de que la vida hogareña de estas familias y las relaciones entre sus miembros estaban por debajo de los niveles bastante elevados de orden y regularidad en la dirección de los asuntos familiares que entonces se esperaba de las familias de todas las clases sociales en sociedades industriales avanzadas. Estaban por debajo de ese nivel en uno u otro de los muchos aspectos de la vida familiar que requieren habilidades considerables de gestión y capacidad organizativa, aunque puede ser que uno no sea consciente de estos requerimientos y los dé por sentado como dones que todo mundo tiene, por decirlo de algún modo, «naturalmente».

De hecho, el ejercicio de las habilidades necesarias para la gestión familiar, que incluye la administración de los ingresos y los gastos familiares, el manejo de los conflictos y las tensiones entre los miembros de las familias, de los niños, las comidas, la salud, las comodidades, la limpieza, las ocupaciones, compartidas o no, del tiempo libre y muchas otras, por ningún motivo son un don de la naturaleza; dependen en buena medida de un entrenamiento, la mayoría de las veces informal, que las personas reciben o adoptan de sus padres, parientes, vecinos y otros conocidos conforme avanzan en su camino a la adultez. En el pasado, el entrenamiento en las normas y habilidades que permiten a los cónyuges manejar sus relaciones hogareñas, incluida aquella entre ellos, de acuerdo con los estándares de su comunidad, solía venir de una tradición bastante concisa que se pasaba de una generación a otra. Sin embargo, esa forma de transmitir normas y habilidades para la gestión familiar sólo sirvió bien a su propósito mientras las condiciones de vida de los niños no eran muy diferentes de las de los padres. En la actualidad, el ritmo del cambio se ha incrementado en gran medida. Las cre-

cientes presiones hacia un mayor orden y regularidad en la conducción de las relaciones familiares, incluida una supervisión más cercana de muchos aspectos de la vida familiar por parte de las autoridades públicas, por decirlo de algún modo desde las alturas, y el alto grado de regularidad y orden que se extiende desde muchas ocupaciones a la vida hogareña, se contrarrestan con factores que ejercen presión en la dirección opuesta, entre ellos el ritmo creciente de cambio que hace que muchas de las normas y habilidades que los padres utilizaron para ordenar su vida hogareña resulten menos útiles para sus hijos. Una y otra vez, al manejar sus relaciones hogareñas, los hijos se enfrentan con problemas diferentes a los de sus padres; quedan solos con sus recursos y deben arreglárselas como mejor puedan, aprendiendo del ejemplo de personas de su generación, así como del de sus mayores; incluso pueden aprender un poco de las películas, obras de teatro y novelas, y de la televisión, y esta instrucción absolutamente informal, en la mayoría de los casos, puede funcionar razonablemente bien.

Sin embargo, siempre hay una cierta cantidad de familias que no logran manejar sus relaciones hogareñas de acuerdo con las normas establecidas; claramente están por debajo de los estándares de orden y regularidad en la dirección de las relaciones familiares que dominan en su comunidad. Puede ser que no formen parte de una tradición familiar en la que hayan aprendido las rutinas básicas de una vida hogareña ordenada; puede ser que no tuvieran ejemplos individuales cuando eran jóvenes, y quizá sus propios padres no tuvieron la oportunidad o la habilidad de llevar una vida familiar razonablemente bien regulada; puede ser que los altibajos o catástrofes en su posición familiar sacaran su vida de sintonía cuando eran jóvenes, o que los conflictos de la sociedad en general, como guerras, desempleo, enfermedades y otros que ya se han mencionado, lo hicieran. En el pasado, la pobreza y la inestabilidad en el empleo como condiciones permanentes de la vida eran los factores principales en las áreas urbanas de la inestabilidad y la desorganización familiares en las clases obreras. Resulta importante destacar que en el caso de las familias «problemáticas» de Winston Parva ninguno de

estos factores —ni lo reducido del ingreso familiar ni la falta de oportunidades de empleo— se contaba ya entre las razones inmediatas para su desviación de los estándares aprobados de orden en la gestión de los asuntos familiares. En la mayoría de estos casos, las razones inmediatas eran características de personalidad de la generación de sus padres, y, hasta donde se podía colegir, la herencia sociológica desempeñaba un papel importante en la construcción de estas características personales. Cierto número de los «padres problemáticos» evidentemente eran hijos de «padres problemáticos»; parecía, de acuerdo con la poca información disponible, que ellos también venían de familias cuyo nivel de gestión del hogar estaba por debajo del que se considera «normal» en comunidades como Winston Parva, aunque en su caso con frecuencia las causas eran el desempleo y la pobreza. Carecían de una tradición y solían carecer del conocimiento y el autocontrol necesarios para ordenar sus relaciones hogareñas en una manera que la mayoría de las familias de Winston Parva aprobara. Es muy probable que, dentro de los vecindarios de los que venían, estas diferencias fueran menos obvias; quizá no se les condenaba allí, hasta cierto grado, a una posición de marginados a causa de dichas deficiencias; quizá el bajo nivel de orden en la vida hogareña y en las habilidades de gestión del hogar no eran un estigma allí. En la Urbanización de Winston Parva, como en muchas otras urbanizaciones en donde se juntaban familias de diferentes partes del país con estándares y patrones de constitución familiar distintos, las diferencias en el nivel de orden, en la conducción «civilizada» de los asuntos del hogar, se sentían con mucha más fuerza. Allí adquirían una nueva importancia social; como la Urbanización formaba parte de una comunidad vieja con un grado relativamente alto de regularidad y orden en la conducción de sus asuntos familiares, las familias de recién llegados, que estaban acostumbradas a un nivel menor, tenían una desventaja notable. En su nueva comunidad, su posición tenía muchas de las características de un estrato social más bajo. En realidad, este grupo de familias desordenadas se clasificaba como el cuadro social más bajo en la jerarquía de estatus de Winston Parva. Estaba clasificado así, no porque estuviera compuesto por pobres;

de hecho, algunos de ellos probablemente tenían un ingreso familiar mayor que varias familias con una posición social más elevada, y si eran pobres, como a veces sucedía, se debía en mayor medida a su incapacidad para manejar sus asuntos y mantener un trabajo, que a la falta de oportunidad para ganar lo mismo que las otras familias. Ante esto, puede ser que en algunos casos la naturaleza de su ocupación fuera la razón de su baja clasificación. Cierto número de los padres de estas familias eran obreros; sin embargo, había otros obreros que llevaban una vida hogareña ordenada al mismo nivel que la mayoría, y por ningún motivo estaban clasificados entre las familias con «mala fama» como parte del grupo más bajo en la escala de estatus. La razón primaria de esa clasificación, casi sin lugar a dudas, no yacía en lo que suelen llamarse diferencias «económicas», sino en la incapacidad o el rechazo de los miembros de ciertas familias para adaptar su conducta personal y la dirección de sus hogares a los estándares que la mayoría consideraba la norma.

Como se puede ver, la clasificación se extendía de manera casi automática de los padres a los hijos y afectaba el desarrollo de la personalidad de los últimos, en particular la imagen que de ellos mismos tenían y el respeto por ellos mismos. Entre sus integrantes, la generación más joven establecía y mantenía, a su manera, las mismas divisiones sociales que la generación mayor, en ocasiones con mucha mayor rigidez. Puesto que la conciencia de los padres de la clasificación diferencial de las familias de Winston Parva y de su posición en la jerarquía de estatus se comunicaba de varias formas a los hijos —con palabras, con gestos, en el tono de la voz— y ayudaba a formar su conciencia de ellos mismos desde una edad temprana, creaba en ellos barreras aun más fuertes entre las distintas secciones de los vecindarios de clase obrera; barreras demasiado arraigadas para que cedieran ante el impacto de contactos a corto plazo como los que proporcionaba el club juvenil. Se podía observar con mucha claridad cuán profundo era el efecto que la conciencia de su posición frente a otros tenía en la conciencia de sí mismos. El orgullo que los jóvenes de la «aldea» sentían hacia su grupo de estatus y el consiguiente desprecio hacia los grupos de estatus más bajo de

la Urbanización, en particular hacia el grupo más bajo, el del «mal ejemplo», el de las familias con «mala fama» y su progenie, tenía su contraparte en el comportamiento brusco y desordenado de los jóvenes de «estatus bajo», a quienes el rechazo y el desprecio, desde una edad temprana, habían provocado para que, a su vez, provocaran y molestaran a quienes los rechazaban y trataban con desprecio, mientras que estos últimos enfurecían, como es comprensible, ante las amenazas constantes al orden de sus vidas.

En muchos aspectos, la actitud y la perspectiva de los establecidos y los marginados, unidos de manera inseparable en la interdependencia de su vecindario, eran complementarias: tenían una tendencia a reproducirse a sí mismas y a las otras.

IX. Conclusiones

Al estudiar una comunidad se encuentra una gran variedad de problemas. Lo importante es saber si todos desempeñan un mismo papel central en el entendimiento de lo que proporciona a una agrupación de personas ese carácter específico: el carácter de una comunidad.

Es posible dividir los problemas de una comunidad en clases y analizarlos uno por uno. Se puede distinguir entre clases de datos económicos, históricos, políticos, religiosos, administrativos y de otro tipo como aspectos de una comunidad, analizarlos por separado y, en la conclusión, explicar de la mejor manera posible cómo es que esos aspectos se relacionan entre sí.

Sin embargo, también puede realizarse la operación inversa: preguntarse, más bien, qué es lo que relaciona datos económicos, históricos, políticos y de otro tipo como aspectos de una comunidad. En otras palabras, ¿cuáles son los aspectos específicos de una comunidad? A primera vista, la respuesta a este tipo de preguntas es bastante simple y quizá obvia. Evidentemente, uno se refiere a la red de relaciones entre personas que se organizan como una unidad residencial, de acuerdo con el lugar en donde normalmente viven. Las personas establecen relaciones si hacen negocios, si trabajan, si adoran o juegan juntos, y estas relaciones pueden o no ser altamente especializadas y organizadas; pero las personas también establecen relaciones cuando «viven juntas en el mismo lugar», cuando establecen sus hogares en la misma localidad. Las interdependencias que se establecen entre ellas como constructoras de hogares, donde duermen, comen y crían fami-

lias, son las interdependencias comunitarias específicas. En esencia, las comunidades son organizaciones de constructores de hogares, unidades residenciales como vecindarios urbanos, pueblos, aldeas, recintos o grupos de tiendas. Resulta difícil imaginar una comunidad sin mujeres o niños, aunque es posible imaginar comunidades que casi no tienen hombres. Los campos de prisioneros de guerra pueden considerarse comunidades sustitutas.

En nuestros tiempos los hogares están separados de los lugares en donde las personas se ganan la vida; en el pasado no solían estarlo. No obstante, sin importar que sean especializadas o no, las unidades sociales que tienen por núcleo familias que construyen hogares plantean problemas sociológicos específicos. Éstos son lo que uno suele llamar «problemas comunitarios». Los distritos de negocios, donde nadie vive, que están llenos de personas sin familias entre semana y vacíos los domingos, plantean otro tipo de problemas; lo mismo sucede con las familias en una configuración diferente: por ejemplo, grupos de familias que están de vacaciones. Si se considera apropiado, también se puede llamar «comunidades» a este tipo de agrupaciones. La palabra en sí no tiene gran importancia. Lo que importa es el reconocimiento de los tipos de interdependencias, de estructuras y funciones que se pueden encontrar en grupos residenciales de familias que construyen hogares con un grado de permanencia y que plantean ciertos problemas propios, así como del hecho de que la clarificación de éstos es central para el entendimiento del carácter específico de una *comunidad qua comunidad*, si seguimos utilizando el término en un sentido especializado.

Entre los problemas centrales se encuentra el que concierne a las distinciones en el valor que se atribuye en una comunidad de familias de este tipo a la familia individual. Invariablemente, algunas familias o quizá algunos grupos de familias de una comunidad, tan pronto como se vinculan con otros mediante los hilos invisibles del vecindario, llegan a considerarse o a ser considerados por los otros como «mejores» y, alternativamente, como «menos agradables», «menos buenas», «menos valiosas», o cualquier otra palabra que se utilice. En la academia se habla en estos casos de un «orden de clasificación» de las familias o

del «orden de estatus» de una comunidad, y como aproximación esta conceptualización puede resultar útil; sin embargo, no indica de manera muy clara el papel central que estas distinciones desempeñan en la vida de toda comunidad; no indica sus amplias ramificaciones funcionales, la riqueza de asociaciones personales de los involucrados y las tensiones inherentes a este tipo de distinciones.

Algunas de estas ramificaciones se han indicado en el presente volumen. Como hemos visto, la «clasificación de familias» en Winston Parva desempeñaba un papel central en cada aspecto de la vida comunitaria. Tenía influencia en la pertenencia a asociaciones religiosas y políticas. Desempeñaba un papel en la manera en que se agrupaban las personas en los bares y los clubes. Afectaba a las agrupaciones de adolescentes y penetraba en las escuelas. De hecho, «clasificación de familias» y «orden de estatus» quizá sean expresiones demasiado limitadas para lo que en realidad se observó; fácilmente pueden hacernos olvidar que un estatus más elevado requiere de mayores recursos de poder para su mantenimiento, así como de una distinción en la conducta y las creencias, que puede transferirse y por la que suele ser necesario pelear; nos hacen olvidar que un estatus inferior, para plantearlo sin rodeos, puede ir de la mano de la humillación y el sufrimiento. Las diferencias en el estatus y la clasificación suelen demostrarse como hechos pero difícilmente se explican. En Winston Parva era posible ver con un poco más de claridad la manera en que sucedieron y el papel que desempeñaban en las vidas de las personas.

Si se ve de cerca, lo que se ha presentado en esta investigación es un episodio en el desarrollo de un área industrial y urbana. Tal desarrollo conlleva fricciones y altercados. Aquellos que ya se habían establecido en el área y que, bajo condiciones favorables, habían tenido tiempo para desarrollar, a partir de la corriente principal de su tradición nacional, una vida comunitaria bastante bien establecida, una tradición provinciana propia, se enfrentaron al hecho de que llegaron más personas a establecerse cerca y entre ellos, personas cuyos modales, perspectiva y creencias, en cierta medida, diferían de aquellas que eran comu-

nes y valoradas en su círculo. Tampoco se puede excluir la posibilidad de que cuando se construyeron las nuevas casas en su vecindario los trabajadores establecidos sintieran también que los recién llegados eran una competencia potencial para obtener empleos y les desagradaran por esta razón. De ser así, para el momento de la investigación habían desaparecido todos los rastros tangibles de este tipo de sentimiento. Durante la guerra, el grupo más grande de los nuevos trabajadores llegó acompañado por la fábrica en donde eran empleados y, en líneas generales, la industria y las oportunidades de empleo en el área estaban creciendo.

Las tensiones entre los residentes antiguos y los nuevos eran de un tipo peculiar. El núcleo de los residentes antiguos tenía en alta estima los estándares, las normas y la forma de vida que se habían desarrollado entre ellos; éstos estaban muy relacionados con su respeto propio y con el respeto que sentían que los demás les debían. Con el paso de los años, unos cuantos entre ellos prosperaron y ascendieron socialmente. En términos generales, la población de Inglaterra puede dividirse entre aquellos que viven en casas adosadas —sin «salón» en un rango de precios inferior, con un pequeño «salón» en uno superior—, los que viven en casas semiadosadas y quienes viven en casas separadas con una variedad de subdivisiones. En Winston Parva un pequeño número de personas pasaba del nivel de la clase obrera con casas adosadas a uno más de clase media de modestas dimensiones, simbolizado por casas semiadosadas, y aún lejos del mundo de la administración industrial a gran escala o de la propiedad de empresas y de las grandes profesiones, cuyos representantes vivían en casas completamente separadas por ambos lados. El ascenso de esta minoría, algunos de cuyos integrantes ejercían un poder considerable sobre la antigua comunidad, era, en términos de los valores comunitarios, una cuestión de orgullo para la mayoría de los antiguos residentes.

Los recién llegados que se establecieron en la Urbanización se percibían como una amenaza a este orden, no porque tuvieran alguna intención de alterarlo, sino porque su comportamiento hizo sentir a los antiguos residentes que cualquier contacto cer-

cano con ellos podía disminuir el nivel de su estatus, en su estimación y en la del mundo en general, que perjudicaría el prestigio de su vecindario con todas las oportunidades de orgullo y satisfacción que lo acompañaban. En este sentido, los viejos residentes experimentaron a los recién llegados como una amenaza. Auxiliados por una sensibilidad extrema ante cualquier cosa que pudiera poner en peligro su posición, que usualmente desarrollan las personas en un orden social móvil lleno de ansiedades de estatus, inmediatamente notaron muchos elementos en el comportamiento de los recién llegados que ofendían sus sensibilidades y que les parecían una señal de su pertenencia a un orden inferior. Rápidamente, se valieron de los chismes sobre cualquier cosa que hiciera ver con malos ojos a los recién llegados y que confirmara su propia superioridad moral y la de sus modales, símbolos de su respetabilidad, de la aseveración de que pertenecían a un estatus social superior, del orden social existente.

Se puede observar en muchos contextos sociales diferentes que la «vejez» se considera un gran bien social, una cuestión de orgullo y satisfacción. El estudio de la relación entre las familias «viejas» y «nuevas» de Winston Parva puede ayudar a encontrar una solución al problema de por qué la «antigüedad de residencia» y la «edad de las familias» puede afectar profundamente la relación entre las personas. En particular, puede ayudar porque, para variar, la «vejez» no se asociaba aquí con la riqueza pasada o presente. El hecho de que en muchos aspectos, que normalmente suelen combinarse con la «vejez» y la «novedad», los dos grupos de Winston Parva fueran casi iguales hizo posible a los grupos «viejos» de personas sacar a la luz ciertas oportunidades de poder disponibles, las que fácilmente pueden pasarse por alto si también están presentes otras que se obtienen de una riqueza, una fuerza militar o un conocimiento superiores.

En este contexto, el término *viejo*, como se puede ver, no sólo hace referencia al número mayor de años durante el que ha existido un vecindario en relación con otro; también se refiere a una configuración social específica que se puede presentar sin dejar mucho espacio para la incertidumbre. De hecho, se puede establecer como un modelo general, una plantilla de configura-

ciones de este tipo. Resumido de esta forma, se puede comparar con otras configuraciones similares; puede ayudar a iluminar nueva evidencia y ésta, a su vez, puede iluminarlo, o, de ser necesario, un nuevo modelo puede corregirlo, descartarlo o reemplazarlo.

Si el término *viejo* se utiliza para referirse a un cierto número de familias que han residido en una localidad por, cuando menos, dos o tres generaciones, no tiene el mismo significado que cuando uno se refiere a individuos como «viejos». No tiene un significado biológico, aunque en ocasiones las personas le dan una connotación pseudobiológica cuando implican que las «familias viejas» están en decadencia o declive, como las personas viejas. En términos estrictamente científicos, «viejo» en este contexto es una categoría puramente sociológica y se refiere a un problema sociológico, no a uno biológico. Un grupo viejo de personas no necesariamente es un grupo de personas viejas.

Si se habla de algunas familias como «viejas», se les distingue de otras que no tienen esta cualidad, y la referencia a esta configuración contrastante, con sus diferencias de estatus y tensiones específicas, es la que proporciona a este uso del término *viejo* ese matiz específicamente social. En un sentido biológico, todas las familias de la tierra tienen la misma antigüedad. Todas surgen de las «familias» de simios ancestrales o, si se prefiere, de Adán y Eva. En su contexto social, en frases como «viejas familias», el término *viejo* expresa un reclamo de distinción y superioridad sociales. Las familias que se refieren a su círculo de familias como «viejo», aunque no necesariamente a todos sus miembros, regulan su conducta de tal manera que sobresalga frente a las otras. Modelan su comportamiento de acuerdo con un código distintivo que tienen en común. Entre ellos puede haber ovejas negras, pero se espera que este tipo de familias las desaprueben, quizá incluso que las proscriban. Si no lo hicieran, ciertamente podría considerarse que están en decadencia, y no a causa de ningún cambio biológico, sino por su inhabilidad para mantener los estándares elevados y las obligaciones que se esperan de una «familia vieja» en su cuadro social y con frecuencia también en otros.

El desarrollo de estándares de este tipo se relaciona de manera cercana con el del cuadro mismo; requiere de un contexto en el que las familias tengan la oportunidad de transmitir estándares distintivos de manera continua por varias generaciones. Esta oportunidad depende de otros estándares que, si bien son muy específicos, pueden variar con un margen bastante corto de una sociedad a otra. La transmisión de estándares distintivos suele ir de la mano con la oportunidad de transmitir propiedades de un tipo u otro, incluidos los oficios o las habilidades, en la misma familia de generación en generación. Sea cual fuere la forma específica que tome la herencia sociológica en esos casos, todas estas oportunidades de transmisión tienen en común que son oportunidades heredables para ejercer poder sobre otros que, en tanto grupo, sólo tienen un acceso limitado a éstas o están excluidos de ellas. Como último recurso, las redes de familias viejas sólo pueden desarrollarse en donde ciertos grupos de familias tienen la oportunidad de transmitir recursos de poder de una generación a otra, que, como grupo, pueden monopolizar en un grado bastante elevado y de los que, por consiguiente, se excluye a quienes pertenecen a otros grupos. En muchos casos, si alguien no pertenece al círculo de los dueños del monopolio, no puede entrar en él sin su consentimiento. Así, ya que cierta forma de monopolio es la fuente y la condición de su continua distinción como un grupo de «viejas familias» a lo largo de generaciones, sólo pueden mantenerse así mientras tengan suficiente poder para preservarla.

Por mucho tiempo, los grupos de familias sólo podían adquirir la cualidad sociológica de «vejez» si se elevaban por sobre estratos inferiores que no tenían propiedades que transmitir o que tenían muy pocas. La «aldea» de Winston Parva pareciera indicar que la propiedad ya no es una condición tan esencial para la «vejez» sociológica como solía serlo. Se sabe, por supuesto, de la existencia en el pasado de familias viejas de campesinos basadas en la herencia de la tierra; lo mismo sucede con viejas familias de artesanos, cuya vejez se basaba en la transmisión monopólica de habilidades especiales. Las viejas familias de clase obrera parecieran ser características de nuestra época; si son un

fenómeno aislado o una profecía es algo que está por verse. Como en su caso la vejez sociológica no se relaciona de forma notable con la herencia de propiedades, otras condiciones para el poder, que normalmente también se pueden encontrar en otros casos, pero que en ellos resultan menos obvias, resaltan con mayor claridad en su caso, en particular el poder que proviene del monopolio de posiciones clave en instituciones locales, de una cohesión y una solidaridad mayores, de una mayor uniformidad, y de la elaboración de normas y creencias y de una disciplina mayor, externa e interna, que esto conlleva. La cohesión, la solidaridad y la uniformidad más desarrolladas de normas y autodisciplina ayudaron a mantener el monopolio, y esto, a su vez, a reforzar estas características grupales. Por consiguiente, la oportunidad continua de los «viejos grupos» para sobresalir, su reclamo exitoso de un estatus social más elevado que el de otras formaciones sociales interdependientes y las satisfacciones que obtienen de esto van de la mano con las diferencias específicas en la estructura de personalidad que desempeñan un papel, positivo o negativo según sea el caso, en la perpetuación de la red de viejas familias.

De hecho, lo anterior es una característica común de las «viejas familias»; se distinguen de otras mediante características de comportamiento distintivas que se inculcan a sus miembros desde la infancia de acuerdo con la tradición distintiva del grupo. Los círculos de las viejas familias suelen tener un código de conducta que exige, ya sea en situaciones específicas o en cualquiera, un grado más elevado de autocontrol que el que poseen los grupos interdependientes con un estatus inferior. Puede que sean más «civilizados» —o no— en el sentido europeo contemporáneo de la palabra, pero por regla son *más* «civilizados», en el sentido fáctico de la palabra,[1] que aquellos sobre los que claman con éxito un estatus superior: su código exige un grado más elevado de autocontrol en algunos aspectos o en todos; prescriben un comportamiento con una regulación más firme, ya sea durante todo

[1] Norbert Elias, *Über den Prozess der Zivilisation*, vol. II, Haus zum Falken, Basilea, 1939, p. 163. [Ed. en español: *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, 3ª ed., trad. de Ramón García Cotarelo, FCE, México, 2009, p. 130.]

el tiempo o en situaciones específicas, y éste se une a una previsión mayor, un autocontrol más fuerte, modales más refinados, e inculca tabúes más elaborados. La relación entre aglomeraciones firmemente establecidas de «viejas familias» y aquellas que no «pertenecen», como muchas otras relaciones entre grupos de estatus elevado y bajo, suele estar marcada por una gradación descendiente de autocontrol; en la escala del proceso de la civilización, la formación social más elevada usualmente toma una posición unos cuantos peldaños más arriba que sus propias formaciones sociales más bajas. Una moral relativamente más estricta es sólo una forma, entre muchas otras, de autocontroles socialmente infundidos; mejores modales son otra. Todas mejoran las oportunidades de un grupo superior para reafirmar y mantener su poder y su superioridad. En una configuración apropiada, los diferenciales de civilización pueden ser un factor importante en la construcción y prevalencia de diferenciales de poder, aunque en casos extremos ser más civilizados puede debilitar a los «viejos» grupos poderosos y contribuir a su caída.

En un contexto relativamente estable, un código más articulado de conducta y un grado más elevado de autocontrol suelen asociarse con un mayor grado de orden, circunspección, previsión y cohesión grupal. Ofrece recompensas de estatus y poder en resarcimiento por la frustración que producen las limitaciones y la pérdida relativa de espontaneidad. Los tabúes compartidos, las restricciones distintivas, fortalecen los lazos dentro de una red de «familias mejores». La adherencia al código común sirve a sus miembros como un distintivo social; fortalece el sentimiento de pertenencia en relación con los «inferiores», que suelen mostrar menos control en situaciones en las que los «superiores» lo exigen. Las personas «inferiores» tienden a romper los tabúes que desde la infancia las «superiores» aprenden a mantener. Por consiguiente, el quebrantamiento de dichos tabúes es un signo de inferioridad social; ofende, con frecuencia de manera muy profunda, el sentido del buen gusto de las personas «superiores», su sentido de la propiedad y de la moral, en pocas palabras, de valores arraigados emocionalmente. Generan en los grupos «superiores», de acuerdo con las circunstancias, enojo, hosti-

lidad, repulsión o desprecio, y si bien la adherencia al mismo código facilita la comunicación, su quebrantamiento genera barreras.

Por consiguiente, las personas que pertenecen a un círculo de «viejas familias» están provistas de un código común con lazos emocionales específicos; por encima de sus diferencias, hay una cierta unidad de sensibilidades. A este respecto, conocen «instintivamente» como suele decirse, su posición respecto de cada persona, así como qué esperar de ellas, mejor de lo que conocen su relación con los marginados y lo que pueden esperar de ellos. Además, en una red de «viejas familias», las personas suelen saber quiénes son en términos sociales. Eso, en última instancia, es lo que *viejo* significa cuando hace referencia a familias; implica familias conocidas en su localidad y que se han conocido entre sí por varias generaciones; significa que quienes pertenecen a una «vieja familia» no sólo tienen padres, abuelos y tatarabuelos como todo el mundo, sino que su comunidad, su grupo social, conoce a sus padres, abuelos y tatarabuelos y que, en líneas generales, se sabe que son personas con una buena posición que se adhieren al código social establecido de su grupo.

Por consiguiente, si bien superficialmente, «viejo» podría parecer un atributo de una familia individual, en realidad es un atributo de una red de familias, de una formación social en la que hombres, mujeres y su progenie, en el orden socialmente regulado de descendencia al que nos referimos como «familia», pueden conocerse entre sí por varias generaciones como personas socialmente distinguidas, como personas que cumplen con ciertos estándares compartidos en contraste con otras. En este sentido, las «viejas familias» nunca se conforman por separado, siempre se presentan en grupos como redes de familias con una jerarquía de estatus interna, y usualmente con un alto grado de matrimonio endogámico, como los vecindarios, las «Sociedades» con mayúscula inicial, los patriciados, la familia real y muchas otras formas. En este caso como en otros, la estructura de las familias depende de la estructura de los grupos sociales específicos. Si no es como un remanente de un marco social que ha desaparecido, una «vieja familia» no puede existir independientemente;

sólo puede formarse en situaciones sociales específicas como correlato de una formación social específica con otras de su tipo.

Sin embargo, el hecho de que las «viejas familias» se conozcan y tengan fuertes vínculos entre sí no significa que necesariamente se caigan bien; es sólo en relación con los marginados que se mantienen unidas. Entre ellas pueden —y casi invariablemente lo hacen— competir, de manera disimulada o rampante, dependiendo de las circunstancias, y pueden, frecuentemente con base en la tradición, tenerse una aversión sentida o incluso odiarse. La familiaridad que produce una relación cercana por varias generaciones, una intimidad nacida de una larga secuencia de experiencias grupales compartidas, otorga a sus relaciones cualidades específicas que son tan compatibles con agradarse como con su opuesto. Sin importar cuál sea el caso, excluyen a los marginados. Una gran cantidad de sabiduría familiar tradicional flota en el aire de cada círculo de «viejas familias» enriquecida con el paso de cada generación. Como otros aspectos de una tradición compartida, crea una intimidad —incluso entre personas que se desagradan— que los recién llegados no pueden compartir.

Por consiguiente, la «vejez» en un sentido sociológico se refiere a las relaciones sociales con sus propiedades; éstas proporcionan un matiz peculiar a las enemistades y a las amistades. Tienden a producir una exclusividad marcada de sentimiento, si no de actitud; una preferencia por personas con las mismas sensibilidades que refuercen el frente común contra los marginados. Si bien algunos miembros pueden renunciar al grupo o incluso volverse en su contra, la familiaridad íntima lograda durante varias generaciones brinda a estos grupos «viejos», por cierto tiempo, un grado de cohesión del que carecen grupos menos «viejos». Nacida de una historia común y recordada, conforma otro fuerte elemento en la configuración de las oportunidades que tienen para reafirmar y mantener, por un tiempo, su poder y su estatus superiores en relación con otros grupos. Sin el poder, la aseveración de que tienen un estatus más elevado y un carisma específico se desplomaría pronto y sonaría vacía, sin importar el carácter distintivo de su comportamiento. El chisme de

rechazo, las técnicas de exclusión, el «prejuicio» y la «discriminación» perderían pronto su fuerza, y lo mismo sucedería con cualquiera de las muchas armas que utilizan para proteger su estatus superior y su distinción.

Por lo tanto, condensada en la forma de un modelo, la configuración que se encontró en Winston Parva muestra en miniatura y de manera más clara sus implicaciones en un campo más amplio. La tarea no es elogiar y culpar, sino más bien ayudar a alcanzar un mejor entendimiento y una mejor explicación de las interdependencias que habían atrapado a dos grupos de personas de Winston Parva en una configuración que no construyeron por sí solos y que producía tensiones y conflictos específicos entre ellos. Las tensiones no surgieron porque un grupo fuera malvado o autoritario y el otro no; eran inherentes al patrón que formaban entre sí. Si se hubiera consultado a los «aldeanos», probablemente hubieran dicho que no querían tener una urbanización a sus puertas, y si se hubiera consultado a los habitantes de la Urbanización probablemente habrían dicho que preferirían no establecerse cerca de un vecindario antiguo como la «aldea». Una vez que se juntaron, quedaron atrapados en una situación conflictiva que ninguno de ellos podía controlar y que debe entenderse como tal si se quiere hacerlo mejor en otros casos similares. Naturalmente, los «aldeanos» se comportaban con los recién llegados como acostumbraban hacerlo con quienes mostraban un comportamiento desviado en su vecindario; por su parte, los inmigrantes, de manera bastante inocente, se comportaron en su nuevo lugar de residencia de la manera que les parecía normal. No eran conscientes de la existencia de un orden establecido con sus diferenciales de poder ni de la posición arraigada del grupo nuclear de familias destacadas en la parte más vieja. La mayoría de ellos no entendía en lo más mínimo por qué los viejos residentes los trataban con desprecio y los mantenían a distancia; pero el papel de un grupo de estatus inferior que se les asignó y la discriminación indistinta contra todas las personas que se establecieron en la Urbanización debe haberlos disuadido pronto de cualquier intento por establecer un contacto cercano con los grupos más viejos. En esa situación, am-

bos bandos actuaron sin mucha reflexión de una manera que pudo haberse previsto. Sencillamente, al volverse interdependientes como vecinos, quedaron en una posición antagónica sin entender en realidad lo que les sucedía e, indudablemente, sin tener culpa alguna.

Como ya se dijo, éste era un conflicto de menor escala característico de los procesos de industrialización. Si se observa el mundo en general, es imposible no percibir muchas configuraciones de un tipo similar, aunque se clasifiquen bajo nombres diferentes. Algunas tendencias amplias en el desarrollo de las sociedades contemporáneas parecieran llevar a situaciones como ésta con una frecuencia creciente. En muchas partes del mundo actual es posible encontrar diferencias entre grupos sociológicamente «viejos» y «nuevos». Son diferencias, si se nos permite el uso de esta palabra, normales en una época en que las personas pueden viajar con todas sus pertenencias de un lugar a otro, con un costo mucho menor, en condiciones más cómodas y a una velocidad mayor a través de distancias más grandes que en cualquier momento del pasado, y en la que pueden ganarse la vida en muchos lugares además de aquel en el que nacieron. Se pueden descubrir variantes de la misma configuración, encuentros entre grupos de recién llegados, inmigrantes, extranjeros y grupos de viejos residentes en todo el mundo. Si bien los detalles varían, los problemas sociales que crean estos aspectos migratorios de la movilidad social tienen un cierto parecido familiar. Es posible que uno se sienta inclinado a fijar la atención en las diferencias, que en los estudios sobre casos específicos siempre parecieran sobresalir con mayor claridad; se suele vacilar ante la idea de relacionar episodios específicos, como el que constituye el tema del presente estudio, con el desarrollo general de las sociedades en los tiempos modernos. Es más común percibir las preguntas relacionadas con ellos como una serie de problemas sociales locales antes que como un problema sociológico. Los aspectos migratorios de la movilidad social son un ejemplo; en ocasiones se les concibe simplemente como aspectos geográficos; pareciera que lo único que sucede es que las personas se desplazan físicamente de un lugar a otro. En realidad, siempre se mueven de un

grupo social a otro, siempre deben establecer nuevas relaciones con grupos ya existentes. Tienen que acostumbrarse al papel de recién llegados que buscan entrar a grupos con tradiciones propias ya establecidas, o a quienes se obliga a una interdependencia con ellos, y deben enfrentarse a los problemas específicos de su nuevo papel. Con bastante frecuencia, se les asigna el papel de marginados en relación con grupos establecidos y más poderosos, cuyos estándares, creencias, sensibilidades y modales difieren de los suyos.

Si los migrantes tienen un color de piel diferente u otras características físicas hereditarias distintas de las de los viejos residentes, los problemas que crean sus formaciones vecinales y sus relaciones con los habitantes de los vecindarios viejos suelen discutirse bajo el título de «problemas raciales». Si los recién llegados pertenecen a la misma «raza», pero tienen un idioma o tradiciones nacionales diferentes, los problemas a los que se enfrentan ellos y los viejos residentes se clasifican como problemas de «minorías étnicas». Si los recién llegados sociales no pertenecen a una «raza» diferente ni a un «grupo étnico» distinto, sino a otra «clase social», los problemas de la movilidad social se discuten como «problemas de clase» y, con bastante frecuencia, como problemas de «movilidad social» en un sentido más reducido de la expresión. No se puede utilizar ninguna etiqueta preestablecida para los problemas que surgieron en el microcosmos de Winston Parva, porque los recién llegados y los viejos residentes, al menos en la «aldea», no pertenecían a una «raza» distinta ni, con una o dos excepciones, tenían una «ascendencia étnica» diferente ni eran de otra «clase social». No obstante, algunos de los problemas que surgían del encuentro entre grupos de establecidos y marginados no eran muy distintos de los que uno puede observar en encuentros similares en otros lugares, aunque suelan estudiarse y conceptualizarse con nombres diferentes.

En todos estos casos, los recién llegados buscan mejorar su posición y los grupos establecidos desean mantener la suya. Los recién llegados resienten el estatus inferior que se les atribuye y suelen intentar elevarlo, mientras que los establecidos buscan preservar su estatus superior, mismo que los recién llegados pa-

recieran amenazar. Los establecidos perciben a los recién llegados, a quienes se asigna el papel de marginados, como personas que «no saben cuál es su lugar»; ofenden las sensibilidades de los establecidos con un comportamiento que, a los ojos de éstos, lleva claramente el estigma de la inferioridad social; aún así, en muchos casos los grupos de recién llegados, de manera bastante inocente, tienen la propensión a comportarse, al menos por un tiempo, como si fueran los iguales de sus nuevos vecinos. Estos últimos se defienden; pelean por su superioridad, su estatus y su poder, sus estándares y creencias, y para ello, en casi todos lados, usan las mismas armas, entre ellas, chismes humillantes, creencias estigmatizadoras de todo el grupo modeladas a partir de la observación de sus peores miembros, palabras degradantes en clave y, en la medida de lo posible, exclusión de cualquier oportunidad de adquirir poder; en pocas palabras, las características que suelen abstraerse de la configuración en la que ocurren con títulos como «prejuicio» o «discriminación». Ya que los establecidos suelen estar más integrados y ser, en general, más poderosos, pueden, mediante la inducción mutua y el ostracismo de quienes dudan, proporcionar un respaldo muy fuerte de sus creencias. Con frecuencia, incluso pueden hacer que los marginados acepten una imagen de sí mismos modelada con base en una «minoría de los peores» y una imagen de los establecidos que toma por modelo a una «minoría de los mejores», que son una generalización emocional de la parte sobre el todo. Suelen tener la capacidad de imponer en los recién llegados la creencia de que no sólo son inferiores en lo que al poder del grupo establecido se refiere, sino que también lo son por «naturaleza». Así, esta internalización que el grupo socialmente inferior hace de la creencia desdeñosa del grupo superior como una parte de su imagen propia tiene un gran poder para reforzar la superioridad y el gobierno del grupo establecido.

Además, los miembros del grupo establecido y quizá también los recién llegados suelen haberse educado, como la mayoría de las personas en la actualidad, con cierta falta de flexibilidad en su perspectiva y conducta específicas; suelen haber sido educados bajo la creencia de que todos sienten y se comportan, o deben

hacerlo, en esencia, como ellos se sienten y comportan. Lo más probable es que no estén preparados para los problemas que surgen cuando recién llegados se encuentran con viejos residentes que sienten y se comportan de manera diferente y que reaccionan de manera negativa a sus formas de comportamiento. En pocas palabras, no están preparados para los problemas de un mundo con una movilidad social cada vez más elevada, sino que lo están para una época pasada en que las oportunidades para la movilidad social en un sentido más amplio de la palabra eran menores. En líneas generales, el umbral de tolerancia hacia formas de comportamiento y creencias que difieren de las propias, si es necesario vivir en contacto cercano con sus representantes, aún es excesivamente bajo. Pareciera corresponderse con condiciones sociales en las que la mayoría de las personas pasaba toda su vida dentro de su grupo nativo y estaba expuesta con menor frecuencia a una conmoción del tipo que experimentaron los «aldeanos», a la conmoción de una interdependencia duradera con personas diferentes.

En cierta medida, esta situación se refleja en los enfoques sociológicos actuales de estos problemas. Quizá éstos también resulten más apropiados para etapas previas del desarrollo social; suelen tener una fuerte influencia de la suposición implícita de que las comunidades «estables» o «inmóviles» son los tipos normales y deseables de comunidad, mientras que otras con un mayor grado de movilidad social son anormales e indeseables. No son pocos los conceptos sociológicos actuales que se articulan como si la aproximación más cercana a la forma más normal y más deseable de vida social fuera alguna aldea preindustrial imaginaria: allí, así pareciera, las personas vivían con un alto grado de cohesión y estabilidad, estaban completamente adaptadas, bien integradas y, en consecuencia, disfrutaban de un alto grado de felicidad y alegría. La industrialización, la urbanización y otros procesos similares, con la elevada movilidad y el ritmo acelerado de vida que produjeron, parecieran haber cambiado dicho estado de felicidad. Al enfrentarse con las dificultades de un mundo altamente móvil que cambia rápidamente, se puede buscar refugio en la imagen de un orden social que nunca

cambia y proyectarla a un pasado que nunca fue. El mismo concepto actual de adaptación, con su postulado implícito de un orden social invariable, estable, balanceado, integrado y cohesivo al que uno puede adaptarse, parece estar un poco fuera de lugar en las sociedades del siglo xx, mismas que cambian rápidamente y no son nada estables; pareciera ser un síntoma de una inadaptación intelectual. Quizá con el tiempo investigaciones empíricas, como la de la «aldea» y la Urbanización, ayuden al surgimiento de una imagen más realista. La primera representa un tipo de comunidad más cohesivo, mientras que la segunda uno menos; como se puede observar, ambas tenían sus dificultades y desventajas específicas.

Aún es necesario desarrollar un concepto de movilidad social que se corresponda con el alto grado y con los diversos tipos de movilidad social que pueden observarse como una característica normal de las sociedades industriales. El concepto actual de movilidad social, útil como es, sólo centra la atención en uno de sus aspectos, en los desplazamientos de personas de una clase a otra. Probablemente produciría menos malentendidos si nos refiriéramos a este aspecto de la movilidad social como movilidad de clase. Es difícil no considerar a las personas que se mueven de un vecindario o de una comunidad a otro u otra, en el mismo país o en uno diferente, sin necesariamente cambiar de una clase a otra como socialmente móviles. De hecho, quienes se mueven de una clase a otra casi invariablemente también lo hacen de una comunidad, de un vecindario, de un círculo social a otros; se presentan, al menos por un tiempo, en el papel de recién llegados y, con frecuencia, de marginados ante las puertas de un conjunto ya establecido. Ya sea que uno se mueva dentro de la misma clase o entre clases, algunas características básicas de la movilidad social se repiten. Puede ser que sean menos pronunciadas en el caso de familias de clase media con un mayor grado de aislamiento, cuyos rituales, sentimientos, modales y costumbres, al menos en el mismo país, suelen estar menos influidos por diferencias locales, y que están más acostumbradas a formas específicas de relaciones vecinales relativamente vagas pero altamente reguladas. Están lo suficientemente pronunciadas en el caso de

las familias de clase obrera, mismas que suelen estar menos aisladas entre sí y están más acostumbradas a la compañía local y a los contactos vecinales, y que tienen una mayor necesidad de ellos. La relación entre la «aldea» y la Urbanización mostró algunos de los problemas característicos que genera en todas partes una movilidad social cada vez mayor. El problema que se discutió ampliamente bajo el título de «prejuicio» es uno de ellos. La relación en Winston Parva entre la vieja comunidad de clase obrera y la nueva mostró, por así decirlo, prejuicios *in situ*, en su contexto social, como aspectos normales de las creencias sociales de un grupo establecido en defensa de su estatus y de su poder contra lo que ellos sentían como un ataque por parte de los marginados. Actualmente es más común estudiar y conceptualizar el «prejuicio» en aislamiento; la configuración en la que ocurre suele percibirse simplemente como «trasfondo». En este contexto era posible observarlo como un elemento integral de una configuración particular. La diferencia puede servir para ilustrar lo que se quiere decir con «enfoque figuracional»; ilustra la selectividad no examinada y la evaluación de la mayoría de las aproximaciones actuales al prejuicio que confinan su interés, sin decir por qué, a creencias distorsionadas, a estrategias de chisme profundamente emocionales y a percepciones de formaciones sociales más poderosas que están acostumbradas a socavar o a repeler formaciones menos poderosas con las que viven en algún tipo de interdependencia. Rara vez se discuten y apenas se conciben como «prejuicios» las tergiversaciones correspondientes y las percepciones irreales presentes en las imágenes que grupos relativamente impotentes tienen a su vez de los grupos establecidos en cuya órbita viven siempre y cuando sigan siendo inferiores en poder y estatus, aunque sus creencias pueden empezar a clasificarse como «prejuicios» cuando se encuentran en el proceso de ascender. Mientras los cuadros sociales sean relativamente débiles, su «prejuicio» contra los establecidos no les hará daño; no pueden traducirlo en acciones discriminatorias, excepto quizá en forma de delincuencia, vandalismo y otros quebrantamientos de la ley establecida; éstos, en particular entre grupos de jóvenes, son los únicos medios que tienen los miembros de

grupos que son ninguneados, excluidos, y cuyo respeto por sí mismos se hiere, para defenderse de los grupos establecidos. Lo que se ha dicho del «prejuicio» también funciona para la «delincuencia»; se puede utilizar en relación con muchos otros temas a los que, como se clasifican bajo otros títulos, quienes se disponen a estudiarlos suelen aproximarse como si en realidad existieran como un grupo de objetos aparte.

Otro ejemplo digno de mención en este contexto son los problemas agrupados bajo el título de «anomia». Como se puede observar, los grupos de recién llegados y marginados son los que tienen mayores probabilidades de sufrir esta condición. En un momento dado, fue un concepto con un significado razonablemente preciso. Cuando Durkheim lo acuñó, formó el núcleo de una hipótesis diseñada para explicar en términos sociológicos regularidades estadísticas recurrentes en la incidencia del suicidio. Se convirtió en el símbolo de una de las hipótesis sociológicas más fructíferas e imaginativas; sin embargo, la versión de Durkheim del concepto «anomia» ya tenía un trasfondo valorativo específico. El estudio sobre el suicidio fue coyuntural en la actitud de Durkheim; como la de muchos otros antes y después de él, cambió de la confianza y la esperanza en el progreso de la humanidad a una de dudas crecientes sobre el carácter progresivo del desarrollo de la sociedad. Muchos eventos de su época, entre ellos el creciente conflicto industrial, habían alterado la firme creencia que Durkheim tenía en la inevitabilidad del progreso y produjeron un cierto grado de desencanto. En vez de presentar una mejora constante, como se esperaba, las condiciones de la humanidad, en algunos aspectos, en realidad parecían empeorar. Es posible observar el cambio en las opiniones si se compara la idea que Durkheim tenía del desarrollo de la sociedad con la de los sociólogos de la generación previa. Comte y en especial Spencer aún parecían percibir solamente los beneficios que la «sociedad industrial» traería a la humanidad. Durkheim pertenecía a una generación en la que esa creencia se había alterado severamente. Las inmensas dificultades, las tensiones y los conflictos que son características normales de los procesos de industrialización se volvieron más evidentes.

El estudio sociológico del suicidio parecía proporcionar evidencia científica clara de lo que hasta entonces se había mantenido como una impresión; demostró sin lugar a dudas que, si se considera por largos periodos, la incidencia del suicidio, de acuerdo con lo indicado por los cambios en los índices de suicidio, iba en aumento. En vista de que, según Durkheim, sólo los cambios en las condiciones sociales eran responsables de este incremento y de que, de acuerdo con él, la «anomia» era una de estas condiciones, todo su argumento implicaba que la «anomia» iba en aumento. Al compararse con el pasado, parecía que las condiciones se habían deteriorado a pesar de los avances en la industria o quizá a causa de ellos. Por consiguiente, la «anomia» tenía implicaciones valorativas específicas desde un inicio. Tenía como trasfondo el desencanto con la sociedad industrial urbana en la que se vivía. Contenía la sugerencia de que las condiciones se habían deteriorado, un sentimiento vago de que se estaban volviendo peores que antes y de que el pasado debió ser mejor que el presente. Un tufo de esta añoranza por un mejor pasado, ahora perdido, en el que la «anomia» no existía; esta añoranza por un pasado que nunca fue, se ha aferrado al concepto de «anomia» desde entonces.

Además, este término tuvo desde un inicio connotaciones morales evidentes. Si bien ni Durkheim ni aquellos que han usado el término después de él han planteado de manera firme y clara la imagen opuesta, una que mostrara el contrario de «anomia», pareciera que el consenso general es que su característica principal es la cohesión. A causa de la usual concentración de los intereses de investigación en las dificultades que nos han acometido y de la relativa indiferencia ante fenómenos sociales que no parecieran presentar dificultades, son pocos los estudios, si es que los hay, que tratan de manera específica con grupos no anómicos precisamente porque no son anómicos. La «nomia» y la cohesión social solían concebirse de manera implícita simplemente como factores morales, como algo positivo y bueno que establecer en contra de la «anomia» y de la falta de cohesión, que muchos no concebían principalmente, y quizá aún no lo hacen, como una configuración social específica sino como una amonestación moral.

Quizá investigaciones más detalladas sobre comunidades presentes y pasadas que, como la «aldea» de Winston Parva, no sean «anómicas», gradualmente conducirán a una evaluación más fáctica de las condiciones a las que se refieren conceptos como «anomia» o «falta de cohesión», y a una aproximación en la que la búsqueda de conexiones y explicaciones tenga prioridad sobre las evaluaciones emocionales y la condena moral. En el caso de la «aldea», como hemos visto, un grado relativamente alto de cohesión, sin importar qué otra función social cumpliera, era un factor importante en el poder social y el estatus superiores de una comunidad. El alto grado de conformidad con las normas establecidas, el carácter «nómico» de la vida en la «aldea», se debía a una mezcla de una creencia sincera en el valor del «espíritu de la aldea» por parte de un grupo nuclear poderoso con una capacidad coercitiva que los miembros de este grupo destacado y muchos de sus seguidores ejercían en toda la comunidad, así como sobre oponentes potenciales y sobre quienes se desviaban. En la medida de lo posible, la oposición y la inconformidad se suprimían o se silenciaban. Cuando los líderes de la comunidad y sus seguidores se referían a la «aldea», parecían suprimir, incluso de su conciencia, los hechos que no se correspondían con su imagen ideal de la «aldea». Hablaban como si ésta fuera en realidad como creían que debía ser, una comunidad armoniosa, completamente unida y absolutamente buena. El concepto de «anomia» suele usarse de tal manera que sugiere que las personas tienen en mente de manera tácita una imagen opuesta que no difiere de la que el grupo nuclear de «aldeanos» tenía de sí mismo.

En referencia al suicido y a otros fenómenos relacionados, el concepto de «anomia», a pesar de su fuerte connotación valorativa, ha sido de gran ayuda; sin embargo, con el paso del tiempo, las condiciones sociales a las que ese nombre refiere se han vuelto cada vez menos específicas. El término *anomia,* que en su momento fue utilizado por Durkheim como un término destacado que se relacionaba con una hipótesis explicativa que estudios empíricos posteriores podían probar, suele usarse ahora como si fuera la explicación definitiva de formas de conducta

social o relaciones sociales que se desaprueban; la mayoría de las veces se utiliza con un trasfondo oculto o declarado de queja o amonestación. En el sentido amplio en que el término suele usarse hoy en día, *anomia* pareciera requerir de una explicación.

Por consiguiente, existe una relación cercana entre la habilidad de percibir y estudiar a los humanos en configuraciones y la habilidad de excluir de una investigación evaluaciones que sean ajenas al tema que la ocupa. El reconocimiento de que el concepto «anomia» y sus problemas no pueden clarificarse sin que se haga lo mismo con la configuración contrastante, con las condiciones que no son anómicas, es lo suficientemente obvio. Si lo obvio no se ve con claridad se debe a que la selección de problemas que se consideran dignos —o no— de estudio suele dictarse por el involucramiento del investigador en los problemas inmediatos de la sociedad en general. La «anomia», referida a una forma de «mal funcionamiento» social, se percibe como un problema de actualidad con una importancia considerable y, como tal, parece digno de estudio; su contraparte, la «nomia», se considera «normal», implica que «todo está bien» y, por consiguiente, no pareciera plantear ningún problema. Desde un inicio, la selección de temas de investigación se ve influida por evaluaciones externas y, como veremos, lo que se considera «malo» tiene mayor propensión a que se le dé preferencia como tema de estudio que lo que se considera «bueno». Uno se preocupa por todo lo que crea dificultades y no se molesta por lo que pareciera ocurrir sin contratiempos. Se elaboran preguntas sobre lo primero: las cosas «malas» necesitan explicaciones, mientras que las cosas «buenas» en apariencia no. Por consiguiente, las implicaciones y evaluaciones que se derivan de esto suelen hacernos percibir grupos de fenómenos que son inseparables e interdependientes como si estuvieran separados y fueran independientes. Pues los fenómenos que para el investigador pueden asociarse con valores diametralmente opuestos pueden ser funcionalmente interdependientes; lo que se juzga como «malo» puede ser una consecuencia de lo que se juzga como «bueno», lo que es «bueno» de lo «malo», y, a no ser que uno sea capaz de tomar distancia, a no ser que uno busque de manera sistemática interdependen-

cias, configuraciones, sin importar si lo que uno descubre como interdependiente tiene diferentes valores para uno, es probable que se separe lo que debe estar junto. Los ejemplos proporcionados han mostrado lo anterior con suficiente claridad. Debido a que el crimen y la delincuencia se evalúan como «malos» y la conformidad con las leyes y las normas como «buenas», la «anomia» como «mala» y la integración estrecha como «buena», se suele estudiar a los primeros de manera independiente de los segundos, en un aislamiento que carece de contraparte en lo que en realidad se observa. Es como si se estudiaran enfermedades y se intentara encontrar su explicación sin estudiar a las personas sanas. En términos de una investigación científica, el marco de preguntas en ambos casos es el mismo: no existe justificación alguna para considerar investigaciones sociológicas de lo que se consideran formas de «mal funcionamiento» o, como a veces se plantea, de «disfunciones» en grupo, como si estuvieran separadas de aquello que uno considera que «funciona bien». Como muestra el caso de la «aldea» y la Urbanización, ambos pueden tener la misma relevancia como problemas sociológicos. En términos de lo que uno observa, la división de temas de investigación de acuerdo con si se consideran «disfunciones» o «funciones» es absolutamente artificial. Implica la separación de problemas de investigación que, de hecho, están íntimamente relacionados y que a menudo son inseparables con base en los distintos valores que se les atribuyen. No se puede esperar descubrir explicaciones de lo que uno juzga «malo», de un «mal funcionamiento» en la sociedad, si no se puede explicar al mismo tiempo lo que uno evalúa como «bueno», como «normal», como que «funciona bien», y viceversa. Lo mismo sucede con muchas otras divisiones basadas en valoraciones externas al tema; sucede con la evaluación de las mayorías como si tuvieran mayor importancia sociológica que las minorías. En algunos casos esta suposición puede ser correcta, en otros no. Como mostró esta investigación, cuál es el caso depende de toda la configuración. Lo anterior sucede con las creencias distorsionadas sobre grupos externos. Si las personas que tienen estas creencias son poderosas y pueden actuar al respecto mediante la exclusión del grupo externo de las

oportunidades que ellos tienen a su disposición, lo llamamos «prejuicio» y creemos que bien vale la pena estudiarlo, quizá con la esperanza de que al final se pueda hacer algo al respecto; sin embargo, es seguro que no se podrá hacer nada si se estudia de manera aislada, sin referencia alguna a toda la configuración en la que ocurre. El hecho de que un grupo relativamente débil, que no puede actuar a partir de sus creencias, tenga creencias distorsionadas sobre grupos externos es otro ejemplo de la necesidad de tener un marco figuracional como base para clasificaciones separadas.

Finalmente sucede con la imagen general de Winston Parva que emergió gradualmente. Una vez que las personas se han vuelto interdependientes, la investigación será estéril si se estudian por separado y se intenta explicar su agrupación como si fueran cosas inconexas. La meta de un estudio figuracional, como hemos visto, no es alabar o culpar a un bando o a otro, ni estudiar lo que se puede considerar una «disfunción», por ejemplo la minoría de familias desordenadas de la Urbanización, en absoluto aislamiento. También en ese caso, la meta no era evaluar sino, en la medida de lo posible, explicar; explicar a seres humanos en configuraciones, sin importar su relativa «bondad» o «maldad», a partir de sus interdependencias. La configuración de las personas de la Urbanización habría resultado incomprensible sin un entendimiento claro de la configuración de las personas de la «aldea», y viceversa. Ninguna de estas agrupaciones podría haber llegado a ser lo que era independientemente de la otra; sólo pudieron adquirir los papeles de establecidos y marginados porque eran interdependientes. Y como las conexiones en la vida social suelen darse entre fenómenos que en el mundo del observador tienen evaluaciones diferentes o incluso antagónicas, su reconocimiento requiere de un alto grado de desapego.

No es necesario elaborar sobre los problemas de compromiso y distanciamiento[2] que se han discutido en otro lugar como parte de la teoría figuracional de Norbert Elias. De forma implícita y a veces explícita, esta teoría ha desempeñado su papel en

[2] Norbert Elias, «Problems of Involvement and Detachment», *British Journal of Sociology*, vol. VII, núm. 3 (1956), pp. 226 y ss.

el desarrollo de esta investigación. No existe nada nuevo en la percepción y presentación de fenómenos sociales como configuraciones. Términos conocidos como «patrón» o «situación» apuntan en la misma dirección; sin embargo, son como monedas que han pasado de mano en mano por tanto tiempo que cuando uno las usa no se preocupa por su contenido o por su peso. Si bien conceptos como éstos se dan por sentado, sus implicaciones en buena parte no se han examinado. Atrapados entre la Escila de las teorías holísticas que hacen parecer a los patrones y a las configuraciones sociales algo distinto de los individuos y la Caribdis de las teorías atomistas que los hacen parecer como masas de átomos individuales, solemos ser incapaces de ver y decir claramente el significado de estos términos.

Si se considera todo el estudio, ¿se puede decir que ayuda a esclarecer el problema? ¿Las agrupaciones de personas que se presentaron eran la suma total de las acciones de «egos» y «álters», inicialmente independientes, que se encontraron en una tierra de nadie y luego comenzaron a interactuar y a formar comunidades y otros patrones, situaciones, configuraciones como fenómenos sociales adicionales a su «individualidad» puramente no social? ¿Lo observado se correspondía con el supuesto básico de las teorías de acción y de otras teorías atomistas similares; a saber, que la investigación sociológica debe comenzar con el estudio de los individuos en cuanto tales o incluso de elementos aun más pequeños, de «acciones» individuales que, al ser los átomos, conforman la «realidad última» hasta la que es necesario rastrear las propiedades de las entidades compuestas, de la misma manera en que en la física y la química se intenta o intentaba rastrear las propiedades de las entidades compuestas, como las moléculas, de acuerdo con una teoría que, incluso ahí, resulta algo anticuada, hasta las de los átomos físicos como la «realidad última»? ¿Realmente se puede esperar encontrar las explicaciones de las configuraciones observadas en una comunidad como Winston Parva en acciones individuales presociales, en átomos individuales concebidos como antecedentes de las unidades compuestas que forman? O, en su defecto, ¿lo que se encontró en Winston Parva era un «sistema social» cuyas partes encajaban

bien y de manera armoniosa o un «todo social» que representaba la «realidad última» que se esconde detrás de todas las acciones individuales y que existe como una entidad *sui generis* aparte de los «individuos»?

Referir constructos sociales como éstos a un estudio empírico muestra, desde una mejor perspectiva, su artificialidad. Resulta fácil observar cómo los supuestos teóricos que implican la existencia de individuos o de actos individuales sin una sociedad son tan ficticios como otros que implican la existencia de sociedades sin individuos. El hecho de que estemos atrapados en una polaridad conceptual tan irreal como ésta —que nos veamos tentados una y otra vez a hablar y pensar como si pudiéramos escapar de la postulación de individuos sin sociedad sólo mediante la postulación de sociedades sin individuos—, no se puede eludir simplemente mediante la aseveración de que uno sabe que la polaridad es ficticia.[3] Muchas tradiciones lingüísticas y semánticas llevan nuestra habla y nuestro pensamiento una y otra vez al mismo lugar. Incluso instituciones académicas, como la división estricta de dos disciplinas, psicología y sociología, la primera que supuestamente trata sólo con los «individuos» y la segunda que supuestamente lo hace sólo con las «sociedades», se basan en esta polaridad ficticia y la reviven una y otra vez.

En todos estos casos resulta desconcertante la persistencia con que hablamos y pensamos a partir de una dicotomía que, en

[3] He discutido estos problemas con E. H. Carr, quien tuvo la suficiente bondad para reconocer de manera privada, aunque hasta donde sé no pública, que lo ayudé a esclarecer estos problemas. Entre todo lo que se ha escrito, su enfoque en *¿Qué es la historia?* es el más cercano al mío; sin embargo, en el último análisis su presentación no va mucho más allá del punto en que muestra claramente lo absurdo de la polaridad conceptual convencional entre «individuo» y «sociedad». Es necesario hacer algo más para liberar a nuestras formas comunes de pensamiento de la trampa. Probablemente esta liberación no será posible mientras una lucha de poder en la sociedad en general mantenga las ideas de muchas personas atrapadas en esta polaridad de valor, mientras la lucha perpetúe la necesidad de afirmar, a partir de las consignas actuales, ya sea que el «individuo» es más importante que la «sociedad» o que la «sociedad» es más importante que el «individuo». No obstante, una aclaración teórica puede preparar el camino para el deshielo gradual de las polaridades congeladas. Sólo la experiencia puede mostrar en qué medida, dada la polaridad de poder, formas de pensamiento que se extienden hacia atrás y hacia delante de las polaridades de valor correspondientes pueden entrar en el pensamiento público, pero, como otro experimento *in vivo*, el intento parecía valer la pena.

el mejor de los casos, es una hipótesis de trabajo torpe que obviamente es incongruente con cualquier evidencia que se pueda producir, pero que, por razones apenas expresadas de manera explícita y que sin duda aún no tienen una explicación, parece difícil de reemplazar.

Aun así, como hemos visto, la razón es muy simple. También en este caso la preocupación por un conjunto preconcebido de valores perturba la capacidad de observar y estudiar. Lo que siempre pareciera estar oculto en la mente de quienes discuten sobre la relación del «individuo» y la «sociedad» no es algo fáctico, sino una cuestión de valores. Plantean preguntas —e intentan responderlas— como «¿qué fue primero?», «¿qué es más importante?», «¿el individuo o la sociedad?» También aquí una polaridad de valor disfrazada de una polaridad fáctica se encuentra en el origen de las dificultades. Ya que diferentes grupos de personas asignan diferentes valores a lo que sea que los símbolos «individuo» y «sociedad» representan, es posible manipularlos hablando y pensando como si los dos conceptos se refirieran a cosas distintas. La prolongada controversia entre quienes exigen la prioridad del «individuo» y quienes lo hacen con la «sociedad» simplemente es una controversia sobre dos sistemas de creencias que toma la forma de una discusión sobre hechos. Polaridades en la sociedad en general, como la polaridad de la Guerra Fría, en la que el grado de importancia puesto sobre el «individuo» y la «sociedad» desempeña un papel central, han fijado en una aparente polaridad eterna un tipo equivocado de conceptualización. Una cosa es declarar un credo político y otra llevar a cabo una investigación sociológica. No existe nada en la evidencia observable que se corresponda con una conceptualización en «individuo» y «sociedad» que implique que, en realidad, existen individuos sin sociedad o sociedades sin individuos, que formen de alguna manera grupos separados de objetos que puedan estudiarse de manera independiente sin hacer referencia al otro.

La verdadera base de la controversia de valores es bastante simple: los individuos siempre se presentan en configuraciones y las configuraciones de individuos son irreductibles. Pensar, desde un inicio, a partir de un solo individuo como si en un princi-

pio hubiera sido independiente de todos los otros, o a partir de individuos solos, aquí y allá, sin importar sus relaciones entre sí, es un punto de partida ficticio igual de persistente que, digamos, la suposición de que la vida social se basa en un contrato celebrado entre individuos que, antes de dicho contrato, vivían solos en la naturaleza o juntos en absoluto desorden. Afirmar que los individuos siempre se presentan en configuraciones implica que el punto de partida de toda investigación sociológica es una pluralidad de individuos que, de una forma u otra, son interdependientes; decir que las configuraciones son irreductibles implica que no se pueden explicar en términos que impliquen su existencia de alguna manera independiente de los individuos ni que impliquen que los individuos existen de alguna manera independiente de ellas.

Quizá se pueda pensar que las consideraciones teóricas están fuera de lugar al final de una investigación empírica; aun así, quizá ése sea uno de los lugares a donde pertenecen. Precisamente porque ni las teorías atomistas, como la teoría de la acción de Parsons, que, a pesar de todas sus cláusulas limitantes, trata los actos individuales como si fueran cosas que tuvieron una existencia previa a cualquier interdependencia, ni las teorías holísticas que, como sucede en algunas formas contemporáneas de marxismo, parecen ocuparse de configuraciones sin individuos, son guías particularmente útiles en la conducción de estudios empíricos, es que consideraciones teóricas como éstas no resultan inapropiadas al final de un estudio empírico. Pues, en última instancia, la prueba crucial de la productividad o esterilidad de una teoría sociológica es la productividad o esterilidad de las investigaciones empíricas que estimula y que se basan en ella. En muchos aspectos, el estudio de Winston Parva fue una prueba de este tipo: mostró una teoría figuracional en acción. Las comunidades y los vecindarios son un tipo específico de configuración. La investigación mostró tanto el alcance como las limitantes de las opciones que daban a los individuos que las conformaban. Es posible imaginar que un recién llegado que se establece en la Urbanización o en la «aldea», ya sea que haya llegado solo o con su familia, sin duda tendrá un cierto número de opciones:

podría, como hacían muchos habitantes de la Urbanización, «reservarse», o podría unirse a la minoría rebelde; podría intentar abrirse camino lentamente en la sociedad «aldeana»; podría decidir que ni la «aldea» ni la Urbanización le agradaban como vecindario y mudarse; pero si se quedara, si se convirtiera en un «vecino», no podría evitar su inclusión en los problemas figuracionales, pues sus vecinos comenzarían a «ubicarlo»; tarde o temprano, las tensiones entre «establecidos» y «marginados» lo afectarían; y si viviera suficiente tiempo en el lugar, el carácter particular de su comunidad afectaría su vida, y la configuración de la que formaría parte adquiriría cierto poder sobre él. Esto sucedería aún con mayor fuerza si hubiera vivido en Winston Parva desde niño. El estudio señaló al menos una de las muchas formas en que la estructura de la comunidad y el vecindario pueden influir en el desarrollo de la personalidad de los jóvenes que allí crecían. El desarrollo de una identificación con sus familias en una identidad más o menos individual es una etapa crucial en el proceso de crecimiento de todo ser humano. La investigación indicó cuán diferente podía ser el patrón de esta etapa en vecindarios con una estructura diferente; señaló la interacción entre el lugar que una familia ocupa en el orden de estatus de un vecindario y el desarrollo de la imagen propia del niño que forma parte de esa familia. Ésta fue una manera de demostrar por qué cada teoría que acepte, que no supere de manera explícita, la forma acostumbrada de hablar del «individuo» y la «sociedad», y explique la futilidad de asumir una separación existencial entre ambos «objetos», no logrará su cometido. Los problemas identitarios de los adolescentes son un pequeño ejemplo de la interdependencia entre lo que se puede estar inclinado a clasificar como un problema puramente «individual» y lo que se tienede a clasificar como un problema puramente «social». Nuevamente indicaba el carácter procesal de las configuraciones que se hizo evidente durante la investigación, sin importar si se fijaba la atención en el desarrollo de los individuos o, desde un ángulo más amplio, en el desarrollo de un vecindario o de una comunidad.

No hay duda alguna de que, en muchas formas, las configuraciones como las aquí estudiadas ejercen un cierto grado de

coacción sobre los individuos que las forman. Expresiones como «mecanismos» o «trampa», utilizadas para referirse a situaciones específicas, buscaban indicar esta fuerza imperiosa. Una de las fuerzas motivacionales más fuertes en las personas que insisten en empezar sus reflexiones teóricas desde los «individuos *per se*» o desde «actos individuales» pareciera ser el deseo de afirmar que un individuo «básicamente» es «libre». Existe un cierto repudio contra la idea de que las «sociedades» o, por ponerlo de manera menos equívoca, las configuraciones que los individuos forman entre sí, ejercen cierto poder sobre ellos y limitan su libertad. Sin embargo, sin importar cuáles sean nuestros deseos, simplemente a través de la evidencia disponible, el reconocimiento de que las configuraciones limitan el alcance de las decisiones del individuo y ejercen, en muchas formas, una fuerza imperiosa es ineludible, incluso si este poder no reside, como suele presentarse, fuera de los individuos, sino que simplemente es un resultado de la interdependencia entre ellos. El miedo de que se prive mágicamente a los hombres de su libertad simplemente con decirlo, con enfrentarse al hecho de que las configuraciones de individuos pueden ejercer un poder imperioso sobre los individuos que las conforman, es uno de los principales factores que evitan que los seres humanos disminuyan dicha fuerza imperiosa, pues sólo si entendemos mejor su naturaleza podemos esperar tener cierto control sobre ella. Quizá un mejor entendimiento de las fuerzas dominantes que entran en acción en una configuración como la de los establecidos y los marginados puede, con el tiempo, ayudarnos a concebir medidas prácticas capaces de controlarlas.

Apéndices

Apéndice 1
Aspectos sociológicos de la identificación

NORBERT ELIAS

Los problemas de la identificación se han estudiado desde varios ángulos. Sigmund Freud y George H. Mead se cuentan entre los primeros que, en este siglo, estimularon el interés por estos problemas; la contribución de Freud se puede encontrar en *Tótem y tabú* y en *Psicología de las masas y análisis del yo,* así como en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* y en algunos de sus ensayos cortos; la contribución de Mead se encuentra en *Espíritu, persona y sociedad.* Muchos otros han seguido este camino o han llegado más allá y cualquier selección resultaría arbitraria. Sin embargo, puede ser útil mencionar algunas contribuciones que señalan, de manera explícita o implícita, la importancia sociológica de los mecanismos de identificación.

S. H. Foulkes, «On Introjection», *International Journal of Psycho-Analysis,* núm. 18 (1937), pp. 269-293.

L. P. Holt, «Identification. A Crucial Concept for Sociology», *Bulletin of the Menninger Clinic,* núm. 14 (1950), pp. 164-173.

Louisa P. Howe, «Some Sociological Aspects of Identification», *Psychoanalysis and the Social Sciences,* vol. IV (1955), pp. 61-79.

Erik H. Erikson, «The Problem of Ego Identity», *Journal of the American Psychoanalytic Association,* núm. 4 (1956), pp. 56-121.

———, *Young Man Luther: A Study in Psychoanalysis and History,* The Norton Library, Nueva York,1958, pp. 106 y ss.

El hincapié que Louisa P. Howe pone en el nexo entre identificación y herencia social fue de mi conocimiento después de

que mi experiencia en Winston Parva llamara mi atención a ese mismo nexo allí. En ambos casos el énfasis se dirige en contra de la atribución acrítica a mecanismos biológicos hereditarios de las continuidades entre generaciones, las cuales bien pueden explicarse a partir de mecanismos sociológicos hereditarios. Los comentarios que L. P. Howe hace sobre las tendencias biologistas de Freud no carecen de justificación y resultan útiles en este contexto, aunque resulta mucho más comprensible que un hombre como Freud, quien recibió buena parte de su entrenamiento en el siglo XIX, mostrara estas tendencias que el hecho de que aún estén extendidas y sean bien recibidas a mediados del siglo XX, cuando se ha vuelto más sencillo distinguir entre formas hereditarias biológicas y sociológicas, así como estudiar su interacción.

> Resulta sorprendente —escribió en «Some Social Aspects of Identification»— que Freud se aferrara con tal tenacidad a su idea del asesinato primigenio y al postulado de que recuerdos inconscientes de éste y de otros eventos «históricos» se transmitan mediante la herencia biológica, cuando él mismo describió con tal perspicacia el tipo de herencia social que ocurre mediante la identificación.

En este texto se han descrito ya algunos efectos de la herencia sociológica en relación con la transmisión de prejuicios y de actitudes discriminatorias de una generación a otra y su efecto cada vez más profundo (pp. 212-216 y 217). El ejemplo de la manera en que opera la herencia sociológica del resentimiento de los marginados mediante la identificación con las familias de marginados rechazadas socialmente y desordenadas que se proporcionó en el texto apunta en la misma dirección; y resulta más amplio porque relaciona la identificación con la totalidad de la situación social de los padres y los hijos; toma en cuenta la interacción entre la imagen que las personas tienen de sí mismas y las imágenes que otros tienen de ellas. En un inicio, la extensión sociológica de los problemas de identificación más allá de las relaciones entre el niño individual y sus padres hacia la posición —y en particular el estatus— de una familia individual en relación con otras pareciera complicar todo de manera innecesaria.

En realidad simplifica el problema, aunque quizá no la recolección de evidencia. Se acerca más a lo que en verdad observamos.

Aun sin un estudio sistemático, es fácil observar en la vida diaria que no sólo la experiencia de sus padres, sino también la experiencia de lo que otros dicen y piensan de sus padres, afectan la imagen que los niños se forman de sí mismos. La conciencia que los niños tienen de su estatus, si bien quizá esté más unida a la fantasía, es, en todo caso, aun más fuerte que la de los adultos. La seguridad que un niño obtiene de la creencia en el estatus elevado de su familia suele influir sobre su seguridad personal en su vida posterior, incluso si su estatus es menos seguro o disminuyó. En la misma forma, la experiencia de un estatus bajo atribuido a la familia de un niño dejará marcas sobre su imagen y su seguridad propias en su vida posterior. Es en este sentido amplio que la identificación tiene relevancia para los problemas planteados por el texto, entre ellos el problema de los jóvenes delincuentes.

En *Young Man Luther* [El joven Lutero] (y en otros de sus textos), Erik H. Erikson ha discutido varios problemas con los que se enfrentan los adolescentes en su búsqueda de identidad, en particular a partir de la página 106. Él también ha señalado la necesidad de desarrollar más el concepto psicoanalítico de identificación:

> El psicoanálisis ha puesto énfasis sobre la búsqueda sexual de la infancia y la juventud y la ha sistematizado, explicando la forma en que los impulsos y los contenidos sexuales y agresivos se reprimen y disfrazan para reaparecer de manera subsiguiente en actos compulsivos y en autocontroles compulsivos. Sin embargo, el psicoanálisis no ha trazado la medida en que estos impulsos y contenidos deben su intensidad y exclusividad a menosprecios repentinos del yo y del material disponible para la construcción de una identidad futura. No obstante, el niño efectivamente tiene a sus padres; si merecen en lo más mínimo ese nombre, su presencia definirá tanto el alcance creativo como las limitantes seguras de sus deberes en la vida.

La comparación de las comunidades de clase obrera de Winston Parva señala la necesidad de una tipología más detallada de las configuraciones sociales que participan en la creación de la identidad de una persona. También en este campo, la limitante convencional de la atención a las relaciones dentro de una familia, que hace parecer que las familias viven en un vacío social, obstruye nuestro entendimiento. Es poco probable que seamos capaces de captar problemas como estos sin investigaciones sistemáticas sobre los tipos de comunidades, así como sobre los tipos de familias y el orden de estatus en el que el niño crece.

Apéndice 2
Nota sobre los conceptos de «estructura social» y «anomia»

NORBERT ELIAS

Se pueden señalar muchos ejemplos en los que la «anomia» se trata como un problema mientras que su opuesto, el estado de las personas «bien integradas» o como quiera llamársele, se presenta como algo relativamente «aproblemático», como algo «normal» y, en ocasiones, por implicación, como un fenómeno que no necesita estudiarse.

Quizá baste elegir como ejemplo algunas de las observaciones concluyentes en el conocido ensayo de Merton «Estructura social y anomia»:

> En la medida en que una de las funciones más generales de la estructura social es suministrar una base para la predecibilidad y la regularidad de la conducta social, se hace cada vez más limitada en su eficacia a medida que se disocian los elementos de la estructura social. En el punto extremo, la predecibilidad se reduce al mínimo y sobreviene lo que puede llamarse apropiadamente anomia o caos cultural.[1]

Al final de su ensayo, Merton presenta la «estructura social» y la «anomia» como fenómenos antitéticos: los hace parecer como polos opuestos de un continuo; en donde prevalece la «anomia» no existe —o está muy limitada— la «estructura social»; su lugar lo ocupa el caos cultural (o quizá social), «la

[1] Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, Free Press, Glencoe, Illinois, 1963, p. 159. [Ed. en español: *Teoría y estructura sociales*, trad. de Florentino M. Torner y Rufina Borques, FCE, México, 2003, p. 239.]

predecibilidad y la regularidad de la conducta social» están reducidas.

Como puede apreciarse, este concepto de anomia difiere del de Émile Durkheim, pues si tiene algún significado en el estudio de Durkheim es que la «anomia» es un tipo específico de estructura social, no su polo opuesto en un continuo de fenómenos sociales.

Durkheim sostuvo que cuando prevalece el tipo particular de estructura social al que se refirió como anomia existen altas probabilidades de que los índices de suicidio sean altos. Contrario a la idea de Merton de que la «anomia» reduce la previsibilidad del comportamiento social, la teoría de Durkheim implicaba que un mejor entendimiento de la «anomia» como una forma de estructura social podía posibilitar una explicación de los altos índices de suicidio y predecir que, dadas las condiciones anómicas, los índices de suicidio tenían probabilidades de ser altos.

La idea que Merton tiene de una polaridad entre la «estructura social» y la «anomia» se basa en un malentendido bastante común: la «estructura social» se identifica con un tipo de orden social que aprueba el observador, con un «buen orden»; por lo tanto, puesto que se considera que la «anomia» es indeseable e incompatible con el «buen orden», también parece incompatible con la «estructura social». Se considera que un «buen orden» es aquel en que el comportamiento social está bien regulado. La identificación de la estructura social con un «buen orden social», por lo tanto, lleva al supuesto de que las regularidades sociológicas del comportamiento social disminuyen cuando la «estructura social», en el sentido de un orden «bueno» y «bien regulado», da paso al «mal orden» de la anomia. Las dificultades semánticas que surgen si se iguala el concepto sociológico de «orden social» con lo que en la vida diaria se considera un «buen orden social» y el concepto sociológico de «regularidades del comportamiento social» con el concepto valorativo de un «comportamiento bien regulado» se muestran con bastante claridad en consideraciones de este tipo. Aquí, como en otros lados, la intrusión de evaluaciones externas en el diagnóstico social del problema que se considera —de evaluaciones heterónomas— se encuentra en la raíz de

las dificultades. La invasión de evaluaciones como «bueno» y «malo» en el análisis sociológico da la impresión de dicotomías morales tajantes en las que las investigaciones fácticas simplemente revelan en primer lugar diferencias en la estructura social. A este respecto, la aproximación de Durkheim puede servir de correctivo; él fue capaz de mostrar que el comportamiento social que «no está bien regulado» tiene marcadas regularidades sociológicas; es fácil evaluar un índice de suicidio alto como «malo», es mucho más difícil explicar por qué ciertas sociedades tienen índices de suicidio más elevados que otras. Si se considera lo anterior como la tarea sociológica principal —si se intenta correlacionar, como hizo Durkheim, diferentes índices de suicidio con estructuras sociales diferentes—, pronto queda claro que los problemas son más complejos de lo que simples polaridades de valor como «bueno» y «malo» sugieren. Un incremento estable en los índices de suicidio, por ejemplo, que se puede considerar «malo» puede relacionarse con cambios en la estructura social, como una industrialización creciente, que resulta más difícil evaluar como igualmente «mala». Por consiguiente, el concepto de «estructura social» puede usarse y se ha usado, entre otros por el mismo Merton, en un sentido que no está tan afectado por valoraciones ajenas como en aquel con que Merton lo usó en las oraciones que hemos citado. Puede utilizarse para referirse a grupos con una integración más estrecha o a grupos más laxamente integrados. No resulta contraproducente referirse a los primeros como «bien integrados» (que sugiere aprobación) y a los segundos como «mal integrados» o «desasociados» (que sugiere desaprobación) mientras las diferencias en la estructura y las razones de estas diferencias se mantengan con firmeza en el centro de nuestra atención.

Tanto las formas de integración estrecha como las formas de integración laxa generan problemas que es necesario investigar. La comparación entre la «aldea» y la Urbanización de Winston Parva lo mostró con suficiente claridad. Todas las secciones de Winston Parva, incluida la minoría rebelde de la Urbanización, eran secciones «estructuradas» y, como tales, mostraban un cierto grado de regularidad y previsibilidad en su comportamiento social.

Al comienzo de su ensayo, Merton utiliza el término *estructura social* en un sentido más sociológico; representa la «estructura social» como una condición para el comportamiento desviado y, al menos por implicación, también para el adaptado:[2] «Nuestro primer propósito—escribió— es descubrir cómo algunas estructuras sociales ejercen una presión definida sobre ciertas personas de la sociedad para que sigan una conducta inconformista y no una conducta conformista». Bajo la luz de esta oración, añade de manera muy apropiada: «Nuestra perspectiva es sociológica».

La perspectiva deja de ser sociológica si la aproximación al término *estructura social* sólo ocurre en condiciones y en comportamiento «nómicos» y si la «anomia» se identifica con un caos «sin estructura». La sociología solamente puede ser una disciplina científica si se entiende que en ella no existe el caos en ningún sentido absoluto. Ninguna agrupación humana, sin importar cuán desordenada y caótica parezca a los ojos de quienes la conforman o a los de sus observadores, carece de estructura, pero quizá éste no sea el lugar para extenderse al respecto.

Merton utiliza el término *estructura social* de dos maneras diferentes y no del todo compatibles: como una condición posible del comportamiento desviado y de la anomia y como un polo en un continuo cuyo opuesto es la «anomia». En términos de la valoración inmediata de los participantes involucrados, las estructuras que favorecen un comportamiento más «ordenado» y otras que lo hacen con uno más «desordenado» pueden experimentarse como opuestos independientes e incompatibles. En términos de una investigación sociológica, es posible aproximarse a ambas como estructuras al mismo nivel; en muchos casos se puede mostrar su interdependencia. Nuevamente, el estudio de Winston Parva ilustra este punto. La tarea principal simplemente era indagar la manera en que la comunidad y sus varias secciones funcionaban, por qué lo hacían en esta forma particular y, entre otras cosas, por qué surgieron tensiones en la comunidad y por qué persistían. Una vez que se hizo esto, ya no parecía tan

[2] *Ibid.*, p. 132. [Ed. en español: *ibid.*, p. 239.]

sencillo como antes juzgar a las varias secciones de Winston Parva a partir de un patrón en blanco y negro, en términos simples como *bueno* y *malo*. La Urbanización mostró en un grado bastante elevado la condición a la que uno se refiere como «anomia». La «aldea» puede servir como un ejemplo de una comunidad «bien integrada». En comparación con la imagen vívida y compleja que surge de un estudio empírico, la tendencia a argumentar en términos generales como si la integración estrecha de un grupo fuera una cualidad puramente positiva y la integración laxa una puramente negativa se muestra como una simplificación excesiva. La integración estrecha, como indica el ejemplo de la «aldea», suele vincularse con formas específicas de coacción; puede vincularse con formas específicas de opresión. Puede haber demasiada cohesión social, así como demasiado poca, y demasiada presión por la conformidad, así como demasiado poca. Sólo más investigaciones empíricas pueden ayudarnos a entender lo que realmente sucede en comunidades a las que aplicamos términos como *integración estrecha* y lo que *demasiado* o *demasiado poco* realmente significan en esos casos. Actualmente es posible creer que los juicios de valor que se usan en esos casos son absolutamente independientes de los avances en el conocimiento. Se suele argumentar como si las personas adquirieran de la nada los valores que defienden; pareciera que son *a priori*, es decir, previos a toda experiencia. Sin que se sugiera que simplemente se pueden derivar de investigaciones empíricas, sin duda se puede decir que no son independientes de ellas. El sentido de valor de los hombres se modifica con las condiciones cambiantes de sus vidas y, como parte de estas condiciones, con los avances en el conocimiento humano.

El punto no carece de relevancia en este contexto. La valoración axiomática de la integración estrecha como incondicionalmente «buena» puede rectificarse con la ayuda de otra investigación fáctica. Éste es uno de los muchos ejemplos que podrían presentarse de la manera en que los avances en el conocimiento humano pueden afectar valoraciones que en cierto momento eran ampliamente aceptadas como obvias. Serán necesarias muchas más investigaciones empíricas comparativas de comunidades

con grados variantes de cohesión y de los efectos que tienen sobre las personas que viven en ellas antes de que sea posible definir con seguridad razonable y evaluar a algunas de ellas como mejores que otras. Actualmente, las organizaciones humanas aún están diseñadas de manera tan imperfecta y nuestra ignorancia sobre ellas es tan grande que las formas de disfunción y sufrimiento que resultan de esto son ubicuas y ampliamente aceptadas como normales e inevitables. Si bien los juicios de valor generales y abstractos, de los que la forma actual de juicios morales son un ejemplo, pueden satisfacer nuestra conciencia, no resultan de gran ayuda como guías para acciones con una perspectiva a largo plazo. Sólo se puede esperar actuar de manera más adecuada con la ayuda de un conocimiento fáctico sobre la sociedad ampliamente mejorado. Sin este conocimiento, no sólo resulta difícil decir qué acciones a largo plazo serán probablemente «buenas» y cuáles resultarán «malas»; también se pueden tomar medidas que busquen remediar lo que uno considera «malo» y que resulten contraproducentes.

Apéndice 3
Sobre la relación entre «familia» y «comunidad»

NORBERT ELIAS

Algunas de las características notables de la «aldea» de Winston Parva son similares a las previamente observadas en otras comunidades. Un estudio pionero en este campo fue *Family and Kinship in East London* [Familia y parentesco en el este de Londres], de Michael Young y Peter Willmott, publicado por primera vez en 1957 y en una edición revisada en 1962 en Pelican Books. Hasta donde se puede ver, fueron los primeros en señalar que «lejos de haber desaparecido, la familia amplia goza de buena salud en Londres».[1] Ante la tradición, probablemente modelada a partir de la imagen de clase media de una familia «normal», que ponía énfasis en el papel del padre como figura central en una familia, registraron el hecho de que, en las familias de clase obrera que estudiaron, la madre parecía ser la figura central de una clase de familia que solía ser más grande y tener una estructura algo diferente de lo que comúnmente se considera el tipo «normal» de familia europea.

Como un registro de un conjunto de observaciones sumamente imaginativas, el estudio de Young y Willmott abrió un nuevo terreno; representaba uno en una larga serie de pasos que un día podrían ayudar a revisar la imagen convencional de la estructura y la función de una familia «normal», uno de cuyos ejemplos es el concepto de *familia nuclear* como núcleo y esencia de las familias de todo el mundo. Percibir las familias «matrocéntricas» de Winston Parva habría resultado mucho más

[1] Michael Young y Peter Willmott, *Family and Kinship in East London*, Pelican Books, Londres, 1962, p. 12.

difícil sin el precedente establecido por el estudio que Michael Young y Peter Willmott condujeron entre las familias de Bethnal Green.

No obstante la agudeza de su conceptualización, no iguala a la de sus observaciones. Los autores parecieran enorgullecerse del hecho de que simplemente «observan» sin tener una teoría. En realidad, sus observaciones, como las de todos, estuvieron guiadas por ideas teóricas específicas; probablemente las absorbieron del fondo de ideas generales en la sociedad en general; no se les trabajó de manera explícita ni se les examinó críticamente. Los autores parecieran tratar sus ideas teóricas como si fueran obvias y no consideran que forme parte de su trabajo el examen, a la luz de sus observaciones fácticas, de los conceptos generales que habían utilizado para hacer estas observaciones.

Tómese como ejemplo el siguiente pasaje que se presenta como un resumen del plan que utilizaron para proceder:

> En la parte de este libro que está por concluir, hemos salido con éxito de la pareja casada a la familia extensa, de la familia extensa a la red de parentesco y de ahí a algunas relaciones entre la familia y el mundo exterior. Ahora nos iremos de lo económico a lo social y consideraremos si, fuera de su lugar de trabajo, las personas de esta comunidad local específica que no tengan una relación conyugal o sanguínea se relacionan de alguna otra manera.[2]

No es necesario comentar sobre expresiones como «lo económico» o «lo social»; son indicadores del tipo de clasificaciones que subyacen en el pensamiento de los autores. El procedimiento que se señala en esta cita es importante, pues sugiere que uno sale de la pareja casada o la familia, que pareciera ser el centro del universo social en varias etapas, a lo que pareciera ser el caparazón llamado «el mundo exterior». Es un marco teórico centrado en la familia, concebido de manera vaga, que tiene cierto parecido con concepciones geocéntricas tempranas del universo, en las que la tierra era el núcleo y los cielos el caparazón exterior.

[2] *Ibid.*, p. 104.

Un concepto de la sociedad centrado en la familia no es inusual en los textos sociológicos actuales dedicados a la familia. Como la atención se confina a la selección de datos sobre la «familia», la estructura de las familias sobresale con claridad mientras que otros aspectos de la sociedad se conciben de forma sumaria como el mundo «exterior» a la familia y permanecen borrosos. La imagen centrada en la familia de la sociedad sólo inhibió ligeramente las observaciones de Michael Young y Peter Willmott; normalmente asumieron que las familias tienen una estructura independiente propia, pero no tenían un interés particular en examinar esta proposición general. Tampoco evitó que señalaran la existencia de algún tipo de relación entre la estructura familiar y la estructura comunitaria. No obstante, al hacerlo no reflexionaron sobre la naturaleza de esta relación y tuvieron ciertas dificultades para expresar lo que observaban en ella:

> Como la vida familiar en Bethnal Green abarca tantas cosas, quizá uno podría esperar que lo abarcara todo. El apego que se siente por los familiares iría en detrimento del apego hacia los otros. No obstante, en la práctica no parecía suceder esto. Lejos de que la familia excluya los vínculos con los forasteros, actúa como un medio importante para promoverlos [...]
>
> La función de la parentela sólo puede entenderse cuando uno se da cuenta de que la residencia prolongada es lo común. De las personas incluidas en la muestra, 53% nació en Bethnal Green.

Por consiguiente, también en este caso, como en el de Winston Parva, un tipo específico de estructura familiar, con redes de parentesco matrocéntricas de dos o tres generaciones, se asociaba con un tipo específico de estructura comunitaria, y se desarrollaban en el marco de una vieja comunidad de clase obrera.

No obstante, hasta donde podemos ver, Young y Willmott sólo tenían un interés marginal en la estructura comunitaria. Su atención se centraba en los tipos de familias.

Las dificultades que este enfoque genera se pueden observar de manera más directa en *Family and Social Network* [La familia

y la red social], de Elizabeth Bott. Dos pasajes pueden bastar para indicar el problema:

> Con base en los hechos recogidos en las familias investigadas, resulta imposible analizar el patrón de fuerzas que afecta sus redes. Para considerar estos factores en cualquier medida, es necesario ir más allá de los datos de campo para tomar elementos del conocimiento general sobre la sociedad industrializada urbana.

> En los textos dedicados a la sociología de las familias se hacen referencias frecuentes a «la familia en la comunidad», con la implicación de que la comunidad es un grupo organizado que contiene a la familia. Nuestros datos sugieren que este uso es engañoso. Por supuesto que cada familia debe vivir en algún tipo de área local, pero pocas áreas locales urbanas pueden llamarse comunidades en el sentido de que conformen grupos sociales cohesivos. El ambiente social inmediato de las familias urbanas se consideraría mejor, no como el área local en la que viven, sino como la red de relaciones sociales reales que sostienen, sin importar si se confinan al área local o van más allá de sus fronteras.[3]

En estos pasajes se puede ver la fuerte tendencia de la autora a reflexionar sobre el problema general que plantea la relación entre familia y comunidad, y no sólo a «observar» familias. No obstante, sus reflexiones en esencia son elaboraciones de creencias axiomáticas compartidas por muchos estudios sociológicos sobre la familia, en particular de la creencia en que «la familia» tiene una estructura propia que es básica y más o menos independiente del mundo que la rodea. Es una creencia que, como se puede ver, se mantiene a pesar de toda la evidencia que muestra que la estructura de «la familia» cambia conforme la sociedad en general se altera, *e. g.*, con la urbanización e industrialización crecientes.

La lógica de pensamiento que estos pasajes representan es característica del razonamiento circular que suele resultar si se aceptan técnicas específicas de investigación como algo dado y

[3] Elizabeth Bott, *Family and Social Network*, Tavistock, Londres, 1957, pp. 97-99.

absoluto y se permite que la concepción de aquello que se haya decidido descubrir se vuelva dependiente de los resultados de esas técnicas, sin importar cuáles sean sus limitantes. Elizabeth Bott primero señala que las técnicas usadas en su estudio para la recolección de datos limitaban la evidencia a familias específicas: imposibilitaban la consideración de factores externos a las «familias investigadas» que influyeran sobre la estructura. Este reconocimiento de las limitaciones de los métodos utilizados y de las secciones del tejido social que se enfocaron con ayuda de estos métodos es muy legítimo; sin embargo, después del reconocimiento de estas limitantes, la autora dice que sólo aquello que sus métodos de investigación enfocaron tiene una estructura firme y que las agrupaciones más amplias, las comunidades en las que viven estas familias, no tienen una estructura reconocible. Es un ejemplo del tipo de error común en los estudios de la sociedad: los aspectos de la sociedad que pueden abrirse con la ayuda de las técnicas convencionales de un periodo dado y cuya estructura puede, por lo tanto, reconocerse en una medida mayor o menor se tratan como aspectos básicos de la sociedad; mientras que de otros aspectos que las técnicas de un periodo dado no pueden abrir con certidumbre alguna, por lo general, se presume que carecen de una organización o estructura firmes. Con frecuencia los primeros se experimentan como determinantes efectivos del flujo de acontecimientos sociales, mientras que aquellos de los que se cree que carecen de una estructura firme se presentan como si fueran determinados por los primeros de manera más o menos pasiva. Puesto que los datos recolectados por Elizabeth Bott hacían parecer que sólo la familia tenía una estructura firme, pero no la comunidad, la autora asumió de manera implícita que podía hacer a un lado a la comunidad como un factor en la estructuración de las familias. El ejemplo de la «aldea» en Winston Parva demostró que considerar a una comunidad como una unidad con una estructura específica no es tan equívoco como sugiere Elizabeth Bott y que es sumamente posible investigar la estructura de las familias y de la comunidad al mismo tiempo. Si se hace esto, la interdependencia de su estructura pronto se vuelve obvia.

La relación entre la estructura de la familia y la de la comunidad puede ser menos obvia en vecindarios residenciales de clase media que en viejos vecindarios de clase obrera. No obstante, si bien en su caso las familias tienen muchas relaciones fuera del área residencial, de ningún modo su vecindario carece de estructura.

Bibliografía seleccionada

Aichhorn, August, *Wayward Youth*, Putnam, Londres, 1936.

Alexander, Franz, y William Healy, *Roots of Crime*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1935.

Angell, Robert Cooley, *The Family Encounters the Depression*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1936.

Bakke, E. W., *The Unemployed Man: A Social Study*, Nisbet, Londres, 1933.

Bell, Florence Eveleen Eleanore Olliffe, lady, *At the Works: A Study of a Manufacturing Town*, Edward Arnold, Londres, 1907.

Bendix, Reinhard, «Concepts and Generalisations in Comparative Sociological Studies», *American Sociological Review*, vol. 28, núm. 4 (agosto de 1963), pp. 532-539.

———, *Max Weber: An Intellectual Portrait*, Heinemann, Londres, 1960.

Bernard, J., «An Instrument for the Measurement of Neighbourhood with Experimental Applications», *South Western Social Science Quarterly* (septiembre de 1937), pp. 145-160.

Bloch, Herbert Aaron, *Disorganisation: Personal and Social*, Knopf, Nueva York, 1952.

———, y Arthur Niederhoffer, *The Gang: A Study in Adolescent Behaviour*, Philosophical Library, Nueva York, 1958.

Blos, Peter, *The Adolescent Personality*, D. Appleton-Century, Nueva York, 1941.

Blumenthal, Albert, *Small Town Stuff*, University of Chicago Press, Chicago, 1933.

Booth, Charles, *Life and Labour of the People in London*, MacMillan, Londres, 1902.

Bosanquet, Helen, *Rich and Poor*, MacMillan, Londres, 1899.

Bott, Elizabeth, *Family and Social Network*, Tavistock, Londres, 1957.

Bowlby, John, *Maternal Care and Mental Health*, Organización Mundial de la Salud, Ginebra, 1951.

Brennan, T., E. W. Cooney y H. Pollins, *Social Change in South West Wales*, Watts, Londres, 1959.

Briggs, Asa, *Victorian Cities*, Harmondsworth, Londres, 1963.

Burt, Cyril, *The Young Delinquent*, University of London Press, Londres, 1955.

Carr-Saunders, Alexander Morris, Hermann Mannheim y Edmund Cecil Rhodes, *Young Offenders: An Inquiry into Juvenile Delinquency*, Cambridge University Press, Cambridge, 1942.

Chombart de Lauwe, Paul Henry, *La Vie quotidienne des familles ouvrières*, Centre de la Recherche Scientifique, París, 1956.

Clement, Pierre, y Nelly Xydias, *Vienne sur le Rhône: La Ville et les Habitant situations et attitudes*, Armand Colin, París, 1955.

Cohen, Albert Kircidel, *Delinquent Boys*, Free Press, Glencoe, Illinois, 1955.

Cole, G. D. H., *Studies in Class Structure*, Routledge and Cole, Londres, 1955.

Coleman, James, *The Adolescent Society: The Social Life of the Teenager and its Impact on Education*, Free Press, Glencoe, Illinois, 1961.

Crutchfield, R. S., «Conformity and Character», *American Psychologist*, núm. 10 (1955), pp. 191-198.

Dahrendorf, Ralf, «Sozialwissenschaft und Werturteil», en *Gesellschaft und Freiheit. Zur soziologischen Analyse der Gegenwart*, Piper, Múnich, 1961.

Davie, Maurice Rea, «The Pattern of Urban Growth», en George Murdock (coord.), *The Science of Society*, Yale University Press, New Haven, 1937, pp. 133-161.

Davis, K., «Adolescence and the Social Structure», *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 236 (noviembre de 1944), pp. 3-17.

———, «The Sociology of Parent-Youth Conflict», *American Sociological Review* (agosto de 1940), pp. 523-535.

Durant, Ruth, *Watling: A Survey of Social Life on a New Housing Estate*, P. S. King, Londres, 1939.

Durkheim, Émile, *Suicide: A Study in Sociology*, trad. de John A. Spaulding y George Simpson, Routledge & Kegan, Londres, 1952. [Ed. en español: *El suicidio. Estudio de sociología*, trad. de Mariano Ruiz-Funes, Reus, Madrid, 1928.]

Eisenstadt, S. N., *From Generation to Generation: Age Groups and Social Structure*, Free Press, Glencoe, Illinois, 1956.

Elias, Norbert, «Problems of Involvement and Detachment», *British Journal of Sociology*, vol. VII, núm. 3 (1956), pp. 226-252.

———, *Über den Prozess der Zivilisation. Soziogenetische und Psychogenetische Untersuchungen*, 2 vols., Haus am Falken, Basilea, 1939. [Ed. en español: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, 3ª ed., trad. de Ramón García Cotarelo, FCE, México, 2009.]

———, «Die öffentliche Meinung in England», en *Vorträge gehalten anläßlich der Hessischen Hochschulwochen für staatswissenschaftliche Fortbildung in Bad Wildungen*, vol. 27, Max Gehlen, Bad Homburg, 1959, pp. 118-130.

———, «Nationale Eigentümlichkeiten der englischen öffentlichen Meinung», en *Vorträge, Hochschulwochen für staatswissenschaftliche Fortbildung in Bad Wildungen*, vol. 33, Max Gehlen, Bad Homburg, 1960, pp. 124-146.

Eriksen, E. G., *Urban Behaviour*, Macmillan, Londres, 1954.

Erikson, Erik H., *Childhood and Society*, Norton, Nueva York, 1950.

———, «The Problem of Ego Identity», *Journal of the American Psychoanalytic Association* (1956), pp. 56-121.

———, *Young Man Luther: A Study in Psycho-Analysis and History*, The Norton Library, Nueva York, 1958.

Fellin, Phillip H., y Eugene Litwak, «Neighbourhood Cohesion Under Conditions of Mobility», *American Sociological Review*, vol. 28, núm. 3 (1963), pp. 364-376.

Firth, Raymond (coord.), *Two Studies of Kinship in London*, Athlone Press, Londres, 1956 (London School of Economics. Monographs on Social Anthropology, 15).

Fleming, Charlotte Mary, *Adolescence: Its Social Psychology*, Routledge & Kegan, Londres, 1948.

Foulkes, S. H., «On Introjection», *International Journal of Psycho-Analysis* (1937), pp. 269-293.

Freud, Sigmund, *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, trad. de James Strachey, The International Psycho-analytical Press, Londres, 1937. [Ed. en español: *Psicología de masas y análisis del yo*, en *Obras completas*, vol. 14, trad. de Luis López-Ballesteros, Orbis, Barcelona, 1988.]

———, *New Introductory Lectures on Psycho-analysis*, Londres, 1937.

Friedlander, Kate, *The Psycho-analytic Approach to Juvenile Delinquency*, Routledge & Kegan, Londres, 1947.

Gennep, Arnold van, *Rites of Passage*, Routledge & Kegan, Londres, 1961.

Glass, D. V. (coord.), *Social Mobility in Britain*, Routledge & Kegan, Londres, 1954.

Glass, Ruth, *The Social Background of a Plan*, Routledge & Kegan, Londres, 1948.

Glueck, Sheldon, y Eleonor Glueck, *Delinquents in the Making*, Harper & Brothers, Nueva York, 1952.

———, *Unravelling Juvenile Delinquency*, Cambridge University Press, Nueva York, 1950.

Goldfarb, W., «Effects of Psychological Deprivation in Infancy and Subsequent Stimulation», *American Journal of Psychiatry*, vol. 102, núm. 1 (1945), pp. 18-33.

———, «Psychological Privation in Infancy and Subsequent Adjustment», *American Journal of Orthopsychiatry*, vol. XV, núm. 2 (1945), pp. 247-255.

Gorer, Geoffrey, *Exploring English Character*, Cresset Press, Londres, 1955.

Handlin, Oscar, *The Uprooted*, Watts, Boston, 1951.

Havighurst, R. J., y H. Taba, *Adolescent Character and Personality*, John Wiley & Sons, Nueva York, 1949.

Hinkle, R. C., «Antecedents of the Action Orientation in American Sociology before 1935», *American Sociological Review*, vol. 28, núm. 5 (1963), pp. 705-715.

Hodges, M. W., y C. S. Smith, «The Sheffield Estate», en E. I. Black y T. S. Simey (coords.), *Neighbourhood and Community*, University of Liverpool Press, Liverpool, 1954.

Hollingshead, A., *Elmstown's Youth*, Wiley, Nueva York, 1945.

Hunter, Floyd, *Community Power Structure*, University of North Carolina Press, Carolina del Norte, 1953.

Isaacs, S., *Social Development in Young Children*, Routledge & Sons, Londres, 1945.

Jephcott, A. P., *Some Young People*, George Allen and Unwin, Londres, 1954.

Jouvenel, Bertrand de, *On Power*, Beacon, Boston, 1948.

Junod, Henri A., *The Life of a South African Tribe*, I, *Social Life*, Macmillan, Londres, 1927.

Kardiner, Abram, *The Psychological Frontiers of Society*, Columbia University Press, Nueva York, 1945.

Kerr, Madeline, *The People of Ship Street*, Routledge & Kegan, Londres, 1958.

Klineberg, O., «How Far Can the Society and Culture of a People be Gauged through their Personality Characteristics», en F. L. K. Hsu (coord.), *Aspects of Culture and Personality*, Abelard Schuman, Nueva York, 1954.

Kramer, Dale, y Madeline Kerr, *Teen Age Gangs*, Henry Holt, Nueva York, 1953.

Kuper, Leo, *et al.*, *Living in Towns*, Birmingham, 1950.

Lander, Bernard, *Toward and Understanding of Juvenile Delinquency*, Columbia University Press, Nueva York, 1954.

Lévi-Strauss, C., «The Family», en H. L. Shapiro (coord.), *Man, Culture and Society*, Oxford University Press, Nueva York, 1960, pp. 261-285.

Lewis, Oscar, *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied*, University of Illinois Press, Illinois, 1951.

Lieberson, Stanley, *Ethnic Patterns in American Cities*, Free Press, Nueva York, 1963.

———, «The Old-New Distinction and Immigrants in Australia», *American Sociological Review*, vol. 28, núm. 4 (1963), pp. 550-565.

Linton, R., «What we Know and What we don't Know», en F. L. K. Hsu (coord.), *Aspects of Culture and Personality*, Abelard Schuman, Nueva York, 1954.

Lipset, Seymour Martin, y Reinhard Bendix, *Social Mobility in Industrial Society*, Heinemann, Londres, 1959.

Lockwood, D., *The Black Coated Worker*, Allen & Unwin, Londres, 1958.

Lynd, R. S., y H. M. Lynd, *Middletown*, Harcourt, Nueva York, 1950.
———, *Middletown in Transition*, Harcourt, Nueva York, 1950.
Maine, H. S., *Village Communities in the East and West*, Murray, Londres, 1872.
Mannheim, Hermann, *Social Aspects of Crime in England between the Wars*, Allen & Unwin, Londres, 1950.
Mayhew, Henry, *London Labour and the London Poor*, John Woodfall and Son, Londres, 1851.
Mead, George H., *Mind, Self and Society*, University of Chicago Press, Chicago, 1934. [Ed. en español: *Espíritu, persona y sociedad*, trad. de Floreal Mazía, Paidós, Buenos Aires, 1999.]
Mead, Margaret, *Growing up in New Guinea*, Pelican Books, Londres, 1954.
Merton, Robert K., «Social Structure and Anomie», en *Social Theory and Social Structure*, IV y V, Free Press, Glencoe, Illinois, 1957. [Ed. en español: *Teoría y estructura sociales*, trad. de Florentino M. Torner y Rufina Borques, 4ª ed., FCE, México, 2002.]
———, «Patterns of Influence: A Study of Inter-Personal Influence and of Communication Behaviour in a Local Community», en P. F. Lazarsfeld y F. N. Stanton (coords.), *Communications Research 1948-1949*, Harper & Brothers, Nueva York, 1949.
Mitchelli, G. D., y T. Lupton, «The Liverpool State», en E. I. Black y T. S. Simey (coords.), *Neighbourhood and Community*, University of Liverpool, Liverpool, 1954.
Mogey, John Macfalane, *Family and Neighbourhood*, Oxford University Press, Oxford, 1956.
Morris, Terence, *The Criminal Area*, Routledge & Kegan, Londres, 1957.
Morrison, Arthur, *The House of the Jago*, Londres, 1939.
Neumeyer, M. H., *Juvenile Delinquency in Modern Society*, D. van Nostrand, Nueva York, 1949.
Nzekwu, Onoura, *Blade among the Boys*, Hutchinson, Londres, 1962.
ONU, *Report on the World Social Situation*, Naciones Unidas, Nueva York, 1957 y 1961.
Packer, E. L., «Aspects of Working-Class Marriage», *Pilot Papers*, núm. 2 (1947), pp. 92-103.
Paneth, Marie, *Branch Street*, George Allen and Unwin, Londres, 1944.

Parsons, Talcott, «Certain Primary Sources and Patterns of Aggression in the Social Structure of the Western World», en P. Mullahy (coord.), *A Study of Interpersonal Relations,* Hermitage, Nueva York, 1949, pp. 269-296.

Parsons, Talcott, y Robert F. Bales, *Family Socialisation and Interaction,* Free Press, Glencoe, Illinois, 1955.

Piaget, Jean, *The Moral Judgement of the Child,* Routledge & Kegan, Londres, 1950.

Radcliffe-Brown, A. R., *Structure and Function in Primitive Society,* Cohen & West, Londres, 1952.

Radcliffe-Brown, A. R., y D. Forde (coord.), *African Systems of Kinship and Marriage,* Oxford University Press, Londres, 1950.

Read, Margaret, *Children of their Fathers: Growing up among the Ngoni of Nyasaland,* Methuen, Londres, 1959.

Redfield, Robert, *The Little Community,* University of Chicago Press, Chicago, 1955.

Scott, J. F., «The Changing Foundations of the Parsonian Actions Scheme», *American Sociological Review,* vol. 28, núm. 5 (1963), pp. 716-735.

Seeley, J. R., *Crestwood Heights,* Basic Books, Londres, 1956.

Self, P. J. P., «Voluntary Organisations in Bethnal Green», en A. F. C. Bourdillon (coord.), *Voluntary Social Services,* Methuen & Co., Londres, 1945.

Sherif, M., *The Psychology of Social Norms,* Harper, Nueva York, 1936.

Sinclair, Robert, *East London,* Robert Hale, Londres, 1950.

Slater, E., y M. Woodside, *Patterns of Marriage,* Cassell, Londres, 1951.

Spaulding, C. H. B., «Cliques, Gangs and Networks», *Sociology and Social Research,* núm. XXXII (1948).

Sprott, W. J. H., *Human Groups,* Penguin, Londres, 1959.

Thrasher, Frederic M., *The Gang,* University of Chicago Press, Chicago, 1927.

Titmuss, Richard M., *Essays on the Welfare State,* Allen and Unwin, Londres, 1958.

———, *Problems of Social Policy,* HMSO, Londres, 1950.

Townsend, Peter, *The Family Life of Old People,* Routledge & Kegan, Londres, 1957.

Tumin, M. M., *Caste in a Peasant Society,* Princeton University Press, Princeton, 1952.

UNESCO, *The Social Implications of Industrialisation and Urbanisation,* Calcuta, 1956.

Veblen, Thorstein H., *The Theory of the Leisure Class,* The Modern Library, Nueva York, 1934 [ed. en español: *Teoría de la clase ociosa,* trad. de Vicente Herrero, 3ª ed., FCE, México, 2004].

Vidich, Arthur, y Joseph Bensman, *Small Town in Mass Society,* Princeton University Press, Princeton, 1958.

Warner, W. L., y P. S. Lunt, *The Social Life of a Modern Community,* Yale University Press, New Haven, 1941.

———, *The Status System of a Modern Community,* Yale University Press, New Haven, 1947.

Warner, W. L., R. J. Havighurst y M. B. Loeb, *Who Shall be Educated?,* Kegan Paul, Londres, 1946.

Weber, Max, *The City,* Heinemann, Londres, 1960.

———, *The Methodology of Social Sciences,* trad. y ed. de E. A. Shils y H. A. Finch, Free Press, Glencoe, Illinois, 1949.

Whyte, William Foote, *Street Corner Society,* University of Chicago Press, Chicago, 1943.

Williams, W. M., *The Sociology of an English Village: Gosforth,* Free Press, Londres, 1956.

Wilson, B. R., «Teenagers», *Twentieth Century* (agosto, 1959).

Young, A. F., y F. T. Weston, *British Social Work in the Nineteenth Century,* Londres, 1956.

Young, Michael, y Peter Willmott, *Family and Kinship in East London,* Pelican Books, Londres, 1962.

Índice analítico

Índice general

APÉNDICES